

Las viudas del conflicto armado en Colombia

memorias y relatos

Patricia Tovar Rojas

**Las viudas
del conflicto
armado
en Colombia**

memorias y relatos

**Las viudas
del conflicto
armado
en Colombia**

memorias y relatos

Patricia Tovar Rojas

Instituto Colombiano de Antropología e Historia
COLCIENCIAS



...Todos los ríos del mundo, reunidas sus aguas, no podrían lavar, no podrían purificar la mano manchada por un crimen.

....La tierra nutricia ha bebido la sangre del crimen; la sangre se ha secado, pero su rastro permanece imborrable y clama venganza.

Esquilo, Las Coéforas –portadoras de libaciones.

Instituto Colombiano de Antropología e Historia

María Clemencia Ramírez Lemus
Directora

Nicolás Morales Thomas
Jefe de Proyectos Editoriales

© *Las viudas del conflicto armado en Colombia. Memorias y relatos*

© *Patricia Tovar*

ISBN 958-8181-38-0

© **ICANH Instituto Colombiano de Antropología e Historia**

Calle 12 # 2-41

Bogotá, Colombia

Teléfonos: 561 95 00 - 561 96 00 Fax: Ext 144

icanh@icanh.gov.co

www.icanh.gov.co

La investigación, origen de la presente publicación, contó con la colaboración financiera de Colciencias, entidad cuyo objetivo es impulsar el desarrollo científico y tecnológico de Colombia

Daniel Manjarrés Usaqué
Asistencia editorial

Juan Andrés Valderrama
Edición y corrección de estilo

Juan Pablo Fajardo
Andrés Fresneda
www.lasilueta.com
Diseño, diagramación y portada

El Espectador
Fotografías

Imprenta Nacional de Colombia
Impresión

Portada

Diseño a partir de la foto
marzo 2006, Bogotá, Colombia



El trabajo intelectual contenido en esta obra se encuentra protegido por una licencia de Creative Commons del tipo "Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional". Para conocer en detalle los usos permitidos consulte el sitio web <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Agradecimientos	13
Damnatio memoriae	
¿Quién va a meter la mano en el corazón de uno a sacar algo que hay allá?	15
El legado de la ausencia	19
<i>1. ¿Por qué es importante estudiar la viudez?</i>	<i>23</i>
<i>2. El regreso al dolor</i>	<i>27</i>
<i>3. ¿A quién puede llamarse viuda?</i>	<i>31</i>
<i>4. Perfiles de las viudas</i>	<i>35</i>
<i>5. Una cuestión de números</i>	<i>39</i>
<i>6. ¿Cómo respondemos a los actos de violencia?</i>	<i>47</i>
<i>7. El estrés postraumático</i>	<i>49</i>
PRIMERA PARTE	
Etnografía con lágrimas	55
<i>1. La puesta en escena de la entrevista</i>	<i>61</i>
<i>2. Aprendiendo a escuchar y a intercambiar</i>	<i>69</i>
<i>3. Más allá de las palabras de la entrevista</i>	<i>73</i>
<i>4. Sobre las minucias de la investigación</i>	<i>75</i>
Los contextos de la violencia	81
<i>1. Desarraigo, silencio y exclusión: viudez y desplazamiento forzado</i>	<i>87</i>
<i>2. Desplazadas y viudas: heroínas y víctimas de la tragedia</i>	<i>93</i>
<i>3. Desplazamiento y jefatura femenina</i>	<i>95</i>
<i>4. Silencio, impunidad y miedo</i>	<i>99</i>
<i>5. El que pone la totuma es al que le dan</i>	<i>101</i>
<i>6. Viudas de insurgentes</i>	<i>105</i>
<i>7. Las viudas de los miembros de las fuerzas armadas</i>	<i>111</i>

Rituales de aflicción: el duelo y el luto	119
1. <i>El luto</i>	121
2. <i>El duelo</i>	123
3. <i>La noticia</i>	129
4. <i>El dolor y la ausencia</i>	135
5. <i>Rituales y honores</i>	139
6. <i>Premoniciones y sueños</i>	141
7. <i>Funerales</i>	145
8. <i>Las posesiones del difunto</i>	153
9. <i>La construcción social de las emociones</i>	159
10. <i>La rabia</i>	163
11. <i>Otros sentimientos</i>	165
12. <i>La aceptación</i>	167
13. <i>Ayuda desde el más allá</i>	171
La viudez no es sólo el dolor	175
1. <i>De esposas a viudas y madres cabeza de familia</i>	177
2. <i>Estrategias de supervivencia</i>	185
3. <i>Las redes de apoyo</i>	189
4. <i>Pobreza y trabajo</i>	197
5. <i>Nuevas relaciones</i>	203
Los hijos de la violencia	209
1. <i>La herencia de la guerra</i>	211
2. <i>Actores armados menores de edad</i>	213
3. <i>Los niños como fatalidades de guerra</i>	215
4. <i>Los niños y el desplazamiento</i>	217
5. <i>Los hijos de la subversión y la clandestinidad</i>	221
6. <i>Los pseudohuérfanos</i>	225
7. <i>La orfandad de la guerra y sus secuelas</i>	229
8. <i>Sentimientos de rabia, odio y venganza</i>	235
9. <i>¿Qué ayudas o alternativas tienen?</i>	239
<i>Testimonio</i>	245
Conclusiones	249
Bibliografía	257

SEGUNDA PARTE

Carlota	267
Fabiola	285
Eneida	307
Gloria	335
Virginia	349
Mireya	365
Sonia	375
Marina	387
Cristina	411

Agradecimientos

Debo agradecer por su participación en este estudio, ante todo, a las mujeres que sufrieron el drama de la muerte de sus compañeros y expusieron su dolor, a veces por primera vez, frente a una grabadora. Las leyes de la confidencialidad y la seguridad personal me impiden revelar sus nombres, aun cuando es probable que algunas sean reconocidas, ya que sus compañeros fueron figuras prominentes en la historia del país y sus muertes lamentadas públicamente. A todas ellas un abrazo; las lágrimas compartidas mientras contaban sus historias reflejan el deseo mutuo de que esas muertes no hayan sido en vano, de que algún día los culpables sean encontrados y castigados, y de que vivamos en paz en un país diferente.

Como este trabajo es el resultado de un esfuerzo colectivo, no es posible mencionar a todas las personas y organizaciones que de una u otra manera contribuyeron a hacer realidad este proyecto, por lo que de antemano pido disculpas a quienes no aparecen mencionadas. El proyecto tuvo la suerte de contar con un excelente equipo, que compartió las experiencias, lo que acercó de muchas maneras a quienes participamos en él, incluso en la parte emocional, ya que en el transcurso del trabajo todas lloramos muertos propios y ajenos.

Después de agradecer el apoyo del Instituto Colombiano de Antropología e Historia y el soporte financiero de Colciencias, es justo comenzar esta larga lista de reconocimientos con las integrantes del equipo de investigación. Adriana Ramírez Duplat y Martha Edid López comenzaron como estudiantes de antropología en programa de pasantía de grado; ellas dos estuvieron en todas las fases de la investigación, aprendiendo el

oficio de la etnografía y la escritura, desempeñándose con habilidad en las diferentes minucias del proyecto. María Eugenia Vásquez y Gloria Inés Peláez aportaron, además de sus experiencias y contactos personales, su profesionalismo. Sofía Patricia Morales merece un agradecimiento especial en lo referente al manejo de archivos y a la transcripción de entrevistas.

Agradezco también la participación de Jacqueline Bustos Coral y del equipo de estudiantes de la facultad de psicología de la Universidad Javeriana, integrado por Sandra Ximena Anzola, Juliana Arias, Diana González y Mónica Treviño; su trabajo representó un gran paso adelante en el ofrecimiento de apoyo a las viudas, especialmente a las de los miembros de la Policía nacional.

A Catalina Giraldo y Leonor Cárdenas, directora y jefe de trabajo social de la Corporación Matamoros; a Julia Rojas, coordinadora del Hogar de paso de la Policía, y a Mónica Barrero Lozano, trabajadora social de Casa de paso del Ejército, del barrio Jerusalén. A los funcionarios de la Red de Solidaridad Social, la Defensoría del Pueblo y del Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses. A Nubia Hernández, directora del Centro de Atención a Jóvenes de Jerusalén y miembro del Movimiento de Mujeres de Ciudad Bolívar; a Mencoldes, Lissi de Victoria, del albergue para desplazados y niños ex combatientes San Bernabé, y a Gabriel Muyuy, de la defensoría para asuntos indígenas de la Defensoría del Pueblo.

Además, a colegas, investigadoras e investigadores de la violencia, el duelo y el género, por los enriquecedores diálogos que tuvimos, por sus comentarios y los aportes teóricos y metodológicos que ofrecieron en los espacios donde se divulgó esta investigación. A las integrantes del programa de maestría de género de la Universidad Nacional de Colombia, por su gentileza y el acceso a su centro de documentación. A María Cristina Maldonado y su grupo de trabajo social en la Universidad del Valle; a Luz Marina Tamayo, de la Cruz Roja Internacional y, en general, a todas las personas que colaboraron en este esfuerzo se les agradece su apoyo.

Por último a Nicolás Morales, Jefe de Proyectos Editoriales del ICANH, por su colaboración en este esfuerzo. A Mónica Velasco, por la asistencia en la etapa final del proyecto. A Juan Andrés Valderrama, por el trabajo de edición y a todas las personas que de una u otra manera participaron en el trabajo, gracias por sus aportes.

Damnatio memoriae

¿Quién va a meter la mano en el corazón de uno a sacar algo que hay allá?

Me acuerdo que cuando era niña no se hablaba de la guerrilla sino de los bandoleros. Una vez llegaron unos y nos quemaron la casa. Ahí fue cuando me quemé el cuerpo, con otros dos niños que eran primos míos. Eso era mucha violencia allá en esos montes, era horrible, mataban muchas personas. Allá colindábamos con la finca de un señor Parmenio. A él lo asesinaron cuando yo tenía diez años. Por lo menos a mi esposo se lo llevaron y yo no vi nada. Fue una muerte terrible la de don Parmenio, y la esposa con los hijos y unos familiares, sobrinos y primos salieron de allá y dejaron las tierras abandonadas. Yo vi esa muerte. Fue un domingo que llegaron unos hombres todos armados con machetes y con escopetas. Ese día estaban bebiendo y mi papá estaba bebiendo también. Se lo llevaron a otra finca más adelante y le dieron machete y lo tiraron al río y en el agua bajaba la sangre y bajaban pedazos del señor. Ese señor dizque había matado mucha gente en la violencia y luego mató a una señora y al esposo. Ellos tenían un bebé que se salvó y creció y ese bebecito fue el que se buscó a su gente y mató luego a ese señor así. Allá todo el mundo usa su machete, cuando llega alguien a la casa a visitar llega con su machete. Todos se acostumbran a andar armados, así no vayan a pelear ni nada, y si de pronto se forma una pelotera pues imagínese todo el mundo está armado.

Somos diez hermanos, hay uno que es policía y otro militar. Como eran varones estudiaron internos en Cali. Todos viven por ahí regados. Se fueron desde que empezó a andar por allá la guerrilla y los paramilitares.

Ahora ya últimamente fueron muchas muertes o sea que no sólo fue mi esposo. En la misma vereda asesinaron a otras personas, en una finca mataron al dueño y a unos trabajadores. Yo le dije a mi esposo que sería bueno que saliéramos de allá que tratáramos de vender, que llamáramos a mis hermanos para ver qué hacíamos. Yo llamé a mi hermano el que era policía y le dije: “Necesito que venga a ver si vendemos pues queremos salir porque ya la violencia llegó acá”. Él me mandó a decir que como yo era la que estaba allá, que viera que era lo que iba a hacer, que él no quería saber nada de eso, porque a él le daba miedo ir por allá. Y ya después hubo tanta mortandad hasta que llegaron a la finca de nosotros... Primero andaban diciendo que era la guerrilla. Regaron unos papeletos por ahí. Escuchamos que sucedió algo en otra finca más adelante, a casi media hora en canoa. Yo me daba cuenta que la guerrilla se había metido allá y que andaban también paramilitares, y había enfrentamientos. Los que mataron a mi esposo fueron personas que no estaban uniformadas, estaban encapuchadas de civil pero bien armadas, yo no sé si serían paramilitares, no sé.

Uno por allá tiene muchos problemas. La guerrilla piensa que uno es sapo y está dándole información al gobierno, y el ejército piensa que uno le da información a ellos y los paramilitares piensan otra cosa. Ellos sienten desconfianza y uno también siente desconfianza de ellos y los mira como un enemigo. Por lo menos uno miraba que llegaba el ejército y uno no sabía ya qué hacer porque llegan y “Señora, hágame el favor y me regala un vaso con agua”. Uno se lo tiene que dar y si de pronto viene la guerrilla “hágame el favor y me da un plato de comida”, se lo tiene que dar. Por eso todos se van y las tierras van quedando abandonadas.

A él lo sacaron de la casa como a las diez de la noche, después escuchamos de lejos los disparos. Yo sentí mucha gente afuera y los perros ladraban, allá en el campo se siente cuando las personas pisan, cuando van caminando, pero apenas entraron cinco hombres a la casa. Esa noche fue solo él y como yo me salí de allá a los tres días entonces no sé qué más pasó. Salí y dejé todo tirado.

Allá no hay puesto de policía, no hay nada, hay que ir como tres o cuatro horas hasta donde llegan los carros y ahí está el cementerio y hay un inspector y cuando pasa una cosa uno tiene que dar la información allá. Esperé todo el día a que bajaran canoas del otro pueblo y me tocó

llamar una “venga, venga”, y entonces la canoa se arrima, preguntaron qué pasó y me llevaron con los niños. Por allá cuando asesinan a una persona puede durar hasta dos o tres días, mientras viene la ley a hacer el levantamiento. La policía lo encontró porque yo sabía más o menos el lugar donde dieron el disparo, cerquita de la casa. Cuando el levantamiento yo ya no vine, ya no volví más. Después me sacaron las cositas y la ropita y ya no volví más para allá.

De ahí me fui con mis hijos a Tumaco y de ahí en un barco doce horas para Buenaventura, porque mi papá tiene unos hermanos allá y me fui donde ellos... y eso fue un problema porque uno solo llega, pero ya con niños eso fue difícil. Para ellos fue un cambio terrible y quedaron como con un trauma. Estuve tres meses en Buenaventura y me vine luego para Bogotá. Estuve mucho tiempo enferma, nerviosa... Me atacaron los nervios, pensaba que esos tipos me seguían a mí, era un miedo terrible. Yo pienso que me puedo encontrar con esa gente, que me van a ver. Pienso que no debo salir de la casa, que debo irme de Colombia y me mantengo con eso ahí, que yo debo irme porque todavía me persiguen.

Yo tenía como una tristeza que nadie me la podía quitar, venía de adentro, eso era una cosa que solo Dios veía, ¿porque quién va a meter la mano en el corazón de uno a sacar algo que uno tiene allá? Era algo tremendo, pero yo por lo menos en la iglesia me he podido superar en cuanto a esto, pues económicamente no. Hay momentos en que me pongo a meditar y lloro y me pongo triste. No es fácil, después de tener uno sus cosas venir a quedar sin nada. Y cuando uno llega a Bogotá hay mucha gente que lo rechaza.

Cuando recién llegué a Bogotá fui a Bienestar Familiar y me recibieron tres niños. Acá no conocía a nadie. Como practico el evangelio pregunté en Buenaventura que dónde quedaba una iglesia y me dieron una dirección y vine y les conté mi caso y me llevaron a vivir a una casalote y allí empecé a vivir con los niños. Hasta que conseguí trabajo por días en una casa al norte, donde una doctora muy bella, ella fue muy buena, me colaboraba con ropita, con mercado, una cosa, la otra. Y fue ahí donde le conté lo que me pasó, es que a mí me daba miedo hasta contar...

Ella me dio las direcciones y me colaboró mucho, con lo del Bienestar. A los niños los tuvieron en Villa Javier un tiempito pero no se

acostumbraban a ninguna parte... El menor se quedó conmigo, me lo iban a mandar a una sala cuna pero yo dije que no. La doctora me dijo que a ellos se les murió el papá pero que me tenían a mí y que no los dejara abandonados. Pero yo recién llegada, ¿qué hacía?



El legado de la ausencia

...Llego aquí a ofrecer estos fúnebres presentes. Mi seno resuena bajo los golpes de mis manos, y mis mejillas sangran por las heridas que han abierto en ellas mis uñas. Mi corazón se nutre de suspiros, y estos linos de luto, estos linos con que los desgraciados heridos por el infortunio velan su seno, también ellos, hechos jirones por mi dolor, han exhalado su dolor.

Esquilo, Las Coéforas -portadoras de libaciones.

La viudez que deja la guerra es un incidente trágico en la humanidad, más aún en la vida de las mujeres. Dramaturgos antiguos y poetas en todos los tiempos han lamentado estas pérdidas y nos han confrontado con la brutalidad de las guerras, útiles tan solo para perpetuar el poder y ejercer la dominación de unos sobre otros. Los elocuentes mensajes dejados en los lamentos funerarios de las mujeres del pasado nos sirven para encontrarle algún sentido a las barbaries de hoy.

El interés principal de esta investigación ha sido examinar el legado de la ausencia, por medio del diálogo y de las reflexiones que suscitan los elementos comunes a las vidas de las mujeres que han tenido una experiencia de pérdida y nos han contado su historia. A partir de eventos individuales exploramos preguntas sobre la identidad y la memoria y sobre las transformaciones vitales desencadenadas por la muerte violenta del compañero. El interés por entender el otro lado de la violencia, el de las mujeres y los hijos que sobreviven, el manejo del duelo, la desigualdad de género, las estrategias de supervivencia y los derechos humanos nos

permitió incorporar voces de muchos tonos y colores. Es decir, escuchamos las narrativas de viudas de integrantes de las fuerzas armadas y de la Policía nacional, de ex combatientes, de desplazados, de personas consideradas como desaparecidas, de personajes famosos y de otros hombres anónimos, muertos en circunstancias confusas y sin esclarecer aún.

Partimos del hecho de que la violencia afecta de manera diferente a los hombres y a las mujeres, y de que procesos políticos, sociales y culturales determinan los medios y las estrategias de supervivencia, de movilización y respuesta a los graves problemas que deben confrontar quienes se ven perjudicados por el conflicto. Los hombres pertenecen al grupo de los que generalmente tienen más alto riesgo de morir o de quedar mal heridos; las mujeres son las sobrevivientes, un grupo seriamente afectado pero rara vez tenido en cuenta en los estudios sobre violencia. El aspecto que más se ha trabajado al respecto en Colombia es cómo afecta el desplazamiento a las mujeres y a los niños (Meertens, 2001; Albarracín y otros, 2000). En estos trabajos se resalta el gran número de mujeres desplazadas, muchas de ellas viudas, que a su vez son madres cabeza de familia, con niños muy pequeños a su cargo.

Además de la guerra, hay otros factores que hacen de la viudez una experiencia fundamentalmente femenina, un evento infortunado que hace que este sea un periodo crítico en la vida de las mujeres. Social y estadísticamente, es un hecho que las mujeres tienen una esperanza de vida mayor, se casan más jóvenes que los hombres, tienen comportamientos de menor riesgo como, por ejemplo, no empuñar las armas. Por tanto, tienden a sobrevivirlos.

En condiciones de guerra, en las que ellos son los que más mueren, el número de viudas y de mujeres solas aumenta, creando para ellas, sus hijos y la sociedad en general una serie de situaciones particulares. Las consecuencias son bien conocidas en diferentes tiempos y culturas, ya que se nota un patrón constante de aspectos negativos y de consecuencias personales difíciles, destacándose el descenso de posición social y estrato económico, la pérdida de identidad, amplias restricciones relacionadas con la posibilidad de establecer un nuevo matrimonio, imposición de costumbres rígidas centradas alrededor del control de la castidad, la honra, el manejo de la propiedad y la autoridad sobre los hijos, lo que significa una marca o estigma y tener que vivir en las márgenes de la

sociedad. Por esto, la viudez no es solamente un estado civil, es una condición social que no siempre acaba cuando se contrae un nuevo matrimonio o se establece otra relación de pareja.

En este trabajo, cuando utilizamos la palabra *viuda*, nos referimos a un colectivo de mujeres que tienen en común la pérdida del compañero, aunque no siempre hubiera convivencia de manera permanente con el fallecido, y él no fuera el padre de sus hijos. Hasta hace unas pocas décadas, en Colombia se consideraba viuda a la mujer que perdía a su esposo legítimo, con quien estaba casada legalmente, no a su compañero en relación de unión libre —ni a la mujer que se hubiera casado de nuevo. A partir de la década de 1970, las figuras jurídicas y culturales relacionadas con el matrimonio y la familia comenzaron a cambiar; en consecuencia, el matrimonio formal y la unión de hecho se situaron en el mismo nivel en cuanto al reconocimiento de los hijos, la obtención de beneficios relacionados con la seguridad social y la transmisión de la herencia. Es decir, la ley reconoció, por fin, que en Colombia coexisten una variedad de estructuras familiares que se están reorganizando constantemente.

A pesar de la presencia constante de la muerte, en la actualidad son pocas las viudas colombianas que visten de negro riguroso en señal de duelo, costumbre que ha quedado sólo en la memoria de mujeres de generaciones pasadas y, tal vez, en algunas poblaciones pequeñas. Las tradiciones asociadas con el luto han cambiado de forma radical, por lo que son pocos los que notan las crisis que viven muchas familias. Este cambio tiene varias implicaciones positivas y negativas: el negro marcaba y separaba a quienes atravesaban por momentos de pesar y de dificultad; era una cierta manera de recordar a la comunidad que esas personas se encontraban en una situación de vulnerabilidad y pasaban por un estado de fragilidad emocional y, en muchos casos, económica, y que, por tanto, requerían de tratamiento especial. El anonimato en las sociedades urbanas modernas ha hecho que cada persona viva sus momentos de transición y sus tragedias en privado, sin la ayuda de la comunidad, el apoyo, con suerte, lo reciben de especialistas o profesionales, consultados en el secreto de un consultorio. Desafortunadamente, dadas las circunstancias de sus tragedias, muchas personas no tienen, siquiera, la oportunidad de lamentar a sus muertos. Así, por ejemplo, las mujeres que tienen a sus esposos desaparecidos y aun cuando hayan pasado los años viven con la

esperanza de que esté con vida en alguna parte, por lo cual no han podido elaborar el duelo para seguir adelante con sus vidas; o las desplazadas, también que sufren de duelos dobles, al tener que abandonar sus tierras y sus pertenencias, y que en la huída, tratando de salvar sus vidas y las de sus hijos, tienen que cargar a veces con sus muertos, buscar un lugar para enterrarlos y otro para comenzar una nueva vida.

Las restricciones más frecuentes que deben enfrentar las mujeres que han perdido a su esposo se relacionan con la posibilidad de contraer otro matrimonio, de heredar la propiedad del marido y de tener la custodia de los hijos. Además tienen otros problemas de desventaja social como las limitaciones al acceso a oportunidades de educación y de empleo, ya que en muchos casos no cuentan con programas de apoyo y de seguridad social. Más adelante veremos cuáles son los reclamos de las viudas al respecto.

1. ¿Por qué es importante estudiar la viudez?

La intención de este proyecto no fue la de abarcar sólo un aspecto asociado a la muerte, el del duelo, como se ha hecho por lo general, sino de examinar la viudez como una puerta de entrada al análisis de otros aspectos sociales, en un momento crucial de la historia colombiana. Por eso se resaltan otros aspectos pertinentes que van desde la identidad de género, pasando por las distribuciones de patrimonio, hasta los conflictos de interés y las emociones que hay entre los miembros de la familia del fallecido.

Aun cuando la viudez acaece a diario, y que en Colombia se agudiza por el alto número de hombres que mueren en hechos de violencia, o son desaparecidos, esta no ha sido objeto de estudio a profundidad. A lo que se añan las miradas de la antropología y de las ciencias sociales que definen y dan una identidad a las mujeres solo en relación con el hombre con quien se han casado y, por extensión, con su familia. Por lo general, la mención sobre las viudas se encuentra perdida en el estudio de las prácticas funerarias o de la repartición de la herencia. Sin embargo, aspectos fundamentales como los procesos de reorganización del hogar, la posibilidad y frecuencia de otro matrimonio y los métodos alternativos de supervivencia han sido poco trabajados y claman por ser estudiados con urgencia.

La literatura sobre la viudez ha enfatizado los aspectos negativos asociados a la pérdida de un ser querido y en el sufrimiento y la penuria; sin embargo, no siempre ha examinado factores relacionados con las estructuras sociales, los esfuerzos enormes que deben hacer las viudas por vivir el día a día, las estrategias que utilizan para ayudarse a transformar sus condiciones, la capacidad de resiliencia y la manera como la sociedad las ve. Algunas investigadoras (Lopata, 1995, 1987) sugieren que las viudas necesitan una combinación de varios tipos de sistemas de apoyo –económico, social y psicológico– que deben suministrarse directamente a las afectadas, en conjunto con programas comunitarios y nacionales. Dentro de esta línea, otras investigadoras examinan el proceso de luto y abogan por la creación de redes de recursos, apoyo y consejería, al mismo tiempo que se atienden los aspectos psicológicos y económicos (Owen, 1996; Al-

berdi y Escario, 1988; Silverman, 1986). Otros estudios tienen una orientación sobre todo psicológica, que desafortunadamente tiende a enfatizar los aspectos negativos del sufrimiento y las dificultades individuales, sin examinar los contextos sociales relacionados ni la utilización de recursos para superar una situación compleja y a veces no tan fácil de resolver. Dentro de estos trabajos cabe mencionar el de Fonnegra (1999), que da pautas para manejar el duelo, y, además, considera la situación especial que afronta el país. Algunas entidades se han preocupado por trabajar el duelo con grupos especiales como en el caso de la Fundación Omega que atiende a las viudas de la Policía nacional (Echeverría, 2002).

Los problemas asociados a la pérdida del compañero y las consecuencias personales adversas que resultan de esto se agudizan de acuerdo con la rigidez de las costumbres relacionadas con el luto y el duelo, entre las que están la posibilidad de contraer un segundo matrimonio, de heredar la propiedad del marido, tener la custodia de los hijos, acceder a oportunidades de educación y de empleo, y la existencia de programas de apoyo y de seguridad social.

Las consecuencias de esto repercuten a nivel nacional, pues por ejemplo si hay un alto número de viudas de la policía y del ejército recibiendo pensiones del Estado, se puede afectar el presupuesto nacional.

Las estadísticas de mortalidad nos muestran año tras año una gran pérdida de hombres jóvenes y de su capacidad productiva. Esto repercute en el bienestar del país, y produce un desbalance demográfico; así, por ejemplo, en Colombia ya hay más mujeres que hombres, lo que se complica con el extenso movimiento de personas dentro y hacia fuera del país. Todo esto nos muestra un panorama desalentador de aumento de miseria tanto de la del tipo físico como psicológico, en el campo y en las grandes ciudades.

Para entender las dinámicas de la viudez y ver cómo se entretrejen con otros aspectos de la estructura social, es necesario comprender cómo las ideologías y jerarquías de género estructuran los roles de la mujer tanto en el campo doméstico y privado como en el público, y cómo estos, a su vez, se relacionan con las condiciones socioeconómicas en las cuales están inmersas. Es decir, identifican cuáles son las opciones disponibles para las mujeres de diferentes estratos sociales, basadas no sólo en el acceso a los recursos sino en los roles que la sociedad ofrece a cada uno

de los géneros. Las mujeres en este estudio no han sido vistas con el lente tradicional de víctimas pasivas que aceptan un destino fatal. Ellas son actrices políticas, estrategas, negociadoras, pero no todas cuentan con los apoyos ni las habilidades necesarias para tener éxito en su nuevo rol de madre y padre, sacando adelante a sus hijos.

Este estudio muestra los comportamientos que las viudas adoptan para sobrevivir, para tener de nuevo algún tipo de tranquilidad en sus vidas, que les permita, por lo menos, soñar con un futuro mejor, o afrontar los problemas producidos por cambios violentos en sus vidas. Por tanto, analiza también las estrategias de organización colectiva que tienen como fin cambiar situaciones desventajosas y, en general, las relaciones desiguales de poder, según se manifiesten en la vida diaria y en las instituciones políticas y culturales.

El análisis de las narrativas sobre viudez, recogidas a lo largo de dos años (2001-2003), sirve, además, para entender lo relacionado con las prácticas funerarias y el uso aparentemente contradictorio de los discursos religiosos para encontrar apoyo, un nuevo sentido en la vida, desafiando el control institucional mientras se lucha en medio de la aceptación y el rechazo de ideologías patriarcales. El trabajo tiene como trasfondo las transformaciones de la familia colombiana en las últimas décadas, los cambios en la legislación sobre familia y seguridad social y resalta la entrada masiva de la mujer al sector laboral formal y la creación de nuevas estrategias de economía informal. La transición demográfica por la que ha pasado el país ha repercutido en los valores y las expectativas de la vida matrimonial, la crianza de los hijos y la planificación familiar, cambiando a su vez los roles del hombre y de la mujer en la casa y fuera de ella.

En este estudio se señala la necesidad de examinar la viudez no sólo desde una perspectiva psicológica, sino de su integración con el área más amplia de la familia, la organización de recursos domésticos, los patrones de unión marital, la legislación sobre los beneficios sociales, la redistribución del patrimonio, los rituales de la muerte y el derecho de familia. Todo esto, obviamente, en un contexto social que considere las principales causas de la viudez y las características sociodemográficas del grupo. A este respecto, este trabajo continúa con el camino abierto por los numerosos estudios que han florecido en la última década sobre género, mujer y familia en Colombia en el contexto del conflicto armado.

2. El regreso al dolor

La nostalgia nos propone el consuelo de un pasado dotado de sentido, para ofrecer un significado a la desaparición. Pero no basta la memoria incorpórea y difusa de la lengua. Es preciso quizás hacer encarnar en la escritura la memoria de la desaparición. Hacer germinar la intensidad del grito en las sonoridades tenues de la monotonía, de los hábitos del lenguaje. Llevar al lenguaje más allá de su espesor ceremonial, hablar a otra memoria ajena a las sonoridades familiares.

(Derrida, 1998)

Esta reflexión sobre la viudez y la violencia nos confronta con la brutalidad de la violencia que se ha vivido en la historia reciente del país a través de la memoria de las mujeres que perdieron a sus compañeros. El denominador común es la muerte de un hombre adulto, esposo y padre, en un hecho de violencia. Para las mujeres sobrevivientes que cuentan sus experiencias de pérdida, esta investigación ha significado en algunos casos proporcionar sentido a hechos que han transformado sus vidas y las de sus hijos por completo. Esto quiere decir, también, la confrontación, a veces por primera vez, con un abismo de emociones muy dolorosas. En esta mezcla de respuestas aparecen como constante las marcas del dolor y de la ausencia, sentimientos que trascienden el tiempo, la cultura y las ideologías. La muerte produce una serie de rupturas y daños irreparables pero ayuda también a crear solidaridades, uniones inesperadas y a que afloren fortalezas ocultas. Aunque hay reacciones asociadas a diferentes culturas y momentos históricos, las viudas colombianas exploran preguntas similares a las de otras mujeres en diferentes momentos de la historia, cuando se han visto lastimadas por las guerras.

Las reacciones a la muerte, sobre todo las de tipo emocional, están enmarcadas en la memoria. El paso inexorable del tiempo nos confronta con el conflicto entre los fantasmas y sombras del pasado; con las memorias que a veces es necesario eliminar o la *Damnatio Memoriae*, perdonar

o castigar, según sea el caso, y con la obligación de no olvidar las tragedias para que no continúen en la impunidad y para que no se repitan. La memoria es la manera de honrar a un difunto, a veces lo único que queda de alguien que ya no está vivo como legado para sus hijos. Evocar implica no sólo conmemorar sino revivir el pasado. Puede ser que en el proceso, con el tiempo, la memoria se vuelva selectiva y se añore sólo lo agradable, pero también puede ocurrir que querer mantenerla viva se transforme en sentimientos de odio y en sed de venganza. Su herencia es fragmentada y a veces soterrada, no siempre todo el mundo puede o debe conocerla.

Es importante identificar las voces individuales dentro del exterminio y la destrucción que ha vivido el país. Desde la antropología estamos presentando las voces de quienes han visto la violencia y cómo nos han transmitido esas historias, como una manera de comenzar a confrontar el trauma, no solo el personal sino el colectivo que ha desangrado al país. La magnitud de algunos eventos, hasta su dificultad en comprenderlos, bloquea la posibilidad de hablar sobre ellos y deja a las personas en incapacidad de ajustarse a sus catástrofes personales. Este trabajo ha sido parte de la búsqueda de consuelo, de solidaridad y de comunidad, de donde surge la necesidad de establecer una conexión, por lo menos en un dolor común, y de búsquedas de ayuda para otras personas que sufren traumas similares.

Es cada vez más frecuente ver la participación de mujeres en acciones colectivas para reconstruir sus vidas y las de sus hijos y para exigir su integración en los procesos de paz. Algunas organizaciones se han creado alrededor de intereses de género, procesos productivos e identidad étnica, en respuesta a la violencia y reclamo cuando hay violaciones de los derechos humanos (Tovar, 2000). Por lo general estos grupos hacen parte de organizaciones no gubernamentales (ONG), salen de ramas de grupos políticos establecidos o de organizaciones religiosas. Sus acciones han contribuido a crear o cimentar alianzas entre mujeres con diferentes orientaciones políticas, al igual que el fortalecimiento de ONG. Dos temas sobresalen de este esfuerzo: uno de ellos es la necesidad de incluir la viudez y la orfandad en los trabajos sobre derechos humanos, la guerra, el género y la violencia. Y el segundo, el requerimiento y la urgencia de atender a las víctimas de la violencia a corto y largo plazo.

En situaciones de guerra y desplazamiento forzado, las estructuras familiares de apoyo y supervivencia se destruyen y reorganizan, haciendo

que los roles de género cambien. Las mujeres que pierden a sus compañeros quedan expuestas a otros tipos de violencia. Así, por ejemplo, algunas veces tienen que continuar viviendo en sitios cercanos a los de sus agresores, o sufren de acoso y explotación sexual por parte de los actores armados o de hombres en situaciones de poder, tal y como lo describe el *Informe sobre violencia sociopolítica contra mujeres y niñas en Colombia* (ILSA, 2001). Una tragedia adicional, que tiene repercusiones psicológicas a largo plazo, es la imposibilidad de cumplir con los rituales funerarios y de duelo; ocurre con frecuencia que la viuda no puede reclamar el cuerpo de su marido para enterrarlo o reconocer públicamente que murió, pues su vida misma puede correr peligro o puede ser acusada de ser cómplice de algún grupo armado. Otras veces, como en el caso de los desaparecidos, las familias quedan en la incertidumbre total de saber si sus seres queridos están vivos o muertos. Otro problema es que muchas mujeres que viven en zonas rurales no poseen documentos de identidad ni escrituras ni certificados de matrimonio o nacimiento, lo que les dificulta la obtención de trabajo, el acceso a pensiones, beneficios sociales, ayuda humanitaria y reclamos sobre tierra o propiedades abandonadas por causa de la violencia.

El Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses presentó un estudio titulado “Las regiones del homicidio” (2001), sobre aquellas regiones donde la violencia ha sido endémica, como el caso del Magdalena medio –donde convergen la explotación petrolera y los cultivos de coca– y el caso del Urabá –concentrado en el eje bananero–. Esta publicación nos hace plantear una serie de preguntas relacionadas con los entornos sociales específicos de la violencia, los movimientos de migración y los procesos económicos de esas regiones. Lo mismo ocurre con otras áreas de Colombia, como en el caso del Putumayo y muchas otras zonas de la geografía del país, de donde provienen las viudas que nos han contado sus historias.

Como veremos más adelante, para muchas mujeres la violencia ha sido una constante durante todas las etapas de sus vidas. Abundan las narrativas de maltrato constante dentro y fuera de sus propias casas. Veremos las reflexiones que ellas mismas hacen sobre sus vidas de pareja, y los destinos que les han tocado o que ellas mismas han escogido. Sin embargo, antes de continuar es necesario hacer algunas aclaraciones relacionadas con los conceptos que se están manejando en este caso.

3. ¿A quién puede llamarse viuda?

Ha llegado el momento de hablar más en detalle sobre lo que significa la palabra viuda y sobre cómo las mujeres en este estudio se definen a sí mismas en relación con el compañero que perdieron, y con las nuevas relaciones que algunas de ellas han establecido. Saber quién es una viuda no siempre es fácil, pues la legislación colombiana reconoce también las uniones maritales de hecho, y concede iguales derechos a los hijos habidos dentro y fuera del matrimonio. No obstante, estas normas tienen algunas excepciones. Así, por ejemplo, el ejército, según nos informaron en la Fundación Matamoros, por definición acepta a los soldados sólo si declaran que su estado civil es el de solteros, con lo que se excluye la existencia de la unión libre para los voluntarios, ya que eso les impediría ser parte del servicio militar.

La cuestión del estado civil tiene serias implicaciones, que van más allá de las relacionadas con las obligaciones y derechos de los sobrevivientes. Significa también una condición social, es decir, cómo va a ser tratada una persona, teniendo en cuenta el vínculo con una persona fallecida, lo que en el caso de las viudas puede ser denigrante o discriminatorio, y hacerlas vulnerables a la explotación y el abuso. Una viuda no está casada ni es soltera completamente. Las normas sociales determinan comportamientos que pueden ser susceptibles de ser censurados, como en el caso de las restricciones y controles que mencionaron las viudas de militares. Además, entran en juego otras identidades, como la de madre o esposa de un hombre muerto. Si no se tuvo descendencia se cree que la esposa o compañera viuda no tiene los mismos derechos en cuanto no transmitió la línea paterna, y si hay dinero de por medio esto puede ser interpretado por los parientes como si no lo mereciera tanto, como la madre que perdió a su hijo, lo cual crea conflictos con la familia del fallecido.

No dejó hijos, ni conmigo ni con nadie. Incluso a mí me decían que pasara el extrajuicio para que me legalizaran como compañera, pero yo me sentí mal haciendo eso. No sé qué hubieran pensado de mí la mamá y el papá de él. Aunque económicamente no estoy bien y ne-

cesito, no me gusta hacer eso. Mi “suegra” dice que va a guardar la plata para la vejez de ellos dos. Yo me siento mejor ahora, con capacidad de trabajar y estoy en busca de un trabajo. Me siento con fuerzas para seguir adelante. La plata, pues sí es necesaria, pero ellos dicen que es para la vejez de ellos. Tampoco la pensión es mucho, pero me serviría. Allá a conciencia de ellos si me quieren ayudar, lo que necesito es conseguir un trabajo y seguir la vida. Pero me hace falta. Tantos gastos, tantas deudas que nos han quedado.

Para entender mejor quiénes son esas mujeres que pierden a sus compañeros es necesario oír lo que tienen que decir al respecto y cómo se definen ellas mismas:

La palabra viuda me recuerda que él está muerto, quisiera como saber que está vivo. Para mí se oye feo que me digan la viuda, porque como que no quisiera aceptar ese destino.

¿A cuál destino se refiere? Al de la miseria o al de la soledad, o tal vez al conjunto de los dos. Como viudas se identifican también algunas mujeres que sufrieron la pérdida de un hombre importante para sus vidas y la de sus hijos, pero que, aun cuando no siempre lo hayan superado, o haya transcurrido el tiempo necesario, ya han reorganizado sus vidas con otros hombres y con otros hijos.

Viuda es la persona que llega viuda y sigue viuda, porque si ya consigue compañero deja de ser viuda por la violencia. Pero yo llegué aquí, y si a mi compañero no lo hubieran matado, yo no estaría acá, yo no me hubiera desplazado. O si me hubiera desplazado, me hubiera desplazado con él, si no lo hubieran matado estaría con él. Yo quedé sola con mi hijo. El hecho de que yo viva con otro compañero ahora no quita que a mi hijo lo dejaron huérfano de padre. Porque él podrá ser mi compañero, pero no es el padre de mi hijo. Sí, se vive, pero de todas maneras él seguirá siendo huérfano de padre, porque a su verdadero papá lo mataron. Entonces, ¿por qué uno pierde la condición de viuda por la violencia? si de todas maneras yo fui viuda por la violencia. El hecho que yo tenga un compañero no me quita que eso me pasó a mí. A mi hijo lo dejaron huérfano por la violencia. El hecho implica tener algunos derechos, aunque eso es como simbólico porque en la realidad no se da.

Perder al compañero implica también un cambio en la identidad propia, un cuestionamiento de los roles, aunque prevalece, sobre todo, la identidad de madre, la obligación de cuidar a otros:

Yo, fundamentalmente, soy una madre. Sí, es como lo que más pesa en mí. Y bueno, compañera de un hombre que murió en la guerra.

Me pregunto, ¿soy viuda? Mi compañero, mi pareja, murió en combate. El proceso de duelo fue clandestino, muy doloroso, no hubo rituales. Nunca me consideré viuda. Aún, ¿no sé por qué?. Quizá, porque no hubo hijos, porque no nos casamos. Lo claro es que no tengo el estatus de viuda. Quienes fueron militantes de la organización no me ven como la sobreviviente de mi compañero. ¿Por qué? Tal vez por el tiempo de unión (cuatro años), porque después tuve otros compañeros, porque no era un hombre de la dirigencia, porque yo nunca fui considerada como 'la mujer de fulano', porque no hay hijos. ¿Por qué?

En ningún momento ella se nombra viuda, sino la compañera, o la mujer de... en presente, como si él estuviera por ahí en alguna parte. Solamente en el proyecto que el programa de reinserción desea implementar y en un programa de becas escolares y apoyo económico que se desarrolló, finalmente se nombran como viudas.

Ella se reclama tres veces viuda, de tres hombres diferentes: Paco (a quien amó pero con quien no vivió), Jaime y Pedro, su amigo, que no murió sino que la negó.

Por ahora, dice que su esperanza es que él no se haya muerto. Hace de cuenta que él está y que vuelve en cualquier momento. Por eso, no le gusta que le digan viuda, dice que se oye feo. Se siente sola. Antes se sentía segura, ahora tiene miedo a enfrentar la vida. Lo que más le duele, es que para la gente es como si nada hubiera pasado, todo sigue igual.

Creo que primero que todo yo tendría que saber exactamente qué es ser viuda o qué quiere decir la palabra viudez, porque tendría que

remontarme hacia si alguna vez me sentí casada. Es decir, como yo siento que muchas mujeres se sienten casadas; el marido vivo, obligándolas de pronto a hacer cosas. Yo nunca me sentí ni casada, ni viuda, porque no me casé pensando en tener un hombre que me mantuviera, mientras que cuando se murió dejó de mantenerme. Por supuesto que lo que podría llamarse matrimonio legal, fue cuando yo quedé embarazada.

Todos estos ejemplos ilustran las dificultades de una definición precisa, pues muestran que el grupo de mujeres que han perdido a sus compañeros no es homogéneo, y que ellas se definen a sí mismas y a las relaciones con sus compañeros de maneras diferentes. Por una parte existe una definición legal, que otras veces es social e incluso, personal, pues se basa en una declaración notarial. A esto se suma la sorpresa del insulto sobre el dolor, que algunas se llevan cuando se enteran de que el hombre que estimaban y consideraban muy íntegro, había dejado otras mujeres y otros hijos, que sólo aparecen en el momento de hacer reclamos de seguridad social, de derechos y de patrimonios.

4. Perfiles de las viudas

En el intento por abarcar los grupos más afectados por la violencia seleccionamos viudas pertenecientes a los siguientes grupos: desplazadas, ex combatientes o compañeras de personas que lo hubieran sido, de la policía y las fuerzas armadas, de clase media, compañeras de personajes de la vida pública nacional y de desaparecidos. No obstante, de inmediato nos encontramos con muchos problemas con esta clasificación: en el grupo de las desplazadas aparecieron con frecuencia personas que tenían conexiones o fueron acusadas de tener nexos con la guerrilla, y otras que huyeron después de alguna masacre en sus regiones como en el caso de Mapiripán en el departamento del Guaviare. Algunas viudas de policías se consideraban, ellas mismas, desplazadas, pues al morir sus compañeros tuvieron que abandonar el pueblo en donde estaban viviendo y se trasladaron a sus lugares de origen o a sitios donde tuvieran familia. Así mismo, muchas personas de clase media se vieron forzadas a abandonar sus lugares de residencia y a trasladarse a otras ciudades o países. La definición de desplazado no incorpora a este grupo. Con suerte, algunos logran adquirir la categoría de refugiados internacionales y a otros sus medios económicos y sus relaciones familiares les permiten una inserción laboral más fácil en las ciudades adonde llegan. No olvidemos que el sesgo de clase social debe ser tenido en cuenta, ya que en la policía, el ejército y en la guerrilla hay personas con diferencias marcadas de rango y de estrato social. Igual ocurre con los personajes de la vida pública.

El intento de incorporar representantes de los diferentes grupos afectados por la violencia y el conflicto armado, según el origen regional, la profesión o el grupo étnico, trajo consigo una serie de problemáticas, siendo difícil establecer límites. Por ejemplo, encontramos soldados y miembros de la fuerza aérea que murieron en accidentes mientras se desplazaban en cumplimiento de su deber por el territorio nacional; policías que habían muerto en hechos de violencia común, sobre todo ataques, no siempre dentro de su horario de trabajo. Hubo un caso, inclusive, en el que no era claro si había sido un suicidio, un accidente o un homicidio. Entre el grupo de mujeres indígenas que entrevistamos, una estaba

casada con un policía (no indígena), y varias de sus compañeras viudas no lo eran por el conflicto armado, sino por circunstancias de inseguridad en la ciudad o de riñas. No son pocas las familias que son un microcosmos de la realidad nacional, es decir, que entre sus miembros podía haber ex combatientes de la guerrilla, a veces convertidos en integrantes de la policía, con hermanos desplazados, miembros de grupos paramilitares, o con un familiar detenido por narcotráfico y con otro en el ejército, como en el siguiente ejemplo:

La entrevistada, compañera de un ex combatiente del M-19, tiene un hermano que fue inspector de policía en un pueblo del Cesar, tuvo que salir de allí por amenazas de los paramilitares que lo señalaron como auxiliar de la guerrilla y actualmente lidera una organización de desplazados.

Encontrar mujeres que han perdido a sus compañeros en hechos de violencia no es difícil, pues las hay de diversas procedencias; tampoco lo es ubicar a las familias de desplazados, cada día más visibles. Dos de las integrantes del equipo de investigación habían trabajado en la zona de Ciudad Bolívar, en Bogotá, donde conocían a representantes de programas de atención a familias desplazadas, por lo que con facilidad encontramos mujeres que nos contaron sus historias. Visitamos hogares de paso para desplazados, para policías y para soldados en otras zonas de Bogotá, donde pudimos conversar con algunas familias. Son muchos los rincones del país donde no es necesario buscar mucho para encontrar personas que tengan historias de violencia y que estén dispuestas a contarlas.

Aunque buena parte de los datos se recogieron en Bogotá, por diferentes circunstancias las viudas provenían de ciudades y pueblos de diversas regiones, o, como sucedió en algunos casos, estaban de paso por Bogotá, tramitando documentos relacionados con pensiones o indemnizaciones. Con el grupo de desplazados ocurrió algo similar, pues debido a las vicisitudes de sus trayectorias, sus familias terminaron asentadas en los barrios marginales de Bogotá, o estaban a la espera de que se les resolviera su situación de vivienda en albergues de la ciudad.

Completamos cincuenta entrevistas a viudas que habían perdido a sus compañeros en circunstancias violentas, no siempre aclaradas, algunas de ellas bajo investigación, y muchas aun en la total impunidad, por

lo que a seis de ellas las integramos en un grupo que llamamos “violencia común”, término que usamos en casos de violencia urbana en los que nunca se aclaró quién fue el agresor o el motivo específico, aun cuando a veces había razones suficientes para creer que era un motivo político, pues según se dijo podían haber estado involucradas las llamadas milicias urbanas. Dentro de las circunstancias de la muerte, según la memoria de la viuda, se citan dieciséis casos como muerte en combate, muerte en servicio en dos, atentado en cinco, muerte selectiva en uno, operativo militar en tres y asesinato en cinco. Nueve de estos cincuenta hombres desaparecieron, y sólo de uno se encontró el cuerpo. La mayoría de las muertes (cuarenta) ocurrieron después de 1990, y diecisiete de ellas son aún más recientes, después de 1998. Las diez restantes ocurrieron entre 1984 y 1989.

Con respecto a los grupos seleccionados para el estudio, según la ocupación del compañero y las circunstancias de la muerte tenemos los siguientes perfiles de entrevistas: pertenecientes a grupos insurgentes: diez; desplazadas: nueve; policías: doce; fuerzas armadas: nueve; personajes famosos: cinco; otras violencias: seis.

Quince viudas eran originarias de la ciudad de Bogotá, seguidas por ocho de los departamentos de Cundinamarca y Boyacá; seis provenían del Tolima, tres del Huila, cuatro del Valle del Cauca, tres de los Santanderes, dos de Nariño, de Atlántico, Caldas, Casanare, Cesar, Quindío y Risaralda, una de cada departamento. Además, había una que había nacido fuera de Colombia. El promedio de edad de las entrevistadas era de treinta y ocho años, hecho que tiene serias repercusiones económicas y sociales y que contrasta con la situación de las viudas en países donde hay poca violencia social, donde ellas son mayores de cincuenta años. La de mayor edad cumplió sesenta y seis años y la menor apenas había cumplido dieciocho. Veinticuatro de ellas estaban en el grupo de 30 a 39 años de edad, y siete tenían menos de treinta. Al considerar el tipo de unión al momento de la muerte del compañero, se encontró que treinta estaban casadas y el resto convivía en unión libre. En el momento de la entrevista cuarenta mujeres se identificaron como viudas, el resto no estaba segura, pues algunas ya habían comenzado algún tipo de unión o se definían como solteras. Entre todas las viudas tenían ciento cuarenta y cinco hijos, es decir, un promedio de tres por familia. La que más hijos

tenía quedó con ocho. El promedio de edad de los hijos fue de nueve años.

En relación con estrato social, determinado por los ingresos mensuales, el número y la edad de hijos y las condiciones y ubicación de la vivienda, se concluye que veintidós viudas pertenecían a un estrato bajo, con diferentes grados de pobreza; otras tantas se encontraban en estrato medio y una minoría de seis pertenecían, claramente, a un estrato alto. El estrato y la escolaridad de las viudas van a la par. Sólo dos viudas tenían estudios de postgrado, diecisiete tenían un grado universitario, treinta no habían terminado el bachillerato, y entre ellas once no habían terminado primaria, y dos de ellas no tenían escolaridad alguna. Esto se refleja en las ocupaciones que desempeñaban, y las opciones laborales que encontraban. Catorce se definieron como amas de casa y sólo doce se consideraban empleadas profesionalmente. De resto se ubicaban en la economía informal dentro de la categoría de oficios domésticos y como vendedoras y artesanas. El 45% de las viudas pertenecía a algún tipo de organización de apoyo, doce estaban vinculadas a la Fundación Matamoros, y las otras hacían parte de organizaciones comunales, políticas y religiosas.

5. Una cuestión de números

Es importante aclarar que no es objetivo de esta investigación desenredar las complejas dinámicas y patrones de la violencia en Colombia, que han cambiado incluso de un periodo presidencial a otro, aun cuando más adelante ofreceremos una breve contextualización que sirva de guía para entender mejor las problemáticas tratadas. Vale la pena aclarar que este estudio se realizó durante el gobierno del presidente Pastrana (1998-2002) cuando las condiciones políticas con respecto al gobierno actual y las negociaciones con los grupos al margen de la ley se centraron en la guerrilla, mientras que en el actual gobierno del presidente Uribe, las organizaciones de autodefensa han sido las protagonistas en las negociaciones. Sin embargo, desde ya resaltamos el hecho de que la violencia ha sido una constante en la historia del país, que hemos vivido diferentes violencias en distintos periodos, y que en el fondo en este fenómeno multidimensional han operado factores similares de tipo político, económico, ideológico y social, que han repercutido gravemente en la vida cotidiana de los ciudadanos y continúan reproduciéndose de generación en generación. Muchas de las condiciones sociales relacionadas con la tenencia de la tierra, la subsistencia diaria y la ausencia del Estado, factores que han propiciado estas violencias, no han cambiado. Dentro de la categoría de muerte violenta caben muchas modalidades de muerte que incluyen una variedad de actores, circunstancias, tipos de arma, y otros elementos que tienen repercusión política y que entran a hacer parte de estos hechos.

Lo más claro es que los hombres entre veinticinco y cuarenta y cuatro años continúan siendo, en su gran mayoría, las principales víctimas de homicidio, la máxima agresión a un ser humano, ya que le quita el derecho a la vida y priva a sus familiares de la presencia de un ser querido y de un aporte emocional y económico. Todas estas muertes son prematuras, tienen contornos particulares y consecuencias individuales y colectivas. Su costo en términos de productividad y de capital humano para la economía es altísimo para el país.

Se desconoce el número exacto de mujeres cuyos maridos han muerto en hechos resultantes del conflicto armado o de violencias rela-

cionadas. Tampoco hay datos oficiales precisos sobre civiles y personalidades de la vida pública que hayan sido víctimas de la violencia política. Las estadísticas, a veces contradictorias, presentadas por diferentes organismos, no siempre son confiables. En los medios de comunicación se habla mucho del aumento de las familias donde el padre está ausente, pero se establecen muy pocas conexiones con la guerra como causa de disolución familiar. Lo que sí está claro es que un número creciente de mujeres y niños víctimas sufren de las secuelas y el trauma de la violencia, reorganizan sus familias demasiado rápido creando situaciones propicias a la violencia intrafamiliar y recurren a la prostitución y a otras actividades peligrosas como única posibilidad de subsistir.

El esfuerzo por conseguir datos confiables relacionados con el número de viudas y huérfanos de la violencia fue difícil e infructuoso. Partimos de un dato inicial del Dane¹ donde según cifras del último censo, el número total de personas que declaran su estado civil como viudas es de 1'023.117, de las cuales el 80% (822.258) son mujeres y el 20% (200.859) son hombres (véase la tabla 1). Pero, desafortunadamente, estos datos no nos dicen nada sobre cuántos de esos hombres fallecieron en hechos de violencia. Para hacer un cálculo estadístico que dé idea sobre la magnitud del problema partiendo del hecho de que los datos que se consiguen a veces ni siquiera se discriminan por género o edad, no dicen nada sobre el estado civil y menos sobre el número de hijos de la víctima. De todas maneras las cifras son alarmantes (véase la tabla 2).

La falta de información específica sobre viudez nos llevó a buscar datos en diferentes fuentes con información aproximada, datos que son, obviamente, subestimaciones, ya que muchas mujeres tienen a sus maridos desaparecidos sin saber si están vivos o muertos, y otras están atemorizadas de ser identificadas como viudas o compañeras de integrantes de grupos al margen de la ley. Las cifras anteriores no incluían viudas de militares, de hombres pertenecientes a los grupos insurgentes, de personalidades de la vida pública y de civiles que se han visto involucrados en el conflicto armado en Colombia, o han sido víctimas del narco-terrorismo. Por otra parte, la impunidad en que han quedado muchos crímenes, y la incapacidad del estado para administrar justicia son factores que inciden en el crecimiento de la delincuencia común y de la violencia cotidiana. El director del Departamento Nacional de Pla-

¹ www.dane.gov.co

Tabla 1.

Estado conyugal de la población colombiana

	Total	Estado Conyugal [*]				
		Soltero	Casado	Unión libre	Separado Divorciado	Viudo
Total Nacional	23.335.162	9.360.104	6.851.203	4.801.891	1.081.392	1.023.117
Hombres	11.264.460	4.892.303	3.400.196	2.344.308	309.756	200.859
Mujeres	12.070.702	4.467.801	3.451.007	2.457.583	771.636	822.258

Las cifras oficiales muestran una disminución de homicidios en los años recientes. Por ejemplo, en el documento *Forensis 2004, Datos para la Vida*, publicado por el Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses, se menciona, que en ese año, en todo el país se registraron 18.888 homicidios que, comparados con los 22.199 de 2003, demuestran una reducción de 3.311 casos o (14,9% menos). Datos de la misma entidad en 1998 muestran 23.133 casos de homicidio. Aunque no sabemos que porcentaje de estos homicidios son el resultado del conflicto. Al examinar estas cifras en detalle se encontró que en la tasa de homicidios por cada cien mil habitantes, el primer lugar lo ocupó el departamento de Casanare (110,9), seguido de Valle (96,2), Risaralda (77,8) y Guaviare (76,9). De 4.291 homicidios cometidos en el Valle del Cauca en 2004, 2.176 ocurrieron en Cali, ubicando al departamento como el más afectado por la violencia. En las cifras del Dane, aparece una nueva categoría de clasificación de las defunciones llamada: "Intervención legal y operaciones de guerra, inclusive secuelas", en adición a la categoría de homicidio, ambas categorías donde los más afectados siguen siendo los hombres. Las razones de la disminución en las cifras de homicidios no están claras, y se podría argumentar que esto se debe a la Política de Seguridad Democrática del actual gobierno del presidente Uribe. Sin embargo, este mismo argumento no sirve para explicar otras cifras no tan optimistas, como en el caso de los delitos sexuales, que aumentaron en 25%. Mientras en 2003 hubo 14.239 casos, en 2004 la cifra aumentó a 17.912 (3.673 más). De ellos, sólo el 30% fue cometido por familiares y allegados de las víctimas, en su mayoría menores de 17 años.

Tabla 2.

Defunciones por causa externa, total nacional año 2003, por grupos de edad y sexo según lista de causas agrupadas**

Causa	Total	Hombres	Mujeres
<i>Agresiones (homicidios), inclusive secuelas</i>	24.995	22.850	2.120
<i>Intervención legal y operación de guerra, incl. secuelas</i>	368	342	26
<i>Eventos de intención no determinada, incl. secuelas</i>	2.128	1.696	421

* Fuente Dane. Población de 12 años y más censada en hogares particulares por estado conyugal, según departamentos y sexo.

** http://www.dane.gov.co/inf_est/poblacion/defunciones/defun2001.xls

neación señaló que las Farc, que desde hace varios años cometía la mayoría de los secuestros, ahora ha sido reemplazada por la delincuencia común, responsable del 26,8 por ciento de los plagios, comparado con 20,8 de la guerrilla (en el 2004). En 2003 se presentaron 2.200 casos de secuestros, 26,3% menos que en 2002 (2.986).²

Las cuentas del número de muertes a menudo se transforman en una medida trágica del significado de los eventos, y, según quien las lleve, pueden ser manipuladas hasta convertirse en verdades transformadas en odio, rencores o en algo simbólico. Desde este punto de vista, conocer los números exactos de personas, sobre todo de hombres que han muerto en hechos resultado de la violencia armada, puede ser moralmente obtuso. Sin embargo, alterar o presentar diferentes cuentas por alguno de los actores armados puede parecer perversamente irracional. Hay que tener en cuenta qué intereses tienen quienes distorsionan las cifras, o no las presentan. Así, por ejemplo, un ejército puede aumentar el número de muertos enemigos en combate con la idea de subir la moral de los soldados y dar una idea falsa de que está ganando la guerra.

En los principales diarios aparecen con frecuencia estadísticas de diferentes dependencias de las fuerzas armadas y de la Policía. Por ejemplo, el 4 de agosto de 2002 apareció una página entera en el diario *El Tiempo*, titulada “Cifras de la ofensiva”, resultado de las operaciones adelantadas por las fuerzas armadas entre enero de 1999 y julio de 2002. Las cifras incluyen tres gráficas con datos sobre “terroristas” de las Farc, de las autodefensas y del Ejército Popular de Liberación (EPL) puestos fuera de combate, lo que incluye las bajas contadas a partir de los cuerpos recuperados. Según estos datos, hubo 3.642 bajas en ese periodo. La información no está desglosada por género, edad o año. No se sabe ni cuántas mujeres ni cuántos menores de edad incluyen en este conteo. El diario *El Espectador* del domingo 4 de agosto de 2002 publicó una separata especial sobre el ejército nacional, en la que se menciona un nuevo grupo terrorista, “narcotráfico”, para un total de solamente cincuenta y un integrantes de la Farc abatidos en lo corrido de ese año. Las cifras de soldados y policías caídos en situaciones de orden público no se conocen públicamente. Después de numerosas llamadas y visitas a esas instituciones fue muy difícil obtener algún dato confiable.

² Fuente: DNP, División de Justicia y Seguridad.

Por otra parte, se ve y se escucha en las noticias, después de algún incidente horrendo, que rápidamente se acusa a algún actor armado; no obstante, semanas o meses después resulta que una investigación muestra que los culpables no eran esos acusados sino otros, como sucedió en el caso del siniestro collar bomba de Chiquinquirá, atribuido inicialmente a la guerrilla, pero después confirmado como un caso de violencia común. En los eventos de Bojayá de mayo de 2003 no es posible culpar a un solo actor armado, como se hizo en un comienzo. La población civil, en ese como en muchos otros casos, se encuentra sin buscarlo, en medio de los combates entre grupos armados ilegales, en este caso la guerrilla y los paramilitares. En 2000 varios niños resultaron muertos en Pueblorico (departamento de Antioquia) al parecer como resultado de una confusión. Mientras ellos se encontraban en un paseo escolar fueron acribillados por miembros de las fuerzas militares, quienes, según los informes de prensa, los confundieron con guerrilleros.

Reportar que una ciudad o un país es muy violenta o peligroso, tiene el efecto colateral de alejar a los turistas; por eso, las cifras no siempre se presentan a la prensa o se presentan “maquilladas”. Hay poblaciones a las que a nadie interesa contar o ver cómo las afectan los desastres. En Colombia, donde hasta hace algunos años ni siquiera había censos sobre la población indígena, otras poblaciones “olvidadas” y marginadas han corrido con la misma suerte. ¿A quién le interesa, por ejemplo, conocer el número de compatriotas indocumentados fuera del país, o el de mujeres colombianas detenidas como “mulas” o que salen a ejercer la prostitución?

Otro caso de discrepancia en las cifras es el de los desplazados, que varían según la entidad que las presente, y que se basan por lo general, en conteos de organizaciones humanitarias y religiosas. Por ejemplo según la Red de Solidaridad, entidad estatal en 2004 hubo 137.315 personas desplazadas y según Codhes: 287.000. Esto comparado a las casi 220.000 reportadas del 2003, significaría una disminución importante, según cifras de la Red. La metodología y las definiciones usadas por las entidades afectan la manera como se recogen los datos. La Cruz Roja Internacional presenta apenas las cifras sobre las personas que atendió en ese año, que fue de 67.763 civiles víctimas del conflicto (véase la tabla 3). Según la Red, una persona recibe atención por tres meses y deja de ser desplazada, mientras que Codhes acumula los datos. La Red de Solidaridad Social, entidad gubernamental encargada de prestar atención a la población des-

Tabla 3.

Personas desplazadas atendidas por la Cruz Roja Internacional en 2004*

4.1% Indígenas	7.8% Afrocolombianos
<i>Mujeres</i>	16.647
<i>Hombres</i>	14.325
<i>Menores de 18 años</i>	36.791
Mujeres Cabeza de Familia	3.288
Hombres Cabeza de Familia	404

plazada, reveló en su informe anual que durante el 2004 se desplazaron un total de 137.315 personas, algo que comparado a las casi 220.000 del 2003, significaría una disminución importante, según cifras de la Red.

El trabajo de hacer los cálculos finales corresponde a los historiadores, tal vez muchos años después de que hayan ocurrido los eventos, aunque también la historia se ha encargado de ocultar o revelar, según sea conveniente para quien la esté escribiendo, las cifras vergonzosas. Por otra parte, hay también incentivos económicos para alterar o maquillar las cifras, ya sea para que parezcan mayores o menores, pues los datos negativos afectan el comercio, el turismo y la confianza que tengan la ciudadanía en sus gobernantes.

Algunas veces no es la agenda de nadie, sino la magnitud del evento o de la tragedia misma lo que impide realizar algún cálculo sobre la destrucción, ya que tal vez es necesario calcular el número de sobrevivientes y de heridos para dar atención inmediata y para efectos de pólizas de seguros. Por ejemplo, luego de los hechos del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, la prensa reportó inicialmente a más de trescientos colombianos, trabajadores del World Trade Center, como desaparecidos; sin embargo, los empleados del consulado más los esfuerzos de la Cruz Roja llegaron a la conclusión final de que no habían muerto más de veinte personas.

* <http://www.icrc.org>
Información estadística acerca de la asistencia brindada por el CICR a la población civil colombiana afectada por el conflicto.

La singularidad de un evento o su horror no deben ser medidos sólo en términos de las cifras. Las masacres, por ejemplo, ocurren a diario y a casi nadie parece interesarle saber cuántas han ocurrido en un mes o un año. Una sola que ocurra en una región o el rumor de que va a suceder algo espantoso es suficiente para producir el pánico entre los pobladores y desplazar a muchas personas. Las estadísticas poco afectan el sentido de la violencia, especialmente si la vemos en forma cruda a diario en la televisión. Sin embargo, ayudan a justificar otros hechos de violencia y a tergiversar el impacto de los hechos.

Más que una cuestión de estadísticas es una cuestión moral. No son necesarias las cifras exactas, que nadie tiene en el momento, para saber que en los hechos de violencia mueren más hombres que mujeres. Esto puede constatarse en cualquier noticia en la que se mencionen los nombres de los muertos. Lo único que se sabe con certeza es que ha muerto mucha gente, demasiada, tal vez más de lo que cualquiera pueda soportar.

Ahora bien, conocer las cifras ayuda a hacer visible a una población que ha estado oculta, como la de las viudas de la guerra. Tenemos la certeza que existen, pero no las vemos ni las sentimos presentes, por lo cual es como si no existieran. Es difícil saber cuántas son, pues no podemos asumir que un hombre muere y deja una sola viuda, ya que con cierta frecuencia deja dos o tres. Entre los policías y los soldados, hombres que por su profesión tienen sus vidas en mayor riesgo, y que son trasladados periódicamente de una ciudad a otra, es común encontrar varias mujeres ligadas afectiva y económicamente al mismo hombre.

Otro caso es el de los huérfanos que a veces empiezan a rodar de casa en casa, o que finalmente llegan al Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF). A veces languidecen por años en las instituciones, o son dados en adopción apresuradamente, como ocurrió en la confusión que se creó después de la tragedia de Armero en noviembre de 1985. Los huérfanos a veces encuentran más rápido el camino para unirse a los grupos armados o a las pandillas urbanas.

6. ¿Cómo respondemos a los actos de violencia?

Este estudio brinda elementos para entender las respuestas de las mujeres y de sus hijos a hechos de violencia extrema, de desarraigo y de dolor. Algunas personas quedan inmovilizadas hasta que el peso de la realidad de lo que acaba de ocurrir les cae encima para dar nuevo sentido a sus vidas. Otras, sobre todo las mujeres con hijos pequeños, deben enfrentar la realidad de la ausencia y empezar las responsabilidades domésticas que recaen sobre ellas solas. En la mezcla de respuestas hay similitudes en lo que se repiten a diario y en la emoción, que trasciende el tiempo, la cultura y los desastres.

Hay formas específicas de reacción, propias de cada cultura. Aunque cataclismos como Hiroshima, el holocausto judío o cualquier otro genocidio tengan respuestas intelectuales y artísticas diferentes, es sorprendente ver las similitudes, y el planteamiento de preguntas similares, aun cuando desde diferentes perspectivas. En Colombia el trabajo artístico, que de alguna manera ha servido de catarsis, se ha visto reflejado en la música, la poesía, la pintura, la danza y el teatro. En la raíz de las múltiples expresiones y reacciones se encuentra la memoria, sobre todo el conflicto entre lo que se va borrando en la niebla del pasado y la necesidad de recordar los hechos para que no vuelvan a ocurrir. A veces es necesaria la distancia, para que la fuerza de las emociones no interfiera con la memoria y para explorar los profundos sentimientos que pueden aflorar sin mitigarse, como la rabia y la amargura, para que no se transformen en otros sentimientos más negativos aún como la venganza. No siempre el tiempo sólo sana todas las heridas. Hay muchas personas que están en urgente necesidad de una guía para entender sus sentimientos y así poder reconstruir sus vidas, seguir adelante y comenzar la búsqueda por la justicia y la reparación, por respuestas y por consuelo en la creación de nuevas comunidades, es decir, tener la oportunidad de resolver la necesidad humana de buscar conexiones de afecto y de vivir en paz.

Muchas personas sólo pueden manejar el trauma en una escala más amplia cuando hay una cara y un nombre. Muchos de los masacrados quedan en el olvido como un NN más. Una sola muerte es una trage-

dia, muchas son simples estadísticas. Esta es también la gran aflicción de los familiares de los desaparecidos, solo cuando haya un cuerpo puede comenzarse el duelo; se tiene derecho a la dignidad de los rituales y a poner un término necesario al sufrimiento emocional.

7. El estrés postraumático

Los incidentes terroristas y la violencia dejan cicatrices más profundas que los desastres naturales –donde no siempre hay rencor– porque dejan la sensación de que hay algo muy terrible en los seres humanos, de que no hay un mundo seguro para nadie. Los que logran sobrevivir se sienten muy culpables de estar vivos, o acusan, por lo general sin justificación, a aquellos que no tuvieron la culpa. Si a esto se suma la impunidad, es muy difícil sanar las heridas y la gente puede querer tomar la justicia por sus propias manos. Podría pensarse que en una nación como Colombia, donde supuestamente la población está acostumbrada a convivir a diario con la muerte violenta se ha creado una especie de callosidad y endurecimiento a las penurias que viven otras personas.

Haber sufrido en carne propia o haber sido testigo de los horrores de la guerra es una experiencia que marca, deforma y transforma a las personas de maneras diferentes. Para algunos esto significa revivir el momento del trauma durante el resto de sus vidas, con la angustia y la perturbación que dejaron los eventos vividos. Para otros, sus memorias pueden desaparecer por completo, entrando en una amnesia paralizante. Es común, como en el caso de muchas viudas entrevistadas, que todos los síntomas se resuman en una sola palabra: “nervios”.

Pero este término, “nervios”, se utiliza ampliamente e incorpora diferentes sintomatologías. Las víctimas de estos padecimientos deben ser puestas en contacto con un mundo social que les ofrezca cuidados y que se interese por su situación, precisamente, en el momento en que perciben el mundo como oscuro y peligroso. Ya se ha hablado de las complicaciones que tienen los duelos cuando están afectadas por circunstancias traumáticas, como, por ejemplo, en el caso del homicidio, de una masacre o de otro evento que amenaza, además, la integridad de los sobrevivientes. Fonnegra (1999) ha trabajado con pacientes afectados por duelos muy intensos como resultado de la situación de orden público que se vive en nuestro medio, y relata cómo el estrés postraumático se manifiesta por medio de “la intrusión repetitiva de imágenes y recuerdos trágicos y del incremento de algunas respuestas fisiológicas, de hiperactividad o de pa-

rálisis” (p. 41). Estos duelos ya no afectan a una sola persona, sino a poblaciones enteras; y se relacionan con el aumento de desprotección y vulnerabilidad y de patologías como la depresión severa, el alcoholismo y la violencia intrafamiliar.

El interés científico en los traumas que deja la guerra surgió a partir de la primera guerra mundial, se intensificó con el estudio de las víctimas del holocausto y más tarde con los comportamientos agresivos y extraños que presentaban los ex combatientes de la guerra del Vietnam. En la década de 1980, los estudios se reactivaron, esta vez en Latinoamérica, debido a la preocupación sobre el impacto de la represión política, la desaparición forzada y la tortura por parte de funcionarios en países como Argentina y Uruguay y, más recientemente, en Centro América. Uno de estos trabajos es el de Munczek (1996) en Honduras, quien resalta como el impacto de las experiencias traumáticas se manifiesta de maneras diferentes según la edad, el desarrollo y el género. Así, por ejemplo, los niños entre siete y diez años parecen sufrir un impacto mayor que los que han atravesado la pubertad, al impacto que puedan sufrir los más pequeños. Las secuelas más profundas suelen ocurrir en el área de los afectos manifestándose en angustias exacerbadas, ansiedades, fobias, depresión y sensación de abandono. La misma investigadora señala la importancia de que el menor tenga a su lado una persona adulta que le ayude a soportar la intensidad de su pérdida, le ofrezca apoyo, lo reconforte en su aflicción y le explique los eventos de manera comprensible. En el caso de la pérdida del padre es aún más difícil, pues la madre no siempre está en las condiciones adecuadas para ofrecer el apoyo que sus hijos necesitan, pues ella misma está atravesando una etapa a veces incomprendible y para la que no tiene respuestas.

En suma, este libro se centra en mostrar los diferentes aspectos relacionados con la pérdida del esposo y del padre, tal y como los han sufrido mujeres de diferentes condiciones sociales y afiliaciones políticas. Las viudas, aunque por lo general se ubican en el campo de las víctimas, reflejan solo un aspecto de la relación de las mujeres con la guerra. En ningún caso pueden verse como pasivas, pues están siempre activas tratando de resolver sus problemas, de ofrecer lo mejor que pueden a sus familias, enfrentando un mundo hostil y a la vez buscando y construyendo caminos hacia la paz. No debe olvidarse que algunas de ellas también pertenecieron a grupos armados. Para entender mejor su situación y an-

tes de entrar en materia debe hacerse un recuento minucioso de los detalles metodológicos y éticos del trabajo, y, además, mostrar el contexto político del que salieron las mujeres que gentilmente participaron en este estudio. Por otro lado se presentará un perfil con las principales características sociodemográficas de las viudas y de sus familias, como preludeo a las voces que se escucharon en las narrativas contadas por ellas mismas sobre sus experiencias de viudez.



PRIMERA PARTE





Etnografía con lágrimas

Mucho se ha escrito en las dos últimas décadas sobre los dilemas que confrontamos al hacer etnografía, sobre todo la manera como la práctica antropológica mueve y sacude los bordes entre el “yo cultural” de la persona que investiga y el “otro”, es decir, la persona investigada. De igual manera se ha llamado la atención acerca de la naturaleza de la relación entre quien investiga y quien es sujeto de esa investigación. Se supone que al estudiar grupos étnicos diferentes al nuestro o comunidades de personas subordinadas y sin poder, esos “otros” nos ayudan a mantener una identidad como antropólogos. Además de esto, existe la convicción de que no podemos ser objetivos cuando estudiamos nuestra propia cultura, y que por ser de fuera de la comunidad vemos y entendemos comportamientos que se hacen y se dan por hechos.

La antropología tradicional, por su parte, nos recomendaba vivir como los nativos, participar, observar y mantener la distancia que nos permitía “una mirada científica”, sin llegar a tener ningún papel activo en otros aspectos de la comunidad. Geertz (1979) ofreció luego un modelo hermenéutico que sugería interpretar la cultura desde el punto de vista no del científico, sino del nativo. Habló también de “descripciones densas” y del antropólogo como autor de textos. Esta posición teórica fue criticada como la construcción del punto de vista de un nativo construido por un etnógrafo. Varios autores identificados con la corriente postmoderna, como Clifford, Marcus, Fischer, Cushman y otros académicos provenientes de la Universidad de Rice, en Texas, publicaron a mediados de la década de 1980 varios textos en los que intentaban, entre otras, restaurar la autoridad de los textos etnográficos (Clifford, 1986), presentando un nuevo paradigma, ya no de experiencia e interpretación, sino de dis-

curso, diálogo y polifonía. Se habla de la experimentación en la escritura de textos etnográficos, polivocalidad, verdades parciales, verdaderas ficciones, retórica, política, poética y poder, entre otras cosas. Se recomiendan las metodologías de la lingüística y del análisis literario, de la voz narrativa y del posicionamiento.

En su texto "Aflicción e ira de un cazador de cabeza" Rosaldo (1989) hace una nueva propuesta de análisis social, en un ejercicio de reflexión centrada en sus propias emociones frente a la muerte de su esposa durante el trabajo de campo en las Filipinas. Esa experiencia re-posicionó al autor e hizo que desde esa nueva posición o situación estructural tuviera un nuevo ángulo de visión, para que entendiera la aflicción, transformada en ira de los cazadores de cabezas.

Un poco antes Danforth (1982), en su trabajo sobre la muerte en Grecia, ya había reflexionado sobre cómo mediante las lágrimas que había derramado en un funeral pensando en su propio hermano, en respuesta a los lamentos que oyó de las mujeres frente al cuerpo de un hombre que acababa de fallecer, no sólo había logrado establecer un puente entre él y los "otros", sino que había dejado de trivializar la muerte como algo folclórico para encontrarle un significado filosófico más profundo. Por su parte, Paul Roth (1989) considera esta experiencia argumentando que las lágrimas son las que en ese caso llenan el espacio entre el yo y el otro. El autor se expone a sí mismo, lo que lo certifica para exponer a otros. La representación del trabajo de campo es, según esto, lo que legitima y da autoridad a lo que se dice sobre los otros.

Este discurso antropológico del "otro" ha sido criticado por la teoría feminista (Bell, Kaplan y Karim, 1992; Abu Lughold, 1990), argumentando que ese otro también incluye a "la otra," quien es también subordinada y colonizada, con lo que se descentra la autoría masculina, forzando a que la disciplina se vuelva reflexiva y muestre, a la vez, la forma como se produce el conocimiento y como se representa esa experiencia. Por otra parte, la etnografía ha llamado la atención a las diferencias y similitudes entre quien hace etnografía y las personas que son sujeto de esta. Es claro que hay muchas diferencias de clase, educación, grupo étnico, edad y género, pero, ¿de qué manera el trabajo de campo nos ayuda a trascender esas diferencias? Pensar en todo esto es provocativo y presen-

ta un reto, pues nos lleva a cuestionar cuál es nuestra posición como mujeres que tratan de entender una verdad parcial sobre el conflicto colombiano, pues sólo estamos mirando la parte concerniente a otras mujeres que han perdido a sus compañeros en actos de guerra y de violencia. Como dice Clifford (1986), todas las verdades etnográficas son parciales, comprometidas, e incompletas. Tanto la discusión posmoderna como la feminista nos apremian a tomar una posición, que en nuestro caso es ventajosa, vulnerable, ambigua y peligrosa a la vez.

Al examinar nuestra posición como antropólogas que estudian un aspecto de nuestra propia sociedad, vemos cómo los bordes entre el yo y el otro desaparecen en algunos momentos y se reconfiguran en otros. Los dilemas que nos confrontan son diferentes a los de quienes hacen etnografía en lugares exóticos o en locaciones diferentes a sus sitios de residencia habitual. ¿Será que ser una antropóloga nativa permite una posición privilegiada para recoger datos etnográficos sobre la viudez y para interpretarlos a la luz del conflicto armado, de manera diferente a la que tendría un hombre extranjero e, incluso, colombiano? ¿Qué ventajas o importancia puede tener esto? ¿Qué distancia podemos tener de los que estudiamos de la cultura de que somos parte y de la violencia que vivimos a diario? ¿Qué implicaciones teóricas y políticas puede tener esto?

¿Cuál es el otro, o, en este caso, la otra, que se va estudiar cuando estamos inmersos en la realidad de la guerra, entre personas de la misma cultura, cuando uno de mis primos, que era miembro de las fuerzas armadas, muere en un combate con la guerrilla, cuando el campo que fue de mis antepasados está sembrado de minas, cuando mis compañeros de universidad estuvieron detenidos por ser parte de grupos insurgentes, cuando una investigadora de este proyecto, que fue ex combatiente, se cuestiona las relaciones con los hombres que perdió, su pasado y su futuro a través de las narrativas de otras mujeres guerreras, y cuando los reinsertados de los grupos de paramilitares son mis vecinos? ¿En qué momento podemos acabar el trabajo de campo y regresar a nuestros hogares? Esta es realmente una posición difícil que presenta retos particulares que precisan ser documentados.

Desde esa posición no se puede escribir una antropología sin lágrimas; lágrimas que ciertamente tienen un significado epistemológico pro-

fundo. En este caso, este trabajo es el resultado de una “etnografía con muchas lágrimas”, por lo menos no de la manera propuesta por Roth (1989): nuestras lágrimas son reales, por nuestros seres queridos desaparecidos, por los de las mujeres que perdieron a sus compañeros, por esos hombres, por los colegas asesinados y por la destrucción de nuestro país. En sus tres confusiones en los argumentos posmodernos sobre los textos etnográficos, Roth nos habla de la auto-presentación, de la confusión al identificar la posición autorial con el análisis reflexivo y la confusión entre la representatividad política con la epistemológica. Nuestra presentación y visibilidad como investigadoras nos sitúan dentro del texto sin intentar componer una etnografía centrada en la autora principal de este documento, sino en las voces de las mujeres que han sufrido la muerte de sus compañeros y las de las investigadoras que participaron en la recolección de los datos. La voz, como dice Strathern (1989), en los comentarios que hace al texto de Roth, es una metáfora, no para quien hace etnografía, sino para lo que se hable, suene y se oiga, además, continúa Strathern (565), “el problema no es cómo llora uno, sino cómo escribe sobre esto después”.

En nuestro caso las lágrimas no son una metáfora, son reales y presuponen la coexistencia de muchos “otros” dentro del mismo marco de lo que se llamaría una cultura en una sociedad dividida en clases sociales, en regiones y en subculturas. O, como dice Povrzanovic (1993), una antropóloga que vive y escribe sobre la guerra en Bosnia, “el otro para mí es una persona con una experiencia de guerra diferente a la mía”. Por eso aconseja que tengamos claros los límites de nuestra posición desde adentro de la guerra, lo que a la vez nos permite hacernos visibles en nuestras etnografías. Dentro de esta misma línea se encuentran el volumen editado por Nordstrom y Robben (1995) *Etnografía bajo el fuego*, en el que varios autores reflexionan sobre lo que significa hacer trabajo de campo en zonas de guerra, y el análisis que en diferentes obras hace Begoña Aretxaga, como vasca sobre el conflicto vasco, o sobre el conflicto irlandés.

Visibilizarnos significa también hablar de género, que es otra manera de agitar la frontera entre el yo y el otro, como lo aseguró Abu Lughold (1990), quien habla desde su posición de mujer *halfie*, mitad egipcia y mitad académica de Estados Unidos. Tanto la antropología tradicional

como la posmoderna han sido criticadas por no tener en cuenta el género en el trabajo de campo, ni por incluir los textos de etnógrafas destacadas como ejemplos de escritura experimental. Se trata también de considerar la importancia del género en el trabajo de campo, la manera como este se intersecta con la clase social, y la etnicidad, es decir, con otros aspectos del yo de la persona que hace etnografía. Las voces de las etnógrafas nativas, sus ejercicios en reflexividad, sus textos y el privilegio de su perspectiva parcial no han resonado todavía en los medios académicos del norte que determinan los dogmas antropológicos y definen lo que consideran “objetividad.” Son pocos los trabajos que nos permiten un vistazo al impacto de las emociones que tenemos frente a nuestros sujetos de trabajo y cómo describimos esto en las etnografías. Por eso, en las páginas que siguen ventilaremos nuestras emociones y exploraremos la complejidad de hacer etnografía desde adentro del dolor y de la muerte, y de narrar y escribir como mujeres y antropólogas. Más que un ejercicio terapéutico, tanto para ellas, como para nosotras, estamos presenciando un cambio de identidad producido por la experiencia del trauma que nos ha marcado a ambas y ha cerrado la distancia que nos separaba.

1. La puesta en escena de la entrevista

Además de los retos en la escritura de textos etnográficos, la teoría antropológica feminista nos ofrece una epistemología y una metodología que nos ha sido muy útil en este caso, pues está centrada en la historia oral (Anderson y otras, 1990). Este estudio sobre la viudez se hizo con una población exclusivamente femenina, reflejando una condición particular de la mujer, tanto en tiempos de guerra como de paz. Se partió de la idea de que para entender mejor lo que ocurre en la sociedad colombiana y analizar el impacto de la violencia es necesario conocer con profundidad las vidas de las mujeres que se han quedado sin sus compañeros y ver cómo resisten y se adaptan a las nuevas circunstancias bajo determinadas condiciones sociales y culturales; en otras palabras, entender cómo se construye un yo individual y una identidad de acuerdo con lo que una cultura y una sociedad ofrecen en determinado momento. Esto fue lo que se obtuvo de cada una de las narrativas sobre la viudez recogidas a lo largo del estudio, que se presentan en la segunda parte de este libro, luego de ser analizadas convirtiendo sus palabras y sus emociones en documentos valiosos y únicos, ya que son representaciones de situaciones vividas, experiencias particulares de género, estampas de una situación de dolor, pero que en su conjunto son el reflejo de una experiencia colectiva que ha tocado todos los rincones del país y diversas épocas de su historia. Por eso, es importante mencionar detalles acerca de cómo se entró en contacto con las viudas, cómo fueron los encuentros, qué tipo de interacciones hubo, qué lenguajes se expresaron y cuáles fueron los comentarios y cuestionamientos que las preguntas hechas por las investigadoras generaron en ellas y que reacciones produjeron sus respuestas en éstas.

La investigación privilegió el uso de las historias de vida como documentos subjetivos, para entender cómo ve cada una de las participantes su propia vida y cómo puede obtenerse sentido de las limitaciones culturales y los caminos que tienen abiertos en las sociedades contemporáneas, y, en este caso específico, bajo las circunstancias difíciles y desorganizadoras que produce la muerte. Muchas veces los términos historia de vida, autobiografía o narrativa oral se usan como sinónimos. La historia de vida es un documento oral extenso sobre la vida de una persona, que luego se

edita y escribe como si fuera una autobiografía. Las narrativas orales incluyen muchas clases de documentos, que van desde historias de vida formales hasta entrevistas enfocadas en un aspecto, como, en este caso, la viudez, y a toda clase de documentos que hablen sobre experiencias personales (Geiger, 1986).

Optamos por las narrativas orales ya que revelan de manera clara la relación entre experiencia y conciencia, y permiten ver el hecho de que la conciencia no es sólo el acto de interpretar, sino de construir el mundo social. Las preguntas que surgen son, ¿hasta qué punto y bajo qué condiciones las situaciones de desventaja y estigmatización resaltadas por muchas está internalizada, se asume como un hecho o es vista como problemática? Y, ¿a partir de qué momento en esta reflexión se cuestionan su identidad como mujeres independientes, algunas ligadas aún a una persona que falleció? Las entrevistas y a su vez la creación de narrativas ayudan a la formación y toma de conciencia sobre un estado o una situación específica. Después de las conversaciones sobre la viudez, que son una intervención en el diario transcurrir de sus vidas, ellas comienzan a verse de manera diferente, con un antes y un después de los eventos de violencia que resultaron en la muerte de sus compañeros. Hablar sobre este acontecimiento tan importante, que produjo una ruptura en sus vidas, implica una racionalización del pasado que lleva a repensar el presente y que contribuye a crear un nuevo sentido de identidad personal con respecto a un nuevo estado. La magnitud de los eventos y las circunstancias que rodearon dicho acontecimiento no siempre hace que se vean como víctimas, como algo que les haya ocurrido a ellas porque sí, sino que también les permite comenzar a ver sus vidas de manera diferente, cambiando su sentido de autoestima, proyectándose de otra forma en el futuro. Es, igualmente, una lucha para entender eventos que están fuera de su control, pero que pueden enfrentarse con las herramientas que se tengan alrededor. Por esto, sus voces necesitan ser escuchadas, porque son un paso en el camino de aceptación y reconciliación, parte de un proceso de duelo, no siempre comenzado ni terminado, y porque ellas mismas creen que si otras mujeres se ven en situaciones similares podrán tener una guía y una orientación que les indique cómo resolver los problemas nuevos que deben confrontar.

En este caso, la manera como se presentan las viudas tiene que ver con la posición de las mujeres como subalternas, acomodadas a los este-

reotipos de dependientes, pasivas, sumisas, estereotipos que, a la vez, les impiden reconocer sus fortalezas como mujeres independientes. Las entrevistas les permiten articular sus propias experiencias y reflexionar sobre el significado de lo que han vivido, lo que les posibilita entender mejor los aspectos a los que dan mayor valor, así como los significados de las acciones personales. Todas tenían una historia para contar en la que se entremezclaban el dolor, la rabia, el miedo, el valor, la resiliencia y la superación.

Los datos se recolectaron y analizaron con la colaboración de cinco antropólogas interesadas en género, muerte y guerra, con diferentes grados de entrenamiento y experiencia. Dos de ellas eran jóvenes investigadoras, estudiantes de antropología en semestre de tesis. Se establecieron contactos con organizaciones humanitarias, estatales, ONG, asociaciones de mujeres y de víctimas de la guerra, y luego se seleccionó y entrevistó a las viudas. En el análisis se incluyeron también los datos recolectados con la colaboración de cuatro estudiantes de último semestre de psicología de la Universidad Javeriana durante sus encuentros de terapia sistémica con viudas de la policía en el transcurso de dos semestres. Los datos etnográficos se complementaron con una minuciosa revisión estadística, bibliográfica y de archivos de prensa.

En la literatura sobre investigación social y en los libros de texto sobre metodología se nos orienta a mantener la distancia sobre quien pregunta y quien responde, en elaborar las preguntas de la mejor manera y en no dirigir las respuestas. También se habla bastante sobre si el género de la persona que hace la entrevista puede afectar el tipo de respuestas obtenidas, ya que se argumenta que los hombres y las mujeres tenemos acceso a diferentes dominios de la cultura; por eso se dice que siempre habrá aspectos que no podrán ser conocidos fácilmente por alguien del género opuesto al que se está trabajando (Bernard, 1988). Lo mismo puede decirse de una persona joven o de una vieja, de una soltera o de alguien que pertenece a otro grupo étnico o nacionalidad. Son barreras invisibles que existen y que a veces son muy difíciles de franquear para construir un mejor *rapport*, es decir, una relación armónica, cordial y más correspondiente entre quien entrevista y quien responde las preguntas, y, así, ganar más confianza y respeto entre ambas partes. ¿Hasta qué punto la presencia de un hombre en el equipo hubiera dado resultados diferentes? No tenemos manera de saberlo en el momento. En socie-

dades estrictamente segregadas por género es muy difícil la interacción entre hombres y mujeres, por lo que se requiere que la persona que entrevista sea del mismo sexo. Debe tenerse en cuenta también que en las conversaciones hay temas que son vedados, como el sexo o la muerte. Precisamente, este de la muerte afecta de manera diferente a los hombres y a las mujeres, y ellos se ven confrontados con su propia mortalidad y con las posibilidades de que esto ocurra. Nosotras también cuestionamos nuestras posibilidades de quedarnos viudas, y por eso nos sentimos más cerca de ellas. Así mismo, nos fue permitido involucrarnos en sus vidas y compartir nuestras lágrimas. No se trata sólo de llorar por verlas llorar a ellas cuando hablan de sus muertos. Como investigadoras que vivimos en un país afectado por la violencia también hemos vivido de cerca experiencias de muerte, ya que conocíamos personalmente a víctimas de homicidios o a muertos en combates o teníamos familiares y amigos que en algún momento fueron parte de las fuerzas armadas o de la guerrilla, es decir, que cada una de nosotras llegó con su historia personal frente al conflicto. Hemos encontrado, en estas narrativas, sin buscarlos, los secretos de personas amigas de parientes o conocidas en otras circunstancias. Tal vez ha llegado el momento en que los hombres se preocupen por temas que han sido asociados a lo femenino como el de las emociones y el de derramar lágrimas. Pero es solamente un raro momento de aflicción como el de Rosaldo, el que lo hace reflexionar sobre esto. Pocos hombres pierden a sus esposas en los conflictos.

Aun cuando en las fuerzas armadas cada vez hay más mujeres, la tendencia sigue siendo a que ellas ocupen cargos administrativos, en oficinas, que las alejan de los operativos militares y de las situaciones de orden público. Entre los grupos armados, sobre todo en la guerrilla, se advierte un número creciente de mujeres, quienes a veces tienen sus compañeros entre miembros de los mismos grupos. El incremento de la participación de mujeres en áreas de la política, la justicia o el periodismo ha significado también que sus vidas se encuentren en mayor situación de riesgo que antes, por la misma condición del trabajo que desempeñan.

Las narraciones recogidas en esta investigación que se encuentran en la segunda parte de este libro, sufrieron un proceso de transformación que comenzó desde el momento mismo de su grabación y transcripción. Al final, en su presentación, son textos orales traducidos al lenguaje escrito, editados e interpretados. En aras de facilitar la comprensión y la lectu-

ra, las frases y los párrafos se organizaron cuando se creyó necesario, incorporando las preguntas dentro del texto para que este fluya mejor. Aun cuando el cambio es, en muchos casos, inevitable, se trató de respetar, en lo posible, las palabras originales, evitando cualquier distorsión. Las narraciones que recogimos pueden analizarse de muchas maneras, además de su contenido y su contexto. Cada entrevista se codificó organizando el material en el equivalente de fichas temáticas, alrededor de contenidos que se trabajaron para conformar los capítulos.

No dejamos de lado el hecho de que la recreación de una vida o una experiencia para que quede grabada a la posteridad se parece, en cierto modo, a un trabajo de creación literaria, tal como decía Geertz y el grupo de Rice, y los eventos se presentan, por lo general, cronológicamente o vienen con una introducción, un desenlace y una conclusión. También es necesario incluir otros lenguajes adecuados para escribir diálogos como en el teatro. Podría decirse, igualmente, que una entrevista tiene mucho en común con una puesta en escena que muchas veces no queda registrada en forma escrita, en la que existe un drama en el que confluyen numerosas emociones que se reflejan en la expresión de la cara, de las manos y, en general, en el lenguaje corporal, pasando por el llanto o la risa en diferentes grados, y por distintos tonos de la voz. En el momento en que se realiza la grabación, es decir la parte auditiva de la entrevista, nos damos cuenta de que aun cuando se recoge lo fundamental, el texto de una historia de vida, se deja de lado otro lenguaje representativo por medio del cual se cuenta la historia. Esta representación contiene un sin fin de movimientos, gestos y silencios, que nos dicen mucho sobre el estado emocional de la persona y la recreación de la memoria. Aunque tomábamos notas que recogían información que no quedaba grabada, a veces las palabras se quedaban cortas. La entrevista era un momento especial en el que se entrecruzaban las sensaciones y los sentimientos de quien hacía las preguntas y de quien contaba, narraba o dramatizaba su vida. Para algunas viudas, re-crear el momento de pérdida significaba tomar distancia, alejarse de los acontecimientos vividos, viéndose a sí mismas como espectadoras y narradoras a la vez. La riqueza del material y la elocuencia de las entrevistadas se relaciona también con la personalidad y los atributos individuales, como los de clase social, sumados a características culturales, al tiempo de viudez de cada cual y al estado de elaboración del duelo.

Partimos del hecho de que hacer una pregunta es, ya, intervenir en la vida de otra persona. Quien hace las preguntas está entrenado para indagar, averiguar y escharbar, en este caso en lo más recóndito de los sentimientos de la entrevistada: es quien va a meter la mano en el corazón y sacar algo de allí. Pero quien responde también tiene el poder de callar, de contar sólo parte o partes de la historia, de ocultar cosas, de acomodarlas en el orden de importancia que desee o de que sus palabras no queden grabadas textualmente. Tiene, igualmente, derecho a interpretar las preguntas a su manera y a responderlas como prefiera, omitiendo o resaltando algunos aspectos, concentrándose en algún momento preferido o construyendo una identidad o una experiencia de vida como piensa que “debería haber sido”. Por otra parte, la entrevistada puede evadir una emoción dolorosa evocada por un recuerdo y no hurgar demasiado, apartándose del tema, conversando casi consigo misma y ubicando a la entrevistadora como un referente con el cual se distancia. Además, la entrevistadora no puede perder de vista las necesidades de la investigación ni tampoco su propia experiencia de vida ni lo que está ocurriendo a diario a su alrededor. A ella también se le pueden despertar sus emociones por el relato. En algunos pocos casos se sintió la tendencia a elaborar y “construir” una historia según ciertas prioridades, necesidades y agendas personales, de pronto con alguna intención, mínima, de obtener algún beneficio económico que permitiera subsistir con menos dificultades. Esto las lleva a situarse desde su perspectiva de cuidado de otros y a observar, accionar y manipular recursos para la subsistencia y beneficio de su familia.

Existen diferencias en la entrevista a una mujer que no sabe leer ni escribir o tiene muy poca escolaridad, con la de una persona de clase alta, acostumbrada a estar en contacto con los medios de comunicación, a contar sus historias y a ser escuchada por mucha gente. Por eso en las narraciones incluimos casos que muestran esa gran variedad de experiencias. Las percepciones sobre lo que es la “privacidad”, o hasta dónde puede preguntarse dependen también de quien realiza la entrevista y de la persona que responde. En el caso de las mujeres de clase media o de las viudas de los famosos, era notable el esfuerzo por componer sus relatos de manera más elaborada, articulada y coherente. Pareciera que, en general, tuvieran una visión de su vida muy explicada y ubicada en un contexto claro que también implica una posición social sólida o el com-

promiso firme con un partido político o con una institución militar. Las mujeres de extracción humilde también componen sus relatos, pero de manera diferente. En sus afirmaciones hay un fundamento fatalista, lo que sirve para explicar, rápidamente, por qué toman ciertas decisiones que podrían parecer inapropiadas, como, por ejemplo, la unión demasiado apresurada con un nuevo compañero, o no hacer ciertos trámites legales para reclamar sus derechos. Sus vidas se construyen con base en el recuento de anécdotas y de acontecimientos, como un tejido hecho de retazos, fijando su atención en los significados parciales de cada fragmento de esta.

Las mujeres que entrevistamos no son las típicas contadoras de historias, mitos o leyendas en las que se ha concentrado la etnografía; sin embargo, no por esto dejan de tener mucha fuerza es sus narraciones, percepciones muy claras sobre el mundo que las rodea y su papel dentro de este. Por esto, sus relatos van más allá de ser unas narrativas sobre la muerte de sus compañeros para transformarse en documentos sobre la historia política del país. Son una mina rica en materiales en los que se narra la versión no oficial, se cuestionan destinos y se medita filosóficamente sobre los eventos que han tenido que vivir.

La recolección de narrativas de vida y, en general, los datos etnográficos, se perciben como una relación que fluye en una sola dirección, desde la persona que pregunta a la que responde. Sin embargo, esta relación transforma, de cierta manera, a las dos personas que interactúan en el momento de la entrevista o del diálogo. Las preguntas y las respuestas que van y vienen nos hacen reflexionar sobre muchos aspectos de nuestras vidas, no sólo como investigadoras, sino de nuestra propia experiencia personal en el marco de un país anegado por la violencia.

A manera de ejemplo incluimos algunas de las notas de campo tomadas en diferentes circunstancias por las integrantes del grupo de investigación:

Durante esta entrevista, me sentí muy cerca de su corazón. Reconocí en su dolor el mío propio y eso no me reconforta.

Cada vez me siento más comprometida y afectada, no lo digo en el sentido negativo, sino, que las confidencias de estas mujeres, tan

cercanas a mi corazón y a mi propia experiencia, me tocan, me transforman, me hacen pensar en que es injusto el silencio y la falta de reconocimiento hacia sus vidas. Voces desconocidas, realidades conmovedoras que constituyen una clara muestra de lo difícil que es ser mujer en nuestra sociedad, y, más aún, ser mujer y participar en la política (...) Cuando escucho sus vidas, me sorprenden.

Esta entrevista fue como una catarsis y me paralicé. No pude más que escuchar y grabar. Perdí control sobre el tema. Es más, fui consciente de que sólo una parte del material nos servía para la investigación. Que la mayoría de lo consignado era parte de una historia no oficial, patrimonio de la historia política del país.

Sé, por experiencia propia, que remover recuerdos es algo que exalta, que deja una sensación de mariposas dentro del pecho. Pero también sé que hablar de ellos [de los muertos] une, nos acerca entre nosotras, despierta una sensación de estar menos solas.

2. Aprendiendo a escuchar y a intercambiar

Es importante resaltar varios aspectos en relación con las reacciones de las viudas cuando se les propuso hacer parte del estudio. El equipo de investigación tenía claro que encontraría muchas necesidades y poco era lo que podía ofrecer.

A veces me siento como un murciélago. Trae muchas contradicciones preguntar sobre situaciones dolorosas e íntimas. Creo que, a veces, la gente tiene razón cuando se niega a dar información. Nuestro "interés científico" es un asunto que poca utilidad inmediata tiene para muchas personas, sobre todo para las más necesitadas (notas de campo).

La búsqueda de respuestas a este dilema nos llevó a la teoría de la investigación-acción participativa (IAP), propuesta por Orlando Fals Borda (1986) para ayudar a la transformación de la sociedad. La IAP tiene como fundamento tanto la reciprocidad en la relación investigador/comunidad, sujeto de la investigación, como el intercambio y la construcción conjunta de saberes que aporten a las transformaciones sociales. Las personas que son objeto de la investigación deben tener los conocimientos teórico-prácticos para adquirir experiencia para adelantar sus propios cambios y reivindicaciones con respecto a la realidad en que viven. La reflexión sobre esta teoría y cómo utilizarla en el caso de las viudas de la violencia, nos llevó a pensar en las premisas de autenticidad y compromiso con la comunidad estudiada, que no era cualquier grupo social, sino una comunidad maltratada.

Algunas viudas desplazadas, habitantes de barrios marginales, se acercaron al proyecto con la idea de que las investigadoras, como representantes de una entidad oficial, estábamos en capacidad de ofrecer un programa de apoyo específico a sus necesidades, al que ellas podrían afiliarse; es decir, que no se trataba sólo de un encuentro en el que ellas nos contarían sus experiencias de viudez. Esta expectativa de asistencia, sobre la que hablaremos en detalle más adelante, hizo que muchas otras mujeres cabeza de familia, con situaciones muy similares a las de las viudas, y que a veces también vivían otras situaciones de duelo, aunque no por causa de la muerte, se sintieran llamadas a contar sus vidas. Y así

como ellas esperaron algo de nosotras, su franqueza y su decisión, en muchos casos desinteresada, por compartir sus vidas con personas extrañas, que invadían su privacidad, nos conmovió y sentimos la necesidad de dejarles algo a cambio, ya que no podíamos dejar de lado que sin ellas era imposible la investigación y con algo deberíamos retribuir las.

Fuimos testigos de sus penurias y de la escasez en sus familias, escuchamos sus tragedias y vimos cómo a pesar de que había algunas que conocían sus derechos y las entidades a las que podían acudir, muchas otras estaban desorientadas y sin ningún apoyo. De allí que diseñáramos una cartilla o un folleto de apoyo, con información que les ayude a resolver problemas específicos o les informe sobre los sitios adonde pudieran acudir, como una manera, a nuestro alcance, de retribuir en algo su confianza y su aporte a la investigación, y que sea también de utilidad a otras personas y entidades. El resultado es una guía informativa con respecto a sus derechos, la legislación de familia concerniente a las viudas y a los huérfanos, la seguridad social, algunos consejos prácticos y las organizaciones de apoyo a las que pueden acudir, entre otros aspectos.

Tanto para ellas como para nosotras, su participación se convirtió en una especie de terapia y de catarsis. Estas frases las escuchamos con frecuencia: “Nunca antes había hablado de esto con nadie”; “(...) Después de hablar sobre esto me siento mucho mejor”; “Yo hablo con ustedes porque no tengo nada que ocultar, las cosas sucedieron así y no puedo cambiar los hechos”. ¿Por qué se decidían a hablar cuando nunca antes se habían atrevido a hacerlo sobre un aspecto tan difícil y menos con personas desconocidas? Sus respuestas, a veces profundamente personales y dolorosas, tal vez no merecían ser narradas a todo el mundo. Pero, a su vez, sabían que lo que dijeran podría ser divulgado y publicado, aun cuando sin nombres propios, manteniendo la seguridad y la confidencialidad sobre la identidad, algo que a veces no importaba, pues sus muertos eran ya del dominio público.

Estas frases, tomadas de las notas de campo de las investigadoras, ilustran las reacciones de las entrevistadas frente a su participación en la investigación:

Rosa, a pesar de los “nervios”, de los cuales dice que sufre mucho, se ve y se siente como una mujer muy activa y vital. Siempre bien arreglada y maquillada, tenía un interés y entusiasmo desbordantes y no ocultaba la

ansiedad y la emoción que le producía participar en el proyecto. Le gustaba conocer gente nueva e interesante “así no le fueran a dar nada”.

Esta fue una entrevista difícil, llena de silencios y de llanto. Al principio sentí pena por preguntar cosas que a ella le causaban tanto dolor, pero después me endurecí un poco y quise despertarla del letargo en el que parecía caer. Las últimas preguntas las contestó en voz baja y desalentada. Parecía eludir las respuestas sobre su situación económica y otros detalles que parecieran materiales frente a su dolor. Según supe después, quedó en muy buena situación económica y además con algunas tierras.

El intercambio implicó también compartir nuestras vidas y el interés por conocernos un poco más profundamente; al fin y al cabo nos estaban contando sus intimidades y confesando secretos y emociones que no habían compartido con nadie. Esto suponía tener pronta una palabra de apoyo, un consejo, un acompañamiento o el ofrecimiento de una mano amiga. Más allá de la investigación y la recolección de datos, lo que pudimos hacer fue conectarlas con otros programas que pudieran apoyarlas, darles direcciones, teléfonos, nombres de personas o de fundaciones donde pudieran ayudarles a resolver un problema específico a ellas o a sus hijos, como, por ejemplo, dónde encontrar un abogado o conseguir un cupo en un jardín infantil.

Comienzo a identificar que estas entrevistas tocan fibras muy sensibles de mi propio ser, porque comparto identidades con estas mujeres (...) Ellas no sólo graban sus palabras en el medio magnético, ellas graban sus palabras en mi corazón. Su tristeza y su angustia me llegan. Su situación me compromete. Siempre tengo la sensación de que debo hacer algo por ellas. ¿Qué?

Durante el almuerzo también le conté algunas cosas de mi vida, sobre mi familia, mi militancia y algunos duelos dolorosos. Dora se fue soltando, habló con más frescura de sus resentimientos y de sus contradicciones, de su situación, del miedo a enfrentar la vida.

Durante más de un año, el equipo de investigación realizó talleres semanales para diseñar y discutir la mejor manera de establecer los contactos y de hacer las entrevistas, y para aprender a oír, interrumpir, regresar al tema central, ampliar o aclarar aspectos que hubieran quedado confusos. Igualmente, intercambiamos ideas sobre lo que debería decirse cuando alguien se deshacía en llanto, cuándo era apropiado interrumpir y cuándo recomenzar.

La carga de dolor escuchada era a veces demasiado intensa y las necesidades de las viudas demasiado grandes, tan grandes que debíamos hacer algo al respecto. Como investigadoras no estábamos en condiciones ni teníamos recursos para solucionar problemas de comida, vivienda o atención psicológica, carencias frecuentes que era necesario atender de inmediato. Nuestro caso no era el clásico de ir a estudiar otra cultura, vivir un tiempo aprendiendo la lengua, hacer grandes amigos y después regresar a la comodidad de otra casa situada en un país que no está en guerra, o en una ciudad que no tiene las inseguridades diarias de Bogotá. La violencia y la muerte nos ha afectado a cada una de nosotras de maneras diferentes. Un aspecto recurrente en las notas de campo es el agotamiento físico, a veces doloroso, que producían estos encuentros.

Entiendo que la pregunta es, ¿hasta dónde me comprometo? ¿Qué puedo hacer? ¿Cuál es la retribución a estas confidencias? ¿Cuál es el papel de quien investiga? Sin caer en paternalismos o en maternalismos que no ayudan en nada. También me pregunto, ¿hasta dónde llega mi fortaleza?

El dilema ante las numerosas preguntas que surgían nos llevó a consultar a psiquiatras y terapeutas para que nos aconsejaran qué hacer para entender mejor las emociones que encontramos en las entrevistadas o en nosotras mismas. Nos preocupaba aprender a reconocer los síntomas de problemas de salud mental en las personas que se nos acercaban, y estar en capacidad de reconocer una situación que requería ayuda psicológica inmediata. De estas consultas surgió un intercambio muy productivo entre el departamento de psicología de la Universidad Javeriana, el equipo de investigación, la Corporación Matamoros, y, sobre todo, las viudas que participaron en el programa de redes de apoyo.

Desafortunadamente, no todas las entrevistadas se beneficiaron con este apoyo, que se dirigió a las viudas de policías y miembros del ejército, quienes a su vez cuentan con otros programas y terapias de superación, por lo que en este sentido son privilegiadas. Las más necesitadas, las desplazadas, sin vivienda permanente, o las residentes en barrios marginales, tenían dificultad en conseguir lo del transporte para asistir a reuniones fuera de su localidad, no tenían teléfono, tenían conflicto con los horarios, y con algunas perdimos el contacto y ahora son imposibles de encontrar.

3. Más allá de las palabras de la entrevista

Después del encuentro de dos subjetividades, la de las “informantes” y las “investigadoras”, ambas quedábamos transformadas de una u otra manera. Ellas, además de sentirse aliviadas, en algunos casos se cuestionaron algunos aspectos de sus vidas que antes no habían pensado abiertamente, sobre todo en relación con situaciones de violencia con su pareja, o con la posibilidad de establecer nuevas relaciones. Flotaban preguntas acerca de por qué hicieron esto o aquello, o de por qué dejaron de hacer algo que habría podido cambiar sus vidas. Por ejemplo, Silvia, una joven participante, viuda de un soldado, llamó a una de las integrantes del equipo para que le ayudara a tomar una decisión urgente sobre sus hijos, si debía traerlos a Bogotá, adonde a ella se le dificultaba tenerlos por carecer de vivienda permanente, o dejarlos con su suegra, quien recibió la indemnización por la muerte de su hijo al servicio del ejército, y la había amenazado con quitárselos, pues, según ella, eso le permitiría recibir más ayudas.

En muchos casos, estas historias sobre la viudez son testimonios de superación, de esperanza y de construcción de nuevos proyectos de vida para ellas y sus hijos. El tiempo que podía demorar una “conversación” no tenía límites, y en promedio duraba cerca de dos horas, dependiendo de los detalles que quisiera dar la entrevistada sobre su vida, las interrupciones que hubiera o su disponibilidad de tiempo.

La entrevista se realizó en su apartamento en el barrio Kennedy, desde las 10:30 de la mañana. Yo llevé el almuerzo. Hubo varias interrupciones, algunas de las cuales duraron bastante, como, por ejemplo, ir hasta el jardín infantil por el menor de los hijos y luego almorzar, como dos horas. Después, lavar los platos y atender a un hermano de ella y a un amigo de éste que llegaron de visita. Cuando se fueron tendimos en las cuerdas la ropa que ya estaba lista en la lavadora. Reiniciamos la entrevista como a las 3:30 de la tarde, pero el niño, de unos cuatro años, interrumpía con frecuencia, hasta que se durmió.

Siempre tratamos de que ellas escogieran el lugar en donde se sentirían mejor, para hablar con mayor privacidad. A algunas las encontramos en sus casas y a otras las citamos en centros comunitarios o en sus ofici-

nas. Con la mayoría de las viudas de la policía y del ejército entramos en contacto por medio de la Fundación Matamoros, por lo que con ellas el trabajo se hizo en hogares de paso, sitio conocido, en donde habían asistido a otras reuniones. Aunque no todas disponían del tiempo suficiente para hablar sobre sus vidas, siempre nos esforzamos por encontrarlo.

En algunas ocasiones hubo otras personas presentes, hijos por lo general, que llegaban del colegio en el momento de la entrevista o que querían quedarse cuando se hablaba de algo que les concernía. En otros casos no hubo ningún problema en que los menores se involucraran en conversaciones de adultos, pues parecía que ya habían hecho suficientes preguntas y conocían bien el tema. En algunos casos, pocos, las suegras estuvieron presentes; no querían perderse ni una palabra de la conversación, a veces estaban en silencio, pendientes de todo. Tal vez imaginaban que lo que sus nueras fueran a decir podría afectar no sólo sus relaciones, sino los beneficios que recibirían o estaban recibiendo.

Llamamos *efecto grabadora* a las confidencias que aparecían, sobre todo, cuando se pensaba que se había llegado al final de la entrevista y apagábamos la grabadora. Algunas veces eran ellas mismas quienes solicitaban que sus palabras no quedaran grabadas para siempre, pero, sin embargo, hablaban:

Al finalizar la entrevista ya hay un ambiente más relajado y tal vez de mayor confianza, por lo que aparecen confidencias que no salen en el transcurso de la grabación.

Una vez terminada la entrevista y apagada la grabadora, habla con mayor soltura de su primer compañero y cuenta que él tenía un hijo más y dejó a otra compañera de militancia, embarazada y en prisión. Ella se enteró en el entierro.

4. Sobre las minucias de la investigación

Durante el transcurso de la investigación, el equipo discutió conceptos como el de viudez o el de violencia, que fueron cambiando a medida que las entrevistas nos mostraban nuevas realidades. Nos encontramos con que las categorías tradicionales sobre género y familia, por lo general rígidas, formales y esquemáticas, eran muy elásticas y fluctuantes. La codificación del material por temas y el análisis de las narrativas fue, también, un proceso que evolucionó constantemente.

Al comienzo del proyecto elaboramos un guión de preguntas, más que un cuestionario formal, que permitía alterar el orden de estas y flexibilidad en las respuestas. Se trataba más de una conversación con preguntas específicas que de una entrevista formal con un cuestionario estructurado, lo cual permitía que cada una de las participantes decidiera el tiempo que quisiera demorarse en las respuestas y saltara de un aspecto a otro, según lo considerara conveniente. Antes de empezar cada entrevista se explicaba en detalle en qué consistía el proyecto y qué clase de preguntas se harían, resaltando los aspectos que más nos interesaban, recalcando, además, nuestro compromiso con la confidencialidad y el manejo de los datos, la importancia de la participación, y agradeciendo el hecho de que nos contaran sus vidas. Las preguntas estaban organizadas en bloques, comenzando por los datos demográficos generales, las circunstancias de la muerte del compañero, la organización del hogar, las dificultades y los logros como cabezas de familia, la situación financiera y las estrategias de supervivencia, los problemas psicológicos y sociales, y las relaciones con la familia política. Nos interesaban más los efectos de la violencia que la descripción pormenorizada de la violencia misma.

Esta perspectiva metodológica sirvió para documentar en detalle los testimonios y las diferentes experiencias en relación con el grupo étnico, la procedencia regional y la clase social. La selección de las viudas participantes incluyó, además, gran variedad de orientaciones políticas y religiosas, lo que permite apreciar mejor las similitudes y diferencias en las experiencias personales y en las trayectorias y proyectos de vida. Las charlas individuales se complementaron con reuniones en grupo, que no podríamos llamar gru-

pos focales en el sentido estricto del término, pues no tuvimos representantes de cada uno de los grupos investigados sentadas al mismo tiempo. Sin embargo, sirvieron para discutir aspectos relacionados, como el proceso de duelo, las dificultades que se tienen como mujeres cabeza de familia y la reconstrucción de los proyectos de vida.

Obtuvimos una muestra amplia gracias a la realización de viajes cortos a diferentes zonas del país, que incluyeron las ciudades de Villavicencio, Ibagué, Cali y Barranquilla y sus alrededores, además de viajes a otras zonas que no estaban programadas inicialmente en la investigación, como Cartagena, el sur de Bolívar y la provincia de Rionegro, en el departamento de Cundinamarca. Este recorrido por el país permitió apreciar variaciones regionales y circunstancias locales específicas. Así, por ejemplo, algunos de estos lugares han sido escenarios tradicionales de diferentes violencias, y otros, como Cartagena y Barranquilla, se han convertido en sitio de llegada de desplazados, desamparados y perseguidos. Cali y Villavicencio, a su vez, son ciudades marcadas por la violencia que genera la obtención de riqueza por medio del tráfico de sustancias ilícitas, y han sido afectadas también por el asesinato de sindicalistas, defensores de derechos humanos, maestros y personalidades de la vida pública. En Ibagué encontramos a grupos de reintegrados de diferentes organizaciones, como ocurría en otras partes, conviviendo con los damnificados de desastres como inundaciones o avalanchas. Más allá, en la zona cafetera, una región se sobreponía con dinamismo a los estragos del terremoto del 25 de enero de 1999. En general, incursionamos en la violencia, y a la vez, presenciábamos las diferentes calamidades que han azotado a los habitantes del país en los últimos años.

Además de observar de cerca los cambuches de los recién desplazados y los nuevos proyectos de vivienda a los que se estaban mudando algunas familias, conversamos con los líderes y con las entidades que apoyaban estos procesos. Vivimos de cerca la inseguridad de las carreteras, los retenes, la desconfianza, los detectores de armas, las huellas de las balaceras y los atentados, los carros incendiados, los puentes volados, las casas, las fincas y los animales abandonados, así como el miedo, la desesperanza y el enorme movimiento de personas a lo largo de la geografía nacional. Por todo lado, encontramos la miseria de un país que se desangra en medio de la pobreza, familias enteras pidiendo limosna en los semáforos, sumándose a otras ya organizadas en la lucha para mejorar sus condiciones de vida, y, en general, las constantes protestas de un país inconforme.

Percibimos la realidad afuera y dentro de las casas, lo que nos permitió agregar muchas observaciones de primera mano, que sirvieron para la consecución y verificación de datos sobre la situación socioeconómica, y una rápida evaluación del aspecto de los hijos y otros familiares en términos de salud y condiciones físicas:

La niña pequeña, de dieciocho meses, es un tanto obesa. Durante las dos horas que estuve allí no dejó de comer galletas remojándolas en el pocillo de tinto que me sirvieron, así como en el de la madre. La niña era vivaz y parecía alegre, aunque no hablaba.

Dentro de las notas de campo incluimos también la descripción del aspecto físico de la entrevistada, cómo vestía, si llevaba maquillaje o adornos, y otros detalles que nos ayudaron a entender mejor no sólo su estado, sino la imagen que quisiera proyectar.

Este es un apartamento pequeño en una urbanización de vivienda militar. Ella vestía blusa blanca –blanco en señal de luto según me explicó– y jeans. No hay muebles, sólo una cama, una mesa donde hay un equipo de sonido y un asiento pequeño donde nos sentamos las dos, y que creo sirve ocasionalmente de mesa de comedor para los dos niños. En un muro están colgadas las cachuchas, gorros y medallas del esposo muerto. En el centro, un cuadro con la fotografía del matrimonio. Él luce mayor que ella.

Durante estas visitas apreciamos también fotografías, armas, uniformes y otros objetos que se ubicaban como reliquias en lugares muy importantes de la casa, que recordaban la memoria del difunto.

El apartamento es pequeño pero muy cómodo, parece como si hubiera recogido a lo largo de mucho tiempo pequeños objetos en distintas geografías y que cada detalle hablara de un recuerdo o de un pasaje de la vida familiar. Junto a la mesa del comedor hay un mueble con un vidrio donde se encuentra una fotografía enmarcada, sus libros, sus lentes, su estilógrafo, algunos documentos y otros objetos de uso personal, parecía que ocuparan un lugar en la mesa familiar. Sobre el mueble, como presidiéndolo todo, se encontraba la urna que conserva sus cenizas.







Los contextos de la violencia

El primer intento de seleccionar a “las viudas que hubieran perdido a sus compañeros por motivos de violencia política”, como criterio para que participaran en la investigación, nos confrontó con un problema metodológico y conceptual, pues en numerosas ocasiones fue difícil definir con claridad qué tipo de agente de violencia fue el que mató a sus maridos, sobre todo cuando los hechos fueron confusos y no se esclarecieron. Muchas viudas siguen sin entender por qué asesinaron a sus maridos, no saben quiénes fueron los autores del crimen, y, lo que es tal vez peor, no esperan nada de la justicia.

Allá era un pueblo que sólo eran meras guerras y peleas, llegaba gente y mataba la otra gente. Borrachos un poco y otro no se sabe. Había guerrilleros y paramilitares. Yo no sabía nada de eso, porque todos se visten igual que los soldados. Me preguntaron que qué pedía contra esa gente [los que habían matado al esposo], yo les dije que no pedía nada, porque no sabía quiénes fueron, ni qué camino cogieron, que yo dejaba todo en manos de dios, que él hiciera su voluntad.

El ejemplo anterior, de una mujer desplazada, no es único; por el contrario, hay más casos como este: un sargento de la policía murió en un enfrentamiento con unos hombres que, aparentemente, eran narcotraficantes, aun cuando podrían haber sido guerrilleros –pues vivía en una de las llamadas zonas rojas– o delincuentes comunes. Un oficial del ejército pereció en un accidente, cuando cayó el helicóptero en que era transportado a una zona donde había combates, no se sabe si porque se estrelló o lo derribaron. Un sindicalista fue asesinado en su barrio, pero no pudo establecerse si fue por atracarlo –ya que el sector es considerado como inseguro– o por el cargo que tenía en el sindicato, opción que parece ser la más posible,

ya que en su vecindario los dirigentes políticos habían recibido amenazas de paramilitares. Como estos hay muchos otros casos, que sin ser resultado directo del conflicto armado o de enfrentamientos son hechos de violencia que están ligados de una u otra manera y son parte de la inestabilidad general que vive el país. Por eso, para efectos de este trabajo hemos decidido utilizar un término más amplio, “viudas de la violencia”, que incorpora muertes que están aún sin esclarecer del todo porque no se sabe quiénes fueron sus autores y ocurrieron en circunstancias confusas.

Violencia, guerra y conflicto armado son tres términos que se usan muchas veces como sinónimos para describir los hechos trágicos que han enlutado al país en las últimas décadas. No hay consenso sobre los conceptos más adecuados para describir las variedades de violencia que vivimos, y existen controversias sobre detalles relacionados con las definiciones. Dependiendo de quién esté hablando o de las circunstancias de los hechos, se utiliza uno u otro término, que puede tener o no imprecisiones legales y ambigüedades que legitimen acciones como, por ejemplo, una intervención militar. El presidente Uribe ordenó retirar del lenguaje oficial términos como conflicto armado y actores armados, para tratar de imponer una dimensión diferente a las acciones que su gobierno realiza, a las noticias dadas por los medios de comunicación y a la percepción de la ciudadanía sobre los problemas del país. Como se dijo, esta investigación se realizó durante el gobierno del presidente Andrés Pastrana (1998-2002), cuando las condiciones políticas y las negociaciones entre la guerrilla, los paramilitares y el estado se centraban en aspectos diferentes y se enmarcaban en ejes que han cambiado en los últimos tres años.

En el sentido convencional, en Colombia no hay guerra civil –aunque éste es un término que se encuentra con frecuencia en los medios de comunicación y en el lenguaje diario– pues la población civil no está enfrentada entre sí ni contra el estado. Tampoco puede hablarse del actual conflicto como un problema entre grupos étnicos o religiosos, aun cuando, como dice Jaime Arocha (1998), no hay que desconocer que en el conflicto sí hay un

componente étnico y socio-racial¹. De acuerdo con el sistema de información sobre desplazamiento (Sisdes), 33% de los desplazados internos (83.650) pertenecen a comunidades afrocolombianas y 5% del total nacional a miem-

¹ El 4,1% de las personas atendidas por la Cruz Roja Internacional en 2004 fueron indígenas, y 7,8% pertenecía a comunidades afrocolombianas.

bros de comunidades indígenas (12.648). Las zonas donde habitan grupos minoritarios, como los afrocolombianos en Urabá o los indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta, del Cauca o de los Llanos orientales, se han visto afectadas crónicamente por la violencia. Es importante tener en cuenta, además, que el conflicto evoluciona constantemente con respecto a los actores involucrados, la población civil afectada, las áreas del territorio más perjudicadas y los componentes económicos que lo cruzan.

Estos distintos conflictos son, en cierta manera, la continuación de otras violencias y situaciones de desigualdad que se han mantenido de generación en generación. Pero ahora los enfrentamientos no son entre los miembros de los dos partidos políticos tradicionales, pero sí hemos visto el exterminio de los integrantes de otros partidos políticos legítimos, como la Unión Patriótica (UP), nacida en 1985 de los acuerdos de paz entre gobierno del presidente Belisario Betancur (1982-1986) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc). En la guerra sucia declarada contra ese grupo fueron asesinados dos candidatos presidenciales, Jaime Pardo Leal en 1987 y Bernardo Jaramillo en 1990, siete congresistas, trece diputados, once alcaldes, sesenta y nueve concejales y más de mil trescientos militantes². Muchos de esos crímenes no se han investigado y la gran mayoría continúan en la impunidad.

Por su parte, algunos de los grupos guerrilleros contemporáneos —como las Farc— tienen su origen y continuación en las mismas áreas de operación que las guerrillas de los años 1950, como en los departamentos del Tolima y el Huila, aun cuando sus objetivos ya no parecen ser la defensa del campesinado y la lucha por las reformas agrarias. Tampoco podemos hablar solamente de un conflicto que involucre a un estado legítimo frente a grupos al margen de la ley como los paramilitares y la guerrilla. Los paramilitares no están en contra del estado, más bien son acusados de tener relaciones de apoyo mutuo en determinadas circunstancias o de estar integrados por antiguos miembros de las fuerzas armadas³. Ni es posible dejar de lado el componente del nar-

² “La Revista” de *El Espectador*, domingo, 4 de noviembre de 2001, no. 68: 26.

³ “Transcurrida una década continúan sin esclarecerse los hechos de la masacre de Segovia, en Antioquia, donde se acabó con la vida de cuarenta y tres personas. Hay sospechas sobre la participación del ejército y la policía en los hechos”. *El Espectador*, miércoles 23 de diciembre de 1998.

cotráfico y sus ganancias, como un elemento que ha servido para financiar a los dos grupos.

Varios autores han tratado en profundidad este aspecto específico de la naturaleza del conflicto armado colombiano, llamando la atención sobre sus efectos económicos, las características de los actores armados, las estrategias tributarias como los peajes, las vacunas y el boleteo (Bejarano y otros, 1997), y sobre los efectos de control del territorio (Pizarro, 1996; Echandía, 1998). Por su parte Fernando Cubides (1998) examina el caso de los paramilitares y sus cruzadas en contra de la guerrilla, y muestra cómo el asunto podría verse, en determinados momentos, más como un problema de mercenarios, de venganzas personales o de grandes empresarios que cuidan sus propiedades que como uno ideológico. Los paramilitares o autodefensas de hoy son, en cierta manera, el equivalente de los *pájaros* y *chulavitas* de los años 1950. En la década de 1960, durante los gobiernos de Guillermo León Valencia (1962-1966) y Carlos Lleras Restrepo (1966-1970), el mismo estado amparó la creación de “comités cívicos de seguridad”, a los cuales, bajo ciertas circunstancias, se les permitía tener armas de uso privativo de las fuerzas armadas. En la década de 1980 se fortalecieron aún más los grupos de “justicia privada”, gracias al dinero del narcotráfico, con agrupaciones como Muerte a Secuestradores (MAS), organización que defendía los intereses de una nueva clase de propietarios y terratenientes amenazados por la guerrilla y por otros grupos de narcotraficantes que luchaban por el control de mercados.

En muchas zonas, especialmente en las áreas rurales, el conflicto armado —en sus diferentes manifestaciones— ha sido un problema crónico alrededor de la tenencia de la tierra, problema al que no se le ha dado una solución efectiva, por lo que ha generado complejas problemáticas difíciles de resolver. En otras zonas, las disputas han tenido como causa la distribución de los recursos naturales, como por ejemplo en zonas petrolíferas, en la esmeraldífera o, más recientemente, en territorios destinados a la siembra de coca y amapola y al procesamiento de sustancias ilícitas como la cocaína y la heroína. En estas últimas regiones son notorias la ausencia del estado, la corrupción, el desarrollo del narcotráfico y la creación de grupos de vigilancia y control dirigidos a administrar justicia privada y a reprimir la protesta social, defendiendo los intereses de los terratenientes, de los barones de la droga y de sectores capitalistas del país, al mismo tiempo que existe la presencia de otros grupos arma-

dos, como las diferentes guerrillas y sus frentes. En años recientes, la transformación del problema de la violencia en Colombia tiene que ver directamente con el narcotráfico y las disputas por el control de los mercados nacionales e internacionales, ya sea por parte de civiles, guerrilleros, paramilitares o miembros corruptos de la policía o del ejército, cada uno con sus intereses particulares de financiación de sus ejércitos o de enriquecimiento personal.

Se habla con bastante frecuencia de la violencia política como opuesta y, por tanto, con causas diferentes a la llamada violencia común. Esta manera de ver el conflicto excluye los lazos entre una y otra violencia –en gran parte relacionadas con el narcotráfico y sus brazos armados, llámense guerrilleros, sicarios o paramilitares–, y la corrupción estatal, que, a pesar de que no siempre se le quiera ver de esa manera, está ligada al actual conflicto armado y es, a veces, causa y en ocasiones efecto de las relaciones de los narcotraficantes con funcionarios del estado y con la manera como está organizada la economía, la cultura de la droga y la estructura de producción de las sustancias ilícitas. Como sabemos, el narcotráfico está ligado con el desplazamiento de habitantes de zonas coccaleras, el robo de gasolina, el paramilitarismo, la guerrilla y el asesinato de jueces y personajes de la política nacional, con la creación de pandillas de sicarios y con la llamada delincuencia común. La impunidad y la corrupción se relacionan también con el aumento de los índices de hechos de violencia cotidiana.

La cuestión de la llamada violencia común merece mayor atención, pues dada su magnitud no puede desligarse del todo de los otros tipos de violencia que azotan al país. Es bien sabido que la principal causa de muerte de los hombres colombianos entre 15 y 44 años es “la violencia”, definición bastante amplia que incluye muchos tipos de violencia que pueden ir desde diferentes clases de homicidios callejeros hasta el terrorismo⁴, otro término que también tiene connotaciones ambiguas. Si observamos de cerca las estadísticas sobre homicidios en el país, vemos

⁴ Según fuentes del Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses, 85% de las víctimas de violencia en Bogotá en 1998 tenía entre 15 y 44 años. Vale la pena agregar que entre enero y octubre hubo 1.399 homicidios; de estos, 69 no tenían ninguna información sobre el motivo, 192 personas murieron en ataques y 164 por causa de la “violencia organizada”.

que en el reporte del Instituto de Medicina Legal de 1998 para todo el país pudo establecerse el presunto móvil sólo en 39% de los casos, de los cuales sólo 13% correspondía a la categoría enfrentamiento armado, y 6% a posible intolerancia social, aunque no se explica exactamente qué quiere decir este término, tal vez a casos de “limpieza social”. En otras palabras, 61% de los casos quedó sin esclarecer⁵. De igual manera, deben estudiarse con mayor atención las relaciones entre el aumento de la violencia intrafamiliar y todas las otras violencias que ocurren fuera de la familia. Por eso, cada vez con más frecuencia se habla del deterioro del conflicto armado, pues no son claras las fronteras entre un tipo de violencia y otro.

Los efectos devastadores de la violencia política sobre la economía, la cultura, el medio ambiente y el ejercicio de la política, entre otros aspectos, preocupa a los estudiosos de la problemática colombiana. Algunos trabajos realizados por el Departamento Nacional de Planeación presentan cifras sobre los costos económicos de la guerra. Por su parte, la Comisión Colombiana de Juristas estima que del total de personas que pierden la vida en hechos violentos cada año –en promedio treinta mil–, cerca de 13% son víctimas de violaciones del derecho a la vida como consecuencia de la violencia sociopolítica. En 1996 las víctimas llegaron a 3.173, un promedio de nueve personas diarias; en 1997 y 1998 el promedio había aumentado a diez homicidios cada día, y entre octubre de 1998 y septiembre de 1999 la cifra ascendió a doce personas⁶. Sin embargo, el impacto en los sobrevivientes es un aspecto en el que aún no se profundiza lo suficiente y que compromete, nada menos, nuestro futuro como sociedad. Por encima de los estudios, la realidad nos desborda.

⁵ Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses. *Lesiones de causa externa en Colombia*. 1998. Bogotá. Centro de Referencia Nacional sobre Violencia.

⁶ Comisión Colombiana de Juristas. *Informes de 1996, 1997, 1998 y 1999*.

1. Desarraigo, silencio y exclusión: viudez y desplazamiento forzado

Según la definición de la consulta permanente para el desplazamiento en las Américas, se considera “desplazada” a toda persona que se ve forzada a migrar dentro del territorio nacional, a abandonar su localidad de residencia y las actividades económicas habituales, porque su vida, su integridad física, su seguridad o libertad personales han sido vulneradas o se encuentran amenazadas, debido a la existencia de cualquiera de las siguientes situaciones: conflicto armado interno, disturbios o tensiones interiores, violencia generalizada, violaciones masivas de los derechos humanos, infracciones al derecho internacional humanitario (DIH) u otras circunstancias emanadas de las situaciones anteriores que pueden alterar o alteren drásticamente el orden público (ley 387 de 1997)⁷.

La definición de desplazamiento está ligada estrechamente al concepto de derechos humanos, en tanto es una movilización forzada causada por factores externos, relacionados con los conflictos políticos y sociales de carácter violento y con una violación sistemática de los derechos humanos, cuyo garante fundamental es el estado. El desplazamiento debe ser abordado en sus manifestaciones visibles: el éxodo masivo y la invasión creciente de los espacios urbanos marginales por parte de familias obligadas a huir para salvar lo único que les queda: sus vidas. Sus causas históricas, económicas, sociales y políticas son cada vez más complejas sin que, hasta el momento, en el país haya estrategias efectivas para prevenirlo y frenar sus efectos. Por el contrario, es un fenómeno que aumenta a diario. El término desplazamiento ha sido criticado también por ser *blando* y *suavizar* una dura realidad. Como bien lo dijo una de las viudas desplazadas, “cualquiera se desplaza de un lado a otro”, pero eso no significa que se desarraigue, o que pierda sus tierras y sus medios de vida.

⁷ Red de Solidaridad Social, Presidencia de la República, Naciones Unidas, Consejo Nacional de Política Económica y Social (Conpes), Instituto Colombiano para la Reforma Agraria (Incora). 1999. *Atención a población desplazada por el conflicto armado. Compendio de políticas y normas*: 49. Bogotá.

Desde finales de la década de 1980, la confrontación entre los diferentes actores armados se agudizó, y el terror como estrategia de guerra ha sido el principal causante de la huida de población campesina hacia las cabeceras municipales o hacia las capitales de departamento, agravadas por una incertidumbre creciente como resultado de la falta de soluciones efectivas a mediano y largo plazo. Todos los actores armados justifican la ocupación de territorios bajo el criterio de dominio político y militar –ocupar, recuperar o “limpiar” zonas, desalojando a los unos o a los otros–. Se estima que alrededor de noventa mil hogares con vínculos rurales habían abandonado aproximadamente tres millones de hectáreas de tierra⁸. Sin embargo, detrás del control territorial casi siempre se encuentran intereses de tipo económico, como los proyectos agroindustriales, la explotación nacional e internacional de recursos naturales renovables y no renovables, la construcción de grandes obras públicas como en el caso de la represa de Urrá, el control de zonas de cultivo y producción de sustancias ilícitas, el comercio de armas y el contrabando. Alrededor de dichos intereses se construyen los actores armados y se teje el entramado de las múltiples violencias que se entrelazan de manera continua. Las masacres y los asesinatos selectivos y el miedo que resulta de esto siguen siendo los principales eventos que desencadenan el desplazamiento. Según datos de la Consejería para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (Codhes)⁹ (2002), solamente en los tres primeros meses de 2002 hubo veintitrés masacres con un saldo de ciento veintiocho personas asesinadas, para un promedio de cinco personas en cada masacre. Los presuntos responsables

de las masacres reportadas fueron las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) en seis casos; las Farc en cinco; el Ejército de Liberación Nacional (ELN) en uno; y en once casos el autor no se conocía. En ese mismo periodo se presentaron cuarenta y dos asesinatos selectivos de autoridades locales, eclesiásticas, líderes comunitarios y de organizaciones sociales.

A pesar de que no es un problema nuevo en el país –no olvidemos la experiencia de la Violencia de

⁸ Codhes. *Codhes Informa. Guerra, desplazamiento y pobreza*. Boletín de la Consejería para los Derechos Humanos y el Desplazamiento, no. 30. Bogotá, Colombia, 27 de julio de 2000.

⁹ Codhes. “Más de 90.000 desplazados en el primer trimestre de 2002: el destierro no se detiene”. Boletín de la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento. Bogotá, Colombia, no.41, 9 de mayo de 2002. www.codhes.org.co.

los años 1950– sólo en 1995 el estado colombiano adoptó políticas para la atención a la población desplazada como resultado de la confrontación armada interna. Las primeras cifras las aportó un estudio realizado por la Conferencia Episcopal Colombiana, y se estima que durante el periodo 1985-1994, 686.261 personas fueron desplazadas por la fuerza¹⁰. Los datos de Codhes completan el panorama: en 1997 se reportó que cada hora fueron desplazados un promedio de seis hogares, lo cual significa, alrededor, de 257.000 personas; en 1998 el total ascendió a 308.000¹¹ y durante 1999 cada hora fueron siete los hogares desplazados, siendo aproximadamente 288.127 las personas que huyeron de sus hogares¹².

Estas cifras no reflejan del todo la realidad del éxodo, ya que muchas personas y familias salen silenciosamente para salvar sus vidas, sin dejar registros de su situación. También muchas son acogidas por familiares y amigos, por lo que quedan fuera de las estadísticas. En 1999 la salida forzada en forma individual y unifamiliar continuó siendo la más numerosa, con 73%¹³. En el primer trimestre de 2002 Codhes reportaba que “se mantiene el dramático promedio de mil desplazados cada día, 42 personas cada hora, un– hogar cada diez minutos. El 29,47%, es decir 321, del total de municipios del país recibieron población desplazada entre enero y marzo de 2002. Entre tanto se pasó de 26 departamentos de llegada de población en situación de desplazamiento en el 2001 a 31 en el 2002, lo que muestra la expansión geográfica y poblacional del conflicto”.

A las incontables pérdidas en vidas humanas por causa del conflicto armado se suman los costos económicos del abandono de tierras, animales, cosechas, casas y ocupaciones; y costos sociales como la ruptura de redes de apoyo sociales y familiares, la marginación urbana, la necesidad de asistencia humanitaria y de bienestar social. Otros costos incluyen la exclusión, la persecución y el estigma, los conflictos de identi-

¹⁰ Conferencia Episcopal de Colombia, “Derechos humanos. Desplazados por violencia en Colombia”. Investigación sobre derechos humanos y desplazamiento interno en Colombia. Bogotá. 1995.

¹¹ Codhes-Unicef. *Un país que huye. Desplazamiento y violencia en una nación fragmentada*. Editorial Guadalupe, Bogotá, mayo de 1999. Pp. 245.

¹² Codhes. *Codhes informa. Guerra, desplazamiento y pobreza*. Boletín de la Consejería para los Derechos Humanos y el desplazamiento, no. 30. Bogotá, Colombia, 27 de julio de 2000.

¹³ Idem.

Tabla 4.*

Acumulado de hogares y personas incluidos por modalidad de desplazamiento, año por año, hasta el 31 de julio del 2005 (desplazamientos masivos e individuales)

<i>Año declaración</i>	<i>Modalidad</i>	<i>N° hogares</i>	<i>N° personas</i>
En depuración		1.384	4.959
	Individual	1.314	4.889
	Masivo	70	70
Anteriores a 1995		12	43
	Individual	12	43
1995		54	251
	Individual	54	251
1996		609	2.570
	Individual	609	2.570
1997		2.359	11.105
	Individual	2.343	11.036
	Masivo	16	69
1998		9.199	34.526
	Individual	9.143	34.240
	Masivo	56	286
1999		7.812	29.192
	Individual	7.650	28.704
	Masivo	162	488
2000		70.309	330.134
	Individual	45.251	211.904
	Masivo	25.058	118.230
2001		78.954	374.564
	Individual	56.975	274.878
	Masivo	21.979	99.686
2002		92.498	423.340
	Individual	71.299	325.786
	Masivo	21.199	97.554
2003		49.675	219.483
	Individual	39.131	170.174
	Masivo	10.544	49.309
2004		40.319	155.611
	Individual	33.130	124.759
	Masivo	7.189	30.852
2005		19.292	75.506
	Individual	14.350	54.170
	Masivo	4.942	21.336
Total general		372.476	1'661.284

dad, la adaptación a medios desconocidos y la carga emocional de dolor, desarraigo y victimización. Estos costos, algunos de ellos irreparables, son imposibles de cuantificar. La falta de garantías para la vida y la impunidad no permiten construir proyectos sociales sólidos; por el contrario, fracturan cada vez más la sociedad. La violencia que genera la confrontación armada divide a la población civil en bandos irreconciliables: amigos y enemigos, viéndose la población civil inscrita, contra su propia voluntad y por decisión de los actores armados, en uno u otro grupo. La dimensión de los combates aumenta al igual que la degradación del conflicto debida a la atrocidad de los actos que se cometen.

* Fuente: Sistema Único de Registro (SUR). http://www.red.gov.co/red/Download/Files/Registro_SUR/Registro_SUR_Jul_31_2005/Registro_SUR_Jul_31_web_Acumulado.htm. Fecha de reporte: 3 de agosto de 2005

2. Desplazadas y viudas: heroínas y víctimas de la tragedia

El desplazamiento afecta también de manera diferente a mujeres y varones, a niños, jóvenes, adultos y ancianos, a indígenas, afrocolombianos y otras minorías, a personas del campo y de las ciudades. El interés por establecer los efectos de la violencia en la vida de las mujeres que han perdido a sus maridos por causas violentas, nos permite mostrar algunos de los rasgos generales de esta problemática. Según los estudios de la Conferencia Episcopal, entre 1984 y 1995 24,6% de los hogares del total de población desplazada tenía jefatura femenina, y de ellas cerca de 11% perdió a sus esposos o a uno o más de sus hijos antes de desplazarse¹⁵. En 1997 Codhes aportó datos que mostraban el aumento, a 38%, en la proporción de mujeres jefas de hogar; 40% de ellas eran viudas y 18% separadas después del desplazamiento¹⁶. La viudez alimenta las cifras de jefatura femenina entre los hogares que llegan a las zonas marginales de las grandes ciudades, principales receptoras del desplazamiento. Conviene anotar al respecto que durante el trabajo de campo encontramos que las mujeres jóvenes tendían a rehacer rápidamente el grupo familiar, acompañándose pronto de un varón con el cual tienen otros hijos, lo cual puede explicar, en parte, el descenso de las cifras, porque aun cuando exista un ejercicio cotidiano de la mujer como jefa de hogar, la presencia de un hombre hace que se convierta en una jefatura de hogar no evidente. Por eso es importante conocer la situación, las estrategias que adoptan para adaptarse y sobrevivir con sus hijos, la manera en que se reestructura la familia, el conjunto de prácticas culturales que se mantienen o cambian y su participación política y comunitaria. En este caso como resultado de la crisis, ellas tienen un rol fundamental en la reconstrucción del tejido social desgarrado por la violencia, urdiendo relaciones de solidaridad, la mayoría de las veces a es-

¹⁵ Conferencia Episcopal de Colombia, "Derechos humanos. Desplazados por violencia en Colombia". Investigación sobre derechos humanos y desplazamiento interno en Colombia. Bogotá. 1995.

¹⁶ Rojas, Jorge. Codhes. Ponencia presentada al seminario sobre *Desplazamiento forzado y conflicto social en Colombia*, convocado por la Universidad Nacional de Colombia. Bogotá 1997.

paldas de su propio dolor; por eso son, a la vez, heroínas y víctimas de la tragedia.

Se ha encontrado (Duque, 2000) que una vez las mujeres llegan a los medios urbanos deben valorarse los contextos locales, las relaciones personales, la confianza en el otro, la posibilidad de participar en la planificación de los programas institucionales y la reconstrucción de una red social. Se enfatiza en que el desplazamiento debe enfocarse desde una perspectiva clara de género, abordando las experiencias específicas de cada grupo y explorando las herramientas existentes para superar esa situación.

Deben tenerse en cuenta las circunstancias que propiciaron el desplazamiento. Los trabajos de Donny Meertens (1998) y Pilar Rueda (1998) muestran cómo se ejerce el poder intimidatorio del terror sobre las mujeres, haciéndolas presenciar el asesinato de sus esposos o compañeros y de sus hijos mayores, obligándolas a abandonar su tierra, animales y cosechas para salvar la vida de los hijos menores. Las más jóvenes están expuestas a la violación como escarmiento para que no se relacionen con “el enemigo”. Los pobladores del corregimiento de San Benito, en el sur de Sucre, acusan a los “paras” de la incursión del 23 de agosto de 2002, en la que al menos cuatro mujeres fueron violadas. Sólo una de ellas se acercó a denunciar los hechos ante las autoridades que llegaron al lugar, que encontraron una población en crisis psicológica, estrés postraumático y ansiedad generalizada. Estos hechos produjeron el desplazamiento de cincuenta familias hacia Sincelejo¹⁷. Algunas líderes sociales y comunitarias han sufrido cortadas en el vientre y el rostro para subrayar el efecto amenazante, no sólo del poder de las armas sino del hombre sobre la mujer¹⁸. Los ejemplos anteriores ilustran el tipo de agresiones particulares que infringen los actores armados a las mujeres que hacen parte de

la población civil en zonas de conflicto, agresiones que involucran un fuerte contenido simbólico que refuerza el poder del varón en el ejercicio de la violencia contra el cuerpo de la mujer.

¹⁷ “Un pueblo con miedo: el ICBF dice que sí hubo violaciones en Santiago Apóstol”. *El Tiempo*, martes 12 de septiembre del 2002.

¹⁸ Informe sobre derechos humanos de las mujeres, a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Colombia, diciembre de 1997.

3. Desplazamiento y jefatura femenina

En 1999, las mujeres y niñas constituyeron 56% del total de personas desplazadas de manera forzosa¹⁹. En 2002 un estudio calculaba el porcentaje de mujeres –más la suma de niñas y adolescentes– en 74% de la población desplazada (ILSA, 2002). Un estudio dirigido por Osorio (1999)²⁰ sobre la jefatura femenina del hogar y el desplazamiento aporta datos y herramientas útiles para la comprensión de la realidad del empobrecimiento que enfrentan estas familias. Otros datos indican que 74% de las mujeres jefes de hogar tienen menos de cuarenta años y están a cargo de hijos menores y de ancianos; sus hogares registran 79% de miembros menores de veinte años y 2,7% de ancianos. Por su parte, en los hogares con jefatura masculina 68% de sus miembros tienen menos de veinte años y 1,3% pertenece a la tercera edad.

Esta realidad se ve agravada por condiciones como la falta de capacitación técnica, de oportunidades de empleo y la discriminación en el medio laboral, que disminuyen su capacidad para proveer la subsistencia del hogar. Más aún cuando, en su mayoría, son mujeres que provienen del campo, en donde los roles femeninos tradicionales las sumergen en las funciones domésticas y reproductivas, y en la producción inmediata de comestibles, con la reducción consiguiente de su mundo al ámbito privado, mientras los hombres tienen funciones como las derivadas de la comercialización y el mercadeo, de las gestiones con las instituciones públicas y privadas, y de la participación en partidos políticos, que los vinculan al ámbito público. En el momento del desplazamiento, las mujeres cabeza de familia que llegan a las ciudades se sienten muy inseguras para enfrentar las innumerables gestiones necesarias para obtener ayuda estatal o privada. Sin embargo, la necesidad de proveer a su familia de lo indispensable para vivir las obliga a realizar esfuerzos supremos para aprender a moverse entre el mar de trámites estipulados para obtener alguna ayuda asistencial de emergencia, conseguir trabajo temporal en labores domésticas o crear mecanismos de subsisten-

¹⁹ Idem.

²⁰ El estudio aparece en el libro: *Un país que huye. Desplazamiento y violencia en una nación fragmentada*. Codhes-Unicef. Bogotá, mayo de 1999.

cia y generación de ingresos, por medio de una economía informal, alternativas éstas que las proveen de recursos escasos y les impiden brindar suficiente atención a sus hijos, lo cual les genera sentimientos de culpabilidad y angustia, que las sumergen en dinámicas circulares en las que pierden iniciativa y creatividad.

Entre los factores que restan capacidad a las mujeres para hallar alternativas de trabajo están la falta de apoyo para el cuidado de los hijos, las emergencias económicas y las situaciones de presión emocional, resultado de la ruptura súbita y violenta de las redes familiares y sociales²¹ presentes en sus lugares de origen. La pérdida de la vivienda y su traslado a albergues o como “arrimadas” en casas de parientes o conocidos o en inquilinatos constituye un hecho que las afecta doblemente, porque desmejora su situación material de existencia y aumenta la sensación de inestabilidad. Pierden la casa, como espacio físico y simbólico sobre el cual

ejercían control, y se ven obligadas a tratar de organizar su cotidianidad, en el mejor de los casos, en una habitación, en condiciones precarias en cuanto a espacio, recursos y autonomía. Algunos datos ilustran esta realidad: antes del desplazamiento, 79 de cada 100 hogares con jefatura femenina vivían en casa, después del desplazamiento sólo 42 de cada 100 logran vivir independientes. Antes del desplazamiento 12 de cada 100 hogares con jefatura femenina vivían en una habitación, después son cerca de 49 de cada 100 las que se alojan con su familia en un cuarto²².

Según Moser (1996), debido a sus responsabilidades múltiples, las mujeres asumen una parte desproporcionada de la carga de la adaptación a la adversidad económica, con la consiguiente limitación de su capacidad para aprovechar nuevas oportu-

²¹ La idea de *red* presente en el artículo “Redes familiares entre migrantes de la costa pacífica a Cali”, de Urrea, Arboleda y Arias (1999), es la que más se adecúa al tipo de relaciones existentes antes del desplazamiento. Para los autores se trata de grupos fluidos, con una configuración de tipo abierto, de parientes o personas con sentido de pertenencia a un grupo de origen, que se autoreconocen unos a otros y establecen relaciones de reciprocidad bajo la modalidad de distintas unidades domésticas en varias generaciones que, sin compartir un espacio sociogeográfico próximo, están unidas por algún nexo de parentesco.

²² Codhes-Unicef. *Un país que huye. Desplazamiento y violencia en una nación fragmentada*. Bogotá, mayo de 1999. p. 140.

tunidades²³. Sin embargo, sorprende encontrar algunos casos de viudas afectadas por el desplazamiento forzado, que tienen la fuerza para convertir ese cambio, súbito y traumático, en oportunidad para ampliar su mundo, establecer nuevas relaciones organizativas y de solidaridad, afianzar su autonomía, capacitarse y encontrar espacios de desarrollo personal. Con esa actitud superan su condición de víctimas y pasan a ser ciudadanas que defienden sus derechos.

²³ Moser, O.; N. Caroline. *Situaciones críticas. Reacción de las familias de cuatro comunidades urbanas pobres ante la vulnerabilidad y la pobreza*. Serie de Estudios y monografías sobre el desarrollo ecológicamente sostenible. N 7S. Banco Mundial, Washington, D. C. 1996.

4. Silencio, impunidad y miedo

La violencia y la impunidad traen consigo el miedo y el silencio, una cadena interminable que no conduce a la reparación social. En las entrevistas con las viudas desplazadas se mantiene, casi siempre, el anonimato acerca de los responsables del crimen, por miedo a que la identificación del culpable haga recaer sobre ellas la venganza de los autores o porque éstos se ocultan intencionalmente y, también, por la falta de confianza en el sistema jurídico colombiano, en el que los índices de impunidad sobrepasan el 90%. Al respecto un boletín de Codhes dice

El hecho más relevante es el incremento de desconocidos como presuntos responsables de desplazamiento forzado, que indica la intencionalidad de algunos actores armados de ocultar su identidad o negarse a reivindicar los hechos de violencia que provocan desplazamiento. En general los paramilitares mantienen la principal responsabilidad del fenómeno, 49% en una constante que se mantiene desde 1995 y que cuestiona el papel de la fuerza pública como garante de los derechos de todos los ciudadanos²⁴.

Algunas de las entrevistadas dijeron que al llegar a la ciudad todavía tenían miedo de que las mataran a ellas o a sus hijos, y de quedar con la sensación de estar a la deriva. El miedo hace parte de su vida como desplazadas: miedo a los recuerdos de los hechos devastadores de violencia que presenciaron y sufrieron; miedo a averiguar las razones del crimen y la identidad de los autores; miedo a denunciar los hechos; miedo a que ellas o cualquiera de sus hijos pierdan la vida por cualquier razón presente en un entorno desconocido y hostil; miedo al futuro y a la falta de oportunidades; miedo a no poder responder a las exigencias que trae el día a día; y, también, miedo al retorno, por no saber qué puedan encontrar al regresar.

En muchas ocasiones, las circunstancias de la muerte determinan que no haya posibilidad de sepultar el cadáver del familiar asesinado o que deba hacerse apresuradamente o en

²⁴ Codhes. *Codhes Informa. Guerra, desplazamiento y pobreza*. Boletín de la Consejería para los Derechos Humanos y el Desplazamiento, no. 30. Bogotá, Colombia, 27 de julio de 2000.

condiciones de clandestinidad, bien sea porque los autores lo impiden, porque el miedo se impone o porque los culpables desaparecen a la víctima y la muerte es un supuesto. La ausencia de rituales impide hacer frente al vacío que provoca la muerte; el incumplimiento de los ritos demandados culturalmente se considera una deuda pendiente con el muerto, circunstancia que prolonga los duelos y dificulta más la superación de los efectos traumáticos presentes en la muerte de los seres queridos.

Las viudas desplazadas son las que tienen menos posibilidades de atención psicológica o apoyo emocional por parte de profesionales o de personal especializado. Por otra parte, en caso de contar con estas posibilidades, no consideran útil asistir a todas las sesiones, pues sus prioridades en el uso del tiempo están en la consecución de los recursos económicos que les permitan sortear las urgencias de la supervivencia diaria. El silencio sobre su propio sentir hace parte de los patrones culturales en los que se educaron o socializaron la mayoría de mujeres, manteniéndose un silencio individual y uno colectivo. No existe aún un espacio público que permita tramitar los duelos de manera colectiva como inicio en el camino de la reparación social, elemento imprescindible en los procesos de superación del duelo.

5. El que pone la totuma es al que le dan

Durante el trabajo de campo encontramos que algunas mujeres en situación de extrema pobreza asumen la condición de víctimas como parte de las estrategias de subsistencia dentro de una sociedad que no les ofrece otras oportunidades. De esa manera, cabe, en ciertas circunstancias, acomodar una historia personal a la demanda de la organización que hace la encuesta o la entrevista. Un día, alguna puede aparecer como madre cabeza de familia, otro como desplazada y al siguiente como viuda de la violencia. Cualquiera que sea su identidad, no siempre contradictoria, corresponde a alguien que se encuentra atravesando grandes dificultades económicas. La inconsistencia de algunos, pocos, testimonios nos permitió comprender el fenómeno y la lógica que lo acompaña, reflejo de las maneras en que la mayoría de los programas estatales y algunos proyectos privados abordan las problemáticas sociales.

Esta preocupación se refleja en las palabras de una funcionaria encargada de atender a desplazados:

La forma como los programas se implementan, como se selecciona la población, la entrega de servicios a la gente, es una forma todavía muy tutelada y clientelar, muy de si usted se porta bien le va mejor. Eso no es una dádiva del estado, es un derecho y si ellos ponen la totuma pues les dan; en ese sentido y también su dignidad queda en nada. Ellos son seres humanos con una dignidad y con unos derechos y con la posibilidad de ser y de crecer, no son animalitos. Claro, entonces eso se rebota porque el estado los trata así y ellos empiezan a querer sólo poner la totuma porque también es más cómodo. Una de las mujeres que atendemos, Estela, nos decía: "Lo que pasa es que a uno le va mejor siendo desplazado porque entre las señoras que iban a las reuniones había unas con líos muy tenaces y ellas sí que no están inscritas en ninguna parte". Digamos que con las políticas públicas de nuestro país no basta con satisfacer las necesidades básicas y además medio satisfacerlas, sino que los seres humanos somos más y que además requerimos un ambiente, unas condiciones económicas pero también una estructura cultural

y social que favorezca ese desarrollo y ese ejercicio. Entonces el que pone la tosuma es al que le dan, por eso pienso que es una relación muy de clientela más que asistencial, la asistencial la hace la Cruz Roja y la Pastoral Social, y esa es su misión, uno no puede controvertir eso, si ellos se reconocen como organizaciones asistenciales, cumplen ese papel. Pero el estado debería programar la ruta y los criterios, ahí hay muchas dificultades.

El desplazamiento forzado ha favorecido el retroceso en la condición y situación social, económica, política y cultural de las mujeres, especialmente de las rurales; para superar esta situación se requiere de acciones integrales que garanticen la atención adecuada de las necesidades específicas de las desplazadas y el restablecimiento de los derechos que les fueron vulnerados, para lo que es fundamental reconocer y promover su participación en la definición y concertación de políticas y programas para la atención de esta problemática.

La victimización hace parte de los enfoques que se utilizan actualmente para abordar el problema del desplazamiento forzado y de las viudas de la violencia, y responder con medidas asistenciales a corto plazo y de poco efecto. Desviar la atención del punto fundamental, que es reconocer a las víctimas como sujetos de derechos, desdibuja el contenido político implícito en tal situación y logra que se pierda la capacidad de movilización social y política. Queda por responder la pregunta de cómo podría fortalecerse la identidad de las viudas desplazadas como actoras políticas de importancia a mediano y largo plazo, sin caer en la fijación de la identidad de víctimas, que les impide mayor proyección social.

A continuación presentamos un ejemplo de por qué es necesario buscar y reconocer los problemas existentes en la estructura social y en las formas inadecuadas de manejar una situación cada vez más creciente, según el testimonio de líderes comunitarias.

Hay una ley de protección a las mujeres desplazadas, la ley 3-87, pero en la realidad no sirve para nada porque las cosas no se dan. En el sitio en donde estoy, para que entráramos al subsidio, las que logramos tener la plata y meterla a la cuenta, lo hicimos como el común de la gente, nada tuvo que ver que nosotras fuéramos desplazadas, no hubo una prioridad cuando se supone que en la ley 3-87

hay una prioridad para que el Inurbe tenga en cuenta la población desplazada. Hubo un grupo de unas veinticinco familias que accedieron en un sorteo en el 98 para unas viviendas, esta es la hora que no las han construido, incluso, no las quisieron postular para el subsidio, teniendo prioridad por ser desplazadas, no se hizo, solamente se les dio un subsidio que aportó el Ministerio del Interior y esta es la hora que esas viviendas no se han entregado, la gente tuvo que tomarse los lotes para que medio les pusieran cuidado.

La ley no se pone en práctica, pongamos, en los cupos de educación, muchas veces a pesar de que usted lleva su carta de la Red de Solidaridad, que la identifica, donde dice que fulana es desplazada y que la favorece para matrícula y pensión, las directoras de los colegios ponen líos y trabas y no reciben el niño. Para que lo reciban toca volver a la Red, muchas veces acudir a la Defensoría del Pueblo, mejor dicho, una lucha, a pesar de que ellos saben que hay una ley y que deben hacer eso, pero no se cumple. En salud es lo mismo, se atiende la persona pero a veces no dan toda la droga, lo tienen a uno que esa droga no la hay y no la hay y el desplazado tiene que mirar cómo consigue. En vivienda no hay un solo proyecto que se haya llevado a cabo para la población desplazada, no hay proyectos de trabajo, absolutamente nada.

La cuestión de la ineficiencia y los malos manejos de los programas pudimos observarla personalmente en varias ocasiones, llamándonos la atención de manera especial el caso de programas de vivienda en las afueras de la ciudad de Barranquilla, donde las casas que se entregaron a un grupo de población desplazada eran inhabitables, pues estaban a medio construir y ni siquiera tenían techo, estado en el cual llevaban más de un año, por lo que las personas continuaban en los cambuches provisionales y autoconstruidos, que proveían mejores condiciones de albergue.

6. Viudas de insurgentes²⁵

La insurgencia como parte de la realidad colombiana ha sido, entre otros aspectos, una respuesta a la exclusión social y política que han sentido muchas personas y que encuentra condiciones especialmente favorables para su desarrollo a partir de la década de 1960, cuando aún estaban abiertas las heridas dejadas por la violencia entre liberales y conservadores, vigente la frustración que representó para los sectores populares el Frente Nacional y faltaban alternativas de un partido político que atendiera a sus necesidades. Varios grupos guerrilleros, con diferentes orientaciones ideológicas, surgieron en las décadas de 1960 a 1980; algunos de ellos tuvieron una existencia efímera, otros se fusionaron o se dividieron. Los más conocidos son las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc), el Ejército de Liberación Nacional (ELN), el Ejército Popular de Liberación (EPL), el Movimiento 19 de Abril (M-19), y algunos otros que actualmente tienen poca importancia en el desarrollo del conflicto armado.

La mayoría de acciones militares producto de la confrontación entre la guerrilla y el estado se han llevado a cabo en zonas rurales; la excepción fue el M-19, que desarrolló una estrategia de lucha urbana. En los últimos años y sobre todo después del desmantelamiento de la zona de distensión en el Caguán en enero de 2002, se ha notado el incremento de las acciones guerrilleras en las ciudades. Como resultado de las confrontaciones contra las fuerzas armadas nacionales, como parte de la guerra sucia fomentada por los organismos de seguridad del estado —adoptada luego por los grupos paramilitares— y también como producto de la lucha por el poder local entre las mismas guerrillas, muchos insurgentes fueron víctimas de su propio grupo, han sido asesinados o desaparecidos, se encuentran detenidos o se han reinsertado a la vida civil.

A comienzos de los años 1980, durante el gobierno de Belisario Betancur, comenzó el proceso de negociación política entre los gobiernos y la insurgencia. Los primeros acuerdos políticos de paz se firmaron en marzo

²⁵ Se agradece la redacción de María Eugenia Vásquez en esta sección.

de 1990, en el gobierno del presidente Virgilio Barco (1986-1990). Hasta agosto de 2003 once grupos habían aceptado dejar las armas para participar en la vida política nacional. A enero de 2000, 5.742²⁶ personas aparecían en los listados oficiales de desmovilizados, de las cuales 1.299 eran mujeres (22%) y 4.443 hombres (77%). Estos datos son parciales, pues muchas otras personas iniciaron el camino de retorno a la vida legal por su cuenta y riesgo, sin acogerse a programas estatales.

En 1991, mediante el decreto 2884, se creó la dirección del programa para la reinserción, con el fin de orientar y coordinar las políticas integrales de atención y promoción a las personas desmovilizadas y de cumplir con los beneficios políticos, económicos y sociales pactados en los acuerdos. Lo que se ha llamado la reinserción no se limita a ser beneficiarios del programa, sino que implica un proceso durante el cual quienes pertenecieron a los grupos insurgentes deben sostener su voluntad política de paz, emprender el camino de retorno a la civilidad y vincularse a la vida social, política y económica del país, a pesar de las dificultades que presenta este esfuerzo en medio del conflicto armado interno, que tiende a agudizarse. Más recientemente, los programas de reinserción incluyen miembros de otros grupos armados como los de las autodefensas. Durante los tres primeros años del gobierno del presidente Alvaro Uribe, la mayoría de los desmovilizados pertenecen a los grupos de autodefensa, que han negociado con el gobierno nacional en condiciones totalmente diferentes.

A pesar de los acuerdos suscritos, hasta 1999 cerca de setecientas personas que habían retornado a la vida civil desde marzo de 1990 habían sido asesinadas en diferentes circunstancias²⁷. De este número deriva un número creciente de viudas y hogares afectados directamente por la violencia de la pérdida y, en la mayoría de los casos, también por las amenazas contra la vida, además del deterioro económico ocasionado por la muerte de quien compartía los aportes familiares. Lo penoso de esta realidad y la deuda social, que clama reparación como base de una verdadera reconciliación, le planteó a la dirección general para la reinserción la necesidad de proponer un programa destinado a gestionar atención al

²⁶ Datos del -SIR- sistema de información de la dirección general para la reinserción del Ministerio del Interior, enero de 2000.

²⁷ Cifra citada por Gloria Quiceno, directora general del programa para la reinserción del Ministerio del Interior, en 1999.

número creciente de viudas y huérfanos de desmovilizados. La mayoría de sobrevivientes a la violencia son mujeres que deben enfrentar en condiciones precarias el sostenimiento de sus familias. Por lo general, a causa de sus múltiples responsabilidades, las mujeres asumen una carga desproporcionada en la adaptación a la adversidad económica, con las limitaciones resultantes en capacidad para aprovechar oportunidades que mejoren sus condiciones de vida y el ejercicio de su ciudadanía.

Mientras una parte de estas mujeres fueron combatientes y otras conformaron las redes sociales de apoyo a la guerrilla, muy pocas estuvieron al margen de la actividad político-militar. No obstante, en casi todos los casos se vieron obligadas a silenciar su dolor por temor a ser ellas y sus familias blanco de la misma violencia que segó la vida de sus compañeros. Duelo, estigma y precariedad de condiciones se suman para agravar la situación de las viudas de insurgentes.

María Eugenia Vásquez, una de las integrantes del equipo de investigación, trabajó durante siete meses en la dirección general para la reinserción, entre otras actividades tratando de ubicar los antecedentes de la atención que se había brindado a las viudas y huérfanos de guerrilleros y de las organizaciones no gubernamentales (ONG) de desmovilizados surgidas de los acuerdos. Sus esfuerzos se centraron también en la búsqueda de datos confiables, no siempre existentes, diferenciados por sexo, sobre el número de muertos, sus nombres, la organización a la que pertenecieron, el lugar, las circunstancias y las causas de su muerte así como de los listados de viudas, con sus edades, escolaridad, lugar de residencia, atención brindada, número de hijos, edades y actividad económica de la cual derivaban sus ingresos.

Gran parte de los esfuerzos del programa para la reinserción se orientaron a la vinculación de estas organizaciones al sistema político y legal vigente. En cuanto a los procesos de inclusión en la vida civil, más ligados a la cotidianidad de la gente, la atención se centró en garantizar, a los hombres y mujeres que dejaron las armas, un mínimo de condiciones para asumir su nuevo estado. Para ello se atendieron las necesidades básicas de los desmovilizados y sus familias, mediante programas como el de proyectos productivos, adjudicación de tierras y vivienda, salud, educación básica primaria y secundaria y unos pocos talleres de atención psicosocial. Algunas de las familias que habían sufrido la pérdida de sus

seres queridos se incluyeron en los listados de desmovilizados, para garantizar su acceso a los beneficios pactados; así mismo, se atendieron en las delegaciones regionales del programa casos puntuales que solicitaron algún tipo de apoyo. Sin embargo, muchas familias quedaron al margen por diversas razones, como el temor o el escepticismo respecto a vincularse a los procesos que se iniciaron luego de la desmovilización, o el dolor y el resentimiento presentes en las situaciones de duelo y el desplazamiento de sus lugares de residencia como resultado del estigma heredado que condujo a amenazas contra sus vidas.

Sólo tres de las organizaciones sociales, ONG conformadas luego de la desmovilización –la Corporación Arco Iris (de la Corriente de Renovación Socialista, CRS), la Corporación Nuevo Arco Iris (CRS) y la Fundación Zoraida Téllez (M-19)– se ocuparon específicamente de la población de viudas y huérfanos. La primera, por medio de un proyecto que contó con el apoyo del Programa por la Paz de los jesuitas, y cuyo desarrollo se vio impedido por problemas de tipo jurídico y administrativo en la organización política mencionada. La segunda, mediante un proyecto de atención integral a viudas y huérfanos de la CRS, que en 1998 y 1999 entregó bonos escolares para los huérfanos, el acceso a créditos blandos –hasta por dos millones de pesos– para las viudas y talleres de apoyo psicosocial. La tercera, constituida para apoyar a los huérfanos de ambos sexos en su gestión por mejorar su calidad de vida, en especial, frente a la educación, consiguió algunos apoyos puntuales en 1997 con entidades privadas y embajadas, y trabajó en la elaboración del primer listado de huérfanos del M-19.

Pese a los esfuerzos mencionados y a la atención –escasa– prestada por el programa para la reinserción, las limitaciones en el sistema de información, la carencia de un seguimiento sistemático y la ausencia de políticas institucionales hacia las viudas y huérfanos se consideran un vacío en aumento que debilita los procesos de reconciliación nacional. En 1999, el programa para la reinserción comenzó a desarrollar un proyecto de atención y promoción para viudas y huérfanos, que sólo llegó hasta el diseño y las primeras reuniones regionales de acercamiento y consulta con las posibles beneficiarias; no se adjudicó presupuesto ni existió la voluntad política que impulsara acciones institucionales coordinadas, lo cual condujo a acrecentar el escepticismo de las personas afectadas.

No existen datos consolidados sobre cifras básicas para orientar la atención, en el programa no se tienen criterios unificados para la obtención de información y no se logró que los formularios enviados a las regionales se diligenciaran correcta y oportunamente. Además, los formularios que se diseñaron para recolectar datos no permitían obtener detalles precisos, por ejemplo, sobre el sexo de la persona, el número de hijos varones y mujeres, la escolaridad y otra información importante para orientar la atención. La comparación de los datos existentes es muy difícil por la fragmentación y dispersión de los mismos. El esfuerzo que se hizo en ese sentido, consultando a las ONG de desmovilizados, a los dirigentes de las organizaciones políticas y al sistema de información (SIR) de la dirección general para la reinserción arroja unas cifras aproximadas, todavía en proceso de ser confirmadas en las regionales de la dirección general para la reinserción. Hasta cuando concluyó esta investigación, en julio de 2003, se tenían datos confirmados de trescientos dieciséis personas muertas, trescientos tres varones y trece mujeres. En los listados de familiares de desmovilizados víctimas de la violencia, figuran trescientas treinta y tres mujeres, entre las que cerca de quince podrían ser hermanas y madres del muerto, y un total de doscientos setenta huérfanos: ciento una mujeres y ciento sesenta y nueve varones.

En las diferentes reuniones de acercamiento y consulta con siete grupos de viudas en seis ciudades del país –Apartadó, Barranquilla, Bogotá, Bucaramanga, Cali y Florencia– se observaron ciertos aspectos compartidos, a pesar de que la actitud de las mujeres frente a la viudez varía según las vivencias particulares, las diferencias culturales propias de la región y de las organizaciones armadas en las que militaron ellas o sus compañeros. A continuación se señalan algunos de los aspectos comunes:

- El concepto de viudez se asocia con la relación matrimonial legal o socialmente legitimada; por ejemplo, se tiende a considerar que el difunto deja una sola viuda y las mujeres que constituyen familias no formalizadas ni siquiera se consideran ni son consideradas viudas y tienen que asumir en completa soledad y clandestinidad la situación de pérdida y las dificultades propias de la ausencia del compañero. Las ex combatientes que conforman una pareja reconocida socialmente como tal, si no tienen hijos en común, cuando pierden a sus compañeros no suelen considerarse viudas.

- ↵ Los beneficios se otorgan a una sola de las compañeras del muerto, y quien los adjudica es el delegado o delegada regional, con criterios personales tales como la esposa legítima según documentos; si no existe, cuál de ellas vivía con el muerto; cuál tiene más hijos o cuál de los hijos es menor. En varios casos, si la mujer tiene uno o varios hijos del ex combatiente fallecido, pero estaban separados y ella tiene un nuevo compañero, quedó impedida de hacer el proceso de sustitución mediante el cual hereda los beneficios a los que tenía derecho el desmovilizado muerto.
- ↵ Las esposas de los dirigentes asesinados, generalmente, no establecen nuevas relaciones de pareja.
- ↵ Casi todas las viudas han vivido situaciones de riesgo heredadas del pasado insurgente propio o de las actividades del muerto; por tanto, resienten profundamente la ausencia de las respectivas organizaciones durante las etapas de duelo.
- ↵ Como en todo grupo cerrado, la viuda debe mantenerse sola un tiempo después de la muerte del compañero o se expone a la censura abierta o soterrada.
- ↵ Las ex combatientes que perdieron a sus compañeros durante la confrontación armada debieron postergar el duelo o enfrentarlo en soledad debido a que públicamente respondieron a la imagen de fortaleza que proyectaban.

7. Las viudas de los miembros de las fuerzas armadas²⁸

Aun cuando puede hablarse de las viudas de las fuerzas armadas en general, es decir, de aquellas mujeres que estaban unidas a miembros de la policía, del ejército o de la fuerza aérea, se corre el riesgo de agruparlas en una categoría demasiado amplia y uniforme, que las encierra en un todo homogéneo haciéndolas pasar como si todas vivieran las mismas experiencias, enfrentaran los mismos problemas e, incluso, como si todas tuvieran una misma identidad. Al observar con detenimiento las historias individuales, las diferencias que más sobresalen son las de clase social y jerarquía dentro de la institución. Es decir, ellas se definen a sí mismas no sólo por sus condiciones individuales, de clase social, educación personal y situación familiar, sino por el rango y la posición social de sus compañeros. En consecuencia, buena parte de su identidad la heredan de quien fuera su compañero, de sus hazañas y de los cargos que ocupó. A su vez, ellas muchas veces provienen de familia de militares o de policías, lo que marca muchos aspectos de su vida en relación con una institución jerárquica y factores como el traslado constante de un lugar a otro. Este hecho es evidente para las esposas o compañeras de policías, que empiezan a construir esta nueva identidad sobre la base de la pertenencia a la institución, primero como esposas de uno de sus miembros activos y luego como viudas de un hombre que perdió la vida en servicio.

Reivindicarse como viudas les ayuda ante la institución para mantener o conseguir los beneficios a los que tienen derecho, así como para obtener los de otras instituciones y fundaciones; además, les permite continuar con los lazos con la institución que, de cierta manera, representa al marido muerto, así sea mediante el discurso de la queja y el reclamo. Para muchas de ellas, incluso para las que tienen más recursos, la manifestación de viudez y las expectativas que hay sobre esta no son un estigma, como ocurre con las viudas de otros grupos, como el de los insurgentes; es, también, parte de la estrategia de supervivencia a la que recurren para reorganizar sus proyectos de vida individuales y familiares. En vez de relacionar la viudez con un

²⁸ Se agradece la colaboración especial de Martha López para la elaboración de esta sección.

estado que propicia invalidez, ésta se vuelve útil en la construcción del discurso para demandar y reclamar ante la institución pues, al fin y al cabo, sus esposos murieron al servicio de la patria. Estas demandas a veces pueden durar años, y en algunas ocasiones no surtir efecto alguno, pero en muchos casos les ayudan a resolver problemas inmediatos como la obtención de la pensión, subsidios médicos, la inclusión en programas de capacitación, vivienda y beneficios similares.

En ocasiones aparecen integrantes de este colectivo en los medios de comunicación, como, por ejemplo, durante la visita del entonces presidente de Estados Unidos, Bill Clinton a Colombia, en agosto de 2000. El mandatario escuchó la historia de varias viudas, entre estas la de Gina Torres, embarazada y con cinco meses de viudez. En ese entonces les hicieron promesas de las que ellas se lamentan amargamente, ya que dos años después aún no se habían cumplido.

Hemos esperado la ayuda, pero no ha llegado. Nos prometieron apoyarnos en la consecución de una vivienda, porque no tenemos un techo, y con recursos para asegurar la educación de nuestros hijos. El presidente Clinton también dijo que a través de la embajada de Estados Unidos recibiría pañales y leche para el bebé que esperaba, pero nada de nada... Mi esposo estuvo trece años al servicio de la patria, murió luchando por ella y ahora nadie se acuerda de eso²⁹.

Si, en general, la población de viudas de los miembros de las fuerzas armadas es invisible y se queja de no recibir el apoyo necesario, es aún más grave la situación de aquellas cuyos esposos pertenecieron a la policía. Según un estudio que investigó la situación de viudas de la policía (Echeverría, 2002), en 2000 murieron en actos del servicio trescientos cincuenta y cinco policías, siendo el más afectado el personal del nivel ejecutivo, doscientos once de ellos que murieron en ataques subversivos, y otros setenta por ataque con arma de fuego. Las circunstancias de estos ataques no las sabemos. Entre 1996 y 2000 murieron 1.666 policías. De acuerdo con la Fundación Corazón Verde, que también brinda apoyo a las viudas y huérfanos de los policías, en Colombia durante la última década más de siete mil mujeres han perdido a sus esposos en actos del servicio, y trece mil niños quedaron sin padre.

²⁹ "Viuda de infante de marina dice que no le cumplieron promesas durante visita de Bill Clinton a Colombia". *El Tiempo*. 27 de junio de 2002.

Es muy significativo que ni en los escritos oficiales ni en la prensa se encuentren referencias a las familias de los miembros de las fuerzas armadas, sobre todo si se tiene en cuenta que asuntos como el de los miembros de las fuerzas armadas retenidos por la guerrilla o las viudas de la policía sí son noticia con frecuencia. Esto podría evidenciar el desinterés que existe en las fuerzas armadas por la problemática de las viudas y sus familias.

Cuando un hombre de las fuerzas armadas muere, las mujeres tienden a sentirse vulnerables e indefensas, por la falta de quien era su sustento económico y por la ausencia de la figura de autoridad masculina no sólo para los hijos sino para ellas mismas. En este sector, los patrones de género y de división del trabajo son más tradicionales que en otros grupos sociales, por lo que muchas de ellas no habían tenido experiencia alguna en el campo laboral; a veces son incapaces de tomar decisiones o de asumir otro rol diferente al de amas de casa subordinadas y dependientes. A esta situación se suma el traslado constante de un sitio a otro. Algunos de ellos, por su parte, tienen la tendencia a entablar relaciones con más de una mujer a la vez, lo cual crea dinámicas familiares que repercuten en el tipo de problemas que surgen a raíz de la muerte de un miembro de las fuerzas armadas, por lo que la viudez puede ser aún más difícil de sobrellevar. Aun cuando cuentan con cierto respaldo institucional en lo que tiene que ver con beneficios económicos, en muchas ocasiones el desamparo que les ocasiona su nueva condición las enfrenta a un callejón sin salida en el que sólo encuentran alternativas relacionadas con “continuar casadas con la institución”, en las palabras de una de las viudas de la policía, o de buscar un compañero que las ayude con los hijos.

Un esfuerzo de apoyo y protección a las viudas de los miembros de las fuerzas armadas que debe destacarse es el de la Corporación General Gustavo Matamoros D’Costa, fundada en 1986, que les ofrece ayudas de carácter económico y de capacitación. Uno de los objetivos de la Corporación es, precisamente, “apoyar la recuperación socioeconómica y emocional de las familias de los fallecidos o desaparecidos en situaciones de combate en programas de educación y capacitación, vivienda, apoyo al voluntariado social y casas de paso”. No obstante, esta corporación, aunque recibe dinero de miembros en retiro de las fuerzas militares, no depende directamente de las instituciones ni del gobierno, es una ONG de

carácter particular. Al respecto de las viudas también se han creado otras entidades particulares de apoyo como la Fundación Corazoncito Verde, que ha hecho esfuerzos por visibilizar el problema e involucrar a los particulares para recoger fondos, tal como lo hiciera con el programa de los árboles y mariposas trabajados por artistas, que se exhibieron en Bogotá y se remataron luego en una subasta nacional. Estas instituciones no brindan atención especializada a las viudas y huérfanos, sino que, más bien, firman contratos con entidades como la Fundación Omega para dar apoyo psicológico a las numerosas viudas (Echeverría, 2002). Esta falta de coordinación y atención directa a viudas y huérfanos es un obstáculo más en la tarea de reorganizar la vida familiar a la que ellas se ven enfrentadas, ya que emprender la batalla jurídica por los beneficios económicos es una prueba por la que todas deben pasar, problema que se complica aún más cuando deben desplazarse constantemente de los pueblos hacia las capitales.

El impacto de la guerra se nota también en los costos que tiene para el estado en relación con las indemnizaciones a las víctimas de la guerra, la pensión de viudez y los auxilios a los miembros de las fuerzas armadas que quedan discapacitados. Según un informe de prensa³⁰, el Ministerio de Defensa Nacional entregó cerca de US\$ 4.300 a soldados, suboficiales y oficiales que han sido víctimas de la guerra. No siempre ese dinero llega a manos de quienes lo necesitan. Anualmente, el Consejo Superior de la Judicatura tiene más de treinta y cinco mil procesos activos contra profesionales en derecho, por intentar aprovecharse de sus clientes y tratar de quedarse con la mayor parte del dinero de las víctimas.

Una de las tareas más difíciles que deben enfrentar inmediatamente después del fallecimiento es, precisamente, demandar los derechos prestacionales. Es paradójico, pero aun cuando de cierta manera la muerte es más previsible en un contexto militar, a casi todas las viudas las atropella la circunstancia sin saber a qué tienen derecho y cuál es el procedimiento para entablar la reclamación. En algunas ocasiones pierden sus derechos porque dejan vencer los plazos, por no saber ante qué entidad reclamar o, simplemente, porque los padres o hermanos del esposo, más rápidos y hábiles que ellas, reclamaron antes, lo cual crea una serie de conflictos, envidias y

³⁰ "Militares reciben indemnización". *El Espectador*, sábado 1 de abril de 2000, p. 4A.

resentimientos familiares. Algunas se encuentran con la sorpresa de que no estaban incluidas como beneficiarias de seguros, y si además no habían legalizado ante las autoridades competentes su unión libre, las posibilidades de obtener las prestaciones sociales correspondientes son muy pocas. Si bien es cierto que los beneficios no son tan cuantiosos como para que puedan considerarse ricas, son un derecho y una compensación por la muerte en servicio, que les permitirían llevar una vida más tranquila en comparación con la de otro tipo de viuda, por ejemplo, la desplazada, la viuda de un insurgente o la de un hombre muerto por circunstancias de violencia común.

La reglamentación en lo que tiene que ver con los beneficios que reciben las esposas o compañeras permanentes de los hombres que mueren al servicio de las fuerzas armadas o la policía tiene variaciones significativas y depende, también, de la legislación específica de cada una de las fuerzas que componen las fuerzas armadas –ejército, fuerza aérea, marina– y la de la policía nacional, y de las circunstancias de la muerte. En consecuencia, la viuda recibe más o menos beneficios de acuerdo con la causa y la forma en que ocurrieron los decesos –si fue en servicio o en enfrentamientos militares o por otras causas– el rango del fallecido, el tiempo que llevaba en la institución y el número de personas que se consideren con derechos, para lo cual hay un orden claramente establecido. Así, por ejemplo, cuando la muerte se debió a hechos de orden público hay un ascenso póstumo. Los familiares y herederos de los uniformados no sólo reciben la pensión sino que tienen derecho también a servicios médicos asistenciales, al pago de los gastos exequiales y a recibir durante tres meses el salario que devengaba el fallecido. Por ejemplo en el caso de la Policía nacional, si el agente no cumplía aún doce años de servicio en el momento del fallecimiento, su familia tiene derecho sólo al 50% de la pensión. En julio de 2003, el gobierno nacional expidió un nuevo régimen de pensiones para las fuerzas militares, en el cual se redujeron los requisitos para conceder la pensión por invalidez o viudez, es decir, que ya no se requiere de un tiempo de servicio de más de doce años para recibir pensión³¹.

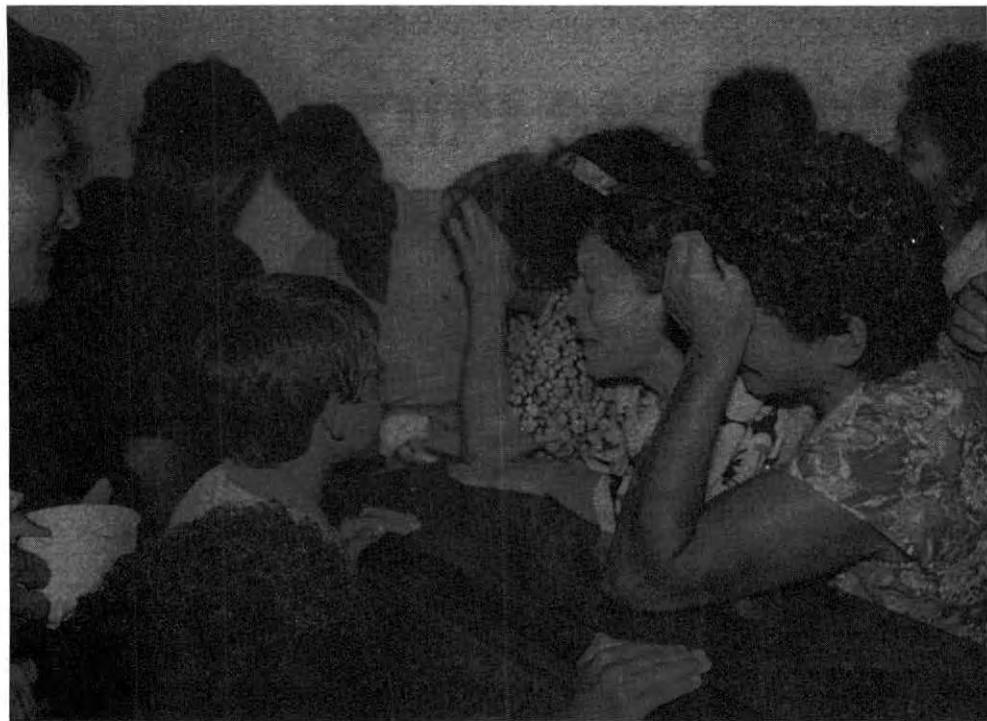
Según funcionarias de la Fundación Matamoros, la pensión de viudez de la mayoría de las mujeres oscila entre trescientos y cuatrocientos

³¹ *El Tiempo*, 28 de julio de 2003.

tos mil pesos, es decir, más o menos el equivalente a un salario mínimo mensual; tienen derecho a servicio médico para ella y sus hijos, y reciben el seguro de vida que están obligados a adquirir los hombres cuando se vinculan a la institución, que oscila entre diez y doce millones de pesos. Hasta 2001, la mujer debía demostrar matrimonio en derecho, y perdía el derecho a recibir la pensión si ella contraía nuevas nupcias. Los cambios en la legislación a este respecto consideran, por un lado, la legalidad de las uniones de hecho, es decir, las compañeras permanentes pueden reclamar en igualdad de condiciones la pensión y demás derechos; por otro, pueden volver a establecer nuevas uniones sin perder la pensión.







Rituales de aflicción: el duelo y el luto

*Oh, lo perdiste todo. Nunca lavaré estas ropas. Quiero conservar las manchas. Tu sangre es preciosa para mí. Todavía siento dolor. Tu espíritu canta, aunque tus labios no se abran, cantando solo para mí....*³²

En Colombia, como en muchas otras partes del mundo y en muchas otras épocas, las mujeres son las encargadas del trabajo simbólico de las emociones y de los rituales que acompañan a la muerte. Las diferentes etapas del duelo por el que la viuda pasa hacen parte de la construcción social de lo femenino, así como el uso de los recursos que le van a permitir afrontar su nueva situación personal. El duelo es, a su vez, una fase de descubrimiento de fortalezas y un aprendizaje de autonomía, en la que se lucha a veces no sólo en contra de otros sino contra sí misma, y no se puede ser ya dependiente de alguien. Muchas de las dictaduras que el género ejerce por medio de la cultura sobre las mujeres se visibilizan en las etapas de transición que produce la muerte, pues ésta toca no sólo lo referente al ritual, sino que afecta la estructura de las relaciones familiares, la distribución de la propiedad y la identidad. Del desequilibrio emocional se pasa al social y al económico, lo que lleva a una serie de tensiones que no se resuelven fácilmente.

³² *Oh, You lost all. I'll never wash these clothes, I want to keep the stains. Your blood to me is precious. I'm still in pain. Your spirit sings, though your lips never part, singing only to me...*
Canción interpretada por Sinead O'Connor, escrita por Bono, Friday and Sweezer, para la película *En el nombre del padre*, sobre el conflicto irlandés.

De todas las relaciones de parentesco que se ven afectadas por la muerte, la del esposo es la que cambia más profundamente la identidad y la que produce otro tipo de consecuencias sociales. Quedar viuda significa un cambio sustancial en el orden social, acompañado de prescripciones culturales, religiosas y legales. Este capítulo comienza con las reacciones personales a la noticia de una muerte que llega de manera brusca, aunque algunas veces anunciada. Se pasa luego a los trámites y tribulaciones que acompañan al funeral, a las decisiones sobre qué hacer con las posesiones del difunto, para ver, finalmente, las relaciones emocionales, desde el choque de los momentos iniciales de negación e incredulidad hasta la aceptación y cierre de un hecho final. En otras palabras, se discutirá lo relacionado con las respuestas culturales de las mujeres a la muerte violenta y a destiempo, resaltando dos aspectos principales. El primero se refiere al impacto emocional y psicológico de la muerte, es decir, lo que se conoce como el duelo; el segundo se relaciona con lo ceremonial, los rituales y las creencias sobre la muerte, dentro de lo cual se resalta el luto. Ambos aspectos están determinados por la cultura y sirven propósitos específicos sobre el significado que se le dé a la aceptación de la finalidad de la muerte.

1. El luto

La asociación de las mujeres con el luto ha existido en muchas culturas y épocas, ya que ellas han estado a cargo del manejo de los cuerpos en momentos trascendentales como el nacimiento y la muerte. La muerte, la sexualidad femenina, la fertilidad y la reproducción son elementos que se combinan de manera peculiar, afectando las prescripciones sociales hacia las mujeres. Este argumento tomado en relación con las leyes de parentesco, matrimonio y residencia, aclara por qué las viudas deben enfrentar muchas censuras, restricciones y prohibiciones con respecto a un segundo matrimonio, al estado liminal en que quedan sin poder ser ni solteras ni casadas y al tratamiento que reciben a raíz de la asociación que tuvieron con un hombre que falleció (Bloch y Parry, 1982). Investigaciones sobre la muerte y el ritual llaman la atención sobre la poca importancia que se le ha dado al estudio del significado de la participación de las mujeres en las ceremonias mortuorias (Molas, Font y Guerra, 2002), lo que es visto como sin consecuencias para el análisis formal de la estructura social (Weiner, 1976).

La muerte tiene el potencial de moldear la cultura, la psicología, la religión, la política, la filosofía, los individuos y los sistemas sociales. Hay numerosos ejemplos sobre su impacto en diferentes periodos históricos y partes del mundo, sobre todo cuando se producen en gran escala, como en el caso de la peste negra, la bomba atómica, la epidemia del sida y, más recientemente, la caída de las Torres Gemelas. En estos casos la muerte ha hecho que se produzcan movilizaciones colectivas con el fin de que se tomen medidas específicas de tipo moral, social y económico. A pesar de que no siempre ocurre en contextos tan dramáticos, hay que tener en cuenta que amenaza al orden social. En Colombia, a pesar de que la muerte se manifiesta de manera impactante, nos hemos acostumbrado a verla como algo cotidiano, lo que nos impide ver su magnitud y los estragos que produce.

La manera como los hombres y las mujeres se aproximan a la muerte refleja las creencias y los valores básicos de una cultura, ya que esta puede desorganizar el tejido social, aun cuando contribuye también a re-

forzar o cambiar las estructuras sociales y, a veces, a afianzar los lazos de solidaridad entre los miembros de una comunidad. Puede ser, así mismo, una experiencia de crecimiento personal, ya que las reglas de la vida diaria de repente no significan lo mismo. Sin embargo, las sociedades deben construir una protección contra el caos, lo que se ha llamado un *ethos* cultural, que moldea la perspectiva del mundo, los comportamientos, la identidad y las esperanzas de los que sobreviven.

Los estudios sobre antropología de la muerte en diferentes culturas muestran la influencia de análisis clásicos, que han llegado a varias conclusiones importantes de tener en cuenta (Palgi y Abramovitch, 1984). Primero, ésta no se siente como la destrucción total e instantánea del individuo. Segundo, es vista como un evento social, el punto inicial de un proceso ceremonial en el que la persona que muere se convierte en un ancestro. Y, tercero, la muerte es como el inicio de una vida más allá, donde se entra en una especie de nuevo nacimiento. En los estudios sobre la muerte se ha resaltado también la descripción del luto y las variaciones en los rituales funerarios, es decir, las diferentes maneras como se trata el cuerpo y las creencias en la vida más allá de la muerte (Metcalf y Huntington, 1991). Otra perspectiva se ha concentrado en el estudio de los sentimientos que aparecen como reacción a la muerte en señal de duelo (Rosaldo, 1989). Por ejemplo, sabemos que las muestras públicas de dolor desgarrador no son comunes en todas las sociedades ni en todos los estratos sociales. Por eso se ha hecho el inventario de la amplia gama de emociones que pueden aparecer ante la muerte y bajo qué circunstancias ocurren (Rosenblatt, Walsh y Jackson, 1976).

2. El duelo

Por duelo se entiende la expresión personal de dolor y sufrimiento, es decir, el sentimiento producido por la muerte de un ser querido. El luto, por su parte, es la expresión pública de la pena, es una señal para separar a las personas que pasan por la muerte de una persona relacionada por el parentesco o por el afecto, una marca que hace recordar a los otros la cercanía de la muerte, y un anuncio público de que quienes van de luto deben ser protegidos y tratados de manera especial o diferente, porque atraviesan por una crisis, un momento difícil en sus vidas, sintiendo los terrores producidos por la presencia de la muerte. El luto nos recuerda el paso por el umbral entre la vida y la muerte y muestra la transición de un estado a otro. Esta señal, rígida en otros momentos, parece estar cada vez más oculta a la mirada pública. Las sociedades modernas, la comercialización de la muerte y la globalización han hecho que muchas de estas prácticas culturales pierdan su significado. Tanto el luto como el duelo están estrechamente relacionados, pero no siempre el uno refleja el otro.

Las corrientes recientes de trabajo sobre el duelo provienen de países industrializados, por lo que resaltan las circunstancias propias de esas sociedades y proponen un prototipo especial del duelo, sobre todo en personas mayores, las más afectadas, con unas etapas claramente definidas que marcan el final de ese estado. Esos estudios no han tratado mucho la muerte en circunstancias que no sean de muerte natural o de accidentes de tráfico, por lo que excluyen la muerte y el conflicto armado o la violencia política.

El acompañamiento del duelo, que antes era obligación de la familia y de la comunidad, se ha convertido en el dominio de “los especialistas”, dándole la mano psiquiatras, sacerdotes, psicólogos y otros tanatólogos, e incentivándose la creación de grupos de apoyo y la publicación de innumerables libros de autoayuda. Existe una tendencia a que la viudez y el duelo se consideren un “estado mental”, dejando de lado los derechos sociales y las obligaciones que están de por medio.

No por eso se descarta la utilidad de los programas de apoyo al duelo, aun cuando se dirijan a personas que viven en mejores condiciones sociales y económicas. Estos grupos cumplen una función específica en las sociedades industrializadas, en las que las redes de apoyo tradicionales que ofrecían una respuesta a la muerte han desaparecido o perdido su fuerza. En situaciones de guerra y desastres, es necesario contar con otras estrategias psicológicas y un plan de apoyo de emergencia colectivo para aliviar los otros componentes sociales que se ven afectados. Por eso hoy en día se habla más de atención psicosocial, de la cual están encargadas algunas, pocas, organizaciones en Colombia, que más bien son círculos pequeños y cerrados donde es difícil ingresar, aun cuando hay numerosas familias afectadas, con necesidades urgentes de atención.

Existe una corriente que tiende a medicalizar la muerte y el dolor que esta produce. Es decir, se ofrece una solución rápida, con base en medicamentos, que no siempre tiene en cuenta posibles efectos secundarios a largo plazo:

Al comienzo yo casi no podía llorar, no quería llorar delante de los niños, ni los niños querían llorar delante de mí. Ellos decían que si lloraban delante de mí me iban hacer llorar a mí, si yo lloraba entonces yo hacía llorar a los niños. Entonces nos guardamos eso, y eso es malísimo, porque uno no vive el duelo como debe ser, uno debe vivir el duelo así como vive la alegría, tiene que vivir el dolor. Pero a mí no me dejaron porque me empastillaron. Me sentía volando. Ya después yo misma me seguí empastillando, pues no quería llorar. Hay que darle tiempo y lugar a las cosas y si uno quiere llorar pues debe llorar, yo todavía a veces lloro sola. Por eso, porque no viví el duelo como debí vivirlo, yo todavía lo recuerdo y no debía ser así porque ya va a cumplir cinco años. Les digo a mis hermanos, nunca vuelvan a hacer eso, de darle pastillas a uno para doparlo, uno tiene que sentir el dolor para que uno cicatrice, pero si uno no lo vive va a estar ahí. Yo a veces por la mañana me levanto y lloro porque me acuerdo de él, porque no era cualquier cosa que había pasado, era la muerte de mi esposo.

Muchos trabajos se han concentrado en los efectos del duelo sobre la salud física y mental de los dolientes, encontrándose dos tendencias principales: una, la que lo ve como una reacción humana normal, y otra, la que considera que este es una condición médica, es decir, una enfer-

medad que debe tratarse con medicamentos y terapias, a veces sin tener en cuenta la condición social o cultural de las personas. Por lo general, esta corriente trata de identificar síntomas dentro de una larga lista de sentimientos enmarcados en términos médicos. La tendencia a prescribir calmantes y la manera como los medios de comunicación enfocan el duelo han contribuido a dar la sensación de que la expresión pública de sentimientos agudos es anormal y debe ser tratada. Esto ha provocado que los sentimientos no se manifiesten, por lo que las personas se sienten cohibidas de expresarlos, incluso frente a sus hijos.

Dentro de los modelos desarrollados para entender el duelo se destacan dos. El primero, y tal vez más corriente, es el “modelo de la depresión”, que lo entiende como una respuesta emocional e interpreta clínicamente los síntomas como depresión. El otro modelo es el del “estrés”, que entiende el duelo como un evento estresante en la vida, que produce una serie de reacciones que pueden afectar la salud (Stroebe y Stroebe, 1987). Estudios hechos en países industrializados y en vías de desarrollo muestran como las personas viudas tienen mayores riesgos de morir que las casadas en cualquier grupo organizado por edades, lo que aumenta considerablemente en el caso de los hombres (Palmore, 1987).

Todas estas cosas me han generado problemas de salud para el resto de la vida, porque me afectaron mucho mentalmente. En el año 1999 tuve una depresión terrible, perdí mucho peso. Tuve una depresión espantosa y estuve en tratamiento psiquiátrico con droga y con terapia.

A pesar de las críticas al manejo médico del duelo, no debe dejarse de lado que la atención psiquiátrica es necesaria en algunos casos. Resaltamos a continuación casos en los que las viudas definen sus emociones y deciden que necesitan tratamiento médico.

Yo tenía un duelo muy enconado y me estaba haciendo mucho daño a pesar de los años, porque me tenía muy enferma físicamente, pero sin una causa definida, sin estar enferma de verdad. Por eso tomé la decisión de hacerme un tratamiento un año entero, de someterme a la droga antidepressiva, porque físicamente la depresión es una enfermedad real como si fuera el cáncer o cualquier otra cosa, entonces había que admitirlo. Tuve depresión severa postraumática con todas las de la ley y me sometí a tratamiento.

Por otra parte, encontramos que, por lo general, el duelo se manifiesta en un dolor que reside en algún lugar del cuerpo, y que sus manifestaciones se agrupan dentro de una categoría general llamada “nervios”. La palabra “depresión” se usa también con bastante frecuencia, a veces como sinónimo de muchos otros síntomas. Aun cuando no podemos dejar de lado las condiciones agudas y la expresión de sentimientos “anormales” que pueden ser síntomas de otras condiciones, no podíamos evaluar o diagnosticar la severidad o anormalidad de los síntomas.

Preciso llegamos y lo primero que oí fue el nombre de mi esposo, y yo pregunté: señor, él es mi esposo, en dónde está mi esposo, por favor lo puedo ver, déjemelo ver. Él me dijo: no señora, él acaba de salir, la carroza había dado la vuelta a la esquina. Entonces me puse como loca y cogimos un taxi y me dio un ataque de nervios que se me durmieron las manos y se me estaba durmiendo la boca.

Hubo como dos años que yo no podía tocar ese tema. Incluso los nervios estaban totalmente destrozados para mí, no podía ni siquiera volver a entrar al cuarto donde compartía con él.

Tengo veintinueve años pero parezco mucho más joven. Me adelgacé mucho. De talla estaba en once, ahora estoy en ocho. No sé qué me pasó, sufro mucho de los nervios, automáticamente he bajado mucho.

Digamos que el luto estuvo asociado a no tener ganas de vestirme, ni de nada, casi ni de comer.

Tuve mucha, mucha depresión, pasaba el tiempo en la cama, no comía.

En condiciones sociales estables, el duelo es un proceso de transición normal en el que los participantes encuentran elementos personales y recursos en la comunidad para reajustar sus vidas y seguir adelante con ellas. En condiciones de guerra o de diferentes tipos de violencia permanente, cambia la manera como se siente y reacciona frente a la muerte, dejándose de cumplir, a veces, con los patrones culturales tradicionales,

pues también es probable que ya no se encuentren explicaciones culturales adecuadas al horror ni a las tragedias que se sobrellevan.

A mí me vinieron lutos tras lutos, al año de morir mi esposo murió mi hermano. Todavía le guardaba luto a mi esposo, y cuando murió mi hermano volví a sentir rabia por dios. Dije, no puedo pasar de un luto a otro luto, me voy a gastar mi vida. A mí me enseñaron que hay que guardar el luto y el corazón de uno está como arrugadito, como triste y apenas estaba saliendo yo de lo de mi esposo cuando lo de mi hermano, que también fue una muerte de repente y yo fui la que recibí la llamada. Todas esas cosas hacen ver la vida de otra forma, reacciona uno ante la muerte, uno dice, la muerte existe, no la mira por encima del hombro como la miraba antes. Son golpes que le da a uno la vida y hacen reaccionar, uno está consciente de que hoy está vivo y mañana...

3. La noticia

Los cambios recientes en la cultura de la muerte se reflejan también en la manera como se manifiestan los sentimientos en los funerales y como se trata a las personas que han pasado por el dolor de una pérdida. El horror de la muerte, la sangre, la crueldad y la crudeza la vemos a diario, casi de manera obscena, pero las emociones y los sentimientos quedan ocultos, sólo los vemos cuando nos afectan de cerca. Por eso, cómo se dé la noticia a la esposa y ella lo haga, a su vez, a los hijos, tiene repercusiones profundas que afectan un proceso que va desde la negación inicial hasta la aceptación.

Por otra parte, a nadie le gusta ser portador de malas noticias, por lo que a veces ninguno se atreve a dar nuevas tan tremendas. Además se necesitan habilidades especiales que mitiguen un poco el impacto, y esta las tienen personas como los sacerdotes o los psiquiatras, quienes a veces prestan ese servicio, sobre todo en instituciones como la policía o el ejército, en las que dar noticias de muerte es frecuente.

*Lo primero que hacen es mandar al cura, vaya usted cura dígame eso.
Uno ya sabe, como esposa de militar, ya sabe que cuando llega un cura a darle una razón es porque le va a dar una razón fea.*

A veces todo el mundo está enterado menos la esposa, pues se sabe que para ella, más que para cualquiera, la noticia va a ser difícil. También están los que saben por las noticias o la televisión, y estos no sólo son personas que habían estado lejos de su familia por la clandestinidad o el exilio. En ocasiones, los medios de comunicación manejan la muerte de la peor manera, sin respeto alguno por las familias, que aún no se han enterado. En otros casos no hay aviso, pues las familias son testigos presenciales del horror, oyen los disparos, ven a sus hombres arrancados de sus casas y sus vidas han estado en riesgo.

La noticia puede recibirse de diferentes maneras, pero la primera respuesta tiende a ser la negación. El impacto puede producir muchas reacciones, incluso puede haber pérdida del conocimiento y otras reacciones como la que ellas denominan de “enloquecimiento”:

Yo gritaba, y gritaba, tenía que atender llamadas, corría en mi casa como loca, me tiraba al piso, me enloquecía, me descontrolé toda hasta que me lo trajeron. Esa llegada fue tremenda. Imagínese, usted sabe lo que es que su esposo se vaya bien alentado para su trabajo y regrese en un ataúd... eso es bravo.

Sentí que el mundo se me vino encima, como si me hundiera... todo quedó oscuro. Es un susto que queda uno como borracho, como ¿qué voy a hacer? Y lo primero que piensa uno es en los niños, pues el dolor de uno es tan grande, pero también el dolor de madre está ahí, ver sufrir a sus hijos. Yo pensaba en los niños, recuerdo tanto que le decía a la capitana, pues él era policía, que me ayudara, y pensaba: ¿qué le voy a decir a los niños?

Me golpean a la puerta y veo que eran muchos policías y dije: ¿qué pasó con William, qué pasó? ¿Es que él está muerto? Dije no, eso es imposible. Eso fue terrible, empecé desesperada, no tenía calma. Entonces me puse los zapatos, no los tenía puestos y dije no, no está muerto, ustedes están muy equivocados. Eso es mentira, no me engañen eso es mentira, no puede ser, no puede ser y perdí el conocimiento.

Salí como desesperada y no sabía nada, lloraba, lloraba y lloraba, se me nubló la mente y no sabía sino pensar en él. Decía es mentira, todo eso es mentira. No me dejaban ni tocarlo, no sé por qué, hasta se me hizo extraño, porque yo quería tocarlo, abrazarlo, y no me dejaron.

Disfrazar la noticia, tal vez con la intención de suavizarla, puede tener el efecto de que queden dudas o de que no se crean las versiones oficiales ni las explicaciones de los hechos. La negación y, tal vez, una última esperanza de que haya habido una equivocación, y que de pronto sea un problema de confusión de nombres, produce la necesidad desesperante del contacto físico, de “hasta no ver no creer”, de palpar la certeza final.

Cuando me avisaron yo dije tengo que verlo. La pasé mal porque no sabía dónde estaba. Al día siguiente me enteré que era en una veredita pequeña. Le dije a un señor que me llevara (el pasaje allá es como a mil pesos y el señor me cobro treinta mil) y le dije: ¡Sí, lléve-

me adonde esté! Había un policía ahí y me decía no siga más adelante porque no va a poder pasar. Cuando pasó un muchacho y le dije préstame esa cicla, dijo no, porque no es mía, le dije préstemela. Si le pasa algo a su cicla, la señora aquí le paga, pues yo iba con una vecina. Yo no sabía dónde estaba el cuerpo, pensé que conocía la carretera, pero no sabía nada de ese pueblo. Le dije a la vecina, vámonos caminando, entonces me dijo no, eso por ahí esta minado. Pasaron unos señores que lograron ver los policías que estaban muertos, que ya se los estaban llevando. Entonces me fui para la morgue y me estuve parada esperando a que lo bajarán.

No me pude acercar porque me tuvieron y me dio un mal genio terrible porque no lo pude tocar y yo quería cogerle las manitos y no me lo dejaron tocar ni me lo dejaban ver. Y nadie me preguntó a mí nada, nadie me dijo vamos a trasladar el cadáver, nada, nadie me consultó nada. Todos se escondían, no decían nada, el coronel se fue y no dijo nada. Yo siento que algo pasó ahí, que no fue un operativo correcto porque cómo es que se iba a meter por toda la carretera principal sabiendo que ahí estaban, iba a ir a que lo mataran, a que lo emboscara la guerrilla ahí.

Llegaron a mi casa y eso fue peor porque yo estaba recién llegada a Florencia, dos meses llevaba allá. Como estaba recién instalada en la casa y en el ejército se acostumbra que van y le hacen a uno la visita. Y lógico, cuando vi tanta gente y vi militares, uno ve las señoras que le hacen la visita, pero oficiales no. En el momento dije, vienen a hacerme la visita, pero reaccioné rápido y no me tuvieron que decir nada y me atacé a llorar, pero a uno le queda la esperanza de que queda algo y lo va a poder ver. Después me dijeron que no había quedado nada, fue peor.

Me enteré por casualidad, porque un tío de él fue a la casa y me dijo: 'Carla que llame a la Sijín que algo pasó'. Entonces yo llamé y hablé con un funcionario, que por teléfono no me podían decir nada. Subí donde mi suegra y de casualidad estaban dando la noticia, pero yo no creía de a mucho, me lo imaginaba herido. Llegamos allá y no

me dieron ninguna explicación, y yo tampoco escuchaba nada porque uno está en su dolor. Señora lo siento, me dijo un mayor.

Llegó un sargento con la patrullera. Y empecé a gritar y a gritar y él me dijo no mamita ya lo traen, está herido. Yo corría y gritaba, me enloquecí, me metieron en un taxi y me llevaron para el comando. Llegué en una gritazón y ese señor que me iba a dar la razón no sabía ni cómo dármela. Entonces le dijeron hágame el favor y me le traen un vaso de agua a la señora y siéntese señora, y me senté y me tomé ese vaso de agua para pasarme ese trago tan amargo. A mí fue como si me hubieran dejado vacía por completo.

Yo estaba fuera de la ciudad y mi cuñada me llamó y me dijo: 'Mijita, Carlos tuvo un atentado'. Yo dije: '¿Qué pasó?' 'No, él está delicadito pero está en el hospital de Sogamoso'. 'Cómo me lo van a dejar allá si están en una pobreza absoluta, se me va morir, no me lo dejen allá'. Y ella, 'No tranquila, un hermano ya está con él'. Todo eso eran mentiras, ya estaba muerto. Esa noche no cerré los ojos. Los del hotel pendientes, y me llamaron temprano para que cogiera el vuelo, el taxi y todo me lo facilitaban pero yo no sabía quién estaba detrás para que eso pasara así.

Mi hermana vive en el segundo piso y la llamaron a ella. Cuando yo vi que lloraba, los miré a todos y dije 'A Henry le pasó algo y a mí nadie me dijo nada'. Lloraban pero no me quisieron decir nada. Yo solamente pensaba en él, es como el inconsciente que uno tiene, era la única persona que estaba en peligro, pero realmente no creía y no me imaginaba que estaba muerto. Mi hermana salió conmigo y cuando llegué vi que los soldados lloraban, que el conductor lloraba y ninguno era capaz de decirme nada. Pero con ese rostro qué más, pues la muerte. Todo había salido en las noticias, a las diez de la mañana y yo me vine a enterar hasta la una de la tarde.

Primero me dijeron que estaba herido. Inmediatamente empecé a llamar a todas partes, llamé a la estación pero nadie se atrevía a decirme, nadie me quería decir, que no me moviera de ahí, que no habían

confirmado nada, que esperara, que me tranquilizara. Entonces la esposa de un amigo me llamó, me dijo: '¿Ya sabes?' Yo le dije: 'Ay sí, que emboscaron una patrulla de carretera'. Y dijo: '¿Y qué te dijeron de tu esposo?' Y yo le dije: 'Que está herido'. Me dijo: '¡No, está muerto!'. Cuando me dijo así empecé a llorar.

Él murió el lunes, pero a mí me llamaron hasta el martes a las dos de la tarde para avisarme. Eso me dolió mucho, me dijeron que no sabían que tenía familia. Me dolió porque en el computador aparece. Por la televisión dijeron que había habido un ataque, pero yo no sabía que él estaba en ese sitio. Y no se nos ocurrió llamarlo. Así que cuando me llamaron la sorpresa fue grande. Un hombre preguntó que si esta era la casa del agente tal. Cuando me dijeron así yo sentí que algo pasó. Dijo: 'Sí, ¿con quién hablo?' 'Con la esposa'. Y de una me dijeron así no más: 'Lo lamentamos señora pero por cuestión de orden público su esposo falleció'. Yo pensé que era una broma o algo así.

Además, las madres deben sobreponerse a los duros golpes que reciben, pensar en cómo van a darle la noticia a sus hijos, y caen a veces en el mismo error de ocultar lo que ocurre.

Eso fue difícil porque el niño vio el show, acababa de llegar del colegio y preguntó. Yo le mentí, que estaba enfermo, pero una señora me dijo: 'No le mienta, dígale la verdad al niño'. Mi cuñada lo llamó y le dijo la verdad. Luego llegó la psicóloga, llegó toda la policía.

Decirle a las niñas que el papá había muerto fue tenaz, fue lo más duro. Cuando a mí me avisaron, llegó el padre con una señora. Mi hija mayor, de seis años, estaba tomando clases de inglés en el colegio y el conductor se la había llevado. Todo el mundo sabía, la única que no sabía era yo. La señora habló con el vecino que por favor cogieran las niñas para poder hablar conmigo porque no sabían cómo iba a reaccionar. Cuando ellos entraron la chiquita salió y una vecina la cogió, y a mí se me hizo raro porque eran las seis de la mañana y me dijo, préstamela, préstamela un momento para que juegue con mi hija que está llorando. Cuando las mandé traer ya el apartamento estaba lleno de gente, había militares, señoras, mi

mamá y mi hermana habían llegado y la primera sorpresa para mis chiquitas fue ver a la abuelita y a la tía, entonces las entré y las cogí yo solita, y les dije que el papito se había muerto, que se había ido al cielo, enseguida empezaron a llorar, que mi papito, que mi papito. Les dije que tranquilas que su papito siempre iba a estar con nosotras, que lo recordáramos.

Encontramos varias clases de duelo: los anónimos, los clandestinos, los recónditos, los ocultos, los callados, los pospuestos, los profundos y los insondables, pero nunca los anticipados. La muerte nunca se espera, aun cuando se viva en medio del riesgo. Aunque haya habido un previo aviso, es intempestiva, brutal e implacable:

El proceso de luto es, íntimo, “mi luto del alma”, clandestino. Se oculta por prudencia, por proteger la vida, por evitar el señalamiento. Hasta que llega un momento en que uno se cansa y decide hacerlo parte de su identidad. Pero eso sucede años después de la muerte del compañero.

Yo oí la noticia en la radio y sentí que no podía contarle a las niñas. No sé si fue una equivocación, pero eso fue lo que se me ocurrió en el momento y no les dije nada. Estábamos exiladas y lo único que se me ocurrió fue llamar a su hermano que vivía en Miami y me dijeron que había salido para Colombia. No pude hablar con él. No se me ocurrió hablar con nadie más. Quedé, absolutamente, por fuera de toda cosa real. No se me ocurrió llamar a mi casa para decir: ‘Estoy bien’. A pesar de que en mi casa no sabían nada de las niñas ni de mí, pero no se me ocurrió. No se me ocurrió que él tenía mamá, que yo tenía amigos, que había gente que lo adoraba. ¡Nada! Absolutamente, nada. Me desconecté del mundo de tal manera que yo no pensé en qué día lo iban a enterrar. No me hice esa pregunta. Nada. Pensar, bueno él está muerto, ¿qué día lo van a enterrar? A los ocho días pensé: ¿Dónde lo enterrarían? ¿Quién se encargaría de todo?

4. El dolor y la ausencia

La pregunta sobre cuál es la relación entre el dolor privado individual y los rituales públicos se ha discutido desde la época de los trabajos pioneros de Van Gennep (1908/1960) sobre el ritual y los ritos de pasaje, en el que hizo un inventario de los rituales funerarios de muchas culturas, encontrando una serie de paralelos y similitudes. Los sobrevivientes ven el periodo que sigue inmediatamente a la muerte como una transición. Los ritos sirven para separar a los dolientes del fallecido, romper los lazos que los unían y para emerger más adelante en la comunidad, bajo otro estado. Más adelante, Durkheim (1915/65) retomó la muerte y la integración a la comunidad, presentando al ritual como un elemento que evita la desorganización del grupo y aumenta la solidaridad amenazada por la muerte. En su análisis examina las obligaciones que tiene cada uno de los dolientes y las emociones de tristeza y de rabia que aparecen. De ahí que resalte la importancia de incorporar el ritual en el proceso del duelo, ya que contribuye a resolver la ambivalencia psicológica de las personas que han sufrido una pérdida.

Los estudios posteriores de Victor Turner (1967) alrededor del ritual y de los símbolos son cruciales para entender el paso de un estado a otro, es decir, del contacto con la muerte a otro de renacimiento, de una condición social de casada, ligada a un hombre, a uno diferente de mujer sola con numerosas obligaciones, derechos e, incluso, privilegios. Siguiendo esta línea de pensamiento, podría afirmarse que las viudas quedan en los márgenes de la sociedad en un estado de transición, entre otros estados, de donde a veces no logran salir para reintegrarse completamente en la sociedad.

En el caso de los desaparecidos o en situaciones en las que no quedan restos, el vacío que produce no haber tenido la oportunidad de ver o tocar ni de participar en un ritual de cuerpo presente, produce emociones que dificultan la transición o pasaje a un nuevo estado, a una nueva identidad. Sin estos rituales es más difícil encontrar significado a lo ocurrido; por eso se critica la tendencia moderna de ocultar la muerte y sus rituales, sobre todo a los niños. La antropóloga Barbara Myerhoff

(1978) en sus estudios sobre la muerte en comunidades judías fue una de las pioneras en llamar la atención acerca del riesgo al que se exponen las sociedades modernas por la desaparición de los rituales funerarios, desaparición que impide la separación final y el cierre que indican a los dolientes cuándo es conveniente acabar el duelo. Las funerarias, cada vez más impersonales y masificadas, hacen perder el significado personal, familiar y comunal, ya que las ceremonias son oficiadas por extraños que no ayudan a celebrar o a recordar a la persona fallecida. Esto ha hecho que muchos símbolos colectivos hayan perdido su significado y que la gente haya tenido que reinventarse sus propios símbolos privados. Muchas personas no tienen ni siquiera el derecho a realizar ningún ritual ni ceremonia y deben atravesar sus propias transiciones en silencio y soledad.

Yo esperaba que siguieran informando, que si lo encontraron, que si había una tumba, que si algún campesino vio, que si está guardado en alguna casa, que si alguien en el ejército supo si lo detuvieron. La gente me empezó a decir que era que lo habían metido a otra tarea, que no, que se había ido para Venezuela donde estaba el hermano, que lo habían visto en Caracas, que lo vieron en Bogotá, no deja de haber quien le diga a uno hasta que se fugó con un dinero. Pizarro me mandó citar a Panamá y me lo dice, tenía mucha vergüenza, mucho dolor, como que no sabía cómo enfrentar la situación, porque tan pronto salió me dijo: 'Tengo que decirte algo', y me dijo. Son situaciones tan dolorosas que uno como que no oye. Antes sólo se hablaba de desaparecido, que no aparece, y los muchachos de alguna manera ya habían matado a su papá, ni me preguntaron.

Una ofensa adicional, además de la terrible noticia de la muerte, es que se mancille el cuerpo del fallecido, o que quede insepulto, sin los últimos ritos con que merece ser enviado fuera de este mundo; otro tema de tragedia clásica, como en el caso de Antígona, que desafía las severas leyes para poder rendir honores finales.

Sólo a cuatro horas de donde vivíamos había un puesto de policía con inspector, y cuando pasa una cosa de esas uno tiene que dar la información allá. Hay varios pueblos que son muy retirados. Uno está esperando y ve que baja una canoa y 'Venga, venga', y entonces ya la canoa se arrima. '¿Que pasó?' 'No que pasó esto y esto', y en-

tonces me cogieron con los niños y me llevaron. Fue al otro día. Por allá cuando asesinan a una persona puede durar hasta dos, tres días porque mientras vienen a hacer el levantamiento, y mientras viene la ley eso es demoradísimo... Yo sabía más o menos el lugar donde dieron el disparo. Incluso cuando el levantamiento yo ya no vine sino que vinieron otras personas, y ya no volví más. Después me sacaron las cositas, la ropita y me quede solo con mis hijos.

Es un recuerdo que no debía conservarlo porque de todas maneras es horrible. Lo que más me tortura es la manera como me lo dejaron. Ver que estaba bien y que tenía todo su cuerpo bien. Ir a recogerlo y verlo vuelto nada. Me da rabia de la policía porque no me dice nada. No lo defendieron, dejamos que lo mataran, dejamos hasta que lo hicieran pedazos. Que me hubieran dicho desde temprano, 'A su esposo lo mataron, usted verá si va y lo busca y lo recoge', porque no me dejaron ir a recogerlo, duró una noche botado allá, llovió, al otro día le cayó el sol y él allá tirado y él no merecía eso. Él era de los pocos policías buenos que tenía este país, es que yo pienso que los policías buenos están muertos, hijo bueno, de los pocos esposos buenos que hay.

Es muy terrible verlo allá botado, y ver quién lo mató y uno no poder hacer nada. Me han pasado tantas cosas después de eso, he sufrido tanto, me han humillado tanto, pues mi único consuelo han sido mis hijos. Yo le busco juego a los niños, me acuesto en la cama, se suben todos y nos ponemos a jugar y se me olvida, eso es lo que yo hago.

La súplica por el permiso para ir a enterrar al marido la encontramos también en casos de mujeres que solicitaban su derecho de ir a reclamar los cuerpos y enterrar a sus hombres, combatientes en grupos guerrilleros. En otras circunstancias había que enterrar de prisa.

Nosotros con los mismos de la vereda recogimos el cadáver, lo recogimos e hicimos el levantamiento de una, eso fue como quien dice rapidito. Con el miedo que teníamos, yo hice todo eso así, rapidito, como quien dice enterrar un... Como a él lo mataron en una vereda donde no hay inspector ni nada, pues yo no hice denuncia sino que de una vez, como le digo, fue saliendo rapidito. Nadie nos pidió la partida de defunción, ni nada.

5. Rituales y honores

Los rituales y los comportamientos de las dolientes están ligados a las creencias religiosas y tienen que ver con la ruptura de los lazos que las unían con el fallecido. Antes de la muerte es frecuente que se hable de un aviso, despedida o premonición; luego sigue la velación y el entierro y después viene la decisión de qué hacer con las cosas del difunto. Abandonar el lugar previamente ocupado por él es una costumbre funeraria documentada en muchas áreas del mundo. La mayoría de las viudas que participaron en este estudio tuvieron que verse en el trance de cerrar sus casas e irse a otra ciudad; pero no lo hicieron por miedo ni por creencias sobrenaturales, sino porque debían hacerlo o porque fueron obligadas. Sin ceremonia alguna tuvieron que empacar sus cosas y sufrir una transición más.

Desde ese día hasta ahora yo sé que tengo un trauma, soy consciente porque yo a él lo veo de pies y cuando llego a la cabeza como que se mete el alma otra vez. Esos días soñé mucho con él, soñábamos los planes que teníamos, los niños. Tuve que volver al apartamento sola, no me querían dejar ir, por las fotos, por los recuerdos, por la ropa, entonces, ese fue el momento que creo que me comuniqué más con él porque me aferré mucho a los recuerdos, lloraba, gritaba, no estaba nadie conmigo, coloqué la música que a él le gustaba y ya tenía que irme con mis corotos como se dice, con mis cositas para donde mi mamá y mi papi.

El momento del ritual y la ceremonia es muy vigilado, para que se cumpla tal como lo exigen las normas culturales, y se presta para la censura y el control de lo que se espera de la conducta de la viuda.

Yo no soy de las personas que grite o que me desmaye. Mis hermanos sí se desmayaron en fila, se tiraron al piso, yo no, tal vez sí me desvanecí un poquito, pero alcancé a oír que había unos policías detrás mío que decían, me disculpan la palabra, pero era que así decían: 'Mire esa hijueputa, haciendo el show, por la noche entra al mozo'. Había unas primas conmigo y les dijeron, 'Respeten que ella es la esposa'.

6. Premoniciones y sueños

Para las mujeres que viven permanentemente con la angustia que produce la posibilidad de la muerte del compañero dedicado a una actividad o profesión peligrosa como la de soldado, policía, guerrillero o guardaespaldas, o por el hecho de haber recibido amenazas por parte de algún grupo armado, las premoniciones se convierten en una especie de justificación, en atenuante de posibles sentimientos de culpa. Al mismo tiempo, cumplen una función emocional, de “ya lo sabía” y, por tanto, “me tocará aceptarlo”, o también de una comunicación emocional, una prueba de afecto, en la distancia. Para otras es un último intento de despedida, cuando la muerte llega de repente y sin previo aviso. Entre las manifestaciones mencionadas se sienten fríos terribles, hay alucinaciones, se oyen ruidos extraños, los perros aúllan, los niños lloran toda la noche, “como que siente algo”.

Yo no sabía nada ni nada, a mí se me presentó todo, la tumba, la gente llegando, todo, todo, en mi imaginación yo vi eso. Mientras estaba hablando lo vi todo, me vi bajando los cuadros, me vi de negro, vi la gente llegar y vi el ataúd y vi todo.

Fue un día muy extraño, como muy raro. Yo pienso que eso de la comunicación telepática entre la gente existe. Me desperté temprano con un cansancio muy extraño, desde la mañana. No me sentía enferma, era una cosa muy rara. Me levanté y me recosté en una hamaca que había en la sala, sin moverme de allí. Me sentía como con una carga extraña. Las niñas se levantaron, les di el desayuno y volví a la hamaca. Llegó el medio día y yo allí, medio dormida, medio despierta, pero no me sentía mal, no me dolía nada, pero no podía levantarme. Alrededor de las cuatro de la tarde, entre dormida y despierta, como en un ensueño, oía noticias en una radio que no estaba oyendo. Era como entre lo real o no real, y oía una noticia sobre el M-19, y yo pensaba ¿y mi compañero dónde está? Y seguía dormida y oía la colita de la noticia y seguí allí en la hamaca hasta las siete de la noche, que fue la hora en que lo mataron. Y de pronto, me sacudí y dije, ¿a mí que me pasa? No he organizado la casa. Mis

hijas por allí solas, no las he atendido, y me levanté de la hamaca. Estaba en la casa de una amiga y a las seis y media de la mañana del día siguiente ella entró al baño y dejó el radio prendido y alcancé a oír todo igual que en la tarde, yo casi me muero. Me senté en el baño. Ella, como estaba, desnuda y mojada, me abrazó, y llore.

Yo lloraba, estaba muy nerviosa, él para mí fue un ídolo y yo le rezaba mucho, le ponía veladoras, le pedía que se me presentara y quería hablar con él. El primer día que se me presentó lo vi parado frente a mí, encendí la luz y ya no estaba. No sé si es verdad o mentira pero él se despidió de nosotros, el viernes a las tres de la madrugada mi hija Leidy lloraba y lo llamaba. Había un plástico y se movió. Todos estábamos durmiendo y se escucharon pasos, y la niña dejó de llorar. Todo el mundo sintió cuando él salió de la casa, los inquilinos dicen que lo sintieron. Yo había dejado el pantalón que él tenía en el patio, no lo había podido lavar porque tenía sangre, cabello y sesos de él, que no le caían fácilmente y la puerta se dejó con pasador. La abrieron y la cerraron, eso fue terrible, a las tres de la madrugada, todo el mundo empezó a llorar, porque lo sentían.

Sinceramente yo con él siempre estaba intranquila porque estaba amenazado. Uno está como cohibido, con esa tortura psicológica, que llama uno, que sabemos que ustedes son guerrilleros o que no sé qué, que uno se sentía vigilado, uno vive con ese presentimiento a toda hora, de que cuídese, que mire, que no sé que, que tal, que no sé que más. Después yo lo veía a él herido pero vivo, veía mucha matanza, me soñaba con muertos, con sangre, que lo estaban matando, tenía unas pesadillas terribles.

Otras veces no hay anuncios ni premoniciones, porque la muerte está siempre presente.

Eso son cosas que uno nunca piensa, la muerte está ahí y uno convive con ella, porque Jorge no fue el único que murió en ese momento, ocho días antes murió otro y uno veía la capilla cada rato en velorio.

Las apariciones y los sueños con los difuntos —a veces las diferencias no son claras— se interpretan de varias maneras y tienen que ver con

un descanso final, con una especie de permiso que da el muerto para que su mujer continúe con su vida y resuelva asuntos que quedaron sin salidas. No encontramos casos en los que los muertos hubieran quedado sin descansar, enfurecidos por lo que les había ocurrido, ni de espíritus vengativos que buscaran justicia. También existe una explicación sobre las personas que se sienten vulnerables y pueden sentir miedo o deseo de que el fallecido venga y se los lleve, o de que pase a una etapa en que se convierte en apoyo sobrenatural.

Yo quería verlo como estaba dentro de la bóveda, y sí, se me presentó un día a la madrugada, seis meses de muerto tenía, estaba transfigurado, le faltaban partes. Yo lo quería ver y fue tanto lo que le pedí, que ahí sí me desperté y gritaba. Estaba viviendo con mi mamá, y gritaba mírenlo, mírenlo. El marido de mi mamá me hizo reaccionar, me sentó y hablamos. Me dijo: 'Si usted quería tanto a Fernando por qué no lo deja en paz, ya de mañana en adelante ni vasos de agua, ni veladoras, ni nada. Y ya fui orando por su descanso. No sé si sería sueño o verdad y de ahí para acá no se ha vuelto a aparecer. Cuando mi hija casi se me muere de parto le dije duro: 'Fernando ayúdeme, ayúdeme que la niña se va a morir'. Lo sentí al lado mío y me calmé, me tranquilicé, después no más, no lo he vuelto a sentir y siempre él ha sido mi ángel guardián.

Por allá en esos campos, no sé si será cosa de uno, pero de todas formas uno siente cuando una persona se va a morir. Se siente como una cosa rara, ruidos extraños, yo no sé en qué consiste eso. Cuando iban a matar a un vecino se oía de noche que corrían los perros, que ladraban, esos perros no ladran sino que lloran. Aullaban mucho, mucho. Antes de la muerte de mi esposo me invadió una tristeza, ganas de llorar, y yo decía qué será lo que me pasa y los perros, los perros que aullaban. Yo les decía a otras viudas que nos habían reunido que uno siente que el esposo se viene a acostar, uno siente que la persona llega y se acuesta ahí, y por lo menos a mí me pedía que le diera agua. Eso era en sueños, siempre en sueños. No sé en que consiste eso, no sé.

Los sentimientos de culpa, por lo general absurdos, se relacionan con la responsabilidad que tienen las mujeres no sólo de satisfacer las necesidades físicas de la familia, sino de ir más allá y velar por la seguridad de

todos sus miembros. Siempre habrá algo que se reprochen, porque según ellas no cumplieron bien con su tarea o, por el contrario, porque intentaron infructuosamente hacer algo para evitar un desenlace fatal.

Yo le decía a mi esposo retírese de la institución, porque es que a mí me dio en 1999, en julio, ese desespero tremendamente, me puse nerviosa y me puse de un temperamento. Yo pensaba ¿qué va a pasar conmigo, con mis hijos? ¿Qué puede ser el problema, mi mamá, mi papá, qué puede ser? Y era un presentimiento, un ahogo y un desespero, y él decía no miija, no me puedo retirar porque no estamos en buena situación. Yo iba a hablar con los comandantes que por favor me lo trasladaran, porque yo sí presentía que algo iba a pasar pero no me lo trasladaron.

Yo pienso a raíz de todas las muertes que uno ha vivido con seres queridos, que sí hay una despedida o un anuncio o algo. Él me escribió, casi como a los ocho días me llegó una carta, faltando ocho días antes de lo que sucedió me mandó una carta, él me decía que yo aprendiera a tomar decisiones por mí misma o sea como una despedida. Porque uno depende mucho de ellos o esa era mi forma de vida que yo llevaba. Aunque nunca hablamos de la muerte, es que uno nunca piensa en eso.

Le he hecho misas, y ahorita estoy bregando a ver si le hago otra porque he soñado hartito con él, que llega y vuelve y regresa, que llega y vuelve y regresa. Creo que haciéndole otra misa no voy a soñar con él, yo veo que de pronto será el presentimiento de uno que a uno se le olvida eso, puede ser.

7. Funerales

Las ceremonias fúnebres tienen lugar durante un lapso que puede variar y que en nuestro caso llega hasta cinco años después, cuando los restos deben sacarse y ser trasladados a otro lugar. Los rituales comienzan con la entrega del cadáver a la familia. Como las muertes violentas tienden a ocurrir fuera de la casa o en una ciudad diferente al sitio habitual de residencia, el cuerpo debe ser trasladado. Con frecuencia, ese cambio de lugar implica llevarlo de un extremo a otro del país, con los avatares que pueda haber en el camino y las pequeñas tragedias relacionadas con conexiones de vuelos, impedimentos legales, demoras y soledad en esos momentos dolorosos, pues hasta eso puede ser motivo de conflicto familiar.

Nosotros siempre pensamos que nos veníamos a vivir a Bogotá en caso de que le dieran traslado cuando él saliera de la policía pensionado, y en ese momento pensé que mis hermanos podían ayudarme, porque mis padres tan viejos cómo me iban a ayudar con el cadáver, entierro y todo. También pensé que trayéndolo aquí a la familia le quedaba más cerca para venir. La policía siempre le deja tomar la decisión a la esposa, aunque el hermano dijo que se lo llevaba para Bucaramanga donde la mamá, y yo le dije haga su voluntad, si usted tiene plata llévelo, pero la policía no pagaba más porque ya había pagado el transporte de allá donde lo mataron a él a Bogotá. Él quería que la policía le pagara otro traslado pero la policía dijo que no. La mamá no vino porque ella ha sido enfermita y casi no ve, y como siempre han sido pobres no toman ninguna determinación.

El velorio puede ser organizado por la familia, y ser de carácter más privado, o por la institución a la que pertenecía el marido, ya fuera la policía o el ejército. En el caso de los dirigentes políticos o de figuras reconocidas, adquiere carácter público. El acto de participar colectivamente en el entierro del cuerpo o en la cremación requiere de un esfuerzo psicológico para empezar a aceptar la muerte. Existe la necesidad de ver por última vez los restos mortales del ser querido y de cumplir con las prescripciones sociales implícitas en estos casos. Para las viudas, este es un

momento muy difícil, pues implica una serie de decisiones que a veces deben tomarse en conjunto con la familia del esposo, un gasto inesperado de recursos que no siempre se tienen, mover la familia de un lado a otro y someterse a una serie de costumbres con las cuales no siempre están de acuerdo.

Esta ceremonia marca el comienzo de una nueva vida, con diferentes roles, responsabilidades y obligaciones. Después de este ritual inicial, se pasa por un periodo, que por lo general dura un año, al final del cual se celebra el primer aniversario del fallecimiento con una misa o una reunión familiar. Durante ese periodo de luto, algunas viudas deciden vestirse de negro o de colores oscuros y hay una serie de ceremonias domésticas como rezar novenas en altares, rendir culto a fotografías, encender velas, oficiar misas y visitar la tumba.

Cuando llegué ya le habían puesto la bandera encima. Me acuerdo que me tiré ahí al lado del cajón y me acerqué y le pegué muy fuerte al ataúd. Yo decía, 'Willy, si estás, por favor, sal', y hablaba mucho con él y nada. Y toda la gente empezó a decirme, lo siento, lo siento. Sé que fue mucha, mucha gente. Y esa noche me quedé ahí como hasta las diez y media, me quería quedar toda la noche, pero no dejaron, no permitieron. Le escribí una carta y le coloqué dos rosas. Cuando lo sacaron no me querían dejar ir en la carroza, y yo con ese afán de verlo, me quedé con la incertidumbre de que sí era o no era, pues al cajón le habían metido dos puntillones terribles, porque se dieron cuenta cómo me había puesto y no querían que me enfermara. El entierro muy triste, por esos honores que dan.

La calidad de la ceremonia y la concurrencia –mayor o menor– de dolientes es reflejo de la importancia del muerto, y de su estatus social y del de su familia, y de cierta manera, motivo de orgullo para la viuda. En adelante, el esposo pasa a convertirse en un ser sobrenatural que ayuda a la familia en momentos difíciles y que intercede ante autoridades superiores para ofrecer apoyo a una familia que ha quedado desprotegida sin su presencia.

Fue muy concurrido, hubo una persona que me llamó de la funeraria y me dijo su esposo era coronel, vino mucha gente. Me siento orgullosa de lo que él hizo, de lo que fue ese funeral porque fue muy concurrido.

Sacamos fotos, en el cementerio cogí cinco rosas y a cada rosa le coloque el nombre de cada hijo mío, y le dije a él: 'Ayúdame a salir adelante con mis hijos, a tener paz y tranquilidad'.

Muchos trabajadores del país tienen derecho a un auxilio funerario. El ejército y la policía corren con los gastos del velorio y de las exequias, e inclusive con el traslado del muerto en este caso, y de su familia de una ciudad a otra. No obstante, en ocasiones las familias menos pudientes y con ocupaciones en el sector informal deben acudir a fondos de caridad y a la solidaridad de los vecinos.

La junta del barrio pagó el entierro. Fueron todas las niñas, los amigos llevaron mariachis, cómo sería de buena persona. Voy cada ocho o quince días. A las niñas les gusta ir a mirar allá, ellas van y rezan con fe. Ponen la escalera y le dicen al papito que les ayude, que las guíe.

El mantenimiento de rituales como las velas encendidas, la celebración de misas por el difunto y la compra de flores para las tumbas significa un gasto adicional para muchas familias, que deben resignarse a no ofrecer esas pequeñas ceremonias.

Él está enterrado en El Apogeo, a veces voy a visitarlo, pero a veces no voy porque no tengo con qué llevarle flores. Los niños son muy felices que los lleve todo los domingos, pero a veces no tengo para el pasaje o entonces tengo para comprarles el pan a ellos o me voy al cementerio, entonces prefiero comprarle el pan a ellos.

Siempre he sentido conmigo a mi esposo, lo he sentido como existió y su recuerdo es muy bueno, pero tuve que dejarlo tranquilo. Ahora tengo una veladora porque siento que es una tranquilidad, una paz para mí tener una luz en mi casa, pero no como antes que me estaba volviendo casi loca.

Voy al cementerio sola. Ellos quieren ir todos, y todas las veces no se puede porque si hay para el pasaje de uno, para las flores que son diez mil pesos, y ese ha sido el problema. Siempre me ha gustado rezar, nosotros somos católicos, aunque mis hermanos cambiaron de religión, y eso sí es muy triste porque siempre habíamos sido muy unidos.

Después de que lo enterramos bajamos los cuadros hasta diez días después, los adornos de la casa también. La casa estaba completamente de luto, no se escuchaba música ni nada.

Podría decirse que con estos rituales y obligaciones para con el muerto se presenta un tipo de control social para las mujeres, que de cierta manera continúan atadas no sólo a la memoria sino a la tumba, aunque ellas lo interpretan como una muestra de orgullo por el cumplimiento de las obligaciones requeridas. Por otra parte, estas prácticas pueden volverse imposiciones por parte de los familiares políticos.

Lo velaron en la casa, en Girón. No permití que me lo llevaran a ninguna parte, me lo velaron en la casa. La policía se lo quería llevar para el comando y yo no lo permití, él tiene su casa y ahí como sea lo metemos. Voy a visitarlo todos los días de mi vida. Voy y le hago aseo porque él era una persona muy aseada y allá la gente es muy sucia con el cementerio, mando a limpiar todo el panteón, que se vea bonito, ahorita le mandé a sembrar pasto.

Le hice el novenario. El primer día le dije a una señora que me hiciera el novenario y no me gustó como lo hizo porque no lo nombró a él ni nada, entonces yo lo hice. Tenés que darme fortaleza le pedía, y hablaba de él con cantos y todo, y el primer día me iba muriendo, pensé que me iba a dar un infarto pero sin embargo a mí me tenían varios y yo haciendo mi novena, y así la hice. Hice la novena de las benditas almas y cantaba y pedía mucho por él. Fue toda mi familia, parte de la familia de él, los vecinos fueron muy solidarios, todo el mundo quedó encantado porque dice que en los años que ellos vivieron nunca estuvieron en un novenario tan hermoso como ese, era que allá todo el mundo cantaba, la última noche le mandé a celebrar en la casa una misa hermosísima, con ofrendas y muy lindo todo. Y como a las cinco o seis de la mañana levantamos la tumba. O sea, cada uno va diciendo algo y la va levantando, va quitando por decir un florero, va quitando el Señor, yo por lo menos tenía la tumba arreglada así con el quepis, la bandera, una foto de él y el Señor.

Empecé lentamente a cambiar las cosas, no fue de un día para otro que llegara y dijera, voy a quitar todo. Fue un proceso largo de ir quitándolo todo poco a poco. Dejé para él un santico con la foto, algunas cositas, como por tener un sitio especial y de hecho fue la única foto que dejé ya de él y por ahí la niña tiene otra. Pero sí traté de quitar y cambiar todo ya después con el tiempo, a medida que me iba provocando, es decir, en mi duelo no forcé nada.

Después que él murió la mamá dijo: 'Nadie prende un radio acá'. Yo dije no, que no era que me alegrara pero que yo no podía detener el ritmo de la vida, yo trataba de que mis hijos no sintieran tan duro, pero ya no se podía prender el radio, no se podía hablar fuerte, nada, y se volvió un conflicto. Para rematar, al comienzo dijeron que yo había sido la culpable de que él se hubiera muerto, todos eran como que no lo queríamos.

La voluntad del muerto es sagrada, y si no se cumple con sus últimos deseos puede haber remordimientos que podrían afectar el proceso de separación y finalización del duelo.

Me tocó incinerarlo, qué más hacía, no sabía dónde lo enterraba. Fue a los seis años. Pues realmente el partido me había dicho que lo iban a enterrar en un sitio en el cementerio central, pero ya después se murieron todos los que habían dicho eso. El día que saqué los restos resolví trasladarlos al crematorio, los cremé y me los traje para la casa, y decidí tenerlos aquí mientras más adelante decido. Él detestaba los cementerios y quería que lo cremaran, pero desgraciadamente en un caso de estos eso no se puede hacer, esos son como los remordimientos que le quedan a uno.

Parte del ritual es vestir al muerto con sus mejores prendas o con su uniforme, mostrarlo presentable a la familia y a los amigos. Esta es una tarea no siempre fácil en casos de muerte violenta.

La policía dio la persona encargada de que lo arreglaran. Lo maquillaron, le arreglaron la cara. Yo tengo las fotos del levantamiento, de cómo quedó todo. No las he visto, pues para mí es muy tormentoso solamente acordarme del hecho.

La cremación es una opción cada vez más utilizada:

En ese momento me preguntaron a mí que si yo quería enterrarlo o cremarlo. Yo dije que enterrarlo porque no sabía que él hubiera querido otra cosa. Nunca realmente hablamos sobre eso, que lo enterrarán, pero había la posibilidad de cremarlo o enterrarlo o si yo quería enterrarlo en otro lado o quería hacer otra cosa distinta que el ejército corría con todos los gastos. Ellos tienen terrenos en los cementerios y no es solamente para oficiales sino para suboficiales y soldados, de pronto pues no es en el mismo sitio porque siempre hay la distinción entre ellos.

A pesar de que en los medios urbanos casi ha desaparecido la costumbre de usar luto, es decir, de que la viuda se vista de negro riguroso, este sigue siendo un marcador importante de separación de las personas que están pasando por el proceso de aceptación de la muerte, proceso que toma tiempo en cerrarse. Para una viuda de hace sólo una generación no usar el luto podía significar irrespeto a la memoria de su esposo, traducido en el deseo de conseguir rápidamente un compañero. Esta costumbre puede verse como un mecanismo de control social a la castidad de las mujeres, y para evitar los problemas relacionados con un embarazo posible en el que no hubiera claridad sobre si el fallecido era o no el padre de la criatura que viniera en camino. Para este punto específico hay prescripciones legales y religiosas que tienen que ver con derechos como herencias, pensiones y apellidos, y que adscriben al recién nacido a un estrato y una condición social que lo distingue de los hijos habidos fuera del matrimonio.

Todavía uso luto, voy cada ocho días al cementerio, llevo los niños, ellos le comentan, papi mi mami nos regañó, vamos bien en el estudio.

La decisión de quitarse el luto se explica en términos médicos, para que no vaya a quedar duda alguna con respecto a su comportamiento de viuda. Para evitar conflictos y complicaciones. Cerrar el periodo del luto marca, de todas maneras, el momento en que la viuda puede terminar un proceso que de otra forma podría no tener límites. Retirar los vestidos u otras señales luctuosas del cuerpo y de la casa es una especie de limpieza ritual, que significa remover simbólicamente lazos entre el fallecido y su esposa, establecer nuevas jerarquías y obligaciones que no siempre dejan de tener conflicto como el que ocurre entre la suegra y la nuera.

Llevé luto seis meses pero mi suegra casi me pega cuando dejé de usarlo, porque yo pesaba 58 kilos y llegue a pesar 45, y el médico dijo no más, quítese ese luto, mi suegra dijo que yo no lo quería. Es que para quererlo no tengo que demostrarle al mundo entero que yo lo amo porque estoy de luto.

Claro, eso queda hondo, yo no compartía eso que un año de luto que dicen, eso es mentira, ese luto es indefinido, son reglas que ponen, como requisitos.

Guardé el luto como unos dos años. Me vestí de negro un año completo.

Estricto toda de negro nunca, pero sí lo usé. Tuve más o menos seis meses poniéndome así ropa oscura, azul, negro, pero así de estricto negro no, el luto lo guardo en otras cosas.

Y me decían que me pusiera de negro, yo decía, no, yo no me voy a poner de negro porque él para mí no murió y si él no está muerto no me voy a poner de negro.

Me tocó salir a comprar ropa negra y la dueña del almacén me preguntó, ¿y usted tan joven por qué se viste de negro? y le contesté, porque voy al entierro de mi esposo.

Nosotros que somos cristianos no acostumbramos a vestirnos de negro, ni nada de eso. Yo en mi ropa común y corriente. Sí, como uno lleva esa cosa, ese dolor uno lo lleva es por dentro, sí. Eso, como le digo es una cosa muy dura, eso para mí es una cosa muy dura, muy dura que uno queda destrozada.

¿Hasta qué punto la religión, en el caso de Colombia el catolicismo y otros cultos cristianos practicados o por lo menos conocidos por la mayoría de ciudadanos, son un factor importante que debe tenerse en cuenta cuando se analiza el duelo y el luto? La religión no siempre es un consuelo, produce sentimientos encontrados y rechazos a lo que parecía estable y seguro. Se ha dicho (Bolton y Camp, 1986) que las ceremonias y el ritual facilitan la expresión de los sentimientos y el proceso de duelo, y que cuando no hay una guía religiosa o filosófica adecuada los dolientes pueden presentar síntomas de comportamientos que necesitan intervención profesional en relación con la incapacidad de aceptar la pérdida de un ser querido.

Después de la muerte se le hicieron las nueve noches, pero yo no quería, o sea, uno en ese momento pelea hasta con dios. Yo dije, 'Dios no existe, por qué me hizo eso a mí, si yo era una persona buena, porque yo no hago cosas', o sea, era una señora de casa con los niños. Yo le pedía a dios, rezaba para que lo acogiera a él. Yo le decía a dios, por qué me hizo esto, por qué, uno le echa la culpa a dios, uno pelea con dios. Se le hicieron las nueve noches que acostumbra allá en mi pueblo, porque la familia quiso pero yo no quería rezar realmente y lo hice por darles gusto. Yo decía, 'Dios qué va a existir por qué hace esto, por qué le va a quitar el papá a mis hijos, siendo unos niños tan pequeñitos y lo necesitan'. Yo duré un tiempo peleada con dios, no quería ir a la iglesia. Inclusive el padre fue y habló conmigo. No entendía por qué dios permitía esas injusticias, saber que haber tantos que iban en el helicóptero y preciso mi esposo, preciso él.

Los niños preguntaban ¿pero por qué se murió papá y mi tío por qué murió también? Me toca decirles, no, dios no tienen que ver en esto, es que con tu papá fueron muchos errores y con tu tío es que se le acabó la maquina, se le acabó su salud, pero en eso no tiene que ver dios, nosotros no podemos pensar que dios nos hace todo lo bueno y todo lo malo, hay cosas que nos tienen que pasar porque esa es la vida, pero dios no quiere esas cosas. Yo no puedo decirle a ellas que dios nos da lo bueno pero que no nos da lo malo, toca liberar a mi dios un poco de responsabilidades buenas y malas, pero ya tuve mi época de pelear con dios.

Yo le cuento, papi voy para Bogotá quiero que te vayas conmigo, me acompañes, no me vayas a dejar solita, no me dejes caer, o así, dame mucha fortaleza. Pero yo pedirle, nada, no me puede dar nada. Pero sí rezo mucho novena tras novena, termino una y empiezo otra. Mi vida es rezar, recibo mucho la comunión por él, por la salvación del alma de mi Cristóbal.

8. Las posesiones del difunto

Deshacerse de las posesiones de alguien que fallece es parte de los rituales de despedida y de ruptura de lazos. Recordemos que entre las culturas indígenas ancestrales de Colombia era común enterrar al difunto con sus objetos personales, ornamentos, armas y hasta comida, para que los acompañaran al más allá. Una idea asociada a esta práctica es que el muerto continuaba atado a sus cosas y podía regresar a buscarlas, o que las necesitaba para sentirse más cómodo en el más allá. Por eso se acostumbra también quemar los objetos, para que no haya nada que atee a este mundo e impida el descanso eterno, o porque mediante estos objetos podría atraer a algunos vivos a que se fueran también. Desde una perspectiva antropológica se ha establecido una correlación entre la práctica de no deshacerse por completo de los objetos personales con las pocas posibilidades de un nuevo matrimonio para la viuda (Rosenblatt, Walsh y Jackson, 1976). Es decir, esos objetos marcan la presencia y posición del difunto como parte de la familia.

En este trabajo encontramos que no sólo se guardaban objetos personales, sino que había otros elementos que tal vez podrían parecer con un grado de morbosidad, de acuerdo que quien los mire, en el sentido de ensañarse o excederse en el duelo. Como se menciona en el epígrafe al comienzo de este capítulo, “tu sangre para mí es preciosa”, esas manchas adquieren el estatus de sagrado, de reliquia que hay que guardar, como prueba de un crimen o de una injusticia que ha quedado sin resolverse.

Conservo el uniforme con cada uno de los orificios por donde entraron las balas. Yo sigo pensando que me lo lastimaron y la policía no hizo nada. Sí, a uno a veces le nacen sentimientos en contra de la policía por cosas como esa.

A veces he cambiado las cosas de lugar, pero las tengo todas. Varias cosas me las pidió la mamá y yo se las llevé, alguna ropa pero no mucha. Incluso el uniforme con que lo mataron lo tengo guardado en el clóset. Estaba muy ensangrentado, incluso ese día me puse mal porque me impresioné con tanta sangre cuando lo lavé. Le eché el

perfume de él y lo guardé en una bolsita. Las botas también las tengo. Ahí las tengo, uno no sabe qué venga más adelante.

Cuando fui a verlo ya estaba en la funeraria, organizadito, ya estaba en el ataúd, yo lo único que le vi fue la cara. La camisa la tiene mi cuñada, yo se la di, está rota. Yo ni siquiera la he visto bien. La verdad me la entregaron ya lavada pero tenía todavía rastros de polvo. Mi cuñada, ella estudia derecho, me dijo, yo necesito la camisa porque la verdad todos tenemos dudas, los huecos que tiene de las esquirlas y de las balas no concuerdan con la versión que la policía nos dio. Y la abrió y yo le vi los orificios atrás pero no quise mirar más eso.

Por otra parte, estos objetos cumplen también el papel de ser recordatorios tangibles de la memoria, de que el recuerdo no se apague y se transmita de generación en generación. Puede decirse que las costumbres relacionadas con el luto y las manifestaciones públicas y abiertas de dolor, en un país donde las pérdidas personales son altas, son el reflejo de una sociedad en la que se tiende a olvidar una tragedia con otra, en la que quiere evitarse que se conozca cuántos son los muertos, ni se recuerden, y no se vea tanta sangre derramada inútilmente y tantas vidas truncadas.

Tengo las cosas de él, los zapatos, la ropa, tengo hasta el último vestido que él se puso de paño, hasta la corbata tiene todavía el nudo, no se lo he querido quitar, todo está intacto, la mesita de noche de él está intacta.

Seguimos manteniendo esa imagen, ese recuerdo, que a su papá no le gustaba que usted hiciera eso, que mire. Y siempre en esta casa se menciona el papá y las cosas del papá, que el revólver, deje eso ahí quieto que eso es de su papá. Siempre lo dejamos ahí porque no he visto de pronto la necesidad de salir del arma, algo así como un recuerdo, pero no es porque se mantenga cargado, con balas, no.

Hay además un elemento emocional, pues al ver los objetos puede sentirse la presencia de la persona que no está, y al palparlos se transmite el contacto con ella.

Aparte de lo que tienen mis hijos guardo el saco que llevaba puesto cuando murió. Me tocó irme deshaciendo de todo porque mis hijas se encontraban con la ropa de él. Fui sacando poco a poco y el saco

lo tengo súper guardado, cuando lo descubren se lo colocan, el saco es militar y que está en la foto que está en la sala.

Ahí tengo todavía ropa, tengo los zapatos, yo hago de cuenta que no está muerto, ya como que mi esperanza es esa, a mí no me gusta que digan la viuda, yo digo: 'Cuál viuda, no me digan viuda que yo no estoy viuda, él está ahí todavía'. Cuando veo que la ropa está llena de polvo la mando a la lavandería. Hago de cuenta que él está, y eso será lo que me mantiene. A veces pienso cómo será la muerte, como un sueño, que uno se acuesta y no sabe más, si uno no se despierta no sabe que uno existe.

La moto la tiene el hijo para ir a la universidad y para movilizarnos. Tengo toda la ropa de él. Tengo todo el cuarto como si fuera de él. Yo solita duermo en la cama porque me acompaña el olor de él, el olor de la pijama, la única pijama que él se puso duerme conmigo. Duermo con la luz prendida porque me da un poquito de miedo. Yo siento la presencia, lo veo pero en la imaginación. Lo veo rodeado de ángeles. Veo un brillo amorosísimo.

Todavía guardo la argolla, siempre la cargo, siempre la llevo puesta.

No encontramos la práctica de destrucción de las posesiones, se pensó más bien en hacer un acto de generosidad, de pensar que había personas necesitadas que pudieran usar la ropa. Más bien se trataba de darlas a quienes querían llevarse un recuerdo, de transmitir una memoria.

Una parte de la ropa se la di al hermano, otra la aboné a un anciano y otra la tengo guardada. Las fotos todas las conservo. No he querido salir de ellas, en un comienzo no las quería ver, yo decía yo no estoy todavía para mirarlas. Las guardé y los niños tienen la costumbre de encerrarse a verlas.

Conservo las fotos común y corriente como si él estuviera, la ropa sí se la di a un hermano, a un tío que él quería mucho, a personas de la misma familia.

El juego de alcoba se lo regalé a mi hija cuando se casó, es un juego que parece comprado ayer, inclusive yo le decía: 'Mami, cuando cambie de juego de alcoba me lo devuelve', porque a mí me daría pesar que fue el último que él me dejó, porque está en buen estado.

Yo no soy muy dada a guardar. Guardé lo esencial, la ropa de civil cuando llegué aquí la regalé, tengo fotos eso sí, tengo el video de matrimonio y lo que él tenía en el cuarto cuando murió. Hay cosas que todavía ahí están, el sable por ejemplo, la Biblia, un Cristo que él cargaba, una agenda, cosas personales, muy poquitas y considero que ya son más de las niñas que mías, que ellas tomen la decisión.

Yo no iba a los sitios que compartimos, no era capaz de ir, no podía. Las fotos no las pude esconder, duré con la ropa de él cargándola como cuatro años. Después opté por regalarla, la regalé toda a gente conocida mía que se la veía puesta y eso me ayudó a mí en cierta forma a comprender que ya era imposible.

Pero había también algo de ambición de parte de la familia del muerto, que se creía con derechos para decidir, por encima de la viuda, lo que pensaban que debería hacerse con esos objetos. Hubo también otras personas, que aprovechándose de la confusión y de la vulnerabilidad emocional decidieron llevarse otras cosas sin permiso.

Las fotografías se las robaron, se perdieron, mi suegra me imagino que se las llevó, casi todas, incluso la ropa, ella la cogió casi toda, yo no me quedé con nada. Mi hijo era muy chiquito todavía, para la ropa. Yo nunca guardé nada, por ejemplo, la banda que le ponen a la carroza, la gente la fue pidiendo, incluso como quince libros de firmas que se llenaron la gente los cogió, no sé quién.

Sus hermanos cogieron algunas de sus cosas, las gorras, hasta unas cosas que yo tenía trataron de llevárselas. Yo conservo desde la primera gorra hasta la que me entregaron el día del entierro con la bandera, ahí está la bandera metida adentro.

A mi esposo se le robaron el revólver que él tenía cuando murió.

En otras ocasiones era obligatorio devolver la dotación militar o los implementos de uso privativo de las fuerzas armadas o de la policía.

Yo pienso que en la policía son como muy materialistas, me acuerdo que al poco tiempo, no habían pasado ni quince días de la muerte, que necesitaban expedir un paz y salvo, o algo así. A mí eso me dio rabia, tenía que contar que cuántos uniformes le habían dado. Entonces dije, 'Mire, sabe qué, llévese todo eso, lléveselo, yo no quiero verlo'.

Las mujeres que habían estado casadas con personajes famosos tenían otro tipo de memorias tangibles, como recortes de periódico o programas de televisión grabados. Además de esto, de repente, cuando menos lo esperaban, aparecía algo en los medios de comunicación que abría las heridas. Para ellas, aunque quisieran alejarse, no siempre había alternativas.

Tengo los recortes de periódicos, mis hijos saben dónde los tengo, pues a veces llega alguien y los quiere ver, hay una foto donde yo estoy.

Es que eso nunca se cura. Pueden pasar años y años, y todavía no he sido capaz, después de diez años, de abrir y leer sus notas. Había muchas cosas, era un hombre que leía mucho, él siempre pasaba leyendo, a mí me gusta leer pero él leía más que yo, es que era parlamentario, uno de los mejores parlamentarios en esa época, además.

Hay cosas que a veces pasan, en el caso de la gente que ha tenido fama. Estás viendo un programa y de pronto te pasan la persona, o cosas de esas, te pegan como una revolcada de mente muy fea, es desagradable. A veces escuchando personas te sientes tú misma en su dolor. Realmente se vive un dolor tan intenso que tú quisieras no ver nada más de la otra persona, no quisieras verlo, no quisieras sufrir más porque uno sabe que es tan feo y tan difícil. Creo que uno no se separa nunca de algunos recuerdos, pero igual no se separa uno nunca de recuerdos propios de la vida, bonitos, de algún regalo o cosas de ese estilo, hay cosas que siempre permanecen en uno.

Deshacerse o no de las posesiones del muerto no parece haber afectado las necesidades económicas de las viudas y de sus hijos. Ella por su parte consideró los objetos estrictamente personales o con valor sentimental, aun cuando en ciertas circunstancias fueron los parientes del fallecido, por lo general hermanos y suegra, quienes decidieron llevarse cosas de utilidad como una bicicleta o una nevera, o insistían en “heredar” alguno de los enseres domésticos. Mantener los muebles y utensilios de la casa, aun cuando debieron regresar a la casa paterna, significaba que eso les permitía una cierta independencia o una entrada adicional en caso de que necesitaran obtener dinero en efectivo. Además, si eventualmente decidían o podían volver a tener su propia casa, no tendrían que comenzar de cero.

9. La construcción social de las emociones

Buena parte de las investigaciones en el campo de las respuestas emocionales a la muerte proviene de la psicología, en la que existe la tendencia a asumir que las manifestaciones de pena son universales. Podemos decir que sí hay una respuesta, pero que ese comportamiento varía de acuerdo con la cultura, la clase social, el género y la edad, entre otras variables. Se presupone también que las personas construyen lazos emocionales que implican ciertas obligaciones como el cuidado en la infancia o el apoyo en la vejez.

El modelo más aceptado del duelo, que ha sido secularizado por los especialistas pero tiene una base religiosa, se debe a Elizabeth Kubler-Ross (1969), quien era a la vez psiquiatra y teóloga, y propuso un esquema según el cual el duelo se presenta a través de varias etapas, a saber: la negación, el aislamiento, la rabia, la negociación, la depresión y, finalmente, la aceptación de la finalidad de la pérdida. Este modelo se aplica también a las personas que tienen enfermedades terminales y se ofrece como guía a especialistas que quieren ayudar a estos pacientes a aceptar su estado. Kubler-Ross concibe la muerte como un camino, una revelación, que permitirá la verdadera liberación. Este modelo encontró gran aceptación, ya que podía ser asimilado sin problemas a la estructura simbólica de la cultura occidental popular. Se ha reconocido que lo que ella llama etapas no siempre ocurren consecutivamente, y que unas personas pueden pasar por una fase de negación sin pasar por la de rabia, o que pueden aceptar fácilmente la muerte.

La expresión cultural de las emociones ha recibido atención desde la medicina, la psiquiatría y la antropología en lo referente a su impacto en la salud. Debe tenerse en cuenta que estos comportamientos no pueden considerarse estáticos, pues cambian con las generaciones, las clases sociales y las alternativas que ofrecen la psicología, la farmacéutica y la religión a los dolientes.

El inventario de emociones descritas por las viudas es muy amplio, ya que mencionaron sentimientos fuertes de tristeza, rabia, desánimo, abatimiento, angustia, desesperación, culpabilidad y apatía, entre otros.

La señal física más frecuente en nuestra cultura es el llanto, seguida por el grito, el desmayo, el cansancio, la pérdida de sueño y de apetito. No en todas las culturas se llora inmediatamente después de una muerte; hay otros medios para expresar el dolor, en especial en comunidades muy pequeñas, en las que con frecuencia se realizan rituales de aflicción colectivos, en los cuales una persona o comportamiento sirve de agente de catarsis. Así, por ejemplo, ciertos actos grotescos pueden servir para distraer sentimientos severos de dolor y aflicción, y ayudan a los dolientes a resolver su pena y, que a su vez, sirven para establecer nuevos lazos (Schieffelin, 1976) o, como decía Durkheim, para restaurar la solidaridad en el grupo afectado por la pérdida. En otras culturas se agrede el cuerpo, para evidenciar aún más la pesadumbre interior, en forma de quemaduras, mutilaciones, laceraciones en las mejillas y otros tratos similares, como rasgarse las vestiduras o mesarse los cabellos, llegándose incluso al suicidio, como las viudas en la India, y al homicidio como narra Rosaldo (1989) con los cazadores de cabezas en Filipinas. Este asunto ha recibido atención especial por parte de la antropología, incluyendo a las plañideras o mujeres especialistas en el llanto ritual que sirve para ayudar a expresar las emociones de quienes participan en el funeral. Se ha llamado mucho la atención al caso de los lamentos funerarios griegos, por su antigüedad, poesía y belleza literaria, además de su significado de empoderamiento femenino (Seremetakis, 1991; Caraveli, 1987).

Que la viuda no llore puede considerarse como la señal negativa que indica que ella no quería al difunto; más aún, podría ser acusada de estar obteniendo algún beneficio o ganancia con su muerte. El llanto varía también en cuanto a su intensidad, frecuencia y a la profusión de las lágrimas derramadas.

Una viuda de las que participó en el proyecto fue censurada porque escogió un traje “más bien fiestero” para el funeral y porque se reía inapropiadamente, lo que ella explicó como un ataque de risa nerviosa. Por otra parte, a veces no queda ni tiempo de llorar:

*A mí me pareció más duro todavía, no haber podido gritar ni llorar.
No tuve tiempo de llorar, yo estuve pendiente de todo lo que pasó.*

Las viudas entrevistadas no hablaron de procesos con etapas claramente demarcadas, pero sí de un momento de aceptación final. Después de la tristeza, el sentimiento más mencionado fue la rabia, asunto bastan-

te comprensible si se tiene en cuenta que se estaba en duelo por muertes y desapariciones violentas, injustas y sin castigo.

Volvemos de nuevo sobre el asunto de si el duelo es una enfermedad, un rito de pasaje o un evento de la vida. Es claro que los que atraviesan por esta situación pueden desarrollar síntomas físicos y mentales, en diferentes grados de intensidad. A veces es muy difícil evaluar la magnitud del estrés pues este puede no aparecer inmediatamente. Otra cosa es que no siempre está ligado al afecto y a la calidad de vida que se tuviera con una persona. Por ejemplo, pueden aparecer sentimientos de culpa cuando había episodios de violencia conyugal y ella, en medio del maltrato físico, pudo haber deseado que él muriera para acabar con ese tipo de sufrimiento. Es más, existe miedo a que el hombre regrese del más allá a seguir molestando.

Me perseguía mucho, me pegaba mucho y después me molestaba mucho, sentía que me molestaba en la cama, que llegaba, que me asustaba, varias veces me asustó, después de muerto él me asustó, me atormentaba muchísimo. Se me aparecía, sentía la cama fría, sentía un peso encima de los pies pero no eran las cobijas, era él.

Yo le pagué una misa para que me dejara en paz.

10. La rabia

Las emociones funcionan dentro de un contexto social general, lo que en el caso de Colombia se complica por estar dentro de un contexto de guerra e impunidad. Por lo anterior, no sorprende que el sentimiento que se menciona con más frecuencia es la rabia, acompañada a veces por la impotencia en la búsqueda de respuestas.

Sin embargo, cada mañana uno vuelve a recordar, es distinto cuando es una muerte natural, pues yo creo que se acepta más fácilmente o con más resignación una enfermedad, pero cuando es una cosa así violenta, es que es violento todo, los sentimientos, la rabia, la inconformidad.

Cuando un amigo de él llegó yo presentí, y él me dijo: 'Tiene que ser fuerte, yo le voy a decir una cosa: desafortunadamente hubo una emboscada a una patrulla de carretera y su esposo falleció'. Fue horrible cuando me dijeron eso. Sentí rabia, mucha rabia, inconformidad, porque yo en la noche le había pedido mucho a dios y no me escuchó.

Me fui a la fiscalía a que me mostraran las fotos de como había quedado, ir a leer, informarme de qué pasó, cómo quedó, cómo lo mataron. Miré las fotos, la carita que le quedó bien, le pegaron un tiro en un piecito y dicen que uno en el corazón y así muchas cosas. Bueno, me enteré de cosas. No he puesto una demanda, pero quisiera porque cómo es que van a morir policías así de esa manera.

Hay muchas otras razones por las que se siente rabia, no sólo con los que lo mataron, sino con la familia, con los que van al funeral, con la prensa, con dios, con el mundo entero, hasta con el muerto por haberse dejado matar. Los sentimientos de rabia van ligados a otros, como el perdón.

Primero nos dijeron que eran los paramilitares, otros que era el cartel de la gasolina que son los mismos paramilitares y ahora dizque la guerrilla, ahora uno no sabe. No sé qué de cierto habría que iban a transar y él no dejó. Él era tan puro que no le recibía un peso a na-

die, por eso me lo quitaron. Que mi dios los perdone, porque no supieron a quién iban a matar. Yo en ningún momento los he maldecido ni nada. Porque yo sé que si los maldigo todo eso me repercute a mí. Y quiero tener mi alma en paz, pero que dios los perdone es lo único que yo digo, pero que no supieron el daño tan grande que nos hacían.

Sentía rabia contra las personas que lo mataron. Sin embargo, lo primero que pensé es que no tenía a quien perdonar, porque si hubieran hablado con él un momentico, si lo hubieran mirado a los ojos no hubieran sido capaces de matarlo. Hay personas que cuando les pasa eso inmediatamente dicen, yo perdono. No les creo, cómo le va a creer uno a alguien que inmediatamente le da por perdonar al asesino de su hijo o de su marido, es un absurdo, me parece que eso no es lógico, no es humanamente posible, uno tal vez logre perdonar al cabo del tiempo, cuando le pase esa inconformidad, esa rabia, pero de primer momento decir, yo perdono, no me lo creo.

En el momento de la muerte sentí fue rabia. Uno en ese momento se pregunta si de verdad se murió. Cuando ya en el momento del entierro uno comienza a ver las miradas acusantes, las miradas discriminatorias, todo, todo, entonces ya, sí, detrás de ladrón bufón y antes yo fui la que les salí a deber.

La rabia va acompañada a veces de agresión, hacia sí mismo o hacia otras personas. Sólo en un caso encontramos una viuda que golpeó a la persona portadora de las catastróficas noticias.

Me lo dijo un amigo de él y me dijo, 'Tranquila'. Él es alto, robusto, pero yo le pegué, lo golpeé tanto. Él decía, pégame, pégame. Yo le pegué tanto a ese muchacho y ahí como que todo el mundo me abrió camino.

11. Otros sentimientos

La angustia, el desespero y el miedo fueron otros sentimientos mencionados con frecuencia. La muerte siempre trae confusión emocional, desubicación e inestabilidad, más aún si las circunstancias fueron violentas y existen dudas acerca de cuestiones elementales como los más mínimos detalles en cuanto a cómo ocurrieron los hechos. En la mayoría de los casos analizados este es un común denominador. Hasta en los de muertes de militares y policías hay confusión y duda, y muchos se han cerrado sin aclararse y sin una investigación completa.

Eso es muy doloroso, uno se siente como desfallecer. Mejor dicho, no tengo ni cómo explicar eso de la angustia y la desesperación que le da a uno. Cuando se muere el esposo allí termina todo, el mundo se le abre a uno. Por eso me fui unos días donde mi hermana.

Cuando nuestros esposos mueren uno queda como un barco en la deriva, que está perdido. Uno no sabe dónde está. Ahí como que se le acaba a uno parte de la vida. Uno quisiera como desaparecer en ese instante, más cuando uno queda con niños pequeños. Yo quedé con dos niños, uno de dieciocho meses y uno de seis meses, y no sabía qué hacer. Quedé como desubicada, no tenía estadía.

El miedo se encontró también como una respuesta emocional, y es de varias clases. En primer lugar, está el miedo a la propia muerte y la de los hijos, y no siempre en términos simbólicos, pues se relaciona con la posibilidad de que la violencia dirigida hacia la familia continúe, hecho que es una clara realidad en muchos casos.

Después de haberlo perdido a él me daba mucho miedo que mataran los niños. Yo les pedí que quitaran los escoltas, para lo que sirvieron..., pero los niños siguieron yendo al colegio.

Pero también están presentes otros miedos, como el miedo a tocar el cuerpo, a estar sola, a no comportarse apropiadamente, a enloquecerse y a que el marido regrese.

Yo no sé por qué le tengo miedo a los muertos y ya habíamos quedado que cuando él se muriera que le daba un beso. Yo lo toque sí, lo sentí tan duro como una piedra. No me imaginaba que era él. Como yo siempre lo tocaba y blandito, blandito, pero ya después tieso como ya lo habían preparado, lo toqué y todo pero no fui capaz de besarle.

12. La aceptación

El paso final del proceso de duelo es aceptar lo ocurrido o, por lo menos, pensar en la posibilidad de seguir la vida sin la persona que desapareció, y en cierta manera la satisfacción de que se cumplió con las obligaciones y los compromisos de esposa, no sólo hasta el momento mismo de la muerte, sino un buen periodo después.

Él hizo lo que quiso y murió como debió haber muerto o sea en combate. Era militar convencido y quería su carrera más que cualquier otra cosa. Yo lo acompañé y le entregué hasta donde pude. Mientras estuvo vivo le di lo que pude y pienso que fuimos felices, pero hasta ahí, él murió y ya, se enterró y empieza otra etapa. Yo no me enterré con él, que él se murió y yo me morí y ahí ya no más, no, yo tengo dos hijos que tenía que sacar adelante, eso como que me hizo ver las cosas de otra forma.

La aceptación implica también la capacidad de hablar sobre lo que ocurrió y los sentimientos que se tuvieron en ese tiempo, haber podido procesar los eventos y, finalmente, resignarse a algo que no tiene remedio.

Antes no me gustaba hablar de eso, me hacía mucho daño, aunque en estos momentos no me hace daño no me agrada, hay cosas sobre las que uno siempre quiere pasar rápido pero ya no me causa los trastornos de antes. Puedo hablar y hablo tranquila, ni hago el show ni nada de esas cosas, pues ha pasado el tiempo y hay que actuar sobre justa medida. Indudablemente que el proceso no ha sido ningún camino de rosas, tal vez cuando uno mira hacia atrás uno mismo se pregunta, 'Ay, ¿cómo hice esto? ¿Cómo hice tantas cosas?'

Entonces le pregunté al psicólogo, que me dijo, 'Tienes que estar al lado de las niñas, tienes que volver a hacer sentir a las niñas que a pesar de todo la vida es bella y que cojan confianza, que no todo es malo', y así comencé.

La muerte de mi esposo me volteó la vida, pero yo tengo que seguir luchando.

Pues yo me siento bien, tranquila, con más comprensión de las cosas, no es que haya aceptado todo, ni que esté de acuerdo ni nada de eso, todo eso sigue ahí pero tengo un manejo distinto, mejor ahora, pues he logrado entender más y aceptar la realidad.

Aceptar no quiere decir olvidar a la persona, pero por lo general implica la resolución de un proceso y el paso hacia otra etapa de la vida, aun cuando no siempre esto es lo que ocurre, y en este caso se relaciona de nuevo con las posibilidades de contraer un nuevo matrimonio o de establecer una relación afectiva.

Personalmente digo que el duelo nunca se termina, y la gente le dice a uno: 'Cada vez que va pasando el tiempo se le va olvidando'. Eso es mentira, cada vez que va pasando el tiempo, al contrario, le va haciendo a uno más falta, los niños están más grandes, uno tiene más necesidades económicas y morales, es lo de la figura masculina, el padre de los hijos uno no lo reemplaza con ninguna otra persona.

Las viudas de los líderes políticos, de los dirigentes, de los famosos, tienen, además, una carga adicional, la de perpetuar la memoria histórica de esas personas:

A pesar de que el tiempo pasa, son cosas que no han concluido. Si tienes una pena de manera directa, individual, de un pariente, alguien que tú ames muy cercano, ten la seguridad que evolucionas y a los dos meses ya estas más o menos mejor, a los seis meses pues ya estás prácticamente normal y al año estás viviendo tu vida como una pena lejana. Pero cuando tú vives no una pena aislada sino que son tus amigos, son tu partido, son tu grupo, son tu gente, son tu época, son tu generación, son tu sueño, son tus ilusiones, cuando todo eso te meten en un saco y te meten una bomba y te lo destruyen pues no es tan fácil. Por eso hay distintos tipos de viuda y los hay en todos los sentidos, porque las convivencias generan una viudez distinta y de pronto lo que se ha vivido también genera un compromiso distinto. En el caso nuestro, uno no puede aislarse del muerto como uno quisiera, porque uno tiene un compromiso histórico de probar que ellos sí tenían una causa, una lucha y que era cierta. Eso

toca llevarlo porque la historia lo exige y tampoco te deja vivir del todo en paz.

Otro caso que revela dificultades especiales en aceptar la muerte se relaciona con quienes desaparecen forzosamente. Hay un documento legal que declara muerta a una persona sin que su cuerpo aparezca, pero la entrega de este certificado no siempre corre paralela con los sentimientos que tienen las personas.

No lo hemos podido buscar porque desaparece en medio de la guerra, todo son versiones, después para la desaparición legal, es decir, para declararlo muerto por desaparición, creo que se llama así la figura, entonces dan un determinado tiempo y a la gente la citaron y dieron algunas de las versiones, por ahí yo tengo el documento. Ya tengo hecho el papel legal, duró dos años y medio el trámite, pero no le he dicho a los hijos, eso vale tan poco y en medio de tantas crisis, y ahora decirle que ya está muerto legalmente, no ha habido el momento. Eso significa un arreglo legal de papeles, pero no más porque las personas desaparecidas nunca mueren, es difícil decir está muerto, yo no sé si él está muerto. Lo único que realmente creo que le gustaría a la familia, como para confirmar su muerte, sería poder rescatar sus restos y enterrarlo en un sitio, decir, está en tal parte.

13. Ayuda desde el más allá

Para finalizar este capítulo, y antes de pasar a tratar otros aspectos relacionados con la viudez, como el de la cuestión de la identidad, la propiedad y las redes de apoyo, es importante ver lo que ocurre con la función y el lugar que el marido continúa teniendo en la vida cotidiana de la familia, que puede resumirse en el papel de guía espiritual que puede interceder para mejorar el bienestar y la seguridad de los miembros de la familia que han quedado desamparados.

Me lo entregaron en el anfiteatro en el ataúd, y yo le dije: 'Fernando, déme valor por nuestros hijos, no permita que yo cometa errores, guíeme por donde quiera que yo esté'. Hablé sola con él y pienso que él me ayudó mucho. Fue terrible, siempre he tenido lo mío acá adentro, el dolor ha sido mío, ha sido duro y fue duro para muchas personas, porque mi mamá llora la muerte de él todavía, lo querían demasiado, él fue un ídolo para todos.

Cuando una persona muere ya no se puede hacer nada por esa persona que se murió, ya empiezan es a orar por los familiares, por los hijos, por la esposa, para que dios le ayude. Ya al que se murió qué se va a hacer.

En este momento se entra en la zona de los recuerdos y la nostalgia, de un pasado que con el tiempo se va idealizando, recordando sólo lo bueno y lo bonito. Con el tiempo quedan la memoria y los actos colectivos que se hagan para no olvidar.

Yo creo que lo que más puedo hacer es hablar de todo lo de él, de los momentos que vivimos. Él desde allá nos está ayudando muchísimo, no nos ha dejado solos porque es una prueba. A veces cuando uno no tiene ni un solo peso y algo llega. Digo, eso es la mano de dios, la mano de Guillermo, que no nos ha desamparado nunca en ese sentido. El esposo de mi hermana estuvo en Florencia y me dice que al polideportivo le habían dado el nombre de él. Mi sobrino que está en la escuela me dijo, 'En Melgar le pusieron el nombre de mi tío a un curso'.

Las relaciones con el más allá fluyen en dos direcciones, de él se espera que interceda y guíe, ella queda a veces con la obligación de su alma, de continuar ayudándolo más allá de la muerte, para que él finalmente pueda alcanzar la luz perpetua.

Yo actúo como si estuviera vivo, como si estuviera aquí. Si doy un regalo le coloco el nombre de los dos. No sé si me estaré haciendo daño pero lo siento conmigo y no voy a pensar que él se me fue. Tampoco me gusta nombrar esa palabra muerte. Me produce vaina llorar por él, hay que ayudarlo también porque él necesita mis oraciones.

A mí la religión me ha servido de apoyo espiritual, porque yo voy a misa y le ofrezco esa misa y le pido mucho a mi diosito que si él está sufriendo o penando por algo, pues que lo perdone, que si mi dios lo tenía sufriendo o penando, yo hacía el sacrificio de nunca jamás volver a poner un hombre al lado mío.

Visto de esta manera, el duelo en estos casos implica un sistema de estrategias mediante las cuales se va manteniendo la continuidad en un proceso de cambio traumático. Es decir, que resulta un elemento que proporciona un principio de equilibrio en un proceso de reorganización social y emocional. A pesar de que en los comportamientos examinados subyace la idea de negación a enfrentar la realidad de un cambio y a resistirse a creer en la desaparición, y más en este caso a que el hombre se haya ido sin previo aviso, dejándola a ella sin preparación para enfrentar el dolor y las tensiones que le llegan, la mejor manera de afrontar esta situación es colocarla en un contexto que sea familiar, que permita el escape de la ansiedad que se produce. Lamentablemente, ese ajuste necesario no se produce en los muchos casos de muerte violenta encontrados, más bien se complican aún más, con el desorden del desplazamiento, de la huída, que no permiten dar un sentido a lo que ocurre y que no ofrecen ninguna posibilidad de reencontrar la estabilidad necesaria para sobreponerse.







La viudez no es sólo el dolor

En los casos de las mujeres que nos contaron su historia, el paso de esposa a viuda llegó acompañado de violencia, crueldad, impunidad, desplazamiento y otros problemas adicionales. Además del enfrentamiento con el dolor cara a cara, y del impacto emocional de la muerte, se han perfilado otros aspectos como la cuestión de la supervivencia familiar, su nuevo rol de madres solas a cargo de sus hijos, la adquisición de una nueva identidad, la superación del luto y, en ocasiones, el paso a una nueva relación (Ospina y Tenorio, 1993). Este capítulo examinará, en primer lugar, las estrategias de supervivencia y lo relacionado con el patrimonio, las pensiones, indemnizaciones y la redistribución de la propiedad familiar. Luego se verá como todo esto afecta la formación de una identidad y la posibilidad de entrar en una nueva relación, para continuar más adelante con lo relacionado con los hijos que han quedado huérfanos de padre.

El análisis de la reorganización de la familia a raíz de la muerte del padre debe ser realizado con cuidado, para entender así todos los matices de la realidad económica y social de las viudas. Factores como las políticas estatales con respecto a la familia y la crisis económica que atraviesa el país hacen que muchas viudas confronten problemas similares a los de otras mujeres que también están solas a cargo de sus hijos. Por otra parte, hay circunstancias personales que hacen que unas mujeres logren resolver sus problemas más rápido que otras, porque no todas tienen las mismas herramientas o cuentan con los apoyos necesarios para salir adelante. Las familias que están a cargo de una mujer sola, cuyo número aumenta a diario en todo el mundo, son percibidas de maneras especiales, y a veces se las aboca a una serie de problemas negativos en la sociedad,

relacionados también con percepciones sobre los roles de género. Por eso, para analizar las dinámicas en el seno del hogar deben tenerse en cuenta las ideologías y las percepciones culturales sobre la familia, las representaciones sociales de las mujeres sin esposos y con hijos a su cargo, los discursos sobre la pérdida de valores morales, las posibilidades de recomposición de la familia, la legislación y el acceso a programas de gobierno. Todo esto tiene que ver con la calidad de vida que las viudas y sus hijos van a tener y las alternativas con que cuenten para un mejor futuro.

1. De esposas a viudas y madres cabeza de familia

El colectivo de mujeres cabeza de familia ha aumentado de tal manera que la constitución de 1991 dice que a estas madres se les dará atención especial y prioridad en los programas. Sin embargo, este es un grupo bastante heterogéneo que incluye a la adolescente que abandona la escuela y no tiene un compañero permanente que responda por la paternidad de su bebé, a las divorciadas, que se supone deben recibir aún la contribución en alimentos del padre de sus hijos, y a las que han quedado viudas después de tener un hogar estable, organizado y con independencia económica. Todas ellas, a menos que tengan salario de ejecutivas, caso poco corriente en nuestro medio, deben enfrentar serias dificultades sociales y económicas. Ser madre cabeza de familia va más allá de las decisiones y circunstancias individuales. La siguiente es una descripción de lo que significa esta condición social para una de las entrevistadas, integrante de la Asociación Mujeres Cabeza de Familia de su localidad:

Cuando eres mujer cabeza de familia y tienes tus hijos, porque tu compañero no respondió, empiezas a luchar, pero sobre ti no pesa ninguna amenaza. Para muchas mujeres, aparte de que les matan el marido, sigue ese temor y ese miedo que es con el que uno vive. Esa es la diferencia, el miedo que sigue. Yo todavía tengo miedo y no sé hasta cuando, quizás ese miedo nunca se me acabe. Y esa es la diferencia, porque de todas maneras tú tienes que mantener tus hijos sola. Incluso la gente dice, pero es que nosotras también somos pobres iguales que ustedes. Pero la persona está aquí, nadie la ha perseguido, nadie le ha quitado las cosas que nos han quitado a nosotras. Muchas mujeres dicen: 'Yo tenía mi casa, yo no tenía por qué estar mendigando, yo tenía mi comida, mis hijos, a pesar de estar sola'. Porque muchas han llegado como mujeres solas y vivían solas antes del desplazamiento, pero tenían su sitio donde vivir, nadie les estaba amenazando sus hijos, porque esa es otra, de que hay muchas mujeres, cuando ya sus hijos están en edad de la juventud, el temor es que se los lleven los diferentes grupos. Entonces la mujer que vive en la ciudad o así sea en el campo, mujer cabeza de hogar,

pongamos, en el campo ellas tenían su sitio en donde vivir, sus hijos tenían el pueblo o el campo y estaban allá y antes del desplazamiento no tenían ese temor, uno dice, yo no era rica allá donde estaba, no era millonaria pero tenía lo mío, mi hogar, mi sitio de vida, mi pueblo, mis conocidos, mis amigos, los amigos de mis hijos, y el choque al llegar, al tener usted que salir en carrera muchas veces hasta con lo único que usted tiene puesto, y llegar con sus hijos aquí, sola, empezar a buscar, vivir otra vida, a vivir otra vida, o sea, es un choque, y ya la ciudad es diferente, la ciudad es muy dura para el campesino, la ciudad es muy dura para población desplazada, es terrible.

Un factor común que llama la atención entre las viudas de la violencia en Colombia es la edad: en su gran mayoría son menores de cuarenta años y tienen hijos muy pequeños a su cargo. A pesar de la prioridad que se les da en algunos programas, las necesidades de este grupo siguen siendo muy altas y el apoyo estatal deficiente. Las penurias que con frecuencia acompañan a la viudez se enmarcan dentro de una problemática de género en la que la esposa y los hijos dependen económicamente del marido para su subsistencia, situación más notoria en el medio militar, en el cual los hombres deben trasladarse con su familia de un lugar a otro. El alto riesgo de morir prematuramente que corren en Colombia no sólo los que se dedican a profesiones relacionadas con la guerra y el orden público, sino también los jueces, los dirigentes políticos, los periodistas y hasta los académicos, han hecho que las entidades donde laboran hayan creado fondos especiales de protección a las viudas, en especial cuando el fallecimiento ocurre mientras el hombre está en servicio, como en el caso de los soldados y los policías. Los estados modernos han incorporado legislaciones de protección a este grupo social vulnerable, pero no han resuelto la cuestión de ofrecer mejores condiciones de equidad y de preparación a las mujeres, para que puedan tener un desempeño laboral más alto y una mejor remuneración que les permita, en el caso de la viudez, sostener a sus familias ellas solas.

En las discusiones sobre la familia uniparental, sobre todo la que está a cargo de una mujer, hay dos aspectos que sobresalen. Uno es que para las mujeres que quedan sin el apoyo económico de un hombre adulto el riesgo de vivir en condiciones de mayor pobreza aumenta; el otro es que a pesar de las transformaciones en la familia, muchas muje-

res solas, con hijos, son consideradas diferentes, incompletas e incapaces. Es decir, quedan en una situación ambigua, porque cumplen el papel de padre y madre a la vez, y la familia y la comunidad las censuran respecto de las decisiones que toman en relación con su vida y la de sus hijos, pues sus comportamientos pueden amenazar las normas sociales ya que comienzan a desempeñarse socialmente en papeles considerados como masculinos.

El interés por este grupo familiar tiene que ver con el hecho de que una mujer joven, con posibilidades de casarse de nuevo, está sola a cargo de sus hijos y es probable que ella y sus hijos tengan derecho a una indemnización y a una pensión otorgadas por el estado o por el sistema de seguridad social. En algunos casos empiezan a depender económicamente ya no del marido, sino del estado, razón por la cual éste comienza a regular aspectos privados de su vida. Así, por ejemplo, hasta hace poco la pensión de viudez tenía restricciones relacionadas con la posibilidad de contraer un nuevo matrimonio, y moralmente no era aceptable que ella “traicionara la memoria” del fallecido que había muerto sirviendo a su país.

Las dificultades económicas asociadas con el cuidado de los hijos se complican con la intervención de otros factores, tales como las menores oportunidades laborales para las mujeres y los modelos tradicionales de la familia, que ven a las independientes bajo un lente negativo. El mismo término, “cabeza”, tiene sus problemas. Se supone que la cabeza es la persona que contribuye más, controla los recursos del hogar y toma las decisiones más importantes, es decir, el antiguo *pater familias*. El concepto de “cabeza” utilizado en los censos y en otros instrumentos de recolección de datos continúa cargado de una serie de prejuicios en relación con jerarquías de género y poder, lo que tiene otras implicaciones, como desconocer o minimizar la contribución de los otros miembros del hogar. Aún se asume, *per se*, que la cabeza del hogar es el hombre, así esté desempleado y no haga contribuciones económicas sustanciales. Teniendo en cuenta la crisis económica actual, en los medios urbanos a veces es más fácil encontrar a las mujeres o, en ocasiones, a los hijos haciendo los mayores aportes económicos, pero si hay un hombre adulto presente nunca son consideradas como “jefes de hogar”. Por lo general, el término “madre cabeza de familia” no sólo implica la ausencia de un hombre en la residencia, sino que deja una impresión de debilidad moral

asociada con el madresolterismo y otras percepciones negativas sobre los integrantes de la familia, lo cual es otro factor que debe considerarse con cuidado, pues puede ocurrir que los hombres no estén porque se dedican a ocupaciones que requieren que estén fuera del hogar por largos periodos de tiempo, como en el caso de los que se van a trabajar fuera del país y envían sus remesas, o el de los dedicados a las armas. Los casos de los hogares en los que sólo hay un hombre a cargo y no hay una mujer adulta presente, que proporcionalmente son menos, también quedan escondidos dentro de estas definiciones de jefatura, pues, técnicamente, él sigue siendo el “jefe” del hogar, aun cuando su hogar no se describa como “roto” o “incompleto”.

En términos de esta definición de cabeza de familia, a menudo es difícil encontrar a las viudas, pues con bastante frecuencia, sobre todo inmediatamente después de la muerte, y no sólo en los estratos bajos, ellas son absorbidas en un hogar más grande, el de sus padres o el de algún otro familiar –hermanos o tíos–. En las familias extensas, en las que quienes contribuyen económicamente son numerosos, a veces es difícil ver el impacto de una pérdida, pues puede ocurrir como en el caso de una mujer que vivía con su esposo en casa de sus padres: él falleció y ella continuó viviendo con su familia, un par de años más tarde contrajo matrimonio de nuevo y trajo a su esposo a vivir allí. Estadísticamente, estas familias continúan por fuera de los datos oficiales. Otro problema es que las únicas viudas consideradas cabeza de familia son las que quedan con hijos pequeños, y, además, son contadas y medidas según puedan representar un problema para la sociedad, especialmente si eso representa leyes, transferencia de dinero o inversión en beneficios sociales.

En las investigaciones sociales, este tipo de familias han sido estudiadas como una desviación de las normas, tanto en países industrializados como en vías de desarrollo. En términos de políticas sociales, comenzaron a recibir atención luego de la publicación del libro de Oscar Lewis, *La cultura de la pobreza*, en 1966. Este concepto incluía características como la estructura “matrifocal” de la familia, los sentimientos negativos de dependencia e inferioridad, la falta de planes para el futuro y la alta incidencia de “patología” social, que hacía que este grupo de familias fueran marginales generación tras generación. Esta teoría recibió un gran impulso, que desencadenó una serie de estudios en los barrios pobres de las zonas urbanas latinoamericanas. Críticas posteriores sostenían que

esas teorías no daban importancia al papel de las estructuras económicas, sociales y políticas que producían cinturones de miseria y que proveían el medio donde estas familias se formaban y concentraban, sino que, más bien, resaltaban sólo los aspectos negativos, culpabilizando a las víctimas. La manera como se describen estas familias trae consigo términos negativos como “familias rotas o incompletas”, lo que aún sigue implicando una situación de desviación y de desventaja social.

Estas ideas y las prácticas y políticas que resultan de ellas deben cuestionarse teniendo en cuenta los sistemas de género imperantes en el momento y por la continuidad presente en ellas de ideas tradicionales acerca de lo que deben ser los roles masculinos y femeninos, al igual que la ideología de la familia nuclear como norma social, cuando sabemos que en muchos casos está lejos de ser la realidad. Además, estas familias son consideradas con fallas estructurales que representan una amenaza al orden social y promueven males sociales que van desde la mendicidad a la delincuencia juvenil. Más recientemente, se incluyeron dentro de las polémicas sobre las causas del sicariato.

Por lo menos le toca a uno, a la mujer sola afrontar todo, hay mujeres que tienen siete, seis hijos, y les toca absolutamente solas para todo. Al menos cuando se tiene el compañero, así el compañero no consiga trabajo, uno sabe que él está en el hogar con los niños y uno libremente sale a trabajar, sabe que alguien está allá para cualquier cosa, pero cuando se es solo, sin tener que mirar con quién se dejan los hijos, no se conoce a nadie, mejor dicho, es terrible desplazarse a trabajar, llegar a la casa otra vez como sea. Aparte de que estar sola con los hijos, se lleva encima otro gran peso.

Existe una tendencia a relacionar madres cabeza de familia exclusivamente con pobreza; sin embargo, la mera presencia de dos adultos en la casa no garantiza siempre un mejor estrato social. Es necesario tener en cuenta los patrones de empleo y desempleo, los de consumo y las contribuciones directas al hogar. La teoría de la “descomposición familiar” no es suficiente para explicar los altos índices de pobreza en las ciudades. La violencia en el campo, la redistribución de la tierra, los cultivos ilícitos y otros factores están directamente ligados a la pobreza en muchas áreas del país. En Colombia y en el mundo la tendencia a partir de los años ochenta ha sido al aumento de familias a cargo de mujeres, sobre todo en estratos

medios (García Castro, 1993). Por otro lado, hay que tener en cuenta las desventajas que tienen las mujeres para competir en el mercado laboral, donde ocupan posiciones subordinadas, con salarios inferiores a los hombres. Es decir, han estado excluidas de manera sistemática de la economía y se les permite poca movilidad salarial o social.

Antes de seguir, es importante diferenciar dos términos que a veces se usan como sinónimos: familia y hogar. Como familia se entiende, por lo general, a aquellas personas que están ligadas por lazos de consanguinidad o de afinidad. Un hogar o un grupo doméstico, por su parte, está compuesto por personas que residen bajo un mismo techo, aun cuando no siempre estén unidos por vínculos familiares, y de una u otra manera comparten recursos para sobrevivir y realizan ciertas tareas en común. Aunque dentro de las funciones de la familia la económica es muy importante, lo es más aún dentro del hogar, y no siempre la persona que hace las mayores contribuciones es quien toma las decisiones principales. El grupo de personas que integra el hogar está siempre en movimiento, son unidades de producción y de consumo, no siempre independientes, pues están ligadas a otras redes de parentesco y de vecindad, más amplias.

La cantidad de recursos y la clase social son elementos importantes en la definición del tipo de estructura de un hogar. A veces se olvida que las madres cabeza de familia existen en todos los estratos sociales, aun cuando sobresalen en los más bajos. Es por eso que en éste se encuentran los arreglos maritales y familiares más conflictivos y en constante cambio. Las dificultades y rupturas que produce la muerte hacen necesaria una readaptación rápida que permita subsistir o encontrar vivienda. Las decisiones apresuradas que se toman al respecto son muchas, las cuales llevan a veces a tragedias aún mayores de maltrato o explotación sexual.

Se ha llamado la atención sobre el profundo impacto de la viudez en la organización familiar, en la responsabilidad frente a la supervivencia, en los roles de género y en las relaciones de poder y de afecto (Rico de Alonso y otros, 1999). Igualmente, se ha resaltado cómo las viudas representan el caso de jefatura más numeroso en ciudades como Medellín, donde se presume que son el reflejo del desplazamiento que ha producido el conflicto armado en zonas como Urabá.

La composición de los hogares puede considerarse un factor que mide diversos comportamientos que conectan la vida diaria de sus miem-

bros con la estructura socioeconómica y política de la sociedad. En este núcleo doméstico se toman decisiones tan importantes como quién entra o sale de la fuerza laboral, quién es responsable del cuidado de los hijos, o quién, en determinado momento, puede independizarse y formar su propio hogar. Es por medio de estas relaciones que los integrantes del hogar están conectados con el resto de la sociedad y con la economía urbana, pues las personas de menores recursos acuden a los pocos sectores donde tienen posibilidades de subsistencia, como es el de la venta callejera u otras actividades informales.

Mientras que la composición y la estructura del hogar cambian, la familia está unida por lazos que no pueden deshacerse, aun cuando siempre pueden mantenerse bajo el mismo techo. En el caso de las viudas, esto se refleja, sobre todo, en la manera como circulan los hijos entre parientes, vecinos y amigos. Una de las investigadoras fue testigo de cómo una señora, a quien llamamos Ana, residente en una vereda ubicada en la zona de La Palma, área de perenne conflicto en el departamento de Cundinamarca, al quedar viuda, tras el asesinato del padre de sus hijos en circunstancias confusas, con cinco hijos menores de nueve años a su cargo, decidió acercarse a los patrones de algunas fincas cercanas a ofrecer a sus hijos mayores como trabajadores permanentes a cambio de la comida, la dormida y alguna ropa, ya que con un hijo o tal vez dos era más fácil que la recibieran a ella como trabajadora interna en una casa o finca.

Por otra parte, Eneida, cuyo testimonio se presenta más adelante, en un momento dado estaba a cargo de casi veinte personas, incluyendo a su mamá, sus hermanos, algunos ya con hijos, dos niños parientes que llegaron desplazados de un pueblo y su hija. Ella era la única de todo el hogar que tenía salario estable. La casa donde vivían la había comprado con las ayudas que recibió del programa de reinserción. Cuando está más necesitada sale a vender los tamales hechos por su madre. Por más apretados que vivieran, siempre había lugar para alguien que necesitara de un sitio para vivir. Otras viudas han aceptado huéspedes, si no miembros de la familia por lo menos bastante cercanos en condiciones de hacer una contribución mensual estable.

La aclaración del concepto de hogar debe tener en cuenta las contribuciones económicas de cada uno de sus integrantes, especialmente las que corresponden al trabajo “invisible” de las mujeres, que no siempre

puede medirse en términos monetarios. Por esto, a continuación se analizarán las “estrategias de supervivencia”, vistas desde el aporte a un papel productivo en la sociedad. Por lo general, estas estrategias incluyen la manipulación y el intercambio de servicios, cosas y trabajo, y la consecución de recursos de sectores informales. Dentro de este aporte está el del cuidado informal de los bebés para que la mamá pueda salir a trabajar.

En chiquitos como que no se nota, es más fácil a todo nivel, fácil en que a uno le alcanza para una sopa y se los ayudan a cuidar a uno, pero ya más grandes exigen más, a pesar de que vuelvo y digo, ellos son muy queridos, pero si ya empieza la adolescencia, ya tiene uno más problemas con ellos, exigen más en todo sentido. De chiquitos es más fácil, los maneja uno más fácil, pero después es lucha a todo nivel.

En resumen, cuando se habla de familias con mujeres cabeza de hogar es necesario considerar una serie de factores, como las condiciones socioeconómicas más amplias que están produciendo este tipo de familias, las razones para que existan, en este caso la guerra, el por qué de su incremento, los programas que las incorporan, los factores que inciden en la inestabilidad de las relaciones de pareja y los roles que se esperan de los hombres y de las mujeres. Los datos y análisis que hay sobre este tipo de familias deben ser examinados con cuidado, pues pueden presentar prejuicios que afectan la lectura e interpretación, sobre todo en relación con otros problemas sociales. Además, debe tenerse en cuenta la coexistencia de diferentes estructuras familiares.

2. Estrategias de supervivencia

Dentro de lo que se considera como estrategias cabe una serie de comportamientos dentro de la economía formal e informal, que incluyen el aprovechamiento de los recursos que están a la mano, sobre todo en medios de subsistencia muy precarios. En la sección sobre el contexto de la violencia y el desplazamiento mencionamos como estrategia el “extender la totuma”, o lo que se denomina el asistencialismo, es decir, el depender de la asistencia ofrecida por las entidades públicas o privadas, y adquirir identidades diferentes según los requisitos que tenga el programa que las ofrece. Esto podría verse también como respuesta a la inhabilidad de las entidades para ofrecer servicios o atención real y a largo plazo, lo que genera diferentes reacciones en la competencia por escasos recursos, incluyendo el “hay que sacar provecho de lo que sea”, a lo que se suma el desconocimiento de las condiciones reales en que vive la gente para ofrecer programas de apoyo significativos.

Se creó una empresa con una plata que dio la Red de Solidaridad y el municipio de Duitama, y entraron a trabajar dieciséis personas desplazadas, que las eligieron por un sorteo, pero manejaron mal la empresa. Actualmente no hay sino como dos o tres personas trabajando, a unas les quedaron debiendo una plata y no se la pagaron, eso se lo dieron a una cooperativa de desplazados, desgraciadamente no lo supieron manejar bien, ni tampoco el gobierno y la Red les pusieron un orden, o una vigilancia para que las cosas se llevaran bien, y cuando fueron a poner las manos las cosas estaban desbaratadas. Esa fue la única opción de trabajo que dieron, hasta ahora no han dado ninguna que realmente se pueda decir, pues hubo una solución de trabajo. Para buscar lo primero que colocan es referencias, y la gente no lleva porque no las hay. Eso pasó con las veinticinco familias de las casas, necesitaban un préstamo del banco, les hicieron pasar un poco de papeles al banco, tuvieron que pagar una plata para que les hicieran un estudio socioeconómico a ver si ellos les podían prestar, y lo primero que les pedían era referencias, ¿cómo hacían ellos, si les pedían su situación económica, y la mayoría no está trabajando? Eso no está al alcance de la población. Las señoras

venden por ahí cocadas, otras hacen lavadas, ahí hay varias viudas, incluso, hay una que tiene un niño discapacitado y ella no tiene ninguna colaboración, ni nada, lo que medio ellas ganen con eso sobreviven, entonces el banco les exigía unos requisitos y a nadie le aprobó los créditos.

Lo que debe quedar claro es cómo las viudas no se quedan de brazos cruzados esperando a que les llegue algo, sino que libran una batalla diaria, dura y pareja, por la supervivencia de su familia, a pesar de las amenazas que puedan recibir.

Ahora mis amigas son la gente de la invasión, la gente desplazada que conocí. A mí me distinguen pues me metí a una organización de mujeres cabeza de familia, soy líder de esa asociación y hago ese trabajo con mujeres. Antes participaba en la política, decir que estoy militando, no. Me da mucho miedo volver, uno escucha cosas. La otra vez incluso repartieron unos panfletos, que los paramilitares iban a exterminar todo lo que le oliera a izquierda.

De estas estrategias hace parte también la creación de redes de solidaridad y supervivencia, a veces entre personas desconocidas, donde surgen destrezas de unión y liderazgo.

Conozco el caso terrible de una señora, porque a ella, aparte que quedó viuda, le mataron su hijo y fue violada, y a causa de esa violación quedó embarazada, entonces ella vive en un trauma terrible. A ella le tocó correr de lado a lado porque era una persecución, yo creo que recorrió medio país hasta que se ubicó acá pero le ha tocado duro porque son siete hijos los que tiene, con la niña que tuvo. Ella me cuenta que al principio fue horroroso, imagínese uno ser violada, quedar embarazada de la persona que te mató a tu hijo, es espantoso, la aceptación de esa niña, aunque ahora es la adoración de ella, pero le ha tocado muy duro porque el trabajo no lo hay. Recibió apoyo de la Cruz Roja, pero psicológicamente no ha recibido ninguna ayuda, ella está mal porque se altera mucho, no acepta, no ha podido olvidar y vive a toda hora con su drama, con su problema de lo que le pasó, y más encima no tiene a nadie que la apoye económicamente, le ha tocado durísimo para levantar siete hijos. Incluso, tuvo problemas porque es negra. En el sitio donde entró a trabajar prácticamente la botaron por ser de color y por ser desplazada, una

misma mujer la echó. Tratamos que ella volviera al trabajo y no se pudo, hay mucho trámite, dicen que ayudan al desplazado, pero... Fuimos a Defensoría del Pueblo, fuimos a Personería, a la asesoría. Yo personalmente la acompañé porque estuve como representante en el Comité municipal para desplazados, tocamos muchas puertas pero ninguna se abrió. Ella ahorita es una vendedora ambulante más de las calles, con eso mantiene sus hijos.

Buena parte de las políticas dirigidas a las mujeres y, en especial, a las que tienen sus hijos a cargo, sin la ayuda de un hombre, así como hacia grupos como los desplazados, han sido moldeadas en los antiguos conceptos religiosos y morales sobre la caridad, y existe una diferencia entre los grupos que merecen ayuda, los desplazados, y los que no, los residentes urbanos que han llegado por otras razones ligadas a la pobreza y que viven también en mundos muy violentos. En el caso de los desplazados existe un conflicto entre estas nociones de caridad y merecimiento. Para aquellas que no encuentran otras alternativas sólo resta la delgada línea entre los ideales morales y el caer en los estratos sociales más bajos, de donde es aún más difícil recuperarse.

Yo digo a veces, pudiera uno escribir una novela de la vida de uno, pero contando todo lo que a uno le ha pasado. Por lo menos yo he trabajado hasta de noche, he sido trabajadora sexual, porque pagando arriendo no alcanzaba, bueno, de todo, muchas cosas, y no crea, el trago lo consume a uno mucho, la traspasada, dejar mi hijo solo en un apartamento o en una pieza, bueno, muchas cosas y todo ha llevado a que me sienta enferma, a que me sienta así.

Las mujeres tienen estrategias diferentes a las de los hombres, basadas también en la división sexual del trabajo. Las tareas que desempeñan con más frecuencia, para las cuales no necesitan aprendizaje adicional al que ya han adquirido desde niñas sobre los oficios domésticos, se relacionan con ese rol. Por eso, si no encuentran trabajo en una casa de familia de clase media pueden cocinar en su casa y salir a vender los productos, lavar ropa ajena en sus casas o en los lavaderos comunales, o pueden trabajar como aseadoras en empresas. La venta ambulante, desempeñada por hombres y mujeres, es una actividad compatible con la crianza de los hijos, pues pueden tener a los pequeños junto a ellas. Los hombres sin capacitación formal tienen tal vez menos alternativas de

trabajo urbano, excepto la albañilería, ocupación que se ve muy afectada por las crisis económica.

Yo anduve como tres años sola, con unos estados de ánimo terribles por todo. Porque uno solo, la cuestión económica no es tanto, porque uno de mujer es como recursiva, o yo no sé, la situación era menos difícil, pero la crianza, la levantada en valores, tenaz.

Las dificultades cuando uno se queda sola son muchas, muchas. La dificultad más grande es no poder estar uno unido con su familia y compartir con ellos eso que uno está viviendo, ese dolor, eso es durísimo. Y después vienen otras dificultades que son las económicas, pero que cuando uno es de arranque y de verraquera pues se pone hacer empanadas y va a la esquina y vende empanadas, lo que sea.

La posibilidad de que las mujeres se desplacen de su entorno y entren a casas de estratos más altos presenta una ventaja adicional, no siempre disponible para los hombres: la creación de lazos tipo patrón-cliente con sus patronas, lo que les permite aprovechar la posición de ellas para obtener ayuda para sus hijos como cartas de recomendación, cupos en las escuelas, ropa o utensilios domésticos. Es claro que la manipulación de recursos es bastante amplia y que no se limita a las madres cabeza de familia, sino que se da en condiciones generales de precariedad. Otras tácticas utilizadas con bastante frecuencia son los favores sexuales a cambio de vivienda o de comida, que se hacen según la urgencia de la necesidad, llevar los niños temporalmente donde otros familiares, el préstamo e intercambio de enseres domésticos y otras que ayudan a resolver problemas inmediatos.

3. Las redes de apoyo

Otro aspecto central en los estudios sobre el duelo es el de los sistemas de apoyo y la reconstrucción de los roles sociales para superar una situación traumática. En este campo sobresale el trabajo de Lopata (1987, 1996), quien en un comienzo centró sus estudios en viudas mayores del área de Chicago, para ampliar su trabajo a otras culturas y países, al encontrar diferencias enormes en los roles sociales y culturales de las viudas. Estos trabajos han enfatizado en documentar las fallas que tienen las comunidades para apoyar a las mujeres en proceso de reconstruir sus vidas, y cómo ellas terminan viéndose como una carga para sus familias y sus amigos.

Los grupos de apoyo ofrecen alternativas para ayudar a solucionar los problemas que surgen en este difícil momento, pues en tiempos de crisis la ayuda de especialistas es necesaria, ya sea religiosos o mediante la creación o participación de grupos de apoyos existentes, o de un profesional. En Colombia existen algunos grupos especializados, destacándose el trabajo de la fundación Omega, que lleva varios años en esta labor de manejo del duelo y el trauma colectivo, ofreciendo apoyo a las entidades más afectadas, como la Policía nacional.

El caso del apoyo específico a las viudas merece un poco más de detalle, pues se ha tratado en varios países de manera diferente y de acuerdo con las circunstancias sociales. Por ejemplo, en el caso de los países industrializados la tendencia es a que las viudas sean mujeres mayores, y en muchos casos se sigue el modelo del programa “de una viuda a otra viuda”, creado en Boston en los años 1970 por la Universidad de Harvard en un proyecto de psiquiatría comunitaria (Silverman, 1986). Antes existían programas de apoyo entre viudas católicas que se unieron para sobrevivir a los estragos de la segunda guerra mundial, movimiento que se originó en Francia y fue creciendo hasta abarcar varios países de Europa occidental, creándose luego grupos locales en cada uno. Entre estos grupos se destacan las organizaciones de España y Portugal (Tovar, 1995), que luego se convirtieron en grandes agrupaciones de mujeres, algunas con intereses más allá de la pérdida del compañero y la ayuda para resol-

ver los problemas específicos de la viudez, entrando en el campo de la organización política y el empoderamiento colectivo.

Más adelante surgieron otras organizaciones de viudas, en países que atravesaban o habían superado periodos difíciles de trauma social, donde habían quedado numerosas mujeres solas, como en el caso de varias naciones en África o en India (Owen, 1996). Algunos de estos grupos incorporaron el modelo que venía de Harvard y lo adaptaron a sus necesidades, combinando a veces las enseñanzas de las religiones locales. La efectividad de estos grupos y programas es clara, ya que brindan apoyos emocionales, cognitivos y prácticos, lo que permite disminuir los trastornos y las perturbaciones que experimentan las personas que no reciben ningún tipo de ayuda. Quienes atienden estos grupos perciben que están pasando por una crisis similar y aprenden a reconocer sus sentimientos y a darles significado. Estos grupos ofrecen la oportunidad de expresar las emociones dolorosas que han estado contenidas y reprimidas, lo que se conoce como “la experiencia compartida”. En la zona de Urabá presenciamos casos de viudas que transformaron su dolor en experiencias positivas de apoyo a otras personas que pasaban por situaciones parecidas. Resaltaban la importancia de hablar y contar sus penas en público y frente a otras personas, lo que les ayudaba a sentirse mejor emocionalmente. El hecho de que muchas viudas después de que nos contaran sus experiencias privadas dijeran que nunca habían hablado de esto con nadie, y que esto las había ayudado a sentirse más aliviadas fue una constante durante la investigación. Por otro lado, existe la noción de que sólo quien ha sufrido en carne propia una tragedia es capaz de entender por lo que pasa otra persona en circunstancias similares. Comparar sus tragedias les permite ver que siempre habrá personas con tragedias peores y más graves que han podido recuperarse, y no se dejan abatir por el pensamiento de que su situación personal es la peor de todas.

En relación con las redes de apoyo pueden examinarse varios aspectos. Primero, las redes informales que se crean y manejan en la familia y la vecindad. En segundo lugar, las redes formales, que se relacionan con la pertenencia a organizaciones comunales, profesionales o a entidades creadas para tal fin. Y, en tercer lugar, incorporamos la experiencia que se tuvo en la práctica de “Redes de apoyo” de la facultad de psicología de la Universidad Javeriana, de enfoque sistémico construccionista social.

Redes informales

De todas maneras, uno se siente como que tiene una persona al lado, comparte las cosas y son dos personas aportando al mismo problema, pero aquí ya llega uno solo y usted solo tiene que hacer las cosas, buscar, mirar cómo soluciona su problema económico, cómo soluciona usted sola porque ya no hay quien lo haga con usted. Uno sabía que contaba con una persona, sabía que en cualquier momento esa persona estaba ahí para cualquier cosa, pero ya sin estar él ya uno no tiene a nadie. Empezando porque yo no tengo familia, entonces, ¿con quién contaba yo? Con él, así no fuera la mayor parte del tiempo, pero sabía que había alguien ahí y que yo tenía ese apoyo, pero ahora, al llegar acá, no tengo familia, ni mamá ni papá, a mí me crió una señora, una madrina en un pueblito.

Las redes informales se consolidan alrededor del intercambio de servicios como la vivienda, la alimentación, el cuidado de los hijos y de información sobre empleo y programas de apoyo, aunque también hay intercambios emocionales.

Mis hijos fueron los que me sacaron de esto, porque llegó un momento en el que no había nada que comer...yo tenía una microempresa y quebró. Ahora vivo con una amiga que también es viuda y que necesitaba donde vivir, está con su hijo viviendo en mi casa.

Los compañeros del partido me ayudaron en vivienda, yo viví en una casa que en ese momento era del partido, no tenía que pagar arriendo, eso era ya una ayuda, pero de todas maneras había cierta zozobra, ahí entraba mucha gente, de noche, yo estaba ahí, cuando me tocaba sola y hacían allanamientos.

Redes formales

Muchas entidades están en condiciones de prestar su apoyo a las viudas, lo que ocurre es que ellas no siempre saben dónde acudir.

La policía no me ayudó en nada, pero existe la Fundación Matorros, aunque yo tampoco sabía de eso, la Fundación la conocí cuando fue un general director de la Dijín, que la mencionó, hablaban de las viudas. Yo entré con diez viudas más, pero también era

la única que tenía cinco hijos y dos niñas especiales, entonces la esposa de un general que estaba en obras sociales me presentó a la Fundación Matamoros y ahí me ayudaron como dos años y me dieron para el colegio de los niños.

La otra cara de estas redes de apoyo es la queja de la falta de ayuda y solidaridad, sobre todo si existen expectativas con respecto a lo que se espera del apoyo formal de entidades u organizaciones, que no llega, o por lo menos no de la manera que se espera, lo que lleva a un reclamo sobre lo que se piensa que son las obligaciones de los grupos a los cuales pertenecían los esposos. Entre sollozos nos contaron este testimonio:

Ahora sí siento que estoy sola, que no hay solidaridad de nadie. Siento que uno hizo una inversión de vida y que no hay una respuesta a todo lo que uno hizo. Con respecto a la organización [se refiere en este caso al M-19], a mí me duele mucho. Siento que no es justo. Me duele saber y enterarme de lo que pasa con la gente, de la actitud de todo el mundo. De saber que no existo para la gente. No es justo con mis hijas.

Cómo es posible que lleve tanto tiempo sin trabajo. Ya he hablado con todo el mundo, no es justo que no tenga con qué hacer un mercado, con qué resolver lo mínimo de mis hijas. No es justo, porque yo digo: uno le metió la vida a esto. El M-19 fue también mi proyecto político.

La única persona que me ayudó fue un compañero cuando estuvo en el Fondo Nacional Hospitalario, que me llevó a trabajar con él. Ah, bueno, cuando existía el SUM³³, me daban como sesenta mil pesos mensuales o algo así, eso un tiempo, y no más, de resto, nada. Reinserción al comienzo, porque estoy en la lista de desmovilizados, el apoyo de un millón y medio, que yo utilicé para pagar parte del apartamento. Y de resto, nada.

Cuando él murió yo inmediatamente llamé a la cooperativa donde estábamos para que se hicieran cargo, ellos se hacen cargo de todo, hasta del cementerio, y claro cuando llegaron los familiares de él, no, que él no se enterra en este

³³ El Servicio Universitario Mundial (SUM) adscrito a las Naciones Unidas, otorgaba becas.

cementerio barato, yo le había escogido un cajón que entre otras cosas era el más grande que había, porque él en cualquier cajón no cabía, era uno grandote, pues no era el más lindo, pero, como decía yo, cajón pa'que, y además que quedó todo apretujado, porque él era muy grande, pero el gasto del cementerio al final me tocó a mí.

Lo enterramos un jueves, el viernes a las siete de la mañana llegó una trabajadora social a brindarme trabajo, le dije que yo no quería trabajar por ahora, que no había pensado qué iba hacer, porque me ofrecían trabajo en la Policía, después yo acepté el trabajo, y duré nueve años en la Policía, me fue muy bien, no me tocaba colocarme uniforme, de civil, yo era auxiliar de personal civil, yo era jefe de economato.

La práctica de las "Redes de apoyo"

El trabajo de las redes que se ofreció a las viudas que participaron en este estudio se centró en el apoyo emocional al grupo de las viudas de la Policía en Bogotá. Dentro de esto surgió el interés por indagar en las narrativas de las participantes en relación con la construcción de identidad. Las prácticas se realizan con una pregunta: "¿Cuáles son los efectos de la red de apoyo emocional en la construcción de la identidad de viudas de los policías muertos en combate?"

Después de un acompañamiento de dos semestres, el equipo de la Javeriana³⁴ llegó a la conclusión de que ser viuda de la Policía tiene un doble matiz en la elaboración del duelo: "Por un lado el título de viudas, como carta de presentación las identifica para ser reconocidas socialmente dentro de la institución". Ese mismo rótulo también está presente en sus propias narrativas y limita las posibilidades de nuevas aperturas emocionales en sus vidas, genera culpas presentes y pasadas, evoca promesas por cumplir a sus difuntos esposos y las marca ante la sociedad

³⁴ Estos datos fueron presentados en el informe final "Proyecto Redes de apoyo: un modelo de intervención en situación de viudez", por Sandra Ximena Anzola, Juliana Arias, Diana González y Mónica Triviño. Facultad de psicología, Universidad Javeriana, 2001.

como “desprotegidas”, haciendo más lenta y dolorosa la elaboración del duelo. Por otro lado esto genera la conciencia de individuos diferentes y por ende que ellas asuman y sientan tal “diferencia” en la sociedad. A su vez, el proyecto resalta cómo todo lo anterior “configura las condiciones sociales a las que las viudas de la guerra se deben enfrentar, situaciones nuevas y adversas que de una u otra forma deben superar, poniendo en claro la importancia de sostener económica y emocionalmente a su familia”.

El proyecto de redes con este grupo permitió obtener un perfil de las viudas, sobre todo de las de los rangos inferiores de la Policía, elemento de gran impacto que permite comprender mejor este grupo, con una dimensión histórica. En estas familias es frecuente el traslado de un lugar a otro del país, por lo cual la mujer continúa en su papel tradicional de esposa dedicada exclusivamente a su marido y a sus hijos, desempeñando todas las funciones domésticas, desigualdad de roles que se manifiesta de manera diferente en otros grupos sociales. Este hecho dificulta la adaptación a los nuevos roles emocionales y sentimentales, pues ellas deben asumir los que antes tenía el esposo. Una frase que oímos con frecuencia fue:

Si mi esposo me hubiera enseñado a trabajar todo sería distinto, pero siempre me tuvo en una jaula de cristal.

En la indagación de las otras identidades que subyacen a la de viuda está, primero, la de madre que “las lleva a levantarse y a tener una razón para seguir adelante y luchar”.

La metodología seguida era la de reuniones semanales, en grupo, en las que las participantes contaban sus historias y se identificaban con una experiencia vital. Estas narrativas se convirtieron en las herramientas por medio de las cuales comenzó a crearse una nueva realidad entre las viudas; se crearon nuevas formas de ser y de pensar, al permitirse narrar las suyas ante un grupo y escuchar otras experiencias, dándoles así un nuevo significado. A partir de esto podían explorarse las dinámicas que ocurrían. Las psicólogas tenían el papel de facilitadoras de las conversaciones y observaban el “desdibujamiento del peso de la identidad de viuda”, el cual se encontraba enmarcado en dos dimensiones: “como cascarón de protección y reconocimiento en la misma institución de la policía y como limitante en sus posibilidades de nuevas aperturas de identidades”. Se formulaban preguntas que generaban la posibilidad de pensarse de otras maneras.

Dentro de las viudas de la Policía es muy frecuente el reclamo de no ser olvidadas, y de que sus esposos fueron hombres ejemplares que prestaron un servicio al país que los llevó a perder sus vidas, por el que no han sido reconocidos suficientemente:

Yo pienso que las viudas quedamos un poco olvidadas, no somos tomadas en cuenta realmente. O sea, somos tomadas en cuenta cuando ellos están trabajando, pero cuando ya no tienen nada que ver con la institución se olvidan de las personas que de una u otra manera han sido las más afectadas.

Lo que siempre hemos necesitado todas las viudas es educación para nuestros hijos, uniformes, que nos paguen la ruta de nuestros hijos, la madre que no tenga a sus hijos becados que se le pague colegio. Casi ninguna de las viudas pide para ella y nosotras no pedimos plata, nosotras necesitamos que nos ayuden a sacar a nuestros hijos adelante en educación, en eso necesitamos. Que si nuestros hijos necesitan un par de zapatos para educación física lo tengan, que si necesitan un uniforme lo tengan, ellos necesitan libros. Por lo menos ahorita yo no les he podido comprar los cuadernos a los niños, porque no tengo con que. Los dos niños están yendo con tres cuadernos y a él le dieron una lista, que mejor dicho, una cantidad de cosas. Libros no les he comprado ni uno, el año pasado tampoco les pude comprar libros; a mí me gustaría que mis hijos pudieran tener todos sus libros, todos sus cuadernos. El único apoyo que he recibido es que allá saben que yo cuando tengo le compro a mis hijos, cuando no eso sí me lo toleran un poquito, pero hay profesoras muy exigentes que no saben el problema de uno entonces esas sí les exigen. Por lo menos mi hijo quedó ahora recuperando un área porque no tenía libro, porque la profesora se lo exigía.

Esta experiencia mostró la capacidad humana de reconstruir la propia historia bajo otra identidad, en el sentido de una labor constante de maximización de recursos, y de posibilitar nuevas visiones, desarrollar nuevas habilidades y lograr un espacio de co-narraciones, en el que cada identidad pueda convivir y aprender de otras. Otro aspecto que merece ser resaltado es que en esta terapia se establecieron lazos emocionales entre las participantes, que permitieron la movilización de la red hacia otras esferas de la sociedad.

A continuación presentamos algunas conclusiones sobre la práctica de las redes de apoyo:

- ↪ En las narrativas hay un cambio desde oír las diferentes experiencias hasta asumir, aceptar y confiar más en las propias a partir de la asistencia frecuente a la red.
- ↪ Lo relacionado con los hijos es el primer elemento de contacto que se establece entre ellas, además de vivir la misma transición. A partir de allí comienzan a surgir nuevos temas.
- ↪ A partir de las reuniones semanales se fortalecieron redes apoyo que existían o se crearon otras, fuera del contexto de las reuniones.

4. Pobreza y trabajo

En medio de la aflicción que trae consigo la muerte, surge la necesidad apremiante de ver cómo va a sostenerse económicamente la viuda y cuál va ser la calidad de vida de sus hijos. Hemos visto cómo la violencia implica, con frecuencia, el desplazamiento de la familia hacia otra ciudad y cómo, con suerte, la primera alternativa de un techo es vivir “arrimada” donde otros miembros de la familia. Para otras, las opciones se limitan a buscar espacios en zonas urbanas congestionadas y llenas de problemas:

La mayoría de la gente llegamos desplazados y prácticamente nos asentamos en las invasiones de barrios de este sector, y tenemos un cambio de vida terrible, porque muchas de nosotras nunca habíamos vivido en un sitio como ése, porque es muy pobre. Pero no por el hecho de ser pobre es que uno se siente terrible, sino por el hecho de que hay muchos ladrones, mucha drogadicción, cosa que uno en el pueblo o en el campo o en el sitio donde vivía no vivía tanto eso, los hijos no veían tanto ese problema, y hay muchos hijos de compañeras que han cogido desgraciadamente esas mañas, esos vicios, y es el temor que a uno le da porque no hay otro sitio donde llegar si usted no tiene para pagar un arriendo.

La cuestión de las entradas económicas que tiene o deja de tener una viuda genera intensos conflictos familiares, al igual que las indemnizaciones, ya que muchas personas se creen con derecho a obtener alguna ganancia. Por eso, deben tenerse en cuenta la herencia, de la que aún muchas mujeres en el mundo quedan excluidas, y los derechos sobre los hijos en los sistemas patrilineales. Así mismo, es importante revisar si las leyes discriminan a las mujeres. Por ejemplo, una sentencia de la Corte Suprema de Justicia determinó que las compañeras permanentes tienen prelación, antes que las esposas, para reclamar la pensión de supervivencia³⁵. Esto puede dar lugar a confusiones y conflictos entre mujeres que hayan convivido o tenido hijos con un hombre que tenga derecho a una pensión. Por otra parte, a pesar de

³⁵ “Sentencia de la Corte Suprema: compañeras y esposas en las mismas condiciones”, *El Espectador*, jueves 4 de marzo de 1999.

que la mujer goza de ciertos derechos, hay otros impedimentos como no saber leer y escribir o la invalidez que tienen los documentos en el momento en que una familia es arrojada fuera de sus tierras por las amenazas de los grupos armados. La ausencia del estado en las zonas remotas hace que la discriminación se acentúe y disminuya la protección que tienen las mujeres ante la ley. Además de esto, la interferencia de los parientes y hasta de los hijos es motivo de queja frecuente.

La realidad que deben afrontar numerosas viudas es la de una vida llena de desigualdades y violencias como parte de la discriminación que existe hacia las mujeres en general, a lo que se suman otras por su color, origen campesino o indígena o clase social, todo lo cual agrava los desastres que trae consigo la viudez. Ya sabemos que, viudas o no, las mujeres colombianas tienen más probabilidades de encontrarse entre los pobres, trabajando el doble y recibiendo remuneraciones inferiores. Además, tienen la obligación de atender y mantener a otros miembros de la familia, ya sea a los de mayor edad o a los más pequeños. Las más jóvenes se encuentran a menudo sin preparación alguna que les permita encontrar medios de subsistencia decentes, son blanco de la censura de la familia del marido, y a ellas se les exige un comportamiento más severo. Aun cuando la familia extensa tiene un papel importante en el apoyo económico, esto no siempre ocurre, pues por lo general otros miembros de la familia pasan también por necesidades.

Un factor que no pudimos medir en este estudio y que tiene mucha importancia es el de la salud y la nutrición. Una viuda ve afectada su salud de varias maneras. La pena puede consumirlas quitándoles el apetito y el sueño; o la pobreza puede reducirlas a una dieta sin el suficiente valor nutritivo. En este punto agregamos el comentario de la coordinadora de un hogar para desplazados, en relación con la alimentación ofrecida, en este caso basada en donaciones: “El campesino no come pasta”. Esto quiere decir que los que llegan a la ciudad se ven obligados a cambiar su dieta pues no tienen acceso a los productos que encontraban en la finca, rechazando comidas desconocidas.

El vestuario es otro punto que hay que tener en cuenta, ya que mucha gente llega a Bogotá sin las ropas adecuadas para sus hijos, los cuales sufren luego de gripas y enfermedades respiratorias. En cuanto a la atención médica, es deficiente, al no tener acceso al Sisbén, o por la

demora en obtenerlo, y ni hablar de la salud reproductiva que necesita especial atención. Las malas condiciones de vivienda en que vive el grupo de los desplazados o el de las personas que se asientan en los barrios marginales de las grandes ciudades incrementan los riesgos sanitarios. La falta de agua, alcantarillado y recolección adecuada de basuras crea situaciones difíciles de afrontar, a lo que se suman el hacinamiento y los riesgos de los hijos pequeños que se quedan solos, a veces encerrados, haciendo tareas domésticas y manipulando estufas peligrosas.

Las mujeres de estos barrios son explotadas en modalidades laborales por piezas y a domicilio, recibiendo una gran cantidad de trabajo en el área de la confección y una remuneración escasa por pieza terminada. A veces los hijos participan en este esquema, sin que sean remunerados ni se vea una mejoría significativa en su situación económica. Algunas iniciativas de parte de organizaciones religiosas o de ONG ayudan a que las mujeres encuentren mejores posibilidades laborales o a disminuir los costos diarios, como las exitosas ollas comunitarias, las cooperativas de tejedoras o costureras y el ofrecimiento de préstamos semilla para iniciar microempresas.

La situación de las viudas que reciben pensiones e indemnizaciones merece atención especial, ya que este beneficio también produce grandes tensiones en las familias y es, además, fuente de pensamientos de culpa, por obtener una suma de dinero como compensación de la muerte de alguien, y de vulnerabilidad a la explotación por parte de hombres que quieren aprovecharse emocionalmente de ellas para sacar algún provecho económico. Todas las viudas que recibieron una suma considerable eligieron comprar vivienda propia para sus hijos. El monto de la pensión y de la indemnización varía de acuerdo con una serie de factores, como el tiempo de servicio, las causas de la muerte y los actores involucrados. A esto se suma la posibilidad de contratar abogados y establecer sus propias demandas para obtener las compensaciones a que tienen derecho.

No había cumplido dos años de muerto cuando demandé. Duré un año en asesoría porque tampoco iba a poner una demanda al estado así como así. Entonces un abogado duró un año investigando, otro recopilando datos. Varios abogados me asesoraron, siempre me acompañó un primo, nunca me dejó sola. Un tío mío tenía un abo-

gado amigo y caminó mucho, investigó, y me presentó al doctor Reyes que fue el que interpuso la demanda. Fue por muerte en actos del servicio y “riesgos” militares, por eso pedimos una indemnización. El proceso duró nueve años y para mí no fue difícil, porque como le digo, en los tribunales, en cualquier parte tuve las puertas abiertas. Yo no soy ambiciosa, y sabía que tenía que luchar y levantar mis hijos, porque eso ya lo habíamos luchado los dos, él me decía ‘Yo sé que yo voy a morir joven, y yo sé que usted no me va a dejar morir mis hijos, yo se que no van a quedar desamparados’. Él me decía ‘Mire, hay que firmar este papel, cuando uno muere hay que hacer esto, tengo tantas vacaciones’. No sé si la muerte avisa, pero él me decía pasa esto o hay este nuevo reglamento, permanecía comunicándome qué iba pasando. La demanda se mete por el tiempo que él haya trabajado hasta que sale pensionado, le pagan a uno los años, las causas, los hijos porque la indemnización va para mis hijos y para mí. Me salió como ciento y pico millones, pero de ahí los honorarios del abogado. Viene especificado en una hoja donde dice tanto para la esposa, tanto para el hijo mayor, para el resto.

En cierta manera, este es un caso excepcional, pues si tenemos en cuenta el perfil de las viudas con las que trabajamos, la mayoría no está preparada para resolver de forma adecuada sus obligaciones económicas para con ellas mismas y sus hijos. No por esto dejan de hacer esfuerzos supremos para remediar esta situación. Las decisiones que deben tomar con respecto a la tierra y a la propiedad son apresuradas, y desafortunadamente el robo y el despojo de bienes ocurre con frecuencia.

Por allá es mina de oro, nosotros teníamos alhajas. Mi papá iba a lavar y sacaba el oro, en pedazos y todo. Uno no se coloca las cosas sino que cuando sale a Tumaco va a vender eso y también el chocolate y el plátano. Los trabajadores llevan y venden eso allá y uno va con ellos. Cuando matan a una persona la roban también. Ahora sí me doy cuenta que nos robaron las tierras, todo quedó perdido allá. Nada pude sacar, ni los papeles. En la Defensoría del Pueblo me dijeron que por lo menos ellos le pueden hacer un acompañamiento a uno de ir al lugar, pues por lo menos el inspector lo conoce a uno y que uno es nativo de allá y que saben quiénes son los dueños de esto y lo otro, y uno sí puede ir allá con la ley a reclamar sus cosas pero eso para vivir allá eso no.

Con otro compañero con el que hice un video, se robó la plata, apoyado en la confianza que uno tiene.

Otro tipo de reclamo se dirige a la familia del difunto, pues muchas viudas se quejan de los comportamientos ambiciosos y poco solidarios de los miembros de sus familias políticas:

La relación con la familia de él fue un poquito difícil, porque ellos quisieron meterse mucho con lo que él me dejó, prácticamente querían quitarle todo a los niños y dejarnos sin nada, como si yo no fuera la esposa.

Muchas personas, por diferentes razones, sobre todo porque les podrían ocurrir más tragedias, tienen miedo de denunciar estos maltratos, robos e injusticias:

La gente no coloca el denuncia, y por eso, así sea desplazado, no tiene derecho a nada, el gobierno no le da ningún derecho por ser desplazado, tiene obligatoriamente que colocar la denuncia, te investigan porque eso va al sitio de donde tú vienes, averiguan qué le pasó, si aquí tal persona vivió, eso pasa por fiscalía, que es lo que más, uno como desplazado, le tiene miedo. La fiscalía es como algo que no sé, se dice que de pronto, o sea, lo que uno escucha, las informaciones pasan a otras manos, hay mucha gente del ejército que se ha visto involucrada en casos de desaparición y en contacto con el paramilitarismo, entonces a uno le da temor siempre eso.

No sé nada de él, está desaparecido, quién sabe qué le habrá pasado, nunca lo busqué, pues porque, primero, no tenía plata para bajar al pueblo y preguntarle por ahí a la gente. La familia de él está lejos y no pude averiguar.

A mí me dijeron que por qué no había puesto el denuncia, pero tampoco pensé en eso, porque me ponía a pensar, con poner el denuncia, encontrar al que lo mató y llevarlo a una cárcel yo no hago nada, yo no lo puedo revivir. Me llevaba esa idea, de que yo no lo podía revivir, pero nadie iba a dar para el diario de esos niños, nada se podía hacer, y si el otro llegaba a salir de la cárcel, como el testigo fue el mismo

sobrino, van a venir más muertes, yo no sé, me llevé esa idea y que dios vea que va hacer con eso.

Al respecto de las herencias conviene analizar las decisiones de las viudas con respecto a vender sus propiedades:

No lo he hecho porque como yo me vine, allá quedó la casa. Me toca hacer la sucesión para que quede, si yo quiero venderla, a nombre mío. No quisiera salir de ella porque eso fue un patrimonio de los dos y de los niños, aunque uno hoy en día no sabe, porque a veces uno quiere todo p'a los niños y después lo dejan a uno en la calle, y tantos espejos que uno mira, entonces yo pienso, porque ahora, a veces tenemos charlas sobre todo eso, entonces uno se da cuenta de los casos que pasan y lo que cuentan, que uno a veces entrega mucho a los niños y van a ver que ellos van creciendo y ellos ya piensan que lo que uno recibe, todo es para ellos.

Con el ahorro de vivienda y con la plata que quedó ahí de seguro, de pensión y todo eso alcanzó para pagar el apartamento, terminé de cancelar, para quedarme sin deudas y puse el excedente de lo que me salía de vivienda y así quedé únicamente con el apartamento y la pensión. El resto me lo gasté con la nena vaya y venga, vaya y venga. La Policía no me cubre pasajes ni comida, y yo estaba en el Tolima y me tocaba venir y traerla aquí a ella hasta diez veces al mes. La tuve tres meses hospitalizada en la clínica de la Policía.

5. Nuevas relaciones

Son muchas las razones por las cuales una viuda desea entablar una nueva relación. En primer lugar, la edad es un factor importante, ya que una mujer joven tiene más posibilidades de casarse, aun cuando también puede tener más necesidades si tiene hijos pequeños. Por otra parte, es necesario considerar qué tan independiente es de su propia familia para tomar una decisión como esta. Conservar la pensión ya no es un impedimento, pues ésta ya no se pierde al contraer un nuevo matrimonio. Sin embargo, esa misma pensión puede convertirla en una buena candidata para un segundo matrimonio, pues los gastos de los hijos, si los hay, están cubiertos, por lo menos en parte. Las viudas de la Policía se recomiendan mucho entre ellas no dejarse seducir fácilmente, ya que los hombres se acercan por interés en el dinero. El número y la edad de los hijos son factores que también dificultan, así como los obstáculos que pongan las familias políticas, sobre todo la suegra, o, a veces, hasta los mismos hijos, sin dejar de lado, claro, la censura social.

Hay muchas viudas que se han enlocado, que han pasado por dos, tres maridos y todo eso las ha dejado en la ruina. Hay una que como que ya está llena, ella cogió el nuevo marido antes del año, entonces, otro policía, empezó a decir que por favor, que las viudas, que ellas habían rehacido[sic] su vida, que por ahí estaban embarazadas, que no les dieran la espalda. Entonces yo sí me paré y dije: 'No, es que no se justifica, no es que uno les vaya a dar la espalda, pero no se justifica que uno viviendo con una persona y que lo hayan matado como un perro, ya uno antes del año, tenga un marido metido en la casa, para mí eso es una falta de respeto', dije yo. Porque ellos se hacen matar como unos perros, y le dejan a uno, bueno, la pensioncita, la plata, va uno, compra una casota para meter otro ahí, no se justifica eso. Entonces a muchas eso no les gustó.

Este aspecto da para mucha tela que cortar. A pesar de que la censura social y religiosa respecto de un segundo matrimonio no es tan fuerte como antes, muchas deciden continuar célibes, ya que, de todos modos, todavía se notan muchos rezagos de comportamientos tradicionales

en todos los estratos sociales. En ese sentido, instituciones como la Policía y el Ejército son más conservadoras, a lo que se suman las presiones familiares sobre el decoro social.

Yo me enamoré otra vez, intentando llenar el espacio que dejó él. El error mío fue que ante mis años, ante la soledad, yo me enamoré del tipo, pero afortunadamente uno de mujer es como muy duro con uno mismo y así como llegan así salen. Entonces la situación con este otro fue muy difícil, también nos iba acabando con la reputación y toda esa vaina, y al fin lo dejé.

Hay razones de tipo ideológico que incluyen hasta las promesas hechas a los muertos.

Yo nunca encontré alguien mejor que mi marido, y les digo a mis hijos nadie, nadie va a superar a su papá, no sé si todas las mujeres pensamos eso, pero yo pienso eso.

Quiero vivir una vida linda, una vida sin problemas, con bastante amor, con alegría. Yo quisiera algún día encontrar un hombre que me quisiera y que me hiciera feliz y que viviera esa vida que nunca he vivido. Lo que hace que estoy sola he vivido una vida bonita con mis hijos, pero siempre hace falta un compañero aunque sea para salir, porque yo nunca salgo, usted nunca me ve en el parque, ni en cine. Yo me siento como alejada, como aislada, no sé, como que para salir qué pereza.

Es que a uno le toca pensar en volverse hombre y mujer a la vez, que ya no está esa persona que uno ha vivido la vida con él, porque hombres hay muchos por ahí, pero quién le va a uno a querer sus hijos o quién va a luchar por uno. Entonces uno ya como que se resigna y a luchar así sea uno solo, con lo que pueda, contra viento y marea.

Yo no creo en los hombres, a mí eso me dejó tan marcada que yo pienso que todos son igual de falsos, volver a reorganizar un hogar, no lo voy a hacer. Tuve un esposo maravilloso en vida, pero cuando

murió me enteré que me había sido infiel con dos muchachas y que las había dejado embarazadas. Tuve una lucha que ya no fue con un vivo sino con un muerto.

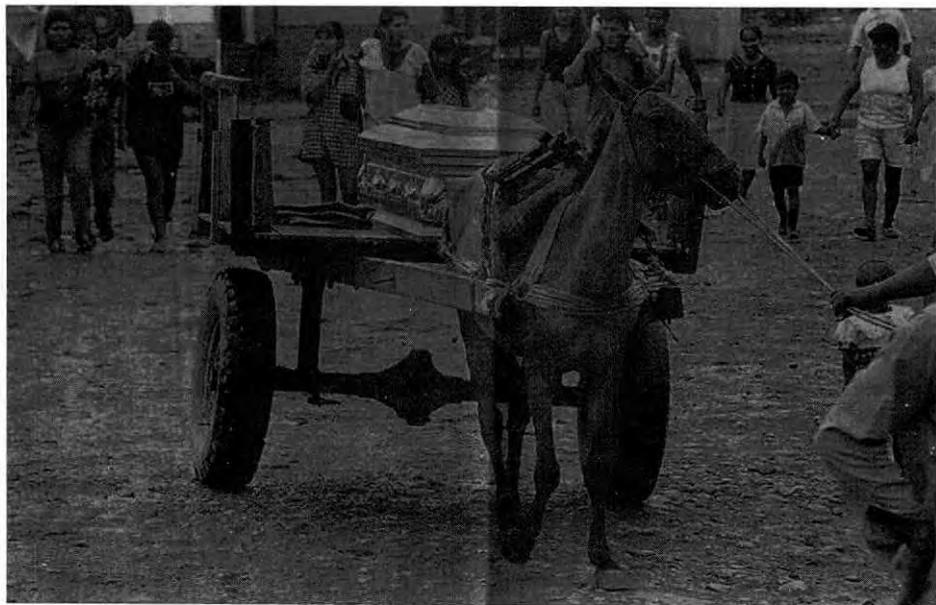
Ahora tengo un novio y me da pena presentarlo, yo ya con dos hijos, y con la crianza que tuve. Yo digo, estoy joven, tengo derecho a tener un novio, pero me da pena.

Cuando murió mi esposo yo le prometí que nunca más iba a tener hijos con otro hombre, y no los he tenido.

Muchos de los aspectos mencionados en este capítulo son válidos también para otras mujeres que sostienen a sus familias sin el apoyo de un hombre, como las divorciadas, las abandonadas y las que nunca se casaron. Ellas tienen menos opciones para conseguir trabajos que vayan más allá de las labores consideradas “femeninas”, que son más mal pagadas y ofrecen poca seguridad social; tienen, además, otras dificultades para conseguir créditos para vivienda y para microempresas, como la falta de asesoría y el estigma que recae sobre las personas que han sido desplazadas o que han pertenecido a grupos como la guerrilla o los paramilitares. Sumado a esto, están los procesos sociales como la recesión, las altas tasas de desempleo e inflación, y las políticas estatales inadecuadas para resolver los problemas sociales relacionados con el conflicto armado.







Los hijos de la violencia

*Que triste tener siete años, mejor me valgo a cuarenta,
que de este he sufrido tanto, hasta me pierdo la cuenta.
Señores guerrilleros, ¿no haber pasado por la edad de siete años?
No saben lo que es pasar tormentos y amarguras.
Si es por ejemplo el día del padre, veo pasar padres y padres y digo:
¿mamita, dónde está mi padre?
Dice mi madre: tu padre se lo llevo la guerrilla,
amoroso, fiel, cuando crezcas comprenderás.*

Poema escrito por Kevin de ver la falta que le hizo su papá

1. La herencia de la guerra

Varias generaciones de colombianos no han sabido lo que es vivir en paz, es decir, han nacido, crecido y muerto en medio de la violencia. Muchos no conocieron la inocencia ni las ilusiones; antes de llegar a la adolescencia convivieron a diario con la guerra, vieron matar, mataron, vieron sus cuerpos o los de otros mutilados, vieron torturar y maltratar, tuvieron sus hogares destruidos o perdieron algún familiar. Por esto aprendieron temprano lo que es el miedo, la rabia, la impotencia y la venganza. Con esa herencia formarán la Colombia del mañana.

Los menores de edad han sido otro sector olvidado en los análisis del conflicto que vive el país. Hay algunas evidencias estadísticas importantes de mencionar. En este trabajo pueden examinarse varios puntos en relación con los niños y la violencia. En primer lugar están los niños como fatalidades de guerra, tanto los que mueren como los que quedan heridos, además de los que son privados de su libertad, ya sea por medio del secuestro o del reclutamiento forzado. Están también los que han presenciado y vivido el horror de la violencia, aunque físicamente estén libres de secuelas, y los que han participado como actores, ya sea de los grupos guerrilleros, paramilitares o del mismo Ejército nacional, como ocurría hasta hace pocos años. Este capítulo mostrará un panorama general sobre algunos de los aspectos relacionados con la infancia y el conflicto, para adentrarnos luego en los relativos al impacto de la pérdida del padre en la niñez. Los asuntos tratados atañen a los comportamientos reportados por las madres con respecto a las reacciones de sus hijos frente a la muerte. El análisis de la niñez en el conflicto armado se hará desde varios puntos de vista, con perspectiva de género, ya que niños y niñas son partícipes, blancos y sobrevivientes del conflicto armado de diferentes maneras.

2. Actores armados menores de edad

Hasta ahora, los menores se han encontrado en las filas de todos los grupos armados. No obstante, en diciembre de 1999, el Congreso de la república reformó la ley 418 de 1997, con lo cual se prohibió reclutar menores de dieciocho años en el servicio militar, lo que hasta el momento había sido una práctica frecuente por parte del estado. La organización Human Rights Watch (HRW)³⁶, afirma que en Colombia hay más de once mil menores combatientes, una de las cifras más altas del mundo. Tan sólo en el caso de Birmania (Myanmar) y la República Democrática del Congo se cree que existen cantidades mucho más altas de niños combatientes. HRW muestra que en 2003, 80% de los menores combatientes fueron reclutados por la guerrilla; las Farc son el grupo con mayor número de menores de edad en sus filas: 7.400, seguidas por los paramilitares (2.200) y el ELN (1.480). En las filas de los distintos grupos armados se encuentran más niños que niñas activos, ya sea porque fueron reclutados de diversas maneras, secuestrados, entregados por sus propias familias o entraron en forma voluntaria. Igual ocurre con los menores ex combatientes capturados en operaciones militares, la mayoría de los cuales se encuentra a cargo del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) en los centros dispuestos para su atención.

Algunos de ellos son huérfanos y otros han perdido contacto con sus familias de origen. Las niñas tienden a conformar con rapidez familias con otros menores en situaciones similares. No siempre lo ideal es volverlos a reunir con sus parientes, especialmente si fueron ellos mismos quienes los entregaron a los grupos armados. De todas maneras, existe un vacío jurídico para atender a los niños vinculados y desvinculados del conflicto armado, pues no siempre es claro si deben tratarse como infractores de la ley o como víctimas, si se entregan voluntariamente a las autoridades o si son capturados en operativos militares, o si se les debe privar de la libertad y recluir con otros menores con diferentes problemas legales o hacerlos parte de programas de reinserción legal y social. En algunos casos se han creado al-

³⁶ Human Rights Watch. Informe publicado el 18 de septiembre de 2003.

bergues especiales para ellos, aunque también se mueven con frecuencia de una entidad de asistencia a otra.

El asunto de los niños ex combatientes ha recibido mayor atención a partir del incidente de Suratá, en el departamento de Santander, en diciembre de 2000, cuando treinta y siete niños y seis niñas pertenecientes a las filas de las Farc se entregaron a las autoridades. Los cálculos sobre la cantidad de niños combatientes varían, pues se estiman entre siete mil y diez mil, cifras que muestran la necesidad de crear una estrategia seria para la prevención, desvinculación y posterior reinserción de los niños a una vida normal en la sociedad. El diario *El Espectador* del 8 de septiembre de 2000 reportó cómo en un combate entre el Ejército y la guerrilla en la localidad de Montezuma, Risaralda, murieron quince menores pertenecientes a las filas de la guerrilla, llamando de nuevo la atención sobre la necesidad de firmar acuerdos humanitarios para sacar a los niños del conflicto.

Entre las razones por las cuales un menor de edad decide vincularse a un grupo armado se encuentran el maltrato físico, el abandono, la pobreza y la pérdida del núcleo familiar. Diferentes organismos como la Defensoría del Pueblo, el ICBF y personajes como la senadora Piedad Córdoba, cuando era presidenta del comité de derechos humanos del Congreso, han instado a los grupos armados a mantener alejados a los niños del conflicto armado como actores directos, sobre todo en los casos de reclutamiento obligatorio.

No todos los menores en las filas de los grupos armados empuñan las armas; a veces son utilizados como mandaderos o espías, para hacer inteligencia, servir de señuelos, ser “campaneros”, es decir, avisar si hay peligro, vigilar o dar luz verde en las operaciones. Un problema grave es que muchos están allí en contra de su voluntad y no se les permite el contacto con sus familias. Son obligados a cumplir con reglas estrictas que incluyen castigos que pueden ser crueles e inhumanos. A las niñas se les exige el uso estricto de medidas de control de la reproducción, que según un informe puede llegar a abortos forzados³⁷.

³⁷ “Niños acusan a las Farc de maltratarlos”. *El Espectador*, viernes 6 de abril de 2001, p. 6 A.

3. Los niños como fatalidades de guerra

Muchos niños caen cuando por una u otra razón se encuentran en el medio del fuego cruzado de los combates y de las frecuentes tomas a poblaciones, como ocurrió en Bojayá en el departamento del Chocó, el 2 de mayo de 2002. Es corriente que las noticias informen de casos de niños que quedan mutilados por las minas antipersonal, por jugar con artefactos explosivos que encuentran abandonados o por ser víctimas de confusiones extrañas. Por ejemplo, debido a una grave equivocación de parte de tropas del Ejército, en agosto de 2000, en Pueblorrico, Antioquia, un grupo de niños que se encontraba disfrutando de un paseo escolar fue agredido con el resultado fatal de cuatro niños y dos niñas muertos, entre cinco y doce años de edad. Muchas otras muertes han quedado sin esclarecer, como la del joven José Vicente Quiñónez, de catorce años, estudiante del colegio Inem de Popayán, quien fue abatido en una balacera en enero de 1999. La versión oficial dijo que era guerrillero. No obstante, como este hay muchos casos en los barrios marginales de zonas urbanas, donde los muchachos jóvenes tienen un alto riesgo de muerte desde varios frentes, pues hay muchos que son integrantes de las milicias urbanas, de bandas de sicarios o asesinos a sueldo y de pandillas de delincuentes comunes, lo que los hace vulnerables frente a los grupos a cargo de hacer “limpiezas” sociales que se practican con frecuencia en muchas ciudades bajo la mirada indiferente de las autoridades y de la ciudadanía. Por otro lado, los niños, especialmente los de los estratos más bajos, son presas fáciles de diferentes tipos de delincuencia.

Algunos de los niños contemplados en este estudio, además de perder al padre, sufrieron heridas físicas y psicológicas, a más de las consecuencias que tienen a largo plazo, en términos de salud, nutrición, falta de escuela y otros problemas que viven los que sufren el desplazamiento forzado.

La toma empezó a las siete de la noche y duró toda la noche. Fue en el piecito donde le dieron, allí tiene una cicatriz. Cuando lo vi, le puse el pie para arriba y gritaba y nadie me auxiliaba. Cuando mi suegra llegó, yo estaba llorando y tenía a mi niño alzado. Yo pensa-

ba aquí nos mataron ahora sí, y los niños seguían llorando. Los ranchos temblaban y nosotros nos tirábamos debajo de la cama. Mi suegra me quitó al niño, lo miró, le puso una venda y dijo: 'Mañana apenas aclare toca ir al hospital a que hagan algo con ese muchacho, no hay nada que le tranque la sangre'. Hubo muchos heridos, a una niña le quitaron una pierna, y esa sí murió. El mío, gracias a dios, afortunadamente ese sí no. Al otro día la Cruz Roja Internacional fue a recoger a los niños en primer lugar, los echaron para Villavicencio a todos y se fueron ahí con otros que ya habían muerto. Yo pensaba que se me moría, de la rodilla para abajo se hinchó tanto. Es que ya tirarles a los hijos de uno, ya es demasiado.

4. Los niños y el desplazamiento

En los cálculos de la Consejería para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (Codhes) se estima que entre 65% y 70% de la población desplazada corresponde a menores de edad, seguidos por ancianos y madres cabeza de familia (Albarracín y otros, 2000), promedio que se ha mantenido desde 1985. Según Codhes, como consecuencia del conflicto armado, en los últimos quince años se han desplazado cerca de un millón cien mil menores en el país. En su mayoría, viven en condiciones infrahumanas, rápidamente pasan a ser parte de los grupos de pobladores de la calle, de la mendicidad, el sicariato y de los mismos grupos armados que propiciaron su desplazamiento.

Para las niñas el riesgo es la explotación sexual. Los medios de comunicación hablan del mercado de niñas desplazadas en los barrios Santafé en Bogotá y Casablanca en Cali, y del turismo sexual de Cartagena³⁸, pero cualquiera puede observar a plena luz del día las caras de las niñas que trabajan en zonas céntricas de Bogotá. En algunas cuadradas predominan las de piel oscura, con sus trajes de tierra caliente, al parecer recién llegadas a la ciudad.

¿Cuántos de estos menores formarán parte más adelante de los ejércitos de la delincuencia, o de los grupos armados? ¿Qué futuro les espera?

Las políticas estatales frente a los niños y el desplazamiento no son claras ni efectivas. A esto se suma el desmantelamiento de una serie de entidades estatales que apoyaban a las familias de bajos recursos. Dineros del Plan Colombia han comenzado a ser utilizados para entregar subsidios mensuales de \$14.000, por hijo menor de siete años, a algunas familias en zonas afectadas por el conflicto. Una queja constante en las visitas que hicimos a los asentamientos de desplazados en diferentes partes del país fue el cierre de los hogares infantiles a cargo de madres comunitarias, debido al recorte presupuestal en el ICBF. Todos los residentes conocen de cerca las consecuencias de esta decisión; niños solos en las casas, encerrados con llave o expuestos a los pe-

³⁸ "Alarmante explotación sexual de niños". *El Espectador*, viernes 11 de mayo de 2001, p. 1B.

ligros de la calle; o madres que corren el riesgo de perder sus empleos puesto que deben quedarse en casa cuidando a sus hijos.

En zonas de tierra caliente llama la atención la gran cantidad de heridas serias, infecciones y cicatrices que los niños tienen en los pies, debido a que andan descalzos jugando en medio de la basura, las latas y los vidrios rotos, bañándose y recogiendo agua de pozos malolientes, recibiendo el humo de las quemadas de basuras, viviendo en malas condiciones sanitarias.

Está ampliamente documentado el grave deterioro de la calidad de vida que sufren los desplazados, lo que se nota aún más entre la población infantil, que padece de hambre y desnutrición desde el primer momento. La pérdida de un entorno que parecía seguro y la vivencia de escenas de terror y barbarie dificultan la adaptación a nuevas circunstancias, a lo que se suman los traumas que dejan los hechos que han presenciado, factores que pueden producir sentimientos de odio y venganza. Además, quienes han debido desplazarse no son bien recibidos en las comunidades a donde llegan, son estigmatizados desde el primer momento, entran en conflicto con los residentes locales, dificultándose la entrada a jardines infantiles, escuelas y, en general, su integración. Como no siempre tienen acceso a agua potable, los compañeros de la escuela los discriminan y se burlan de ellos por no tener la ropa limpia o porque usan el mismo vestido día a día. Algunos, en un intento por salvar sus pertenencias, llevan lo poco que han podido. Los niños juegan con las piltrafas que quedan de lo que fueron sus juguetes o mascotas en mejores tiempos. No tienen residencia fija y deben trasladarse de un lugar a otro, iniciando una vida trashumante en las ciudades, lo que dificultan aún más las posibilidades de asistir a la escuela. Las decisiones que toman sus familias con frecuencia son apresuradas y no siempre acertadas con respecto a sus propias vidas y a las de sus hijos, ya que estos quedan expuestos a situaciones de vulnerabilidad y a nuevos peligros.

Un caso más, que poco a poco quedó en el olvido, relegado por otros problemas de orden público, fue el de los desplazados que se tomaron en 2000 el edificio del Comité Internacional de la Cruz Roja, en la calle 80 en Bogotá. Hacinados en ese edificio, había inicialmente ochenta y dos niños, cifra que aumentó con los que nacieron durante el éxodo³⁹.

³⁹ “Niños desplazados ganaron tutela”. *El Tiempo*, viernes 31 de marzo de 2000, p. 1C.

Estos niños fueron noticia porque gracias a una tutela un juzgado ordenó al gobierno garantizarles salud y educación, y a que el ICBF se encargara de su protección durante el día. Mientras estuvieron en el edificio se vieron afectados por hepatitis, varicela y otras enfermedades.

Para quienes visiten los lugares donde se albergan los desplazados, es frecuente ver niños en muletas, desnutridos, sin ropas adecuadas para el frío bogotano, y sin esperanza de poder asistir a una escuela. Se sabe que las ayudas brindadas no son más que “pañitos de agua tibia”, pues falta voluntad para una ayuda eficiente y recursos, además de la incapacidad que ha mostrado el estado para afrontar la realidad del desplazamiento⁴⁰ y para promover programas de retorno.

⁴⁰ “Pañitos de agua tibia: política de atención a población desplazada”. *El Tiempo*, lunes 3 de abril de 2000, p. 12 A.

5. Los hijos de la subversión y la clandestinidad

Haber tenido como padre a un guerrillero, así hubiera sido famoso o hubiera ocupado un cargo directivo, no siempre es motivo de orgullo; es, más bien, una marca, un estigma que se lleva de por vida. Pero esta no es la única herencia que queda; las memorias de la clandestinidad están llenas de salidas silenciosas en medio de la noche, abandonando todo, de falta de contacto y desconocimiento del paradero de los otros miembros de la familia, de peregrinaciones de casa en casa en busca de refugio, de días y noches llenos de terror, de estadías en la cárcel, de tortura o de la angustia de pensar que otros familiares están siendo torturados. Para presionar a sus familias, los hijos de guerrilleros también han sido detenidos ilegalmente, incluso torturados, por miembros de la fuerza pública.

Yo había oído decir que la forma de golpear a la gente de la dirección del Eme era golpeando sus familias. Pues allí cabía cualquier cosa, que le secuestraran un hijo, que le pegaran a uno un tiro, que le mataran a un hijo. ¡Cualquier cosa! Ante la posibilidad del secuestro de alguna de mis hijas yo perdía la cordura. Ese era un riesgo demasiado grande, yo vivía paranoica, no salía de noche pensando que me podían secuestrar o secuestrar las niñas. Por eso tomé la decisión de irme del país. Pero lo mataron a él primero.

Los enormes ojos de la hija de nueve años de un ex combatiente desaparecido, se llenan de lágrimas cuando cuenta cómo los niños de su escuela la llaman *la guerrillera*:

Yo le conté a un amigo la verdad pero a los otros no, y mi amigo me decía, 'Hola guerrillera'. Entonces los otros empezaron a darse cuenta y me decían lo mismo, y por eso yo tuve un gran problema, y mi mamá tuvo que ir a hablar con el profesor y mis amigas.

Por otra parte, la clandestinidad y el peligro que corrían muchas familias, sobre todo durante la década de 1980, han hecho que se hayan tomado decisiones que tienen repercusiones cuando menos se esperan:

Las niñas tienen el apellido del papá, pues él las registró cuando nacieron, pero tienen dos registros civiles. En una ocasión en que

íbamos a salir del país y se necesitaba el permiso y el papá estaba preso, hicimos otro registro de documentos donde figuraban como hijas de su hermano. Yo pensaba que de esa manera no perdían el apellido, porque me parecía importante que lo tuvieran. Ellas, incluso, siguen figurando con esos papeles como hijas del tío, hermano del papá. Cuando son hijas del tío nacieron en Cali; cuando son hijas del papá nacieron en Bogotá. Una vez inicié un trámite para arreglar los documentos, pero fue complicado porque estaban implicados dos padres en la documentación y resultaba un trámite de familia bastante largo, y para ellas era más favorable tener los documentos como hijas del tío. Hubo algunos problemas cuando la niña mayor entró a la universidad, la matrícula la liquidaron con los datos existentes y era muy alta. Entonces fui a la universidad, llevé el certificado de defunción, hablé con la trabajadora social y liquidaron de acuerdo con lo que era, según mis ingresos.

Los menores deben enfrentar los efectos psicológicos que deja ver a sus familias desbaratadas y a sus seres queridos detenidos y a veces torturados:

La nena tenía como tres o cuatro años en la época en que él estaba preso. Ella estuvo muy mal, estaba triste en el jardín, era terrible. Lloraba, peleaba, nada le gustaba. Si uno le ponía los pantaloncitos amarillos quería los rosados, si le hacía huevo tibio quería duro, si le hacía huevo duro, quería yogur. Si la bañaba no quería, si la sacaba del baño lloraba. Bueno, terrible, ¡terrible! Se nos ocurrió que la fórmula era que la nena tuviera unos espacios con él, porque, todo era como referido a la falta que le hacía el papá. Y decidimos que ella iría sola a algunas de las visitas. Incluso, decidía qué comida quería llevarle a su papá. Eso fue la maravilla, mágico.

Otro problema muy frecuente es tener que vivir con la angustia permanente y la incertidumbre de pensar en que algo terrible puede pasarle al padre o a la madre, como integrantes de un grupo de izquierda. Esta situación la viven a veces, de manera similar, los familiares de otros hombres que tienen ocupaciones de alto riesgo, como los policías y los soldados.

Ya varias veces nos habían dado la noticia de la muerte del papá, por ejemplo, cuando lo del Palacio, cuando nos dijeron que Quique

estaba muerto, lloramos y todo. Pero eso ha sido una cosa muy mal manejada, eso duele.

Los hijos de integrantes de grupos de izquierda que no eran considerados al margen de la ley, como por ejemplo los integrantes de la Unión Patriótica, también han padecido, además del dolor, señalamiento y persecución. Muchos tuvieron que abandonar el país a raíz de las amenazas y, sobre todo, perdieron una niñez que merecían tener⁴¹.

⁴¹ “Los huérfanos de la UP”. La revista de *El Espectador*. Domingo, 4 de noviembre de 2000, p. 26.

6. Los pseudohuérfanos

Se ha utilizado el término de “pseudohuérfanos” como una categoría que incluye, sobre todo, a los varones que han estado alejados de su padre durante largos periodos de tiempo en casos de secuestro, encarcelamiento, deportación o clandestinidad. Según Rueda (1995), estos niños manifiestan un rechazo hacia el padre, considerándolo un intruso o una figura hostil que viene a perturbar la organización familiar y la dinámica que se ha creado a raíz de su ausencia. En esta categoría deberían estar presentes también otros hombres como los militares y los policías, que por su profesión deben ausentarse por largos periodos de sus hogares, dejando a sus mujeres solas a cargo de las responsabilidades cotidianas. Dentro del estudio encontramos que no sólo los varones se ven afectados por esta ausencia.

Él se fue para el Sinaí ocho meses y yo me vine para donde mi familia. Cuando regresó la niña ni siquiera lo conocía, ya tenía el año, ya caminaba. Yo le hablaba de él, le mostraba fotos, él le hablaba por teléfono, yo se la pasaba, pero en esa edad los niños olvidan rápido. A él le dio duro ver que cuando llegó la niña le decía papi a mi hermano mayor. Cuando llegaba yo le decía a la niña, mamita salude al papá, dele besos y ella no, que el papi era el tío. Cuando llegó vino a hacer un curso para sargento por tres meses y yo seguí con mi hermano porque no teníamos para el arriendo y el trasteo estaba en otro lado, estábamos incómodos. Después lo llevaron a Granada, Meta, y otra vez me tocó estar sola.

El papá ausente se idealiza, así esté vivo, tiene un rol diferente dentro de la vida diaria de la casa, la mamá tiene que asumir la autoridad que por lo general se le delega al padre. Este cambio de roles no siempre es fácil de asumir cuando él está, pero lo que ocurre es que en realidad no está, como le ocurría a Emilia con su esposo que se había dedicado a la guerrilla:

Cuando mis muchachos estaban adolescentes se ponían difíciles, y uno no sabe manejar esas situaciones y piensa a veces: les daría hasta un pescozón. Pero era para salir derrotado uno porque no ha-

bía enfrentado la cosa como era. Entonces yo pensaba, si estuviera aquí Rafael se los entrego y ya, o que hablen, o les de sus pescozones. Era ya como de fuerza física, que no era necesario, pero yo la encontré como una solución en ese momento, y ni me acuerdo por qué, no eran cosas graves, pero sé que en ese momento de la adolescencia dije, no, que venga el papá y se haga cargo de ellos, yo no puedo en esta etapa.

Otros hijos nunca tuvieron oportunidad de ver a sus padres de cerca, algunos ni sabían sus verdaderas identidades, pues hacían parte de la clandestinidad de un grupo guerrillero. En el afán de protegerlos, las madres hacían desaparecer cualquier rastro o huella que los pudiera comprometer, ya fueran cartas, fotografías, libros u objetos personales, por lo que los hijos quedaban sin memorias tangibles. En algunos pocos casos, como ocurre con los adoptados, aparece un desespero por conocer sus orígenes y por conocer a la figura que los engendró, o simplemente se quedan con la imagen distorsionada por el lente de la prensa o de otras personas que los conocieron.

Para mantener la presencia de él con respecto a los hijos y estar tanto tiempo sola y tener una unidad del hogar, primero que todo tenía que haber mucho amor. Segundo, porque yo entendía lo que él estaba haciendo y yo estaba de acuerdo y, además, yo hacía mi trabajo también. Eso lo hace tener a uno mucha fuerza y mucha resistencia, mucha capacidad para enfrentar todo. Es durísimo, pero uno es capaz de salir adelante. Casi siempre viví sola, con mis dos hijos, y estando uno muy pequeño fue cuando caímos presos, estuvimos ambos en la cárcel, allí se desintegró ese hogar mío con mis hijos.

Los niños no sabían en qué estábamos, sabían, por supuesto, que éramos gente inquieta por la justicia social y este tipo de cosas, pero no más. No había ninguna necesidad que los hijos lo supieran, era como robarles el pedacito de infancia que tienen, la infancia no se repite, uno puede hasta tratar de detener la adolescencia un poquito y la primera juventud y la vejez que dura tanto, pero la infancia no, además de ser un peligro.

Para las madres el duelo es un nuevo reto que debe resolverse, pero muchas encuentran otras prioridades y urgencias, por lo cual no pueden detenerse a ver qué tan afectados están sus hijos por las tragedias.

Poco a poco, con el tiempo, me he dado cuenta de lo duro que ha sido para ellos. Al comienzo se vive un enredo mental muy complicado porque hay preocupación de muchas cosas, hay que pagar todo, las cuentas, colegios, médicos, la casa, el mercado es todas las semanas, eso nadie más lo va a resolver y hay que resolverlo para estar en paz, y con ese rollo permanente es posible no darse cuenta qué tan afectados estén desde el comienzo. La niña tenía diez años y el niño cinco, y les he venido explicando con el paso de los años, porque explicarles su muerte es tener que explicarles la historia, y hay cosas que no debo explicarles todavía, aunque se hacen muchas preguntas porque ya han crecido y conocen y estudian. Yo asumí mi rol aquí sola en mi casa, es decir, tomé la decisión de que este era un hogar y que aquí seguían las cosas como eran, aquí seguíamos levantándonos a comer a la mesa, a poner mis flores, nadie coge para ningún lado, vamos a celebrar los cumpleaños, él murió en marzo, la niña cumplió en junio y yo le festejé su cumpleaños, invité sus amigas, hicimos la torta, vinieron, seguimos la vida, como se puede seguir cuando falta alguien.

7. La orfandad de la guerra y sus secuelas

Los niños colombianos que tienen una herencia de violencia y de pérdida tan profunda como los que hemos documentado, verán esto reflejado en los amigos que tengan, las profesiones que desempeñen, las parejas que escojan, la clase de padres, madres y ciudadanos que vayan a ser. Es decir, sus vidas quedarán marcadas de muchas maneras. La inseguridad que produce lo inesperado de las tragedias que hayan vivido, lo abrupto que hayan sido, la impunidad, y el no entender el por qué, sólo ayudan a multiplicar el peso emocional que ya tienen.

Además de tener que aprender a manejar el dolor que produce la pérdida de sus seres queridos, muchos niños deben aprender a enfrentar desde temprano los miedos, inseguridades y pánicos que producen los eventos que oyen a diario en las noticias. El mayor temor es que un día la mamá o el papá no regresen. En las familias de pocos recursos se sufre, además, el terror que producen las incertidumbres de la pobreza diaria, la realidad del desempleo, de perder la vivienda y las pocas posesiones que se tengan, y el riesgo siempre existente de la desintegración del núcleo familiar. Los que han perdido a su padre, aunque no participen directamente de la violencia, también son víctimas y sufren consecuencias y alteraciones en sus vidas, a veces inesperadas, o aparecidas años más tarde, ligadas a la desaparición del padre.

La muerte del padre implica también inestabilidad, no sólo en el cambio de residencia, por lo general de una ciudad a otra, sino el del colegio, a veces de calidad inferior, y la pérdida de amistades. Aquellos que no conocieron al padre, ya sea porque aún no habían nacido o estaban muy pequeños, siempre tienen un vacío difícil de llenar. Por otra parte, cuando se establecen nuevos hogares, sobre todo las niñas no son invitadas a ser parte integral de las nuevas familias:

Mi hija mayor quedó en cero, ella me preguntaba mucho, mami dígame cómo era mi papá, dígame cómo hablaba. Mejor dicho, quería saber todo, que se lo describiera. Yo le mostraba las fotos y ella me preguntaba, y yo no sabía dar respuesta y no sé darle ahora respuestas. Es duro, las otras niñas que tuve después por lo menos chuparon

su fueete del papá, lo conocieron. Ellas saben que al papá de Andreíta lo mataron, yo les he contado, siempre preguntan, cuando ya fueron creciendo, por qué Andrea es tu hija y te dice mamá pero a mí papá le dice tío, o mami usted cómo hizo para tener hijos de diferentes papás, o por qué ella no vive con nosotros si también es tu hija, pues cuando me casé de nuevo la dejé con mis papás.

Otros quedarán con la memoria imborrable de haber visto de cerca los horrores de la violencia.

Cuando a mi esposo lo mataron estábamos entrando el carro a la casa, en lo único que yo pensaba era en que mis hijos no salieran y vieran. Aunque oyeron todo.

El estrés traumático no siempre es fácil de reconocerse en los menores, a veces aparece mucho más tarde de lo que se espera. Puede manifestarse de diferentes maneras, ya sea en síntomas de tipo físico como la irritabilidad, la falta de sueño, las pesadillas, la falta de apetito y las regresiones. Los siguientes son ejemplos de los síntomas que las madres manifestaron tenían sus hijos:

El niño tiene cuatro años y eso lo desubicó demasiado, sufrió trauma a causa de la muerte del papá, él estaba muy apegado y la muerte lo perjudicó mucho, lo cambió, lo volvió agresivo. Sufrió como un shock, se quedaba lelo mirando lejos y se me ponía muy frío, yo sabía que él estaba vivo porque se le veían las lagrimitas y estaba jugando con amigos y de pronto se retiraba y se ponía a llorar. Después se volvió agresivo y necio. Lo tengo en terapia con la policía. La doctora dijo que él está en un momento muy malo, muy crítico, a pesar de que han pasado dieciocho meses, va a varias terapias y recibe ayuda emocional.

La niña ya iba a cumplir siete y el niño tenía cuatro años. La niña no asimiló muy bien, no sabía qué era la muerte. Ella me veía llorar y llorar, recuerdo tanto que le dije, 'Mamita, su papito se fue para el cielo, su papito se murió'. Entonces ella se puso a llorar y me dijo que se había muerto como una señora que ella vio. Yo quería que lo vieran para que ellos se llevaran también esa imagen de que la muerte existe y se dieran cuenta que el papito murió, el impacto es tan grande y más ahorita que estamos en una situación tan difícil. Le dije a mis hermanos que me trajeran los niños, cómo no iba a

dejar que le dieran el último adiós al papá, que lo miraran así como estaba.

Uno queda marcado de por vida, los niños y uno. Hace poco la profesora de mi hijo me dijo que en el colegio hicieron una oración por los muertos y él se acordó del papito y se puso a llorar. La niña a veces me dice, 'Mami, mis amiguitas me dicen que si yo tengo un papá y yo les digo que está muerto'. Le dije, 'Claro mamita, usted tuvo papá pero está muerto, ¿usted ya no se acuerda de su papito?'.

Por las noches el niño se levantaba asustado, le latía el corazón, y me decía, 'Es que pensé que era mi papito'. Tenía pesadillas con el papá, pensaba que el papito había llegado y se levantaba asustado, porque él sabía que estaba muerto a pesar de tener cuatro años.

Mi hijo quería tirarse por las escaleras, pues él decía que si se moría iba a estar con su papá.

En algunos casos hay problemas adicionales, por ejemplo, el del retardo de las hijas, que parece que se hizo más notorio en la época de la muerte del padre. Por otra parte, no sabemos si el embarazo prematuro de una de las hijas esté relacionado también con estos hechos.

Tenía cinco hijos cuando él murió. Marina, la mayor, cumplía diez años, Fernando, que era el último, tenía nueve meses. Eran pequeñitos, pero la sorpresa fue cuando descubrí que dos de mis hijas tenían retardo. Nadie se había dado cuenta, eso lo vinieron a descubrir fue en la escuela. Al primer año la profesora me decía que la niña se reía mucho, de allá me llamaron y me dijeron que la niña se burlaba y le dije: 'Es que la niña es así, es que con la muerte de él'. Por eso se les descubrió lo que les pasaba, antes no. La profesora les puso más empeño y fue a luchar para educación especial. Luego fue terrible cuando mi hija mayor quedó embarazada, pues tenía quince años, y mi hijo que es el que me tiene triste, yo le decía ayer: 'Papito, no es mi intención que no esté estudiando, sumercé mismo sabe que no hay plata'. Y él no sabe lo que es pasar trabajos.

La edad no es un indicador de qué tan profundo va a ser el impacto de la muerte y de qué manera se van a ver afectados los menores de edad. Las manifestaciones del trauma sí pueden ser diferentes. Las regresiones no ocurren sólo con los más pequeños:

La niña tiene doce años, ya una pelada, una señorita, cuando escucha hablar del papá enseguida se orina. Empieza a temblar, y ella no ha podido superar eso, a pesar de que la han tenido con la psicóloga. Le mataron al papá ahí al frente. A pesar de que son cinco años, ella no ha podido superar eso. Cuando va hablar se le hace un turupe aquí en el estómago y no es capaz.

La nena no se me orinaba, a pesar de que ella tiene más de tres añitos y de una semana para acá empezó a orinarse, se orinó por la noche, se orinó en el colegio.

Bibiana tiene quince años y vive muy traumatizada, pues andaba para todas partes con él, está en manos de la psicóloga, porque dice que ella quiere comprar el pedazo donde quedó el papá enterrado y hacer ahí una casa, imagínese lo que se le viene a la mente.

La de diecisiete años lloró casi un año recordando como había quedado su papá, para todos ha sido duro pero a la que más le dio duro fue a ella. La impresionó mucho, porque la gente, la radio, los periódicos, lo mostraban por toda parte.

Hay muchos hijos que presencian la violencia y ellos también viven con miedo. A muchos les ha tocado presenciar la muerte de sus papás o de su familia y tener el cambio de vida de un momento a otro y sin saber por qué. Les matan a su papá ahí, y aparte usted se tiene que ir o lo matan a usted también. Eso es terrible, hay niños que viven muy traumatizados, es doble duelo por una misma causa, por la violencia.

Otra de las secuelas de la violencia es el maltrato infantil. Muchos de los menores que han perdido a su padre en hechos de violencia están bastante familiarizados con las diferentes modalidades de violencia dentro y fuera de sus casas. En lo que se refiere a violencia doméstica, en muchas familias eso era parte de la vida cotidiana, sobre todo ver cómo sus mamás eran golpeadas con frecuencia. Muchas de ellas reportaron cómo, a raíz de la muerte, los problemas exacerbaban la violencia entre hermanos, resaltando el maltrato de los mayores a menores. Tal vez, en cierta manera, un intento de imponer el poder y la autoridad masculina

en el hogar. Las madres, por su parte, manifestaron perder el control de vez en cuando con sus hijos, en especial en los casos en los que había rebeldía.

Baje la voz, le dije a mi hijo mayor, usted tiene que ver que si yo tuve algún problema con su papá, él nunca me gritó así, por cualquier cosa, o me pegó. Le dije eso porque me le pegó a la niña. Yo esa vez le pegué y él más bravo.

Pero también ellas, por tratar de resolver sus problemas, exponían a sus hijos a violencias adicionales:

La niña está internada, el niño no porque no se amañó allá. Dijo que no se amañaba porque lo insultaban y le pegaban y no quiso volver. Pero me tocó tenerlo en la casa y para mí fue muy duro, pues estaba muy enferma de los nervios.

8. Sentimientos de rabia, odio y venganza

Las muertes a destiempo traen con ellas una serie de sentimientos, por lo general negativos, que se sintetizan en la rabia, el odio y la venganza. Esa rabia a veces no se dirige a nadie en especial, podría decirse que es contra el mundo entero. Estos sentimientos producen confrontaciones entre los miembros de la familia y afectan también el rendimiento escolar.

Cuando el papá murió mi hijo mayor, de trece años, no lloró, era serio y callado, yo lo gritaba y no atendía, era como ido. Luego llegó y dijo, 'No voy a estudiar más'. Él no podía desahogarse. Entonces le dije: 'No mijo, con rabia no. Llore, usted no ha llorado'. Fue como un mes después que el papá murió. Pero él quedó como con esa rabia, como una ironía, como que si yo tuviera la culpa. Y él siempre con rabia.

A veces pasa mucho tiempo hasta que esos sentimientos se superan y se pasa a una etapa de aceptación y remembranza.

A la niña le encanta que le hablen de él, cómo era, qué hacía cuando nació ella. Ahora ya se acepta de otra forma, no como al principio, que estaba toda esa rabia. Se acepta porque qué se puede hacer.

El rechazo y el rencor se dirigen no sólo a las manos que cometieron el crimen, sino también hacía la institución a la que pertenecía el papá.

No quiero que guarden de pronto rencor a la guerrilla ni al Ejército, que a fin de cuentas es el que nos ha dado lo que tenemos, el que nos da de comer como dicen. No quiero que de pronto lo rechacen. De pronto cuando estén más grandes que asimilen y puedan entender bien la situación.

Para las madres es a veces motivo de conflicto ver las elecciones y decisiones que toman sus hijos con respecto al futuro. Para los que eligen seguir los pasos de sus padres en el mundo de las armas, esto significa también desasosiego y estremecimiento al pensar que sus hijos pueden correr con la misma suerte del padre. En cierta manera existe la idea de

que una viuda que pierde a un hijo varón, pierde además un apoyo adicional en la vejez.

Mi hijo está en un colegio militar del Ejército, está en instrucción y mire que la sangre se lleva, mi esposo moría por eso. Y mi hijo empezó a estudiar y desde noveno o antes decía, 'Mami yo voy a entrar al Ejército o a la Fuerza Aérea'. Yo no podía decirle que no, porque lo que se niega es a lo que más uno se apega y él está dispuesto a ir. Me da miedo sí, y ahorita con la situación como está peor, pero son decisiones en las que tengo que colaborarle porque a él no le gusta nada más.

En algunas ocasiones las mamás se encuentran frente a situaciones cotidianas que no saben cómo manejar, pero que son campanazos de alerta sobre los efectos que dejan no sólo las muertes sino la imagen de los participantes en el conflicto armado.

Cuando él está jugando a los muñecos, él juega a policías y a guerrilleros con David, el niño de la mujer de otro policía que mataron. Ninguno de los dos quiere ser guerrillero, cogen los dos muñecos, que son los guerrilleros y ellos son policías: 'Mátelo, mátelo, cójalo, cójalo', es lo que dicen. Los he visto jugando a eso y me doy cuenta que ellos dos tienen rabia y tienen odio y no es contra el policía, porque ellos saben que a sus papás los mató la guerrilla. El papá murió y ellos sufrieron y lloraron la muerte. Yo lo veía llorar a pesar de que habían pasado bastantes meses, lloraba como si hubiera acabado de morir. A mí me da mucha tristeza y guardo silencio, la doctora me mandó a practicar la terapia de hablar con él sobre eso, pero no puedo hacer nada. No me salen las palabras, me quedo muda, no sé qué decir.

Casos como estos, en los que aparecen sentimientos de odio y de venganza en diferentes grados, fueron comunes en muchas entrevistas. Incluso, las investigadoras nos preocupábamos con algunas de las declaraciones y observaciones encontradas a lo largo del trabajo de campo, en particular por las pocas herramientas que tienen las mamás para superar estas emociones. En algunos casos, las mismas mamás y otros familiares alimentan los sentimientos de venganza, que sólo contribuyen a aumentar los conflictos.

Los hijos mayores preguntan mucho por qué mataron a sus padres y quiénes los mataron. Los dos quieren ser militares. A mí me preocupan esos sentimientos de venganza. Me preocupa lo poco preparada que está la madre, en medio de sus confusiones y su dolor, para abordar con los adolescentes un proceso de duelo. Ella está muy sola en esta ciudad. Con ella pude mantener una mediana distancia. No dejo de sentirme conmovida por ella. Por lo difícil de la vida para una mujer de treinta y cinco años, apenas preparada, dos veces viuda y con siete hijos (notas de campo).



9. ¿Qué ayudas o alternativas tienen?

Puede afirmarse que los hijos de los policías son quienes cuentan con los mejores servicios y ayudas, lo cual se nota en todos los estratos sociales. Este grupo fue el que se benefició también con la participación en el proyecto de Redes de apoyo y terapia sistémica ofrecido por la Universidad Javeriana. El resto de las familias afectadas cuentan con muy pocas alternativas, y una buena parte están a la deriva, agobiadas por el peso de las tragedias que han soportado. Sólo un número reducido tiene acceso a servicio de psicoterapia, y otra parte no está acostumbrada a procurar este tipo de ayudas profesionales. Como alternativa, algunas viudas de diferentes religiones acudieron a buscar una guía espiritual.

Las ayudas que reciben los familiares de los policías y militares les permiten estar en las mejores condiciones, sobre todo en el caso de las personas que viven fuera de Bogotá, pues quienes viven en las zonas más alejadas no cuentan con beneficios como colegios o servicios médicos. Las compañeras de policías tuvieron la oportunidad de asistir, ellas y sus hijos, a terapias, consejerías, talleres sobre el duelo y otras charlas apropiadas para sus problemas, aunque no siempre ellas acudían a las citas. La Policía cuenta con muy buenas facilidades de atención a sus miembros, al igual que el Ejército, aun cuando hay diferencias entre las dos instituciones y el acceso que puedan tener sus familiares. Las viudas y los huérfanos tienen prioridades y beneficios adicionales, que son parte del reconocimiento al servicio a la patria que significó la pérdida de sus vidas.

Ellos han sido excelentes alumnos, primero fueron becados por eso, pero después un coronel que conoció a mi esposo y me conoce a mí y que estaba de director de los liceos empezó ayudarme y me dio las becas para los hijos de huérfanos.

Existen también fundaciones dedicadas a ayudar a los niños que han sufrido las secuelas de la guerra o han perdido a sus padres. El diario *El Tiempo*, del viernes 11 de agosto de 2000, en su artículo, “Los niños que no conocían el mar: hijos de policías muertos visitan a Santa Marta”, informó de un grupo de treinta y cinco niños del Tolima que fueron a

conocer el mar. No obstante, el titular es un tanto errado, pues fueron menores de varios grupos afectados, había sólo siete hijos de policías que murieron en el ataque a la población de Roncesvalles, doce hijos de desplazados, cuatro hijos de ex combatientes y otros niños campesinos o de bajos recursos.

Otros programas incluyen talleres y propuestas desde la infancia para la paz. No está dentro del alcance de este estudio evaluar esos programas, pero sería importante tenerlos en cuenta para futuros trabajos, pues a veces hay intereses y agendas políticas de por medio, que al final en vez de beneficiar lo que hacen es utilizar a los menores para sus fines. No olvidemos que muchos de esos pequeños cargan con el estigma de las profesiones y circunstancias de la vida de sus padres, y no siempre las comunidades ni las escuelas están dispuestas a acogerlos.

Finalmente, muchas veces la ausencia se mide en términos del hipotético bienestar que hubiera podido tenerse si el padre estuviera vivo. Esto, además, produce envidias y puede ser causa de humillación, o se vuelve una competencia entre los que tienen padre y los que no.

Si tuviera, mi papá me llevaba a un parque, si tuviera mi papá me sacaba, si tuviera mi papá me daba.

Ah, mi papi sí me da de todo, pero ustedes como no tienen papá, ustedes sí echan mal, ustedes no. Mejor dicho, me mantienen humillando a los niños.

Para los menores sobrevivientes el futuro es incierto. Como muestran los estudios sobre estrés postraumático, ya sea como resultado de desastres naturales o de guerras, no siempre es posible conocer inmediatamente la profundidad de los efectos de las situaciones traumáticas vividas ni el tiempo que vaya a transcurrir hasta que se manifiesten y se curen. A todo esto se suma el estado de desorientación psicológica producido por las incertidumbres que quedan después de ver las horrorosas escenas de los noticieros, de ver el desempleo que afecta a muchas personas a nuestro alrededor y, en general, de percibir un estado general de desconfianza y baja moral en el país.

Estudios sobre la duración y la intensidad de las respuestas de los menores frente al trauma (Muncszek, 1996) indican que estas dependen de una serie de factores como la gravedad del factor estresante, la etapa

del desarrollo, el sistema de apoyo social, los traumas previos, la personalidad y hasta la predisposición genética. Volviendo a la cuestión de género, parece que los niños tienen problemas de adaptación diferentes a los de las niñas. Ellas no tienen que pensar en que perdieron una “figura masculina”, en hablar de hombre a hombre, ni en ser el hombre de la casa que va a proteger a la mamá, como les ocurre a los niños. Muchos problemas de adaptación y retraso en la socialización o en la escuela que sufren las niñas se derivan de las responsabilidades tempranas que les caen como encargadas de los oficios domésticos y de la crianza de los hermanos menores, tareas que la madre realizaba antes. Es importante ver también con qué otro tipo de apoyos familiares se cuenta. Por ejemplo, cuál es el papel de los abuelos y los tíos, que muchas veces asumen de nuevo toda la responsabilidad con sus hijas y se toman muy en serio el papel de padres con los nietos.

La chiquita me hizo un comentario no hace mucho. Me dice, ‘Es que yo tengo, dos papás’. Yo, pues claro, me sorprendí. ‘El papito que se murió y mi abuelito’. Ellos en cierta forma lo ven como papá, aunque tiene ochenta y dos años, él está bien, pero ya es una persona de edad, las quiere, les chochonea, les juega. Cuando llegué de Bucaramanga alcanzamos de nuevo a vivir con ellos un año porque todavía no tenía el apartamento.

Otro problema adicional al que se ven expuestos los menores es a madurar demasiado rápido, y esto ocurre tanto a las niñas como a los niños, que deben asumir roles y responsabilidades para los que no están preparados. Las madres los consideran un gran apoyo, como personas adultas en las pueden confiar plenamente.

A Marcela, ella que nunca hacía nada, le tocó coger las riendas de los hermanos mientras yo salía. Desde el momento en que quedé sola comencé a dar vueltas para la investigación, para la demanda y todo eso y no tenía tiempo para las cosas de la casa. Ella sola cogió las riendas. Alguien charla con mi hija y es como una mujer que ya hubiera vivido no sé cuantos años de experiencia, ella es la mayor, ella me ha enseñado a ser firme en mis cosas y a no doblegarme fácilmente. Ella se dio cuenta de lo que es reemplazarme a mí, por eso tiene una madurez demasiado dura, le tocó terrible. Llegar a

coger una cocina de la noche a la mañana, con el hermano de nueve meses. Ella es buena hija, buena hermana, para ella lo justo es justo. Ahora lo consultamos todo, y siempre lo consulté con ella, es mi mejor amiga y el apoyo que he tenido siempre.



En esta sección se habló de lo que ocurre a los niños como víctimas directas e indirectas del conflicto, el estrés postraumático, lo que ocurre a los que han perdido al padre, y se discutieron los aspectos principales que surgen alrededor de la orfandad, pero no hemos hablado de las opiniones de las mujeres que no alcanzaron a tener hijos. Ellas, las que anhelaban tener hijos y no los tuvieron sienten un gran vacío. Por lo menos en las otras algo de sus esposos vive aún en los hijos que tuvieron.

Yo anhelaba mucho un bebé. Cuando a él le sucedió eso, anhelaba haber quedado en embarazo. Yo sé que yo sola, hubiera sido difícil, aunque me hubiera quedado ese niño de él. No dejó hijos, ni conmigo ni con nadie.

Yo no tenía hijos en ese momento, no los tuvimos. Siempre tuve bien claro que los hijos tienen que ser compartidos y el día que los tuviera él debía tener tiempo para ayudarme a cuidarlos, porque si hubiera quedado embarazada no lo hubiera acompañado a la mitad de las cosas que lo acompañé y me hubiera quedado en casa.

La comprensión que la población menor de edad tenga sobre la pérdida del padre y el significado que ellos le atribuyan a estos eventos depende de muchos factores emocionales y sociales, personales, familiares y comunitarios. Ellos son muy vulnerables por encontrarse en un proceso de formación y estructuración de identidad personal y social que va a repercutir en acciones y decisiones que se tomen más adelante. Es urgente que el estado colombiano formule programas más adecuados de protección a la infancia, que le dé prioridad al tratamiento de los aspectos relacionados con la población menor de edad afectada por la violencia, y que se preocupe por trabajar con más atención los procesos de duelo y estrés postraumático. Ya se ha hablado también de la formación de una “cultura de prevención” (Restrepo, 1993), y por añadidura, de atención inmediata a la infancia, que sea efectiva en el apoyo psicosocial urgente de que necesitan los niños, las niñas y sus familias.

Como preludeo a la segunda parte de este libro, en la que presentaremos los testimonios de algunas viudas, oiremos la voz de Daniel Antonio, quien nos cuenta cómo ha sido su experiencia de orfandad y sus reflexiones sobre ésta.

Testimonio

Daniel Antonio, hijo de Carlota y Daniel

(catorce años, octavo año)

De mi papá no recuerdo casi nada, pero cuando era chiquito estuve en la casa con mis abuelitos. Recuerdo siempre andar con mi mamá, jugar con ella. Yo no mencionaba a nadie a mi papá porque no entendía nada. En ese tiempo había una niñera que jugaba conmigo y también pasaba mucho tiempo con ella. Coleccionaba tortugas Ninja, jugaba a policías y ladrones, les hacía trincheras, las bases, clasificaba las armas y jugaba a que se herían y que en los dos bandos siempre había uno que los comandaba y volaban todo. Tengo mucha imaginación.

Hace poco a un amigo de mi colegio se le murió el papá y a él le dolió más porque ya es grande, ya tiene más vida consciente de lo que pasa a su alrededor, pero yo como era chiquito y no entendía las cosas no sentía ese dolor, por eso no puedo opinar o hablar de mi papá y de los recuerdos, pero sé de la muerte y todo eso. Mi amigo dejó de asistir unos días al colegio y yo llegué y lo abracé y le dije, oiga hermano, lo siento. Él también sabe que a mí se me murió el papá, le dije que tenía que ser fuerte. Y con el apoyo lo sacamos adelante. No le tocamos el tema para nada porque sabemos que no se debe hacer. Pero yo sí lo apoyé y a veces le da por recordarlo, le dije, recuerde que el país está así: fresco, siga adelante. La vida es muy dura y en la vida a uno se le vienen problemas y hay problemas simples que uno los puede llevar sin dolor o puede cargar con ellos o simplemente los puede dejar o seguir con ellos. En ciertos problemas uno no puede solo, necesita el apoyo de otros. Siempre alguien tiene que tener un amigo, un hermano, alguien en quien apoyarse, alguien en quien confiar, contarle sus secretos, ser el cajón, la persona con la que habla. Sí, la vida le trae problemas a uno pero por un problema uno no se debe rendir. Que le duele, es cierto, pero uno tiene que seguir adelante, no puede seguir sin olvidar el problema pero con esfuerzo se puede.

Todo lo que le pasa a uno tiene también una razón de ser, es para enseñarle a uno algo, algo que uno no sabe, porque de todo eso se aprenden cosas. Pienso que lo que le pasa a uno es porque uno necesitaba que

le pasara, no como un castigo pero uno también de cosas malas saca cosas buenas, así sea la cosa más terrible.

Por ahí en transición, como a los cinco o seis años, yo veía que los papás llegaban y que van con el papá al parque y que juegan fútbol y yo decía, ¿pero yo por qué no tengo papá? Ya después me di cuenta que mi papá había fallecido. Yo le preguntaba a mi mamá y ella decía que mi papá estaba en el cielo. A pesar de que no sentí verdaderamente lo que era un papá, de todas formas tuve mi mamá que también es mi papá y mi mamá. Yo decía que tenía una mamá que hacía por dos.

En un momento tuve mucha rabia con las personas que mataron a mi papá. Estaba solo y me puse a pensar en todo eso. Tuve rabia pero solamente fue una vez, yo no sabía qué hacer, si cuando fuera grande me iba a meter al ejército y vengarlo o dejarlo así no más. Pero ya no pienso en eso, pues fue el destino que me puso eso a mí y es un problema que ya superé. Cuando lo recuerdo me duele no tener a mi papá, pude haber hecho muchas cosas con mi papá que no hice, pero lo superé.

En parte mis amigos me apoyaban y no me preocupé más, pues tengo a mí mamá y tengo a mi abuelito a mi lado que me sirvió como ejemplo de mi papá. Él me enseñó las cosas de hombre a hombre y yo cuando me sentía triste o algo iba donde mi abuelito y le preguntaba cosas a él que mi mamá sabía, pero que mi abuelito me podía responder mejor por ser hombre.

Pensé en tener que desempeñar el papel de papá, en proteger a mi mamá, cuidarla, representar al hombre de la casa. Yo veía a mi abuelo, después ya vi a mis tíos como cabeza de familia, que lo sacaban todo adelante. Pensé que cuando ya sea grande y tenga mi trabajo, le consigo a mi mamá una casa y nos vamos a vivir los dos a Estados Unidos. Yo la llevo y la defiendo y si necesita algo me lo pide y pienso en hacer una familia, en tener mis hijos, en guiarlos, en cuidarlos, en quererlos, pienso mucho así. Me daba pesar con mi mamá porque ella me tenía a mí, yo la tenía a ella pero yo quería también, tengo pocos amigos hijos únicos, también quería tener una hermana. Una cosa es el amor que uno siente por dios, un amor que yo tengo hacia mi mamá y otro el amor que se siente hacia la novia, pues yo quería sentir ese amor hacia mi hermanita y que mi mamá tuviera alguien que también pudiera quererla. Una vez vi a mi mamá que se encontró con un compañero del colegio y él la abrazó

y yo me di cuenta que era soltero y pensaba que no había problema si ella estuviera con él.

Siempre quise que viviéramos los dos solos, la casa de mis abuelos no era de nosotros, aunque tenía mi propio cuarto, mucho más grande que el que tengo ahora. Y así mi cuarto sea una cosita chiquita, me gusta porque acá es lo mío. Puedo poner un dibujo en la pared sin que lleguen y me digan quite eso. En la casa de mis abuelitos yo podía hacer la cosas a mi manera, pero siempre con límites, que no puedo hacer tal cosa porque de pronto vienen y me regañan, acá siento y digo, llegué a mi casa. Me gusta mucho lo que es arte y pintura y música y me quiero comprar una batería. Pensamos con unos amigos hacer una banda a ver si podemos llegar alto, siempre uno tiene que tener algo en que apoyarse, me gustaría mucho lo que es actuación y salir en la televisión. A los diecisiete tengo pensado meterme a una escuela de actuación. No me gusta la carrera militar, como ha sido con todos los hombres en mi familia, no por temor a que me maten, no me gusta lo de tantas leyes y tanto ejercicio. Aquí se rompe la tradición.

Conclusiones

Este trabajo fue guiado por la idea de que para entender la situación de las viudas colombianas es necesario oír sus voces, apreciar sus reclamos y solidarizarse con sus angustias y necesidades, para ofrecer, así, recomendaciones para aliviar las dificultades que acompañan la pérdida del compañero. Para esto se necesitan teorías útiles. Por eso, el estudio de la viudez se hizo desde una perspectiva multidimensional que no se limitó a dar apoyo psicológico, teniendo en cuenta, sobre todo, que una de las necesidades más apremiantes es la de tener trabajo para sostener a los hijos.

El duelo, por su parte, no se puede considerar un fenómeno estrictamente personal de respuesta a una pérdida, sino que tiene una serie de componentes culturales que van ligados entre sí y determinan cuál va a ser la calidad de vida de la viuda y de su familia, componentes que se complican cuando existen los de la violencia y la desaparición.

El estudio sobre la viudez debe, por tanto, ser parte central en la integración de varias disciplinas; así, por ejemplo, la psicología no sólo estudia el comportamiento relacionado con el duelo sino que trabaja también con las redes de apoyo formales e informales que ayudan a mitigar la pérdida. La antropología, por su parte, es la disciplina que abarca tal vez más aspectos: además de concentrarnos en los factores mencionados, examinamos también los contextos culturales con impacto en el significado y la severidad de la experiencia de pérdida. Por eso tuvimos en cuenta tensiones adicionales, como las que producen los conflictos familiares resultantes de las indemnizaciones, pensiones, herencias y distribución

de patrimonio, más la cuestión de la identidad de las viudas. A todo esto se sumó un análisis de la situación general que vive el país, no sólo como un contexto referencial, sino como un factor directo de transformación de la vida.

Más que responder preguntas, este trabajo las formula. Hemos encontrado que a pesar de que el dolor profundo por la pérdida une a todas las mujeres, hay diferencias entre los grupos de viudas estudiados, que marcan la calidad de vida y la experiencia posterior al duelo. Aun cuando todas estas muertes han traído muchas penas, hay factores que mitigan o exacerbaban los sentimientos: estos no son los duelos *corrientes* que ocurren cuando un ser querido muere, son más complicados por circunstancias de violencia y de guerra, de muertes a destiempo, a veces sin previo aviso, aumentados por la impunidad, que produce además rabia y es fuente de problemas a largo plazo que debilitan y pueden ayudar a transmitir rencores de generación en generación.

Por lo anterior, otra pregunta relacionada, es ¿cuánto puede durar la pena? Dentro de las respuestas dadas por las viudas se mencionan dolores que nunca cesan, sobre todo cuando no hay rituales de cierre, cuando las personas continúan desaparecidas, las investigaciones no concluyen o la estigmatización obliga a ocultar el duelo. En este sentido, ¿qué quiere decir recuperarse? Esta es una pregunta difícil, pues bajo las circunstancias que produce la pérdida no podemos decir que se espera que una viuda regrese pronto al nivel psicológico o físico que tenía antes de la muerte de su compañero. En muchos casos, para que la recuperación sea real las circunstancias de miedo que debieron afrontar, antes y después de los hechos, deberían haber cambiado. Es decir, un factor importante de tener en cuenta es que para muchas, mientras no cese la violencia diaria que se afronta en el país es muy difícil pensar en que las heridas van a sanar por completo. Se puede decir que a todas las viudas la vida les cambió del todo, y que algunas han aceptado o, más bien, se han acomodado o adaptado y sobrepuesto a sus tragedias personales. Otras no han podido superar esa etapa completamente, pese a los años transcurridos.

A pesar de no estar en condiciones de hacer un diagnóstico sobre su estado de salud mental, nos preocuparon varios casos en los que era claro que la entrevistada necesitaba apoyo especializado para manejar su

duelo. Entre los síntomas estaba la incapacidad de darle sentido a la pérdida, hablar constantemente en presente y la dificultad para resolver los sentimientos con respecto al fallecido. En estos casos también entrarían a desempeñar un papel importante factores personales, como por ejemplo la tendencia a la depresión, la falta de habilidades sociales para resolver los problemas o la autoestima baja.

Los resultados de la investigación muestran que el duelo no es un proceso lineal ni universal, que avanza en una serie de etapas, cada una con síntomas claros. Es necesario tener en cuenta una serie de factores que afectan este proceso. Por ejemplo, las mujeres de policías y de militares tienen, en cierta manera, mayor obligación de guardar la memoria del fallecido, por lo que él está aún más presente, tanto en la memoria como en los objetos, reliquias familiares, que se guardan para ser transmitidas a los hijos. Las familias de ellas, en las que con frecuencia hay otros militares, se encargan de que esta tradición de respeto y de honor se continúe. De todos los grupos de viudas, las de familias de militares fueron las que tenían mayor tendencia a regresar a la casa paterna, como hijas de familia. Por su parte, las viudas que sufrieron el desplazamiento de áreas rurales se encontraron con una situación en la que debían olvidarse, demasiado rápido a veces, de su pena, y solucionar problemas apremiantes de supervivencia, que se traducían con frecuencia en encontrar apoyo masculino muy pronto.

Un buen número de mujeres vivieron matrimonios que tenían como constante el problema de la violencia doméstica. Ellas también tuvieron problemas y sentimientos encontrados relacionados con la manera como iban a aclarar sus propias emociones al respecto. En algunos casos primaba la cuestión de la identidad y la responsabilidad como esposas devotas. La sensación de haber descansado de una situación desagradable no se resaltaba mucho, ya que, de una u otra manera, la violencia había sido parte *normal* de sus vidas, y con la muerte del compañero no necesariamente esperaban que pasara el maltrato al que se veían destinadas.

Otro factor que marca una diferencia es la edad en que se pierde al marido y el número de hijos y sus edades. La mayoría de las viudas estudiadas perdieron a sus compañeros cuando contaban con menos de treinta y cinco años de edad, lo cual significa que, por lo general, sus hijos eran pequeños. Las de mayor edad, con hijos no tan pequeños, cuentan

con ellos como un factor adicional de apoyo psicológico y económico, con el que no cuentan las viudas más jóvenes. Esto se refleja también en la legislación acerca de las prestaciones sociales, que ofrece beneficios diversos; así, por ejemplo, a los policías según los años de servicio, por lo cual los más jóvenes no alcanzaron a cumplir los suficientes para contar con la pensión completa; en consecuencia, sus viudas son las que se encuentran más necesitadas. Tal vez sea necesaria una reforma pensional en este sentido, que las favorezca más e incluya también una capacitación real paralela, para que puedan subsistir en mejores condiciones. Es claro que este es un problema mayor que abarca otros aspectos de la realidad de la mujer colombiana, muchas de las cuales no cuentan con herramientas adecuadas de educación y de capacitación laboral.

Aun cuando cada cultura tiene mecanismos normativos que ayudan a las personas a reintegrarse a la familia y a la comunidad después del duelo, y a continuar con sus vidas, la pérdida de la vivienda y del entorno significa no sólo la de las redes de apoyo, sino la pérdida de esos mecanismos culturales y las prescripciones sobre las formas y la duración de la pena. Aun en situaciones similares las respuestas a la pérdida son diferentes. Un mensaje generalizado en las entrevistas es la magnitud del sufrimiento y de las dificultades encontradas por las viudas y sus familias. Más preocupante es la falta de intervenciones apropiadas en un país que tiene una política social inadecuada y un sistema judicial que deja mucho que desear.

En su gran mayoría, las personas se enfrentan solas a su dolor y sólo algunas cuentan con el apoyo de profesionales especializados. Los grupos que más apoyo reciben son los de la policía y el ejército, por medio de diversas fundaciones. Algunas viudas de clase media acuden a sus médicos particulares, pero rara vez se establecen grupos de apoyo amplios, sólo para viudas. Un caso especial es el de Apartadó (en el departamento de Antioquia), donde existe el Centro Compartir, dirigido por religiosas, donde acuden cientos de viudas a contarse entre ellas sus penas, a solucionar sus problemas en colectivo, a darse cuenta de que su caso es muy parecido al de muchas otras y a obtener capacitación para sobrevivir con dignidad y en forma independiente.

La sociedad colombiana debe prestar más atención a este problema, sobre todo al de las mujeres jóvenes con hijos. La atención debe ser

integral e incluir lo psicológico y lo social, en particular a las áreas donde se notan mayores necesidades como la búsqueda de vivienda y trabajo adecuados. En varios casos, como en el de la narrativa de Eneida, es evidente la adquisición de fortalezas que se traducen en un camino de empoderamiento. Las viudas que más control tienen sobre sus vidas son las que han logrado superar e ir más allá de los problemas que les trae la muerte del compañero. No siempre ellas sabían de la existencia de ese control, y en muchos casos descubrieron sus fuerzas a lo largo de las experiencias dolorosas que tuvieron que vivir.

Hay muchos aspectos que aún quedan por conocerse. Por ejemplo, hasta qué punto el duelo por la pérdida y las circunstancias dramáticas que se afrontan tienen un impacto en su salud y la de sus hijos. Nadie está preparado para cuando este llega, a pesar de que muchas personas conviven con la muerte a diario, por sus profesiones de riesgo, de que otras reciben amenazas directas o de ver su presencia diaria en las noticias. Este es un aspecto que debería tratarse en las escuelas y en los medios de comunicación de manera más amplia, para que su manejo cuente con mejores herramientas. En Colombia, aun si no nos toca de cerca y de manera personal, nos sentimos abatidos por los duelos colectivos de personajes como Jaime Garzón, o de magnicidios como el de Luis Carlos Galán. La lista es larga, pero sus secuelas psicológicas son desconocidas.

Hemos mencionado en diferentes apartes de este estudio la importancia de tener una perspectiva de género en el análisis de la muerte y de cómo las mujeres son afectadas de manera diferente, cómo viven el duelo y las prescripciones culturales para el luto y para su comportamiento después del fallecimiento de su esposo. Es fundamental analizar sus experiencias, porque ellas sobreviven más, tienen experiencias únicas, roles determinados y dificultades específicas, y cuentan con recursos y estrategias diferentes a las de los hombres para sobreponerse a sus tragedias. El género desempeña un papel significativo en todos los aspectos del duelo, las reacciones al dolor y los resultados generales de la experiencia como aprendizaje. La edad es otra variable importante de tener en cuenta, por lo que dedicamos un capítulo a considerar la situación de los hijos. Los efectos de la muerte en los niños es otro aspecto que debe verse por género y que deja muchas preguntas en el aire. Las hijas son quienes deben encargarse de los quehaceres de la casa. Las reacciones emocionales también son diferentes. Los hijos, además de mostrar mayor rebeldía e indis-

ciplina, presentan episodios de agresión hacia las hermanas y otros miembros de la familia.

Para entender un poco más los principales aspectos relacionados con el género y el conflicto armado es importante ver de manera objetiva a las víctimas y a las actoras de violencia, aunque estos no siempre sean conceptos opuestos, como en el caso de las que estuvieron activas en movimientos de guerrilla en contra del Estado, o de las que, en contra de muchas dificultades, están promoviendo acciones para resolver el conflicto en el país. Cualquiera que sea su papel dentro del conflicto, es necesario tener en cuenta los roles que les son asignados o que adquieren o resisten, de acuerdo con el accionar personal frente a las circunstancias de violencia y, en general, dentro de la sociedad. Por una parte, las mujeres deben proveer, sostener y criar a otros, no sólo a sus hijos: a veces están a cargo de muchos otros miembros de familias extensas. Esto tiene un costo personal y económico. El trance de la muerte es una transición difícil en la vida, más aún cuando ocurre en circunstancias de violencia e impunidad, y requiere de apoyo interpersonal, por lo que el asunto del cuidado de los cuerpos y las mentes de otros se convierte en una prioridad para las mujeres, quienes necesitan apoyos que no siempre están disponibles en la comunidad ni en el sistema de seguridad social.

Esta perspectiva de género también llama la atención acerca de la necesidad de que se hagan estudios centrados en la experiencia de los viudos, a pesar de que sean parte de una población mucho más pequeña, con problemas diferentes. Por lo general, la pérdida de la esposa no lleva a que el hombre quede en riesgo de caer en la pobreza, pues es muy común que él continúe con sus medios de subsistencia. El hecho de que ellos hayan trabajado por fuera de la casa siempre también tiene sus desventajas, ya que ocurre que no saben cuidar de sí mismos ni de la cotidianidad de sus hogares, tareas que correspondían a sus esposas. Por otra parte, los hombres tienen mecanismos emocionales diferentes para sobrellevar su pérdida, ya que no están acostumbrados a expresar sus sentimientos o a verbalizar sus necesidades, y a medida que envejecen sus redes sociales disminuyen, puesto que estas tienden a establecerse por medio de sus esposas. Ni siquiera es culturalmente aceptable que lloren, menos que lamenten abiertamente a sus mujeres, por eso se dice popularmente que los viudos tienen un riesgo alto de morir de *pena moral*, cosa que valdría la pena comprobar con estudios empíricos.

Como las viudas deben asumir el rol adicional de “ser el hombre de la casa”, sus tareas y jornadas de trabajo aumentan, hecho que repercute en la reorganización de roles en el hogar. Así, por ejemplo, las de menos recursos, que no cuentan con apoyo en el cuidado de sus hijos, en ocasiones los dejan encerrados con llave o en la calle, descuidados; y las hijas mayores deben asumir las responsabilidades de mujeres adultas. La cuestión de las responsabilidades del cuidado de las otras personas implica también que algunas han debido hacerse cargo de sus padres, ya sea de enfermos o ancianos que no tienen cómo proveerse un sustento. Varias mujeres en el estudio tuvieron que enfrentarse a la muerte de sus compañeros y, al mismo tiempo, de un familiar cercano gravemente enfermo. Cuando ocurre el caso de que el fallecido era hijo único, la nuera tiene la obligación de seguir cuidando a su suegra. Por otra parte, la tendencia es a que los hombres se concentren en sus actividades fuera de la casa y mantengan una distancia en lo referente a lo doméstico, situación que se agudiza en relación con su profesión, como en el caso de los hombres que dedican su vida a las armas. En estos casos, los hijos han crecido como pseudo huérfanos, con una presencia masculina esporádica e idealizada.

Si se tienen en cuenta las variaciones regionales y culturales también se encuentran diferencias en la manera como las mujeres se sobrepone al duelo, y aún más si se cruzan con la religión. Por ejemplo, las creencias en las premoniciones o avisos, que en cierta manera ayudan a admitir la realidad de la muerte, la creencia en cuestiones sobrenaturales y las ceremonias que ayudan a romper los lazos, tienen implicaciones con respecto a la duración del duelo y a las posibilidades de entablar una nueva relación. La religión ofrece consuelos, apoyos materiales y espirituales, pero puede servir también como un elemento de control social para las mujeres, en especial en lo relacionado con la castidad, la modestia, los roles y la idea de pecado o adulterio al pensar en la posibilidad de un nuevo esposo. Todo esto implica que las intervenciones que se hagan en términos de política social, de apoyo terapéutico y material deben tener en cuenta las necesidades especiales de las mujeres de acuerdo con su edad y las de sus hijos y el nivel de apoyos que tengan en la comunidad; más importante aún es ver cómo ellas mismas pueden mejorar su situación personal usando los recursos que tengan a su alcance y las habilidades propias de su género.

Ha sido documentado una y otra vez que quienes de una manera u otra pagan los costos más altos de la violencia son las personas más vulnerables y las más afectadas por esta. En nuestro caso, los agresores continúan siendo predominantemente masculinos, por lo que la cuestión del género adquiere una importancia particular. Es decir, los grupos más afectados son los que deben incorporarse activamente en el proceso de negociación y de construcción de paz. Las mujeres deben ser incluidas en las negociaciones y en las decisiones que se tomen, ya que van a ser afectadas de maneras específicas. Por otra parte, su experiencia de género, sus valores, sus necesidades y sus prioridades deben ser puestas sobre la mesa de negociación, ya que como mujeres tienen una perspectiva valiosa como proceso y como resultado de eventos particulares.

Este trabajo también nos dirige en otras direcciones y abre campos de reflexión y de investigación en relación con los roles de las mujeres dentro del conflicto armado, no sólo como víctimas, sino como actoras de violencia y, además, como agentes de resistencia con propuestas de cambio, que deben ser tenidas en cuenta en la reconstrucción de la sociedad. De esto se desprende que la violencia debe ser analizada desde una perspectiva de género que analice todos sus componentes, los privados, los domésticos, los económicos y los filosóficos, entre otros.

Haber tenido la oportunidad de contar sus historias y sus lamentos es también un acto de resistencia y un intento de impedir que de la memoria reciente del país se borren tantas muertes. Las voces que se presentan son un clamor de justicia mediante el cual las palabras adquieren el carácter de instrumentos que rompen largos silencios. Al conocer los detalles de sus vidas y lo que representan se pueden sacar muchas conclusiones sobre el presente y el futuro de Colombia, pues un país donde hay una alta mortalidad masculina de hombres jóvenes por causa de la violencia deberá enfrentar cambios demográficos y económicos que se reflejarán en el aumento de mujeres solas con hijos a su cargo, muchas de las cuales no cuentan con la educación, salud o entrenamiento necesario para sobrevivir en las mejores condiciones. Como ellas, esperamos que este trabajo ayude a sanar muchas de las heridas que han quedado abiertas.

Bibliografía

- Abu Lughold, Lila. 1990. "Can there be a feminist ethnography?". *Women and Performance: A Journal of Feminist Theory*. 5 (1): 7-27.
- Anderson, K., S., Armitage, D. Jack y J. Wittner. 1990. "Beginning where we are: Feminist methodology in oral history. En J. McCarl Nielsen (ed.). *Feminist research methods: Exemplary readings in the social Sciences*. Westview Press. Nueva York
- Albarracín, Martha Nubia et al. 2000. *Relatos de la violencia: impactos del desplazamiento forzado en la niñez y la juventud*. UNAL/CES. Fundación Amor. Bogotá.
- Alberdi, Inés y P. Escario 1988. *Estudio sociológico sobre las viudas en España. Siglo XXI*. Madrid.
- Arenas, Ana Isabel. 2003. "Violencia de género y conflicto armado. Informe de interventoría de un proyecto de investigación". Política Nacional de Construcción de Paz y Convivencia Familiar. Bogotá.
- Arocha, Jaime. 1998. "Etnia y guerrilla: relación ausente en los estudios sobre las violencias colombianas". En J. Arocha, F. Cubides y M. Jimeno. *Las violencias: inclusión creciente*. Universidad Nacional de Colombia-Centro de Estudios Sociales, CES. Bogotá.
- Bell, D., P. Kaplan y W. J. Karim. 1992. *Gendered fields: Women, men an ethnography*. Routledge. Londres.
- Bernard, Russell. 1988. *Research methods in cultural anthropology*. Sage Publications. Newbury Park.

- Bejarano, Jesús Antonio et al. 1997. *Colombia inseguridad y desempeño económico, a los efectos de control del territorio*.
- Bloch M. y Parry J. (eds.). 1982. *Death and the regeneration of life*. Cambridge University Press. Cambridge.
- Bolton, C. y D. Camp. 1986. "Funeral rituals and the facilitation of grief work". *Omega*. Vol. 17 (4): 343-352.
- Caraveli, A. 1986. "The bitter wounding: The lament as social protest in rural Greece". En J. Dubish (ed.). *Gender and power in rural Greece*. Princeton University Press.
- Clifford, James. 1986. "Introduction: Partial Truths". En James Clifford y George Marcus (eds). *Writing culture: The poetics and politics of ethnography*. University of California Press. Berkeley: 1-26.
- Codhes. 2002. "Más de 90.000 desplazados en el primer trimestre de 2002. El destierro no se detiene". *Boletín de la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento*. Bogotá. 41. 9 de mayo de 2002. www.codhes.org.co
- , 2000. "Guerra, desplazamiento y pobreza". *Boletín de la Consejería para los Derechos Humanos y el Desplazamiento*. 30. Bogotá.
- Codhes-Unicef. 1999. *Un país que huye. Desplazamiento y violencia en una nación fragmentada*. Codhes. Bogotá.
- Conferencia Episcopal de Colombia. 1995. "Derechos humanos. Desplazados por violencia en Colombia". Investigación sobre derechos humanos y desplazamiento interno en Colombia. Bogotá.
- Cubides, F. 1998. "De lo privado y de lo público en la violencia colombiana: los paramilitares". En J. Arocha, F. Cubides y M. Jimeno. *Las violencias: inclusión creciente*. Universidad Nacional de Colombia-Centro de Estudios Sociales, CES. Bogotá.
- Consejería Presidencial para la Equidad de la Mujer. 1999. "Mujer y conflicto armado". En *Plan de igualdad de oportunidades para las mujeres. Bases del plan y plan básico 2000-2001*. Bogotá: 99-114.

- Duque, Haydi. 2000. "Mujeres en situación de desplazamiento". En M. N Bello, E. Martín C., Fernando J. Arias (eds.). *Efectos psicosociales y culturales del desplazamiento*. Universidad Nacional de Colombia-Fundación dos Mundos- Corporación AVRE. Bogotá.
- Durkheim, E. 1915/68. *Las formas elementales de la vida religiosa*. Alianza Editorial. Madrid.
- Echandía, C. 1998. "Evolución reciente del conflicto armado en Colombia: la guerrilla". En J. Arocha, F. Cubides y M. Jimeno. *Las violencias: inclusión creciente*. Universidad Nacional de Colombia-Centro de Estudios Sociales, CES. Bogotá.
- Echeverría, Margarita. 2002. *Las experiencias del duelo en viudas de policías*. Fundación Omega. Bogotá.
- Fals Borda, Orlando. 1986. "El nuevo despertar de los movimientos sociales". En *Revista Foro*. 1: 76:86.
- Fonnegra de Jaramillo, Isa. 1999. *De cara a la muerte*. Intermedio Editores. Bogotá.
- Galvis, Silvia. 1993. *Vida mía: historias de mujeres que amaron, crearon, enfrentaron al país*. Planeta. Bogotá.
- Geertz, Clifford. 1979. "From the native's point of view: On the nature of anthropological understanding". En P. Rabinow y W. Sullivan (eds.). *Interpretive social science: A reader*. University of California Press.
- Geiger, S. 1986. *Women's life histories: Method and content*. The University of Chicago Press. Chicago.
- Grave, Vera. 2000. *Razones de vida*. Planeta. Bogotá.
- Ilsa. 2002. "Informe sobre violencia sociopolítica contra mujeres y niñas en Colombia". Ilsa. Bogotá.
- Instituto Nacional de Medicina Legal Ciencias Forenses. 2001. *Las regiones del homicidio*.
- Lara, Patricia . 2000. *Las mujeres en la guerra*. Planeta. Bogotá.

- Lewis, Oscar. 1959. *Antropología de la pobreza*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Lopata, H. 1996. *Current widowhood: Myths and realities*. SAGE. California.
- 1987. "Widowhood: World perspectives on support systems". En H. Lopata (ed.). *Widows*. Vol. 1. *The Middle East, Asia and the Pacific*. Duke University Press.
- 1979. *Women as widows: Support systems*. Elsevier. Nueva York.
- Marcus, George E. y Fischer, Michael M. J. 1986. *Anthropology as cultural critique: An experimental moment in the human sciences*. The University of Chicago Press. Chicago.
- Meertens, Donny. 1998. "Víctimas y sobrevivientes de la guerra: tres miradas de género". En J. Arocha, F. Cubides y M. Jimeno. *Las violencias: inclusión creciente*. Universidad Nacional de Colombia-Centro de Estudios Sociales, CES. Bogotá: 234-263.
- 1995. "Mujer y violencia en los conflictos rurales". *Análisis Político*. 24.
- 1995. "Las mujeres y la violencia: conflictos rurales y sus efectos diferenciados por género". En Mauricio García (ed.). *La paz: miradas de esperanza*. Programa por la Paz- Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá y Cali.
- Meertens, Donny y Nora Segura E. 1996. "Uprooted lives: Gender, violence and displacement in Colombia". *Singapore Journal of Tropical Geography*. 17 (2): 165-178.
- 1997. "Las rutas del género en el desplazamiento forzoso". *Revista Javeriana*. 635 (128): 361-369.
- Metcalf, P. y R. Huntington. 1991. *Celebrations of Death: The Anthropology of Mortuary Ritual*. Cambridge University Press. Segunda edición.

- Molas Font, María D. y S. Guerra L. 2002. *Morir en femenino: mujeres, ideología, y práctica funerarias desde la prehistoria hasta la Edad Media*. Edicions Universitat de Barcelona. Barcelona.
- Myerhoff, Barbara. 1978. *Number our days*. A Touchstone Book. Nueva York.
- Moser, O. N. Caroline. 1996. *Situaciones Críticas. Reacción de las familias de cuatro comunidades urbanas pobres ante la vulnerabilidad y la pobreza*. Serie de Estudios y monografías sobre el desarrollo ecológicamente sostenible. 7S. Banco Mundial. Washington, D.C.
- Munczek Soler, Déborah. 1996. *El impacto psicológico de la represión política en los hijos de desaparecidos y asesinados en Honduras*. Traducción de Manuel Matamoros Batson. Comité de Familiares Detenidos Desaparecidos (COFADHE)-Comisionado Nacional de los Derechos Humanos. Tegucigalpa.
- Navia, C. s. f. *Guerra y paz en Colombia, miradas de mujer*. Universidad del Valle. Cali.
- Nordstrom, Carolyn y Antonius Robben. 1995. *Fieldwork under fire: Contemporary studies of violence and survival*. University of California Press. Berkeley.
- Ospina, Ana M. y A. Tenorio. 1993. "Orientación grupal con cónyuges sobrevivientes que tienen hijos en proceso de duelo". Informe de Investigación. Universidad del Valle. Cali.
- Owen, Margaret. 1996. *A world of widows*. Zed Books. Londres.
- Palgi, P. y H. Abramovitch. 1984. "Death: A cross cultural perspective". *Annual Review of Anthropology*. 13: 385-417.
- Palmore, Erdman. 1987. "Cross-Cultural perspectives on widowhood". *Journal of Cross-Cultural Gerontology*. 2: 93-105.
- Pizarro, Eduardo. 1996. *Insurgencia sin revolución*. Tercer Mundo Editores. Bogotá.

- Povrzanovic, Maja. 1993. "Ethnography of a war: Croatia 1991-92". *Anthropology of East Europe Review* . 11 (1-2).
- Red de Solidaridad Social, Presidencia de la República-Naciones Unidas-Consejo Nacional de Política Económica y Social-Instituto Colombiano para la Reforma Agraria. 1999. *Atención a población desplazada por el conflicto armado. Compendio de políticas y normas*. Red de Solidaridad Social. Bogotá.
- Rosaldo, R. 1989. *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*. Grijalbo. México.
- Rico de Alonso, Ana et al. 1999. *Jefatura, informalidad y supervivencia: mujeres urbanas en Colombia*. ICBF-Universidad Javeriana. Bogotá.
- Rojas, Jorge. 1997. Ponencia presentada al seminario sobre Desplazamiento Forzado y conflicto social en Colombia, convocado por la Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. Codhes.
- Rosaldo, Renato. 1989. *Cultura y verdad: nueva propuesta de análisis social*. Grijalbo. México.
- Rosenblatt, P., P. Walsh y D. A. Jackson. 1976. *Grief and mourning in cross-cultural perspective*. HRAF Press.
- Roth, Paul. 1989. "Ethnography without tears". *Current Anthropology*. 30 (5): 555-561.
- Rueda, Pilar. 1998. "Informe sobre mujer y conflicto armado". Consejo Presidencial para la Equidad de la Mujer. Bogotá.
- Rueda Bedoya, Rafael. 1995. *Desplazados por la violencia en Colombia: entre el miedo ...la soledad... y la esperanza*. CEHAP, Universidad Nacional de Colombia. Medellín.
- Sanford, Victoria. 1997. *Mothers, widows and guerrillas: Anonymous conversations with survivors of state terror*. Life and Peace Institute. Uppsala.

- Schieffelin, Edward. 1976. *The sorrow of the lonely and the burning of the dancers*. St. Nueva York. St. Martin's Press.
- Seremetakis, N. 1991. *The last word: Women, death, and divination in inner Mani*. University of Chicago Press. Chicago.
- Silverman, Phyllis. 1986. *Widow to widow*. New York: Springer 1975
 "On Widowhood, Mutual Help and the Elderly Widowed." *Geriatric Psychiatry* 1:9-27.
- Strathern, Marilyn. 1989. "Commentary on Paul A. Roth's 'Ethnography without Tears'". *Current Anthropology*. 30 (5): 565-566.
- Stroebe, W. y M. Stroebe. 1987. *Bereavement and health: The psychological and physical consequences of partner loss*. Cambridge University Press. Cambridge.
- Tovar, P. 2003. "La familia en tiempos de guerra y la guerra dentro de la familia". En P. Tovar (ed.). *Familia, género y antropología: desafíos y transformaciones*. ICANH. Bogotá.
- , 1999. "Más allá del matrimonio: un territorio llamado viudez". *Nómadas*. 11: 178-185.
- , 1995. "Tales of Love and Death: The Lives of Portuguese Widows". Ph.D. Dissertation. Departamento de antropología. The Graduate Center of the City University of New York.
- , 1987. "Estudio sobre familia emigrantes reportadas por abuso y negligencia en Nueva cork". Tesis de Maestría presentada al programa de antropología urbana aplicada. The City College of the City University of New York.
- Urrea, Fernando, Arboleda, Santiago y Arias Javier. 1999. "Redes familiares entre migrantes de la costa pacífica a Cali". *Revista Colombiana de Antropología*. 35: 180- 218.
- Van Gennep, A. 1960. *The rites of passage*. University of Chicago Press. Chicago.

Vásquez, María Eugenia. 1998. *Escrito para no morir*. Ilsa-Ministerio de Cultura. Bogotá.

Weiner, Annette. 1976. *Women of value, men of renown. New perspectives in Trobriand exchange*. University of Texas Press. Austin.

SEGUNDA PARTE
NARRATIVAS DE LA VIUDEZ





CARLOTA

Hija y esposa de militares

Soy de familia de militares, lo son mi papá y mis hermanos, y la familia de él también; además las hermanas, las tías, todas se han casado con militares. Mi papá era oficial del ejército y en uno de sus traslados nació en Armenia, pero jamás viví en un sitio más de dos años; los últimos doce sí, pero el resto de mi vida estuve por todas partes, incluso fuera de Colombia. El bachillerato lo terminé en Bogotá en el colegio militar, luego estudié en la Javeriana e hice un posgrado en administración hospitalaria, con la ayuda de la Corporación Matamoros, que pagó la mitad.

Enviudé a los veintitrés años de edad. A mi esposo Daniel, que me llevaba diez años, lo conocí cuando él era oficial y mi papá trabajaba en la Escuela de Artillería. Como en esa época tenía dieciséis años mi papá hizo que lo trasladaran; lo mandaba a cursos aquí y allá, para que él no estuviera conmigo y no me molestara. Cuando terminé el colegio le dije a mi papá que se quería casar conmigo y él no se opuso, pero dijo que lo único que pedía era que yo estudiara, y que para que estudiara y no tuviera ningún problema él ponía la plata. Sagradamente pagó la matrícula y gracias a Dios terminé la universidad.

Cuando nos casamos él era teniente, y durante el tiempo de mi carrera estuvo conmigo en Bogotá. El noviazgo fue de lejos, pues lo trasladaban de una ciudad a otra, pero nos manteníamos juntos. Apenas me gradué nos fuimos para Valledupar, su último traslado. Para mí fue durísimo llegar allá, a ese clima tan caliente; teníamos un niño de un año, que tenía un sufrimiento neurológico. Me tocó dedicarme a él, porque debía hacerle estimulación temprana y terapias. Contra todo pronóstico, el niño quedó bien. Daniel lo pudo disfrutar así muy poquito tiempo; yo quería esperar más tiempo para tener el bebé pero mi esposo se moría por tener el hijo. Él fue muy bueno con el niño, fue muy buena persona; todo el mundo idealiza a los muertos, pero ese hombre fue inmejorable conmi-

go, me quiso, me cuidó. Mis sentimientos y recuerdos son de gratitud. Una tía mía, por ejemplo, casada también con un militar al que mataron, y cuya relación no era buena ya que peleaban mucho, terminó idealizando el muerto, que era buenísimo, lo cual no era cierto.

Esa vez, un viernes, fue la única que debió salir a patrullar, cuando estaba en el batallón en Valledupar; lo mataron el sábado por la noche. Toda la vida trabajó en inteligencia, su preparación y su experiencia fueron en esa materia. Él ya había sufrido: antes de que yo lo conociera le habían dado un tiro en la clavícula, abajito, en tejido blando, y en la pelvis; también había sido víctima de un atentado y resultó herido en una manifestación. Hizo parte de inteligencia, pero en zonas urbanas, y en Valledupar estaba en lo mismo. Él fue de los que recuperó el armamento que el M-19 robó en el Cantón Norte, por eso lo condecoraron. Pero yo nunca tuve miedo por su trabajo.

Le gustaba tomar trago en las reuniones, y entonces me daba las llaves del carro para que manejara y lo llevara. Había una señora, esposa de otro oficial, que me decía, “En las reuniones de los militares y los oficiales ellos siempre están a un lado y las mujeres en otro. Es una costumbre que tienen y en todas las reuniones y a todas partes adónde van así lo hacen”.

Una vez, saliendo de una de esas fiestas, Daniel me dijo, “Sabes, yo sé que me voy a morir, pero estoy tranquilo porque tú vas a sacar al gordo adelante, ya estudiaste”. A mí me dio mucha rabia; y él continuó, “Tú estás muy joven y puedes rehacer tu vida”. Eso me molestó mucho y pensé que estaba muy tomado. Pero después me entró una angustia terrible y él me vio tan angustiada que me dijo, “No, no, yo voy a vivir muchos años”. Pero él también decía siempre que uno vivía miles de años en los hijos. Él venía de una familia muy tradicional, muy unida, para la que la familia y los hijos son muy importantes.

Daniel era muy desordenado, las cuestiones administrativas, lo doméstico, estaban a cargo mío. De regalo de grado mi papá me había dado una plata equivalente a un carro y él había comprado ganado, lo tenía en la finca de unos amigos y al día siguiente de la fiesta me hizo una lista. Yo sabía que habíamos invertido la plata en eso pero no tenía idea de los detalles. Encima de la mesa me dejó una nota diciéndome tenemos tantos novillitos, eran poquitos, de tales edades, los tiene fulano, tengo unas

armas prestadas a tales personas. Siempre, sagradamente, me levantaba a hacerle su desayuno y ese día, cuando fui a prepararlo, vi la nota; entonces me dio tanta angustia que le hice una novena al niño Jesús del Veinte de Julio pidiéndole que lo cuidara.

A los ocho días de eso murió. No fue ni un encuentro ni un combate. Ellos iban por un camino por el que no debían ir pues deben andar por entre el monte, en silencio. Parece que los guerrilleros venían por el camino también y los escucharon haciendo ruido. Creo que quien más molestaba era mi esposo, porque él era muy alegre y me imagino que para tener contentos a los soldados iba animándolos. Los guerrilleros se escondieron, dejaron pasar al primero y mataron de ahí para atrás. Daniel fue el primero, al parecer gritó. Hablé con los soldados que estaban en la patrulla y me dijeron que lo último que dijo fue, “¡Ay, mi hijo!”, y cayó. De todos esos soldaditos sólo uno reaccionó, no se dejó robar el armamento, mató a un guerrillero y apresó a otro.

Daniel había hecho una investigación, incluso aérea, sobre un campamento de la guerrilla en esa zona, pero ningún oficial se quiso comprometer ayudándolo. Un coronel sí quiso montar una operación pero no quería llevar a Daniel; él insistió, “Mi coronel, esta operación es mía, yo la planeé, yo soy el que sabe, y además me quiero ganar la otra gris”, una medalla que se da por méritos en el orden público. Él tenía una por lo del Cantón Norte y se quería ganar la otra. Finalmente, el coronel lo llevó y justo ese día. Él tenía su patrulla, eran como doce hombres y un suboficial y estaba haciendo muy mal tiempo. Todo eso lo sé porque hablé con ellos; llegaron a una finca, los militares tienen prohibido estarse en las fincas porque serían un blanco fácil, entonces ahí estaba otro oficial de otra patrulla, que le dijo, “Daniel, a pesar de la lluvia, no me quedo acá”. Daniel siguió caminando, la gente estaba cansada, porque dizque los hizo caminar muchísimo. Se quedaron a acampar, hicieron cambuches, que son las carpitas de plástico donde van a dormir, pero por algo no le pareció seguro y los volvió a levantar, estando ya acomodados todos.

El comandante de la patrulla debe ir en la mitad, por si pasa algo él quede vivo y organice a la gente. Pero Daniel se pasó adelante. El soldadito que venía detrás de él dijo, “No, mi capitán, usted no tiene que ir adelante”, y se pasó adelante. Seis tiros le pegaron. Se le destruyó el

pulmón, el corazón y murió en el momento. Todos asustados salieron a correr, pues todos eran muchachitos.

Eso fue el sábado, yo empezaba a hacer mi rural en el hospital el lunes. Mi hijo estaba bien, había conseguido una niña para que lo cuidara. Ella no me ayudaba a hacer el oficio sino sólo a cuidar al niño y a estar con él todo el tiempo, era una adolescente. El domingo por la mañana, muy temprano, antes de las ocho de la mañana, salí del batallón con mi gordo a hablar con la familia de la niña que me iba a ayudar. Cuando llegué todo el batallón sabía que a Daniel lo habían matado. Yo había dejado una ropa en la lavadora y al regresar empecé a sacarla; luego, mientras le daba un huevo al niño, vi por la ventana que venía la esposa del coronel, el ejecutivo del batallón, el médico y la esposa, que eran amigos míos. Pensé que había algún paseo y que venían por mí o alguna cosa así. Abrí la puerta, la esposa del médico me quitó el niño y la mujer del coronel me cogió del brazo y me dijo: “Carlota, Daniel tuvo una emboscada anoche”.

Pensé que me iban a decir que estaba herido, grave, en el hospital, pero me dijo, “¡Lo mataron!”. Sentí que se me caía todo al piso; yo no soy llorona y soy muy tranquila, pero hasta que no pasa uno no sabe cómo va a reaccionar. Dije, “Tengo que llamar a mi casa, a mi papá”. Pregunté dónde estaba el cuerpo. Había sido en un pueblo muy cerca a Valledupar. Yo decía, “¿Pero si es allí no más por qué no tienen el cuerpo todavía?”. Llamé a la casa y mi papá me contestó. Le dije, “¡Papito, mataron a Daniel!”. Dijo, “Yo ya sé”. Un general, primo de ellos, le había informado. “Su mamá no sabe todavía, me dijo, ahora le digo con mañita y tan pronto pueda me voy para Valledupar”. Finalmente no llegó pero me llamaba a cada rato. La señora del coronel estaba muy preocupada porque yo no tenía un vestido negro. Me iban a prestar uno y le dije que no me iba a poner la ropa de nadie.

Como en el helicóptero traían a los muertos entre bolsas negras le dije al médico que me lo dejara ver, pero él no quería. Estaba tranquila, no estaba histérica ni nada y empecé a destapar la bolsa y lo vi. Tenía la cara embarrada, y me di cuenta que no tenía la argolla de matrimonio, el Cristo que tenía siempre ni el arma. Entonces se lo llevaron a hacerle la autopsia. Mientras tanto, todos hablaban y oí que alguien decía que no teníamos plata para el cajón y la gobernación regaló el ataúd.

Daniel tenía muchos amigos, era muy querido y alegre, lo conocía todo el mundo y llegaba a saludarme gente que yo no conocía. Decidieron velarlo esa noche en el batallón pero mi papá dijo que si no había avión de las FAC para traerlo a Bogotá él contrataba el vuelo y hacía que lo trajeran. Inmediatamente apareció el avión y nos vinimos para Bogotá. Era un avión de carga de la Fuerza Aérea; ese vuelo se demora más que un vuelo comercial, son aviones calientes, horrorosos. El capitán me preguntó si me quería ir con él en la cabina pero dije que no. Yo iba con el niño y el ataúd ahí al lado mío. Mandaron un oficial con su esposa para que me acompañara hasta Bogotá. Cuando llegamos al aeropuerto de Catam estaba mi suegra y muchísima gente esperando a Daniel. Yo, que había estado tan controlada todo el tiempo, lloré cuando tocaron el silencio; eso es terrible, es espantoso, doloroso. Lloré también en el batallón cuando la banda de guerra tocó, antes de que saliéramos para Bogotá. En el aeropuerto había una cantidad de carros impresionante; eran veintisiete, los conté, venían a acompañar el ataúd y a nosotros. Todavía oigo el silencio y me siento morir, me duele todo, me revuelve los sentimientos.

Toda su familia nos esperaba en Bogotá, todos ellos y muchísima gente amiga. Había una niña que quiso mucho a Daniel, era muy niña, menor que yo, y tenía su amor platónico por mi esposo; estaba ahí y con ella lloré mucho. Después llegamos al Cantón Norte y allí estaba mi familia. Mi papá es muy poco expresivo, pero yo sabía que por dentro estaba que se quería morir, yo sé que él quería que nada de esto hubiera pasado nunca. Todo el mundo empeñado en que me tomara alguna pasta pero no quise comer nada y cuando tenía sed iba y tomaba agua en el baño. A las diez de la noche había mucha gente. A mí me daba rabia ver todos esos ritos, que son pura hipocresía, puras obligaciones. Los militares tienen una cosa que se llama el plan orquídea, que consiste en hacer turnos para acompañar al muerto y su familia, y a ellos siempre les da pereza que los pongan a eso. Yo sabía que eso no era por sentimientos hacia Daniel o hacia mí, era por mi papá que también había sido militar de alto rango. Entonces estaban por él, por el hermano que tenía alto rango, por el primo, por todos, de verdadero aprecio poquita gente; y eso me daba muchísima rabia.

Después hubo una misa solemne con los coros de la Escuela de Infantería; los soldaditos cantan canciones terribles, entonces ahí también lloré mucho. Cantan "Porque eres mi amigo del alma", de Roberto

Carlos, y otra que realmente es para morir. La banda retumbaba después por toda la iglesia. Había todas las flores del mundo. No he vuelto a ver otro entierro en el que hubiera tantas flores; además, tampoco he vuelto a ir a muchos, el próximo es el mío.

Mi hijo no conocía a mi familia, porque todo el tiempo habíamos estado en Valledupar. A ese pobre hijo mío no lo podía tener conmigo en la velación; se quedó en casa de mi mamá y mi papá, llorando desde que llegó. Lo llevaron un rato pero no soportaba estar en la velación, y estaba feliz con las flores y con la música. Y yo me entristecía de verlo, bailando en ese paseo. Después, como a las diez a noche, nos sacaron, y aunque no me quería ir me fui para la casa. Allá lloré muchísimo y me di cuenta de que le había dado importancia a una cantidad de cosas que no la tienen. La sociedad, las apariencias, la plata, nada es importante.

Nosotros tuvimos un matrimonio excepcional y bueno, con Daniel fui feliz. Pienso que me casé muy chiquita y que él fue mi único novio, pero él no tuvo una vida muy buena ni tranquila. Los cinco años que estuvimos juntos fueron felices, sigo teniendo una relación cercana con su familia. Un día me dijeron que nunca se imaginaron que él fuera a ser buen esposo, y fue inmejorable. Decían eso porque él era tomatrigo, mujeriego e irresponsable, pero nos casamos y no pudo ser mejor persona.

Después del velorio, en mi casa, lloré mucho sola, pero mi hermano, que me escuchaba desde la habitación, venía y me decía, “No llore más, Carlota no llore más”. Ahí lloré mucho. Al otro día no tenía nada negro ni nada de señora, entonces mi papá me llevó a Unicentro a comprarme un sastre. Yo era muy flaquita y todo me quedaba grande y la señora del almacén decía, “Pero usted tan joven, vestida de negro, eso no le queda bien”. Al fin le dije, “Es que tengo que llevar eso porque voy para el entierro de mi esposo”, y se quedó toda preocupada, toda angustiada.

Al regresar al velorio me dijeron que tenía que cambiar la hora del entierro, porque los generales tenían una reunión especial en Bogotá y como muchos eran compañeros de mi papá había que cambiar la hora para que pudieran estar. Les dije que no, que si querían estar en el entierro cambiaran la reunión, no faltaba más. Lo iban a enterrar en el cementerio Central, pero uno de los con cuñados, dijo, él también lo más lindo, “No lo enterremos allá, él ya compró un lote en Jardines de Paz”, y lo llevamos allá. Estuve tranquila todo el tiempo, me pareció tenebrosa la

echada de la primera palada de tierra sobre el ataúd, pues pensaba que allá se quedaba el hombre y que en eso quedó el matrimonio.

Mi papá me decía, “Carlota, en este momento todo el mundo tiene la intención de ayudar, después de que esto pase nadie la va ayudar. Si le preguntan, diga que necesita trabajo”. Efectivamente, todo el mundo era, “¿Qué necesitas?, ¿qué quieres?”, y a todo el que me preguntaba le decía que necesitaba trabajo. Un general, compañero de mi papá, queridísimo él, me dijo, “Carlota, te tengo puesto en la Escuela Militar”. Después él se enteró que no había hecho el rural, y como no se puede empezar a ejercer sin haberlo hecho, me dijo, “No voy a estar aquí toda la vida, tienes que hacer un rural en seis meses para que te pueda seguir guardando el puesto, escoge el sitio”. Tenía que ser rural de orden público para que fuera de seis meses. Pensé en Urabá, donde estaba mi hermano médico, él también es militar, y pensé en Melgar. Él mismo me dijo, “Carlota para Melgar no se vaya, es un ambiente pesadísimo, los rurales son una rumba y es un ambiente que en este momento no le conviene, no se vaya para allá”. En Florencia había otra plaza y allá estaba una tía mía, la esposa de otro militar. Ella me dijo, “Véngase para acá, yo le cuido al niño mientras usted trabaja”. Ya tenía rural listo, pero tenía que ir a empacar mi casa en Valledupar y ocho días después del entierro regresé a meter la casa en un camión.

Empacar todas las cosas fue una tragedia. Cuando eramos novios Daniel estuvo en el Sinaí, y no me escribía sino que me mandaba casetes; mientras empacaba los puse y aun cuando sabía que me estaba flagelando lo hice, los escuchaba. Todo lo suyo se lo regalé a los soldados y a los suboficiales del batallón. Algo espantoso fue que un oficial se me acercó y me dijo, “Carlota, a Daniel le robaron el arma”. A él le encantaban las armas y tenía una pistola muy buena. Ellos tienen armas de dotación pero él tenía la suya propia. Entonces se me acercó alguien, no me di cuenta quién, y me dijo, “No señora Carlota, yo vi que mi capitán antes de salir le dejó el arma a alguien”. Ese día dije, “¡Tiene que aparecer el arma de Daniel!”, y efectivamente, después de que me vieron histérica apareció el arma. Se la querían robar, la gente aprovecha.

La argolla también me la devolvieron, un suboficial me la hizo llegar, con unos billetes llenos de sangre, vueltos nada. De la cadena sólo llegó el Cristo, porque con los impactos a él se le incrustaron pedacitos de

la cadena y el resto salió a volar. La oficina de él la asaltaron, se robaron una cantidad de cosas. Yo sabía qué tenía en la oficina, faltaron muchas cosas y sólo me entregaron algunas. El coronel, comandante del batallón, jamás pasó a decirme, “Señora, sentido pésame, lo siento mucho”, lo que fuera. Fui a su oficina porque sabía que él tenía un saco de Daniel, militar; cuando salí se lo entregué al primero que pasó, pero no se lo quería dejar a ese señor que jamás fue a mi casa a decirme nada. Me imagino que tenía angustia y pena, o tal vez pesar de que se le había muerto un hombre. No sé qué pensaría, no tengo ni idea, pero ese señor lo mínimo que podía haber hecho era decirme, “Oiga, lo siento mucho”. Sin embargo, ya estando allá me dijo, “Su esposo fue un héroe”, y todas las mentiras que dicen en esos casos. No fue un héroe porque él cometió un error al ir por un camino por donde no debía ir y al ir hablando con los soldados: él tenía que ir callado y por el monte. Pero son cosas que todos hacen, no se pegan al reglamento. Por eso sentí un poco de resentimiento contra él, por no haber pensado en Daniel Antonio, nuestro hijo, y en mí.

Me fui al Caquetá en una avioneta que parecía un mosco sobre esa selva verde, verde. Qué cosa tan horrible, sentía un desamparo horroroso, una sensación de abandono terrible y una responsabilidad enorme encima de mis hombros, pensando que tenía que sacar ese muchachito adelante. Era una sensación triste y ocasionalmente lloraba. Cuando llegué a Florencia mi tía estaba en el aeropuerto; en esa época fue la primera matanza, en la que habían muerto más de diez militares y eso estaba recién, en caliente, todo el mundo estaba triste, tenso.

En mi casa acababa de pasar otra tragedia. Cuando pasó todo eso en mi casa en Bogotá estaba alojada la esposa de otro tío, militar también, mayor. Era una juez sin rostro, a él también lo habían matado y mi papá la había invitado unos días a descansar, para que se aislara de su mundo. A ella le tocó vivir otra vez toda esa tragedia conmigo. Ella lo entendía, sentía que la única persona que me entendía era ella, nadie más. Nadie sabe lo que uno siente cuando le pasa eso, sólo alguien que lo haya vivido y sentido sentirá verdadero pesar. Mi mamá, todo el mundo siente, pero de una manera que no es real. Ella sabía qué era lo que yo sentía. “Mira, vas a llorar tanto, me decía, que los ojos y la nariz siempre están colorados, hinchados, pero al final llora uno tanto que no se pone nada colorado”. Mi mamá me decía, “No llore Carlota porque se va a arrugar”.

Mi mamá es toda vanidosa y me decía eso y me provocaba ahorcarla. O decía, “Haga de cuenta que tuvo un mal sueño”, y yo le decía, “Sí, claro, y me quedó este muchachito del sueño”. Entonces se reía.

Y bueno, llegué al Caquetá. Trabajar allá me sirvió mucho porque lo que hacía le servía a la gente, y también podía ayudar de otra forma, diciéndoles cómo debían cuidar las cosas, lavar los alimentos y otras cosas así, para ayudar a la gentecita allá, a los soldados. A mi tía la trasladaron a los tres meses y me tocó traer a mí hijo a Bogotá para que lo cuidara mi mamá, porque yo trabajaba. Para él fue un cambio espantoso pues estaba acostumbrado a estar las veinticuatro horas conmigo; y después, cuando empecé a trabajar, a estar ocho horas con mi tía; pero no había otra opción, tenía que terminar mi rural. Mi tía me contaba, y eso me partía el alma, que él se sentaba, sin hacer ruido ni nada, con la ropa mía a llorar. Otra cosa que me comentaba era que a todos los que veía camuflado les decía papá, y eso me mataba.

Los camuflados son unos uniformes verdes que los militares se ponen cuando el orden público está alterado, y como siempre estaba alterado él recordaba a su papá con el uniforme y le decía papá a cualquiera que veía, y eso me atormentaba mucho. Cuando mis primitas estaban en la casa y llegaba su papá ellas salían gritando papá, papá, y él también salía gritando papá, papá, detrás del esposo de mi tía. Él también fue muy bueno, a él también lo mataron después. Espantoso, una mano de muertos en la familia. Yo había dicho que no iba a un entierro ya nunca más y me tocó ir al entierro del esposo de mi tía.

Después que terminé el rural las señoras de los oficiales fueron muy queridas; ellas salían mucho a rumbear y a pasarla bien, estaban muy lejos de las casas, sin el yugo de los papás y tienen platica. Pero para mí ese tiempo fue terrible, no disfruté los lugares en ese aspecto. Cuando regresé a Bogotá me tenían el puesto en la Escuela Militar y llegué a trabajar allá.

Llegué otra vez a la casa de mi papá y mi mamá. Tal vez por protegerme, yo era muy joven, al niño le habían enseñado a decirles a mi papá, papá y a mi mamá, mamá, en tres meses. El mismo día que llegué y lo vi en el aeropuerto lloré y lloré, pues él se acordaba de mí. Le dije a mi papá, “Papito, tú eres el abuelo, mi mamá es la abuela y la mamá soy yo y el papá se le murió, pero él tenía papá”. Ellos se ofendieron terrible-

mente, cambiaron la actitud que tuvieron de asumir que yo era la hermanita y se alejaron muchísimo; asumen la actitud de abuelos pero resentidos y ofendidos, pero así es.

Me pareció terrible también que a uno le den plata por un muerto; pero cuando me la dieron me pareció que la suma era ínfima. Me dieron un seguro y otra plata, pero fue muy poquita en total. Con eso compré el apartamento y quedé pagándolo, quedé con una deuda de millones; me alcanzó para pagar la mitad. Me sentía miserable y traidora, asquerosa recibiendo plata por él pero también me daba rabia que fuera poquito. Ahora, hace poco, todo eso cambió.

Mi papá había sido jefe de departamento y en todas partes había gente que lo conocía y que por eso me colaboró. Sin embargo, en una ocasión un oficial me dijo, “Señora, pero usted no necesita plata. ¿Por qué va a hacer esas vueltas?”. Le dije, “Porque es un derecho, usted no me está dando esa plata, es un derecho”. Me ofendió que ese hombre me dijera eso, porque efectivamente, ve uno esas mujercitas en un estado lamentable, se les ve el hambre, la pobreza, la falta de cultura y uno dice, “Dios mío, qué va pasar con esta gente”. Entonces, claro, el otro me vio a mí bien puesta y diría esta vieja horrorosa para qué necesita más, pero la plata tampoco la iba a dejar. Otra cosa que me pasó, muy linda: ellos tienen una ficha donde anotan el beneficiario del seguro de vida, para fulano tal porcentaje. Pero Daniel nunca actualizó esa ficha, en la que estaba mi suegra desde que él salió de la Escuela Militar. Ella, lo más correcta, lo más linda, fue y firmó y me entregó la plata, otra se hubiera hecho la... Ahora tengo media pensión porque Daniel tenía trece años y siete meses de servicio, y la pensión es desde los quince. A él lo ascendieron póstumamente a mayor, y por eso tengo media pensión. Gracias a dios, es una bendición saber que todos los meses cuento con eso.

Mi máxima experiencia administrativa era hacer el mercado. Yo manejaba el sueldo de Daniel pero eso era lo máximo que hacíamos y teníamos. Otra cosa que me pasó, por lo que digo que todo el mundo es una porquería y trata de sacar provecho de uno de la forma más miserable, fue que la persona que nos tenía el ganado me dijo que el ganado era de menor edad. Mentiras, yo sabía que eran mentiras. Daniel me dejó anotado y siempre supe que eran de tantos meses y él prefirió que fueran de otros meses y me tocó vender a lo que me quisieran dar. Las armas que estaban

prestadas también se las robaron. Todo el mundo empieza a tratar de sacar provecho; eso es otra cosa terrible, que uno está caído y al caído caerle.

Un día le dije a mi hermano, “Necesito apartamento”. Me dijo, “Cómprase uno”. Le contesté, “Yo no puedo”. Me insistió, me hacía las cuentas, mire, me decía, “Si le hace falta pagar la cuota yo le ayudo, pero no le va a hacer falta”. Mi papá y mi mamá se ofendieron terriblemente porque iba a comprar el apartamento, pues pensaron que me iba a salir de la casa, que me iba a sinvergüenciar o quien sabe qué. Por eso no conté más con el apoyo de ellos, de estar ahí y la seguridad que puede producir tener un techo. Ellos jamás me ayudaron económicamente y no se quisieron involucrar en qué le hace falta, qué le pasa, qué siente, nunca, jamás. Compré el apartamento con todo el susto del mundo pensando que no era capaz. Como no sabía cómo funcionaban las cosas, toda la plata que me entraba, la pensión, el sueldo, todo, lo ahorra y pagaba más cuotas de las que me tocaban. Eso es un error y ahora lo entiendo, pero eso hice y este apartamento lo pagué en menos tiempo, haciendo eso pero con todas las angustias del mundo.

Los tres primeros meses son muy dolorosos; siempre que uno tiene un problema inmediatamente lo asocia con él y eso me llevaba a la depresión aunque procuraba no llorar tanto por eso. La gente poco me vio llorar, incluso en Valledupar me hicieron un comentario maluco al respecto, que yo no había llorado, que no había sentido. Les dije, “Miren, si eso me devolviera a Daniel me hubiera jalado los pelos, hubiera gritado, hubiera armado un berrinche; hubiera sido la primera en llorar, pero como eso no me lo iba a devolver no lo hice”.

Compré el apartamento pero no pude ir a vivir allá porque no me alcanzaba la plata; entonces lo arrendé. Mientras tanto debía vivir en casa de mi papá y mi mamá. Al poco tiempo, ella me dijo que tenía que dar una mensualidad de tanto, era alta. Mi papá y mi mamá tienen plata, y yo decía, “Estos miserables cómo me van hacer esto”. Que era para que yo me hiciera responsable, que era un favor que me estaban haciendo cobrándome mensualmente plata para que yo sintiera que tenía que responder por mi hijo y por mí. Ellos pensaban que me estaban haciendo el gran bien del mundo.

Tengo tres hermanos, dos hombres y una mujer, yo soy la segunda, el mayor estaba en el ejército, era oficial en contra de la voluntad de mi

papá, el tercero era médico oficial del ejército y mi hermanita estaba en la universidad. Pero el mayor se retiró del ejército y volvió de viejo a estudiar, quería trabajar de día y estudiar de noche. Mi papá le dijo, “No señor, si usted quiere mi apoyo estudia de día”. O sea, otra vez como hijo de familia. Yo quedé viuda y regresé, el tercero se separó y también llegó a la casa, entonces estábamos los cuatro. Pero igual, así estuviéramos los cuatro ellos no tenían necesidad de que yo aportara nada pero lo hice. Pagaba cuatrocientos cincuenta mil pesos mensuales en mi casa y cada año, en diciembre, me subían un porcentaje, lo que decía el gobierno. Sí, fue chistoso.

Después tuve un novio, militar también. Pero llegué hasta cuando empezó a decirme que me casara, porque en mi mente jamás estuvo volverme a casar pues veo que los matrimonios de todo el mundo, incluso el de mi papá y mi mamá, son malos, y la mujer siempre lleva la peor parte. Mi matrimonio fue bueno e imagino que elaborando, haciendo cuentas yo sola, pensaba que por lo menos tuve un esposo lindo cinco años, que mi Dios sabe de qué me salvó, peleaba con Dios pero nunca cuestioné que Daniel se hubiera muerto y decía, por algo se murió. Nunca me distancié de Dios; una tía que tengo, su esposo debe tener diez años de muerto, dejó de ir a la iglesia, yo no. Pienso que Dios me salvó de algo, o sea, que todo lo que le pasa a uno es para bien, aun cuando no entienda por qué. Por algo será, Dios me está salvando de quién sabe qué cosa espantosa, de un accidente, de una enfermedad, de otra mujer, de lo que sea, siempre pensé eso.

Como quedé de veintitrés años todo el mundo me insistía en que me casara. Pero eso era algo que me molestaba, que todo el mundo me decía que iba a rehacer mi vida; mi vida no estaba deshecha, o sea, había tenido ese problema pero tenía vida. Todo el mundo habla como si uno se quedara sin vida, eso también me molestaba. Yo tenía vida, así en ese momento estuviera desbaratada. Durante el entierro me daba rabia que me dijeran, “Tú estas muy joven, vas a rehacer tu vida”. Otra cosa que pensaba era que la vida de todo el mundo –incluyendo la de la mamá de Daniel, que después de mí podía ser quien más sintiera su muerte, pues dicen que lo peor que puede pasar es la muerte de un hijo–, incluso la de mi suegra, seguía igual; ella seguiría levantándose a la misma hora, continuaría haciendo las mismas cosas, como todo el mundo, la única vida que cambiaba era la mía, que sí cambió: pasé de estar en Valledupar a

hacer el rural en el Caquetá. La vida mía era la que cambiaba, eso también veía, que todos iban a seguir igual, los hermanos, la mamá, todo el mundo menos yo.

Al papá no lo reemplaza nada ni nadie; la falta de papá que tuvo mi hijo fue terrible y dolorosa. Como soy muy realista, muy fuerte y muy centrada alcancé a pensar que podía controlar la situación. Pero un día el niño empezó a preguntar, Daniel Antonio es muy inteligente, tiene el coeficiente intelectual más alto que todo el mundo. Le dije que el papá se había ido, esas pendejadas que le dicen a uno y que uno repite sin pensar. Le dije, “Tu papá nos quiere mucho y está en el cielo y desde allá nos mira y desde allá nos cuida”. Un niño no puede entender eso y me dijo, “No mamá, él no nos quiere, se voló”. Ese día me partió el alma que me dijera eso. Cuando estuvo en tercero de primaria empezó a ser rebelde, inmanejable y a tener bronca a los muchachitos que tenían papá, pues estaba en un colegio donde hay muchos hijos de militares que tienen su papá.

Nadie puede reemplazar el papel del papá. Estaba tranquila porque tenía su imagen masculina en mi papá y mis hermanos, iba a todas las clases que eran deportivas como el fútbol, lo animaba. Pero para él era una tortura porque era la única mamá que estaba al lado del hijo, los otros eran papás. En el colegio empezaron a llevarlo a psicología y el tipo me aconsejó que fuera a psiquiatría infantil. Mi hermano, el médico, me dijo, “¡Cómo se le ocurre!”. Los mismos prejuicios que tiene todo el mundo, en cuanto a que ir a un psiquiatra significa estar loco. Pero fue tal la situación, la presión del colegio, él académicamente era muy bueno pero disciplinariamente era espantoso, y cada ocho días me estaban llamando al colegio por algún problema. Lo llevé donde un psiquiatra infantil del hospital Militar y ese doctor me dijo, “Mire, lo primero que tenemos que hacer es sacar al muchachito de ese colegio”, y me recomendó otro en donde máximo hay ocho niños por curso. Me dijo, “Allá va a estar bien, lo van a dejar desarrollar su personalidad”. Entonces lo saqué sin que terminara el año; en el colegio me dijeron, “Mire, el niño está muy bien en la parte académica, nosotros no estamos saliendo de él, no lo estamos echando”. Porque allá lo van echando si no les sirve, y como ellos planean a futuro, los niños que van a ser ministros, presidentes o cosas así, y al que no les sirve y no le ven perfil lo sacan. Me dijeron, “Cuando solucione su problema disciplinario aquí lo esperamos, nosotros nunca dijimos que se fuera”. Les dije, “Muchas gracias, adiós”.

En el nuevo colegio era el desarrollo de la personalidad, pero lo académico cero y entonces se dedicaban a otras actividades. Las muchachitas con las faldas arriba, con aretes, con piercing, con el pelo largo; había muchos extranjeros, como muy relajado el ambiente, tanto que él mismo me dijo, “Mamá, sáqueme de ese colegio que no me gusta nada”. Dije, “Qué horror, qué hago con este hombre, dónde lo meto”.

Nosotros salimos del colegio Patria, todos nos graduamos allá, todos entramos a la universidad sin problemas. Pero como es un colegio flojo académica y disciplinariamente me parecía espantoso meterlo allá, pero no tenía más. Allá fui; el padre muy querido me dijo que era una obligación de ellos porque mi esposo había muerto en combate. Me preguntó si tenía problemas disciplinarios, y le conté la verdad; él me dio gracias por ser sincera. Cuando entró al colegio dije este muchachito se ha criado en un ambiente medio elitista y apenas llegue al Patria va a ver a todos esos muchachitos va a decir qué niños tan feos, esto es horroroso. Pues nada; se adaptó súper bien, estuvo siempre feliz, contento él y yo también. Otra cosa que vio allá es que hay más huérfanos, lo que nos sirvió a los dos, que él viera que hay más niños sin papá.

Hace poquito en su salón se murió otro papá; eso sirve, es increíble pero eso sirve. Y estoy muy agradecida con los curas, académicamente es flojo y para las exigencias que debería tener para lo que puede dar. Pero allá ese hombre no estudia, no hace nada, son puros cuadernos bonitos. Es muy querido; es impresionante pero tiene la misma personalidad del papá, alegre, cuenta chistes, galante con las mujeres, muy correcto, muy rígido, pasados al extremo, y eso me encanta.

He quedado con algo de resentimiento frente a los guerrilleros. Cuando voy a confesarme le digo al padre que tengo un talegado de pecados y que si no fuera por los mandamientos, le digo que no tengo a quien matar porque no me han dejado un guerrillero por ahí. Para el niño el resentimiento es por haberse quedado sin papá. Pienso que ojalá acaben a todos los guerrilleros, los exterminen. Toda mi vida tuve esa cuestión, pues como crecí en una familia militar la guerrilla siempre ha sido el enemigo, aun cuando más o menos a la edad de mi hijo pensaba que en este país hay mucha injusticia, mucha corrupción y mucha porquería, y que no está bien que un niño nazca en estrato seis y tenga todas las oportunidades y otros nazcan en Ciudad Bolívar y desde que nacen ten-

gan todo en contra. Siempre pensé eso y dije que si no hubiera nacido en una familia militar de pronto guerrillera sería, porque sus argumentos me parecen válidos. En este momento no, esos son unos hampones, pero los ideales con que inició Pizarro, por ejemplo, tienen toda la razón, o sea, desde el punto de vista romántico, es utópico. Esa gente de las Farc no piensa sino en el negocio, entonces contra ellos sí estoy.

Al principio, cada vez que veía las noticias y veía que mataban un militar volvía y repasaba mi dolor y pensaba en la pobre esposa y en todo el mundo. Todavía trato de ayudar a las que conozco; voy y hablo y les digo lo que tienen que hacer en relación con lo administrativo, porque nadie sabe qué deben hacer y nadie las orienta; tienen que hacer esto y lo otro, aunque parezca absurdo. Por ejemplo, es importante seguir vinculada al club Militar porque eso sirve a los hijos, y tiene que vincularse a la Matamoros porque allá le ayudan a uno de varias formas. A todas les digo eso, a todas, porque tengo varias amigas viudas que fueron compañeras de colegio o de trabajo. Como decía la esposa de mi tío, que ella sí sabía qué se sentía, y entonces está uno como en la montaña rusa, y en un momento te sientes poderosa y piensas que vas a salir adelante pero en otro vuelves y te derrumbas y piensas qué desgracia, qué tristeza, qué injusticia contigo que te pasó eso.

Iba a la tumba de Daniel y lloraba mucho sola, sin que nadie me viera. Mi mamá, por ejemplo, dice que soy una piedra, entonces le digo que a ella le conviene pensar eso, con eso tiene una preocupación menos. Al niño no le gusta ir, ya vamos muy poquito. El hueco en que enterraron a Daniel era doble por lo que se suponía que el otro era para mí, pero ahí metieron a mi suegro, desde que lo enterraron a él no volví sino para los aniversarios y los cumpleaños. Para mí hay muchos símbolos absurdos, que no quieren decir que se esté expresando la tristeza. La argolla me la quité mucho tiempo después, derretí la de él y la mía. Antes me ponía las dos, desde luego la de él era mucho más grande y las argollas nuestras eran gruesas. Las hice derretir y mandé hacer un aro.

Antes era muy complicado; supe el caso de una viuda del ejército a la que hicieron firmar una declaración de que no se iba a volver a casar. Así era, y una de las razones por las que las pobres mujeres no se podían casar era porque perdían la pensión. Me acuerdo con horror que mi papá tenía un compañero que murió y cuya esposa fue muy cercana a mí casa;

siempre que ella tenía un pretendiente mi papá le decía, “No se case porque pierde la pensión”, y se quedó sola. ¡Qué cosa tan horrorosa!, muchas no se casaron y ni siquiera podían tener relación de hecho ni de ningún tipo. Claro que hace como tres años una ley del congreso estableció que uno no pierde ningún derecho, y es lo más lógico. Por ejemplo, si me caso sigo teniendo el hijo que es responsabilidad de mi primer matrimonio. Cuando se muere un militar entonces uno debe mandar una carta al club Militar –esas cartas me las hizo mi papá que sabía todo eso, que le cuento a las otras viudas que conozco–, dirigida a un comité y ellos, según la hoja de vida del oficial, autorizan seguir con el carné o lo quitan.

No tuve ningún presentimiento, claro que será por mi forma de ser. Nada, sólo la angustia que tuve cuando él me dijo que se iba a morir, que él sabía que se iba a morir, qué horror, pero después absolutamente nada. Los días previos a su muerte iba a empezar el rural y llevaba un año sin estudiar; por eso me levantaba en las madrugadas a estudiar, como a las cuatro de la mañana, a repasar, y la noche en que se supone lo mataron el niño –que ya dormía en su pieza, solo– pasó una noche muy mala, sin despertarse pero quejándose y moviéndose por la cuna toda la noche; yo iba y lo tocaba y no sé qué tendría, pero eso fue excepcional. De resto nada y después de muerto tampoco. Tengo el convencimiento de que de alguna forma me protege y me ayuda.

Nunca soñé con él. Sólo una noche, cuando la señora que lo amortajó me comentó que no se explicaba cómo no se le había caído el brazo, porque lo tenía pegado del cuerito no más, pues los proyectiles entraron por el brazo y lo desbarataron. Esa noche soñé que él me decía que le dolía mucho el brazo, pero de resto nunca más. Esporádicamente sueño con él, pero como si no hiciera parte de mi vida, o sea, está ahí pero como lejos.

El día que lo mataron a mi suegro le pasó algo curioso; el hermano mayor de Daniel fue a buscar a su papá para contarle. Jaime, mi suegro, que estaba sacando el carro, le vio la cara transfigurada y le dijo, “¡Mataron a Daniel!”. O sea, como que ya sabía aun cuando nadie le hubiera contado. Después, un soldado del casino dijo que Daniel no podía estar muerto, que esa noche había ido a pedir una cerveza. Yo le dije, “Eso son mentiras tuyas porque si se le hubiera perdido algo se me hubiera aparecido a mí y no a usted”. Él se reía y aseguraba que Daniel había ido esa noche y que le había pedido una cerveza. Cuando vamos al cementerio mi

suegra lo saluda y hace señas en la lápida y dice, “Qué hubo mijito, haga algo para mejorar mi presión”. Yo no, se murió, se murió. Un día me dijo que si quería hablar con Daniel, que ella tenía un médium que le permitía hablar con él. Por Dios santo, yo no quiero hablar con él. Y después una oficial, bacterióloga, que ya se retiró pero que en esa época andaba con los huesitos del esposo para todas partes dentro de una cajita, me preguntó, “Mijita, ¿usted ha hablado con Daniel?”. Le dije, “No, ni que me vaya hablar porque me mata, a mí que no me hable”. Ella habla con los huesitos, aunque se casó otra vez. Un día, estando en el Caquetá, había una tempestad tropical terrible y dije esto si está como para que se me aparezca Daniel. Salí entonces a la terraza que había en casa de mi tía y el soldadito que estaba de guardia, recostado en la pared para protegerse de la lluvia, se movió y casi me muero del susto. Virgen santísima, a mí que no se me aparezca ese hombre. No, nunca, los muertos no están vivos.

Lo más terrible de haber sido viuda es la sensación de abandono, de que estás botada en este mundo sin ninguna protección, a pesar de mi forma de ser, a pesar de que tenía el respaldo de mi familia, de que había estudiado. Mi mamá me decía que las penas con pan son buenas, pero esa sensación de abandono absoluto no me dejaba. Y al hijo nadie le reemplaza no haber tenido papá. Pensar que hubiera sido un papá excelente, porque mi suegro fue un pésimo esposo, pero mi esposo hubiera sido un papá excelente. Y causa resentimiento saber que esos miserables hacen una guerra teniendo todo el mundo oportunidades; de pronto no son las mismas, pero este sería un sitio hermoso para vivir. Es terrible que se haya perdido la vida de una persona, tenía treinta y tres años cuando lo mataron, en la mejor época de producción, de servicio, de poder darle a este país, a la familia, y que se haya muerto no porque una enfermedad se lo llevara. El que lo mató fue un soldado, alguien que había estado en el ejército, que había servido en el ejército; fue uno de los mejores soldados y lo premiaron enviándolo al Sinaí, y cuando salió se metió a la guerrilla y mató a mi esposo. Fue al que cogieron preso y contó que había estado de soldado.

El juez, que era amigo mío, me contó cosas que no debía haberme contado, pero por mi interés y por la amistad con mi esposo me contó, incluso me dio fotos del único guerrillero muerto y el sitio en que estuvieron. Tengo los proyectiles, me los dio, los plomitos, porque no queda el proyectil completo sino los plomitos, todos achatados; al estrellarse de

pronto contra las costillas quedan planos. Los tengo, la cosa es medio macabra pero a mí no sé por qué me los dio el médico, los tenía guardados. También tuve acceso al caso táctico, una reconstrucción de los hechos que reparten en todo el ejército. Estudian el caso para que aprendan de los errores y saquen algún provecho de esa cosa mala. Me leyeron el caso táctico ya estando en Florencia y había muchas mentiras, como decir que había buen tiempo, el tiempo era pésimo, la visibilidad mínima. Cuentan mentiras, eso ofende, que digan cosas que no son. Tengo la entereza de saber y de aceptar que Daniel no debía ir por un camino, que seguramente iba hablando porque él era así, pero esa gente por qué dice mentiras si están aprendiendo de una cosa que pasó y podrían sacarle más provecho contando como fueron las cosas y no con mentiras. Pienso que con decir la verdad no están enlodando la memoria de nadie.

A uno eso le sigue doliendo toda la vida y cuando cuento se me llorosean los ojos. Eso no se sana, y pienso también cómo se puede aguantar todo ese dolor. Me pasó otra cosa: cuando estaba recién casada mi esposo tuvo un problema cancerígeno, me entró una angustia espantosa, lo llevé al hospital Militar, pero fue algo benigno. Y lo operaron, se lo quitaron, quedó sano y estaba perfectamente, debía tomar una droga de por vida que suplía las hormonas tiroideas y estaba perfecto. Pero eso fue muy doloroso para mí, estaba en sexto semestre, que le digan a uno que el esposo tiene cáncer, uno se imagina muerte, eso fue doloroso. Y después nació mi hijo con un problema en el occipital izquierdo, era una parte grande porque yo lo veía en los estudios radiológicos. Decía, este hijo me va quedar con retardo. Tuve que hacerle un examen para ver si iba a quedar sordo, ciego o con un retardo; los resultados eran terribles, espantosos, y me quería morir. Pero un médico viejito me decía, “He visto exámenes mejores que estos y los niños quedan retardados, y he visto peores y los niños quedan bien. Lo que tiene que hacer es dedicársele a ese muchachito”. Y ese año se lo dediqué en alma, vida y sombrero al muchachito, haciéndole las terapias, hablándole. Al año hicieron un estudio en el hospital Militar y el único hijo niño normal que tuvo esos problemas tan graves era el mío, los otros quedaron retardados. Mi Dios le da las cosas a las personas que tienen la capacidad de soportarlas, pero es un daño tremendo, es mucho.



FABIOLA

Nacida en cuna de revolucionarios, esposa de guerrillero

Mi negocio es la compra y venta de ropa usada. Compró a muy bajo precio, porque es para gente de escasos recursos económicos. Por ejemplo, aquí vino una mamá a quien el día de la madre le regalaron un vestido, y vino al día siguiente a decirme, “Doña Fabiola, cómprame este vestido porque no tengo con que comprarle comida a mis hijos”.

Y yo le volví a comprar el vestido a la señora, por cinco mil pesos, para que ella comprara una libra de papa, una de frijoles, una de arroz y una panela y le llevara una comida a sus hijos.

Trabajo en Siloé, un barrio grande aquí en Cali, que se divide en barriecitos. Aquí compra también gente del distrito de Aguablanca, de Terrón Colorado y de los barrios más populares que hay en la zona. Viene gente de Yumbo, viene gente de otras partes: de Jamundí, de Puerto Tejada, de otros municipios que están muy cerca pero que son muy pobres. Por eso me buscan, aunque les cueste el transporte intermunicipal, pues consiguen cosas económicas.

La gente me busca y dice, “Si doña Fabiola no está, entonces no entro y más bien la espero”. Por ejemplo, el sábado pasado llegué tarde, porque fuera de este trabajo también tengo que lavar la ropa, hacer la comida, limpiar la casa y todo. Entonces, los sábados hago el mercado y mientras lo guardo y preparo el almuerzo que voy a traer se me hace muy tarde y llego aquí más o menos a las diez de la mañana. Cuando llegué me dijeron que una señora me esperó como una hora y que ella no se podía ir sin comprarme, porque era muy económico. La señora venía a comprar ropita para sus tres niñitos.

Vivo con mi hijo Memo, y ahora está con nosotros mi cuñada de setenta años, pensionada, que nos da un aporte como de sesenta o setenta mil pesos mensuales. Si falta algo, entonces ella lo compra; si ve que

para mañana no hay arroz, va y lo trae; además nos colabora arreglando el apartamento y así yo respondo por mi hijo menor. Ella está esporádicamente; por ejemplo, el año pasado estuvo sólo seis meses conmigo. En junio se fue a Cúcuta, donde un hermano, y en diciembre estuvo en Pereira, donde otro, hasta febrero. Ahorita estoy con ella porque se le murió la mamá y luego el papá, y la casa donde vivían la vendieron y se quedó sin dónde vivir; por eso nos pidió a nosotros que la tuviéramos un tiempo.

De parte de la familia de él, los Romero, no tuve mucho apoyo moral, porque yo pienso que, primero que todo, no estaban muy de acuerdo con tener un hermano y un hijo guerrillero. Segundo, en el momento en que Fabio murió había mucha represión, uno estaba muy asustado y ellos tenían mucho miedo de que les pasar a algo, por eso más bien se alejaron. Claro que en ese momento, cuando él murió, no entendí eso. Tuvieron que pasar muchos años para hacerlo. Lo que pasa es que la familia de él y la mía son muy diferentes. La de él económicamente mejor que la mía; la mía, muy mal pero moralmente mejor con uno. Pasaba cualquier cosita y ellos estaban ahí, nos apoyaban, se sentían orgullosos de que su hermana y su cuñado fueran miembros del M-19. Nos daban ese apoyo moral tan importante. En cambio, en el otro lado tenían más medios, pero, moralmente, nada de apoyo. Nunca ayudaron ni moral ni económicamente.

Sólo he tenido un compañero en la vida: él, Fabio. Lo conocí desde que era muy niña, yo tenía como once años más o menos. Yo era de la Juventud Comunista (Juco) y Fabio también. Allí nos conocimos. Cuando me casé con él tenía quince años. Me enamoré solamente de él y nunca más tuve otro compañero.

Nací en una cuna de revolucionarios. Mi papá era miembro del Partido Comunista, miembro del comité central del Partido. A nuestra casa iba todo el mundo. Desde muy joven iba a las reuniones de la Juco, íbamos todos los jóvenes, y allá conocí a Fabio. Apenas nos mirábamos y nada más, no había ningún enamoramiento ni nada. Eso fue como en 1962. Él me llevaba como diecisiete años. En esa época él estuvo en la Unión Soviética estudiando filosofía y economía. Cuando volvió yo ya había madurado un poco más y me enamoré del todo, locamente, hasta que nos casamos. Por la iglesia y todo, porque tengo religiosas en mi familia, una tía y una hermana. Mi mamá murió cuando yo tenía cinco años, pero en reemplazo de mi mamá quedó una tía que era muy religio-

sa y me crió a mí. Cuando le conté que tenía un novio y que me iba a organizar con él, mi tía me dijo, “¡Ay, mamita! No me haga sufrir, a mí me gustaría que usted se casara, que saliera de la casa casada. ¿Cómo se va a ir así con un hombre?”.

Entonces yo le dije, “No tengo ningún problema en casarme por la iglesia”. Y no tuvimos ningún problema, pues Fabio aceptó también y mi papá estuvo de acuerdo. Pienso que mediante la estadía de él en esa casa que era la del Partido Comunista, y de ver que era un joven echado para adelante, inteligente, con muchas capacidades, con muchas ganas de sacar esta Colombia adelante, le gustaba mucho, por eso pienso que mi papá se puso muy contento y nos casamos en 1964.

Tuvimos tres hijos. El mayor se llama Jorge Fabio y ahora tiene treinta y cuatro años, le sigue Darío, de treinta y tres, y el menor es Memo, de veinticuatro. Mi relación con Fabio fue muy bonita porque, primero, estaba enamorada, súper enamorada y no veía sino por los ojos de él. Y siguió siendo muy bonita después. Pienso que no tuvimos una relación normal en la que yo viviera en un apartamento con mis hijos, en donde mi compañero llegara, desayunara, almorzara, comiera y a dormir. Eso sucedía muy esporádicamente, cuando él llegaba, porque estaba en el monte, en sus tareas, estaba fuera de la ciudad y eso no era lo cotidiano de nosotros. De vez en cuando se quedaba unos tres o cuatro días, de vez en cuando, no siempre. Pero todo ese tiempo que estuve sola con mis hijos a mí nunca se me acabó el amor. Siempre estuve enamorada. Como padre, él fue magnífico. Por ejemplo, desde que yo quedé embarazada de Jorge Fabio estuvo pendiente de mi embarazo, porque era muy jovencita, y él estaba allí, dándome fuerzas, diciendo qué rico, cómo va a ser de lindo mi niño, y me acariciaba y besaba. Cuando llegó el momento de dar a luz no me encontraba en la ciudad, había ido a visitarlo en el monte. Yo iba esporádicamente a visitarlo y me cogió por allá el tiempo. Dos de mis hijos nacieron por allá en el monte. Me asistió una señora que atendía partos, una partera.

Cuando quedé embarazada del menor fue diferente, pensé que ese hijo lo iba a tener en una clínica con todos los cuidados, donde me atenderían todo. Yo quería que esa vez fuera distinto. Me registré en el médico y me hice control cada mes. En los otros no me hice control. Cada mes fui al médico para que me mirara y revisara cómo iba todo. Y cuando fui

a dar a luz Fabio no se encontraba con nosotros, estaba haciendo un trabajo especial, llevaba más o menos seis meses sin verlo y sin saber nada de él. Memo nació en diciembre del 75. Unos días antes llegó Jaime Bateman a mi casa, porque él sabía que Fabio no estaba y yo ya estaba próxima a dar a luz, y fue a dar una vueltica a ver cómo estaba. Cuando llegó me empezaron los dolores del parto y él me acompañó al médico. El Flaco me acompañó para que me viera el médico a ver si ese día iba a tener a mi hijo o no. El médico dijo que todavía no, que caminara mucho porque no estaba dilatando lo suficiente. Jaime me acompañó a caminar, nos fuimos desde la consulta del médico hasta la casa a pie, esperando que fuera pronto. El 8 por la noche apareció Fabio y el 9 de diciembre nació el niño.

Pienso que pude estar tanto tiempo sola y mantener la familia y la relación de pareja porque entre los dos había mucho amor. También entendía lo que Fabio estaba haciendo y estaba de acuerdo, y, además, yo hacía mi trabajo también. Eso lo hace tener a uno mucha fuerza, mucha resistencia y mucha capacidad para enfrentar todo. Es muy duro para uno. Es durísimo, pero uno es capaz de salir adelante.

Casi siempre viví sola. Primero, con mis dos hijos, porque el menor se demoró nueve años; después, cuando nació, vinimos a vivir a Cali y estando el niño muy pequeño fue cuando pasó lo del robo de las armas en el Cantón Norte y caímos presos, estuvimos ambos en la cárcel; allí fue donde se desintegró ese hogar mío con mis hijos. Memo tenía tres años, a él lo tuvo una hermana de Fabio y respondió por el niño, y los otros dos, que estaban más grandecitos, se quedaron viviendo en la casa en donde nosotros vivíamos con un hermano mío, que no era mucho mayor, le llevaba uno o dos años a Jorge Fabio. Uno de mis niños estudiaba en la mañana y el otro en la tarde.

Entre los dos, alternando siempre, iban y me llevaban el desayuno o el almuerzo a la cárcel. Y se idearon que en la coquita plástica donde me mandaban el almuerzo pegaban un papelito en el que me contaban todo lo que había pasado, cómo estaban y qué habían hecho. Me preguntaban cómo se hacen unas lentejas, qué hacemos mañana de almuerzo, cosas de esa clase. De todas maneras, mantuvimos la unidad de la familia; durante los once meses que estuve detenida todos los días conversamos por medio de ese papel.

Los primeros seis meses, mientras se terminaba el contrato de arrendamiento, mis hijos vivieron en compañía de mi hermano en una casa, en un barrio de Cali. Cuando ese contrato se terminó pensé que no podía tener mis niños sin saber dónde estaban viviendo y decidimos, entre Fabio y yo, porque con él nos comunicábamos aunque estaba en la cárcel del Barne, decidimos que los niños se fueran a vivir a Pereira, donde los abuelos paternos.

Nunca pensé en separarme o en dejarlo, yo nunca me desenamoré. Se piensa en una separación cuando se desenamora, pero en este caso como lo quería mucho, no quería separarme de ella. Hubo peleas cotidianas, por cosas insignificantes, pero algo serio, como para decir me voy a separar, no. Yo estaba muy enamorada; Fabio no fue un hombre violento, diría que en el hogar era muy calmado y muy cariñoso con sus hijos. Él sabía que no podía verse a diario con sus hijos, que sólo podía hacerlo muy esporádicamente. En estos días estuve hablando con Jorge Fabio e hicimos la cuenta de cuánto tiempo vivió él junto con su papá, y vivió cuatro años, pero no seguidos. Por tiempos. El mayor tiempo que lo tuvieron cerca fue cuando vivimos en Cali.

Jorge Fabio tenía diecinueve cuando mataron a su papá. Ellos lo recuerdan, porque yo a mis hijos les inculqué, primero que todo, el amor a su papá. Yo no fui una mamá que estuviera diciendo, “Miren, a mí sola me tocó llevar esta responsabilidad. Me toca esto. Me toca lo otro. Miren a su papá que nunca se preocupa por ustedes, que nunca está”.

No. Nunca oyeron algo así. Siempre tuvieron una muy buena imagen de su papá. Tengo algunas fotografías que he conseguido después de su muerte, porque después de su muerte mucha gente se me acercó y me contaban: yo conocí a Fabio cuando teníamos tantos años, lo conocí en tal lugar. Entonces, cada que una persona me ha dicho eso, yo le digo, “Vea, usted, ¿no tiene de pronto una fotografía? Es que yo no tengo ninguna fotografía de ese tiempo. Me quedé sin nada por la vida clandestina que llevábamos, por los allanamientos”.

Cuando allanaban la casa no encontraban el arsenal; es decir, el arsenal eran las fotografías y las cosas que uno quiere tener de recuerdo para después mostrarle a sus hijos cuando sean mayores. Todo eso se llevaban. Tengo algunas cartas porque me las tenía guardadas mi hermana la monja. Y si no, de pronto, tampoco. Se las daba a guardar por segu-

ridad. Los muchachos siempre las han visto. Ahora, el 31 de diciembre pasado, vino Darío a pasar el fin de año conmigo y nos pusimos a revisar cosas que uno tiene guardadas y encontramos cartas de Fabio. Darío leyó una y se puso a llorar. Pero no quería que lo viéramos llorar, se paró y disimuló. Pero le pasó la carta a Memo y Memo también la leyó, se paró y disimuló. Entonces, yo la leí, también, y lloré, y después les dije a ellos: “¡Ay! Cómo lloramos de bonito por separado, en vez de habernos sentado juntos para llorar, y nos reímos después”.

Pero, cada uno de ellos no quería que el otro se diera cuenta de que estaba llorando. Los que más me han pedido, siempre, que veamos las cartas, las fotos y todo eso, son Jorge Fabio y Darío. Memo, el menor, hasta este momento nunca ha expresado los deseos de ver esas cartas ni de ver fotografías.

La muerte de Fabio fue en el año 85. Había terminado una reunión que el M-19 hizo en Los Robles, Cauca, y después de esa reunión lo mandaron para Cali a asumir la responsabilidad de una tarea. Cuando él llegó a la casa me preocupé mucho. Yo vivía en Cali pero ya había descartado en mi vida la posibilidad de que él viviera con nosotros. Ya sabía que si iba a verlo lo iba a visitar en el monte. Y que si íbamos a tener una entrevista nos poníamos una cita en cualquier lugar; pero no en Cali. Mucho menos donde yo estuviera viviendo. Entonces, cuando él apareció en Cali y dijo que se venía a vivir acá, me preocupé. Me preocupé mucho; primero que todo, porque no pensaba cómo iba a formar un hogar con él. No porque hubiera dejado de quererlo, sino porque me parecía que él ya era una figura muy conocida. Un hombre al que todo el mundo reconocía en la televisión y en la prensa. Yo temía por su seguridad y entonces estaba supremamente preocupada. No sabía cómo iba a asumir esa responsabilidad que me tocaba a mí con él. Pero cuando ya vi que eso era un hecho y que él ya estaba aquí, había que tomar decisiones. Yo vivía de arimada en la casa de unos familiares de él; entonces tuve que pensar cómo vivir. No teníamos camas, no teníamos nada de lo que se necesita para estar en un hogar. Pero gracias a la solidaridad de la gente, a los amigos de Fabio, aparecieron camas, muebles, estufa, nevera. Arrendamos un apartamento y nos fuimos a vivir allí con mis hijos.

A Memo le dijimos que por seguridad el papá se iba a llamar Luis Carlos, que no le íbamos a decir a Fabio. Él entendió eso. Memo estaba en

la escuela e íbamos a llevarlo. Fabio empezó hacer los trabajos que tenía que hacer aquí. Yo, de todas maneras, seguía muy preocupada por su seguridad. Entonces, entre mi hijo Darío y yo hablamos para que, por ejemplo, él no saliera después de las seis de la tarde; para que yo pudiera cumplir algunas citas; para que las razones que mandaran fueran escritas para no distorsionar uno nada. Yo asistía a la cita, me entregaban el pape-lito y yo entregaba otro. Hicimos todo lo posible por colaborarle en eso. Estábamos muy temerosos por su seguridad. A pesar del riesgo que eso significaba. Así pasamos cinco meses, hasta su muerte.

Fabio llegó a la casa en marzo y pasamos juntos marzo, abril, mayo, junio, julio y agosto. Habían pasado ya cinco meses pero, sin embargo, yo no me había adaptado. Seguía temerosa, tenía miedo. Si de pronto él, por alguna razón, no llegaba a las seis, a las siete de la noche ya estaba muy asustada, preocupadísima de que le hubiera pasado algo. Un día, el 27 de agosto, él no llegó a las seis como estaba acostumbrado a llegar. Y yo estaba muy preocupada. Pero ¿qué pasaría? Llegó como a las once de la noche. Le dije: “¡Hombre! ¿Por qué se demoró tanto? ¿Qué pasó?”. No, nada. Estaba en una reunión muy importante.

Y él estaba contando qué había pasado, cuando vino el portero de la unidad donde estábamos viviendo y preguntó por él. Dijo que quería hablar con el señor. Él lo mandó a entrar y le dijo: Hermano, ¿qué necesita? No señor, lo que pasa es que yo vengo a contarle que el B-2 lo está buscando. ¿Cómo así que el B-2? ¿Usted cómo sabe? Porque, ellos se identificaron. Hermano, muchas gracias.

Cuando el señor se fue, Fabio dijo: ¡Huy, hijueputa! me van a coger. Había una casa bien guardada y Fabio pensó que esa casa era muy secreta y que nadie la conocía, y creyó que lo mejor era irse esa noche para esa casa. Se fue con sus dos hijos, en ese momento Jorge Fabio estaba aquí, había venido a pasar vacaciones. Se llevaron lo que era muy comprometedo dentro del apartamento donde estábamos viviendo. Y se fueron donde todos creíamos que iba a estar muy seguro, y yo me quedé en el apartamento con Memo. Pero nada más, mientras arreglaba, porque en el afán de salir a la carrera las cosas se desorganizaron. Yo no quería que las cosas se vieran desorganizadas. Y organicé las camisas, los pantalones, todo lo organicé en el clóset para que se viera bien bonito, que no se viera que salimos a la carrera. Lo organicé todo y decidí que “guerra

avisada no mata a soldado”, si lo estaban buscando, lo más seguro era que al otro día iban a llegar al apartamento. Y entonces me fui con Memo como a la una de la mañana y me fui con lo que tenía puesto. Avisé a una muchacha del tercer piso; era una muchacha como que coqueteaba con mi hijo, como que se gustaban, y le dije: “¡Ay! Vea, niña, lo que pasa es que acabo de pelear con mi esposo y me voy a ir. Usted, ¿por qué no me hace un favor y me guarda estas cositas?”.

Y guardé unas cosas que yo quería recuperar después, un álbum con fotos familiares, que en este momento me gustaría tener. Y además, una mira infrarroja que había acabado de llegar al país. De esas que señalan dónde disparar en las noches. Eso que era de tanto valor, lo guardé y se lo di a esa muchacha en una maleta, le dije que yo después volvía por eso. Ella me recibió todo y yo salí con Memo. Me fui a dormir donde un sobrino de Fabio. Estaba allá durmiendo cuando llegó mi hijo Darío, entonces le dije: ¿Usted que está haciendo aquí? Mi papá me mandó a que sacara el carro, me contestó. Fabio no quiso sacar el carro en que se estaba movilizándolo, sino que él se fue en un taxi y devolvió a Darío para que fuera y sacara el carro y lo guardara en otro lugar. El muchacho hizo eso. Fue y buscó a un compañero y le dijo: Vea compañero, a usted le toca irse mañana a las cinco de la mañana en este carro y se va para Bogotá. Y el muchacho se fue con el carro para Bogotá.

El 28 de agosto como a las cinco y media de la mañana fue cuando tocaron a la puerta. Y cuando tocaron yo pensé que nos están haciendo un allanamiento, porque me parecía que no era normal que antes de las seis de la mañana me estuvieran tocando en la puerta. Mi hijo Darío fue a abrir la puerta sin maliciar nada. Yo me paré y le dije que no abriera. Que preguntáramos primero quién era. Preguntamos y respondieron: La lavandería. ¿La lavandería a las seis de la mañana? ¡No puede ser!

Entre las cosas que no dejé guardadas había un revólver, un pasaporte y algunas otras cosas que me parecían muy delicadas, y las había llevado dentro del bolso. Cuando me dijeron que abriera la puerta puse el revólver en mi pijama con el pasaporte, y lo demás lo dejé dentro del bolso. Ellos volvieron a insistir. Entonces tocaron otra vez. ¡Que abra! Que no. Hasta que abrimos, y claro, era un allanamiento. Yo me había cogido el revólver pero volví y me acosté. Entonces, gritaron: ¡A la sala! Me dirigí a la sala. Levantaron a todo el mundo. Hicieron el allanamiento.

Y después, cuando hablaron por radio, les ordenaron detenernos. Cuando escuché eso le pedí al que estaba conmigo permiso de bañarme. Me dijeron que podía hacerlo. Fui al baño, me bañé y me puse la misma ropa y el revólver lo dejé guardado allí dentro de los papeles. Yo quería salir de esa casa rápido, quería que me detuvieran ya, inmediatamente, porque pensaba que a Fabio no le había pasado nada y que él, de pronto, me iba a buscar. Yo rogaba: ¡Que cuando venga no me encuentre! Pero que no le vaya a pasar nada. Entonces, nos cogieron a todos. Nos montaron en un carro y nos llevaron para el DAS. Cuando estaba detenida en el DAS, fue que me di cuenta de que Fabio no aparecía, ni Jorge Fabio tampoco.

A todos los que estábamos en la casa nos detuvieron. Llegamos al DAS, nos incomunicaron y empezaron a hacernos un interrogatorio. A mí me preguntaron si sabía de Fayad, si sabía de Pizarro, si sabía de Rosemberg, si yo sabía de todos ellos. Yo les dije que no, que no sabía nada de ellos. Me insistían, que pensara bien, que reflexionara. Si reflexiono ellos me van a dar un buen trato, me van a dar un pasaje y un pasaporte para irme fuera del país. Que lo piense. Entonces les digo: No, señores, es que yo no tengo nada que pensar. ¿Usted conoce a Pizarro? Claro, yo los conozco a todos. Y ¿por qué los conoce? Yo los conozco, porque fui a verlos a Corinto, a todos los conozco. Entonces decidieron que a mí iban a hacer la prueba del guantelete. Cuando me estaban haciendo la prueba del guantelete, prenden un radio y dicen: Radio Súper informa la muerte de Fabio Romero. Así me dí cuenta de que a Fabio lo habían matado. Pero me quedé estática. ¡Estática! Tenía el guantelete aquí en las manos y me estaba ardiendo hasta el alma. Parece que a ellos se les fue la mano y me echaron la parafina muy caliente. Las manos se me ampollaron. Entonces, era un dolor de quemadura con un dolor más grande todavía que era el dolor por la muerte de mi compañero. La muerte del hombre que yo quise con toda el alma. Eso era muy duro, durísimo. Pero a mí no me salieron lágrimas. Ni una, no lloré, no dije nada, me quedé callada. Y ellos de pronto se sorprendieron de esa actitud mía. Me dijeron, “¿Señora, usted no oyó las noticias? ¿No oyó lo que acabaron de decir?” Entonces les dije: ‘Sí’ así no más. A mí me habían llevado al interrogatorio, pero en el calabozo estaba mi niño Memo de ocho años, pues me detuvieron con él.

Yo llegué hasta el calabozo, y cuando mi niño me vio llegar me preguntó; “¿Mamá, te torturaron?” Yo siempre he pensado una cosa, yo

no le podía decir a mi hijo que me habían torturado. Entonces le dije, “No, no me torturaron”. Lo que pasó fue que me hicieron una prueba de parafina y me quemaron, pero no me torturaron. Yo no sabía qué decirle al niño, si decirle que había escuchado en las noticias que a Fabio lo habían matado, no sabía. Entonces lo senté y le dije: “Ay papito, es que cuando me estaban haciendo esta prueba del guantelete, oí las noticias y dijeron que a tu papá lo mataron”. Memo dijo, “Noo, no, es mentira. Es mentira, no, no”. Yo le dije: “De pronto a veces las noticias dicen cosas que no han confirmado”. Pero eso yo lo oí. Entonces el niño empezó a arrastrarse en el suelo del calabozo, a arrastrarse y arrastrarse y se pasaba las manitas por la carita y como estaba todo sucio parecía un gamincito y yo no lo podía consolar. Yo hubiera querido cargarlo, abrazarlo y llorar con él. Pero no podía, porque mis manos estaban lastimadas, no lo podía tocar. Porque tenía un ardor horrible en mis manos.

Me senté en el suelo y lo puse en mis piernas y le acaricié la cabeza y le dije que esperaríamos a ver qué más nos decían. Estábamos ahí cuando llegó un hombre que se hacía llamar “teniente Jaramillo” y dijo, “Vea, ya matamos a su papá y a su hermano, la información la dio un tal Pizarro”. Entonces desde ahí mi hijo Memo me decía que odiaba a Pizarro, que lo odiaba porque Pizarro era el que había mandado a matar su papá. Y yo le decía; “No papito, no se ponga triste por eso, lo que pasa es que esos señores le dicen a uno eso es para que nosotros tengamos odio por Pizarro, y si sabemos dónde está Pizarro, ahí mismo digamos dónde está para también cogerlo. Pero él no ha hecho eso papito; eso no, eso no le creamos a ellos, no le creamos”.

Ya había transcurrido un día, eso fue un miércoles 28 de agosto, yo estaba detenida desde las seis de la mañana y eran como las tres de la tarde y no había parado el interrogatorio. Cada cinco minutos me llamaban para que dijera dónde estaba toda la plana mayor del M-19. No sé nada de nadie. Me ofrecieron muchas cosas para que hablara y dijera. Pero no sé nada de nada. Me decían que si yo no hablaba que entonces iba a saber lo que es la tortura. Yo les decía, “Pues bueno, si no sé nada”. Todo esto transcurría con mi hijo Memo ahí. También estaba detenida con nosotros una muchacha familiar de Fabio, la esposa de un sobrino de Fabio; y el papá de ella fue, porque a ella también la detuvieron con un niño. Entonces el papá de ella fue a recoger al niño, y yo le pedí permiso a ella para que me dejara entregar mi niño a ese señor; y ella dijo que sí.

Yo tenía que mandar a mi niño pero él se aferraba, lloraba, gritaba, hizo un espectáculo impresionante, que no quería irse. Pero yo me puse a pensar a ver qué era mejor; si mandarlo para allá o que a mí me torturaran delante de él, o que a él le hicieran algo delante de mí, decidí que lo mejor era que se fuera. Y llorando y arrancándomelo de encima de la blusa se lo entregué y le dije que me lo cuidara, y que por favor llamara a mi familia y les avisara que vinieran por mi niño y que me lo cuidaran. Me sentía de pronto un poquito más descansada al saber que el niño no estaba conmigo. Y desde ahí entonces empecé a pensar que cada vez que ellos me llamaran a interrogarme, no iba a contestar nada, sino a pedir que me dejaran ir a hacerle un entierro a Fabio. Cada quince minutos me llamaban a interrogatorio y al fin les dije, “Señores; yo no tengo nada que decirles, lo único que digo es que me den permiso para ir a enterrar a mi esposo”.

No creí que mi hijo mayor hubiera muerto también. No lo creí, e insistía, necesito que me dejen ir a enterrar a mi esposo. Denme permiso de ir a enterrar a mi esposo, denme permiso y se me convirtió en un disco rayado. A las siete de la noche me dijeron que me alistara, entonces me alisté. Una mujer policía me agarró del brazo y me llevó en un operativo, que mejor dicho, ni las reinas de belleza, con motos adelante, con motos atrás. Un carro aquí adelante, otro al lado, parado el tráfico, parado todo. Me trasladaron del DAS a la Brigada, a la tercera. Cuando llegué allá me dijeron que pasara a la sala de tortura. Éramos dos mujeres que estábamos detenidas, pero a todo el grupo nos llevaron. Aunque a mí me llevaban independiente de ellos, yo sola en un carro y todos los demás en otro carro. Pero cuando estábamos en la tercera brigada nos pusieron a las dos mujeres juntas y nos preguntaron, “¿Cuál de ustedes dos es la esposa de Fabio?” Entonces dijeron, “Suba a la sala de tortura”, y yo subí, me temblaban las rodillas, me temblaba todo, pero subí con verraquera. Yo digo que de pronto los desconcerté. Porque cuando vieron esa seguridad mía, sin titubear, tal vez lo que esperaban era que dijera, “¡Ay, no, no me vayan a hacer eso, yo les cuento lo que sea!”. Cuando ellos vieron esa seguridad mía me devolvieron otra vez para el DAS. Salí de ahí, nadie me dijo nada, sino que otra vez el operativo ese. Eso pasó la noche del miércoles y amaneció jueves y uno se va haciendo de amigos a los demás que están detenidos en los otros calabozos. Todo el mundo me preguntaba: “¿Usted es la esposa de Fabio?” Le pregunté a un señor si me podía com-

prar el periódico, porque a pesar de haber oído todo, todavía no creía. Y en el periódico vi a Fabio muerto.

Como a las once de la mañana nos volvieron a trasladar, pero ya no con ese operativo como en la noche anterior, sino todos juntos, y nos trasladaron otra vez hacia la brigada. Yo pensaba que la familia de Fabio estaba libre, pero vi a los sobrinos ahí, estaban detenidos también, igual que yo. Para mí fue una sorpresa, pues pensaba que éramos solamente nosotros. Y el día iba pasando y otra vez otro interrogatorio y pasa y pasa el día y ya tengo un dolor de cabeza que no me aguanto más. Sin vestirme, sin bañarme, sin comer, con esa angustia, con mi compañero muerto y con todo eso. Entonces, a las seis de la tarde me llamaron y me dijeron, “Ay, señora, usted ha pedido muy insistentemente que le dejemos dar cristiana sepultura a su compañero, puede ir a enterrarlo en cualquier sitio de Colombia que usted quiera. Pero tiene que comprometerse con nosotros de que eso sí, si lo va ir a enterrar a Barranquilla, usted nos llama a este número de teléfono y nos dice, ‘Vea señores lo voy a enterrar en Barranquilla’”. Yo no tenía ningún problema con eso y me dieron la orden para que fuera al hospital departamental a hacer el reconocimiento y a reclamar el cadáver. Cuando me dieron esa orden, entonces yo le pregunté a las personas que me la dieron si podía ir con mi hijo. Y me preguntaron, “¿Es que usted tiene un hijo aquí?”. Y yo les dije, “Claro, mi hijo Darío está también ahí”. Cuando estábamos detenidos me habían dicho que mi hijo mayor estaba muerto. Pero yo no sé, es como una cosa que tenemos las madres, pero yo por dentro sabía que mi hijo no estaba muerto. Yo sabía que Fabio había muerto, pero que mi hijo mayor, Jorge Fabio, no. Creía que a mi hijo no le había pasado nada, pensaba que se había volado y que iba a aparecer quién sabe dónde.

Me dijeron, “Y su hijo sabe firmar”. “Claro, mi hijo sabe firmar”. Entonces mandaron a un soldado. “Soldado, vaya acompañe a la señora”, y trajeron a Darío y nos dijeron que nos podíamos ir, que ahí tenían un taxi para nosotros. Yo me fui y cuando me di cuenta, le dije a Darío, “Darío, esto está muy raro. Cómo así que ellos mismos nos van a pagar un taxi, ¿por qué?” Le dije al señor del taxi, “Señor voy a la morgue del hospital departamental” y llegamos a la calle quinta, pero como todo estaba militarizado, ya de ahí no dejaban pasar taxis al hospital, sino hasta ahí no más. Nos bajamos del taxi y a caminar a la morgue, cuando yo veía que cada ratito me preguntaban, “¿Quién es usted? ¿Quién es us-

ted?” “Yo soy la esposa de Fabio, vengo a reclamar el cadáver”. Al hijo le dije cuando nos bajamos del taxi, “Mire papito, aquí veamos al que veamos, no lo conocemos. Por culpa de nosotros nadie va a caer”. Cuando llegamos a la morgue me encontré con mi hermana Mónica que había viajado desde Bogotá a Cali a reclamar el cadáver de Fabio, y yo sentí una emoción tan grande. Me emocionó ver que ella estaba ahí, que estaba reclamando el cadáver, que él no estaba sólo. La abracé, le di las gracias y le dije, “Estoy muy contenta”. Porque la familia de Fabio no pudo ir. De pronto ellos estaban muy asustados, tenían mucho miedo, también mi hermana tenía miedo, pero era de pronto un poquito más verraquita. Ella estaba ahí reclamando el cadáver y se había encontrado con una amiga de ella, las dos estaban ahí y me dijeron: “Ellos abren la puerta de la morgue y le dicen a uno siga”.

Abrieron la puerta de la morgue y entré y voy con esa seguridad de que mi hijo mayor no está ahí. Me mostraron a Fabio y lo miré. Mis ojos lo recorrieron de pies a cabeza y en ese momento tuve muchos pensamientos. ¿Dónde está el hombre que quise con toda mi alma, dónde está? Pero sentí como un mareo y me acordé que llevaba dos días sin comer nada. Sentí ese mareo y me retiré inmediatamente de ahí, no me estuve mucho tiempo. No se me ocurrió mirar nada más, ni siquiera pensar que mi hijo Jorge Fabio podía estar allí. Dije; “Sí, él es Fabio”, y salí. Pero mi hijo Darío, que también entró conmigo, él sí se quedó adentro. Vio al papá y empezó a abrir las otras neveras para mirar a ver si estaba el hermano. Pero yo no, yo salí y digo que ya lo vi todo.

Mi hermana me dice entonces: “¿Mi amor, usted dónde lo va a enterrar? ¿En Cali o en Pereira?” Y yo le digo, “No sé, si los papás van a venir a Cali o si lo llevamos a Pereira, como ellos quieran”. Pero ella me dice, “No mi amor, eso ya está todo arregladito aquí. La señora dueña de la sala de velación, qué adorada esa señora, como se ha portado con nosotros, me ha colaborado mucho. Me la presentó y todo”. Entonces la señora, inmediatamente nos dice, “¡Cuidadito! No hablen nada aquí. Si quieren hacer alguna llamada, háganla de mi casa. Cuidado que todo está interceptado”. Y yo, desde ahí le clavé el ojo a la señora y pensé, esta mujer no tiene nada de bueno. Ella era la que disponía, yo ya no tenía fuerzas ni verraquera, ya no podía decir nada. No, no podía, era ella la que gobernaba. Mi hermana me dijo que ella nos iba a colaborar, bueno, le creo a mi hermana porque es una monja, porque ha estado enseñada

siempre a hacer el bien, y ha creído que todo el mundo es bueno. Ella no ha visto esa otra cara de la gente mala, por eso creía en esa señora, pero yo no. Entonces la señora dispuso: “¡Usted!”, o sea la amiga que fue con mi hermana, “¡Usted se va en el carro mortuorio con Fabio y con mi hermana ahí! “Y a Darío y a mí nos dijo: “¡Ustedes dos se van conmigo! Vamos a mi casa para que hagan llamadas y hagan todo lo que necesiten ahí”. Llegamos a la casa de ella y lo primero que me dice a mí es; “Mire ahí está el teléfono, si usted quiere hacer una llamada, bien pueda”. Yo le dije, “Señora gracias, pero no tengo a nadie a quien llamar”.

Y desde ahí pensé, esta vieja es una de las que ellos mandaron seguramente para que me siga. Desde ahí ya tengo el periodo menstrual y no tengo ropa. Tengo apenas la ropa que llevo puesta, pero tengo alguna plata y le digo a mi hijo Darío, “Vamos para un centro comercial”, y nos vinimos para Cosmo-Centro y me compré unos calzones, un brassier y un vestido. Y él se compró otras cosas y también le compramos al niño. Entonces le preguntamos a mi hermana si nos podía invitar al convento para darme un baño y para cambiarme de ropa. Fuimos allá, nos bañamos y nos cambiamos de ropa. Ya estaba decidido que lo íbamos a enterrar en Cali, y mientras tanto en la sala de velación se quedó la amiga de mi hermana con mi hijo. Solamente ellos dos. Mi hermana estaba con nosotros acompañándonos en el convento, nos demoramos ahí y regresamos a la sala de velación como dos horas y media después, mientras comprábamos y nos bañábamos y todo.

Cuando llegué a la sala de velación la amiga de mi hermana salió y me dijo, “Fabiola, le tengo buenas noticias”. Entonces yo la miré y pensé: ¿Pero qué buenas noticias me puede tener esta mujer? Si la única buena noticia que me pudiera dar es que me diga que Fabio no está muerto, sino que se está haciendo el muerto. Yo la miré y me dio como rabia con ella. Cómo me van a dar una buena noticia en ese momento. La mire así, pero no le dije nada, me quedé callada. Ella agarró a mi hijo Darío y le dijo, “Ay, papito, por qué no vamos a dar una vueltica a la manzana”.

Mi hermana se fue a recostar porque se sintió muy cansada, mi amiga se fue a dar una vuelta a la manzana con mi hijo Darío, y yo me quedé sola con Fabio. Cuando estaba sola con Fabio, vinieron las señoras que hay en las salas de velación, que se encargan de repartir tintos y aguas aromáticas y una de ellas se me acercó y me dijo, “Ay señora, es

que tengo que hablar con usted”. Le digo yo, “¿Que será?” “Vea, lo que pasa es que aquí hay unos aparatos que comunican con el B-2, y esta sala la tenían reservada y mire por aquí, allá está la calle y allí está la iglesia y allá en la iglesia se hacen militares con fusiles”. Yo pensé que era una trampa que me tenían preparada quién sabe por qué razón. “Pero vamos a ver si caemos”, pensé. Me imaginé que dentro de la sala de velación había micrófonos y ahí mismo al ladito del ataúd de Fabio iba a haber micrófonos y que detrás de los cuadros había micrófonos. Y que más allá había un aparato que comunicaba con el B-2, y un poco de cosas por el estilo. Cuando vino mi hijo de dar la vuelta, lo llamé para fuera de la sala y le dije: “Adentro de la sala de velación no vamos hablar nada. Porque aquí debe haber micrófonos y quién sabe qué más y veamos al que veamos, no vamos a conocer a nadie”. Cuando la amiga mía llegó y me dijo, “Ay, Fabiola. ¿Qué fue lo que pasó? Ay, lo que pasa es que cuando usted no estaba llamaron los compañeros del Eme, preguntaron que a Fabio qué le hacía falta. Y yo les dije que no tenía flores y ellos me dijeron, compañera, no se preocupe que ya ordenamos cien mil pesos de flores para allá. Yo les pregunté que cómo los identificaba y ellos me dijeron que iba a venir una compañera que tenía una balaca verde, y que por eso la podía identificar y que iban a venir unos compañeros con metras; que vienen con los equipos y con las metras atrás, que dejara el teléfono descolgado y que fuera hasta la esquina y mirara a ver si veía cosas raras”. Cuando ella me contó eso le dije, “Los compañeros del Eme nunca hacen eso. Ellos no se van a poner a llamar a preguntar que si Fabio tiene flores o no. Si tienen con qué comprar flores las compran y las traen. Quién sabe qué es lo que esta pasando aquí”.

Vamos a ver. A mí me habían dado un teléfono, porque yo tenía que avisar en dónde iba a enterrar a Fabio, a ella le dijeron que no se preocupara, que los compas iban a ir, que iban a ir cinco compas, que tenían los equipos y las metras, y claro llegaron cinco personas con equipos y con metras en los equipos, pero eso lo hace el ejército, eso lo hacen ellos. Yo con tanto dolor, me habían envenenado ya a mi niño y de pronto y en alguna forma a uno que le han dicho que el que dio la información fue Pizarro y eso, para que yo llegue y les diga a los que uno cree que supuestamente son sus compañeros, decirles, “Vea compañero, vaya cambien las armas de tal lugar, vaya haga esto, es decir, que dé más información”. Cuando vi llegar esos cinco hombres con morrales llamé al teléfono ese

que me habían dado, entonces pregunté por un tal coronel Moscoso, de parte de Fabiola, la esposa de Fabio, entonces, “Vea mi coronel, lo estoy llamando para decirle que pido protección para mí y mi familia, porque aquí estoy viendo gente muy rara”. Ellos lo que querían era que me acercara a los hombres y les hablara, pero no me acerqué, lo que hice fue llamar y pedir protección. Como a las seis de la mañana apareció un hombre a decir dizque había una bomba, que no sé qué, y ya habían llegado mis cuñados. Todos ellos estaban muy asustados, pobrecitos. Yo me puse furiosa con la historia de la bomba, y dije, “¡Pues si es una bomba, que explote, carajo! ¡Que explote y nos morimos todos de una vez aquí!”. Pero no explotó nada.

Como a las seis y media, más o menos, llegó un carrito y de ahí se bajó una persona, pero el carro no paró, pero tampoco iba a velocidad sino muy despacio. Esa persona entró, era un hombre alto, con unas gafas y preguntó: “¿El hijo de Fabio?” Yo me paré y le dije, “No está, ¿para que será?” “Mire, fue que me encontré estas gafas, allá donde mataron a Fabio y pues necesito que me diga si son de él o no, porque las quiero conservar para mí”. Esas son cosas que le ponen de prueba a uno, porque nosotros habíamos dicho que no lo habíamos vuelto a ver. Si yo digo que esas sí son las gafas de Fabio ahí mismo dicen que por qué yo dije antes que no lo había visto, que compruebe y que todo eso. Yo le dije al señor, “Mire señor, nosotros hace un año no lo veíamos, por lo tanto, no sabemos si usaba gafas o no, pero si usted cree que eran de él, se las regalo, lléveselas”.

Todo el mundo estaba lleno de angustia y habíamos decidido que el entierro fuera a las doce del día. A las once y media agarran ese ataúd y lo van cogiendo y ya se lo llevan, y uno sigue con todo el mundo. Lo enterramos en un cementerio que se llama Jardines de la Aurora, y en ese entonces eso estaba muy despoblado. Estaba el ejército, los camuflados, la policía, horrible. Llegamos al cementerio, lo enterramos y luego a mí me tocaba después volverme a presentar a la brigada.

Todavía voy al cementerio el 16 de abril, que era el día de su cumpleaños, voy el 19 de abril, voy el día del padre y voy el 7 de diciembre. Si de pronto en alguna otra ocasión alguien me dice, “Vamos al cementerio”, siempre voy. Voy el 7 de diciembre porque aquí, en Cali, se usa que hacen el alumbrado en el cementerio. Una vez me invitaron y me pareció

eso muy bonito. Vamos todos, los hijos llevan a sus novias, y allá ponemos las velitas y compramos de esas cosas que queman el 7 de diciembre, velitas romanas, y volcanes. Siempre que voy le pongo flores rojas. Fabio, siempre me decía, “¡Ay! Fabiola, yo sé que me van a matar un día, el día que me maten lléveme claveles rojos”.

También sueño con él, pero no mucho, tengo un sueño muy pesado, no soy como algunas personas que se acuestan y si pasa un cucaracha se enteran. Yo no, cuando me acuesto me duermo profunda, hasta el otro día, de pronto sueño muchas veces, pero después no me acuerdo. Después de la muerte, al principio tuve pesadillas, no me podía dormir. Pasé un mes sin dormir, prefiero pasar sin comer que sin dormir. Por toda la angustia se me acabó el sueño. Cuando acabábamos de enterrarlo, una señora que fue al entierro se me acercó y me dijo: “Su hijo está bien, su hijo está en la cárcel, tiene una herida porque le pasó rozando un tiro, pero está bien, necesita ropa”. Yo ya no tenía ni un peso, no tenía nada, sabía que mi hijo estaba en la cárcel y que no tenía zapatos. Cuando lo cogieron estaba en una pantaloneta sin camisa ni nada, y yo me fui tocando de casa en casa, y diciendo, vea, yo soy la esposa de Fabio, tengo mi hijo detenido, tiene tantos años, y calza tanto, por favor me pueden regalar algo para él, entonces lo que recogí se lo mandé.

Todo eso me pareció muy duro, además me pareció más duro todavía no haber podido ni gritar, ni llorar, ni nada. No tuve tiempo de llorar, estuve pendiente de todo lo que pasó en ese momento, y no me podía poner a llorar. Tampoco he sido muy llorona, no lloro con facilidad. De pronto lloro de rabia, ahora siento que me ocurre una cosa curiosa. Por ejemplo, si a mí me dicen que Juan Pablo Montoya ganó y representó a Colombia por allá, lloro de la emoción, y si me dicen que se murió una persona que yo quiero mucho, no puedo soltar las lágrimas, se me quedan ahí estancadas, siento mucho dolor, pero no puedo expresarlo.

Después de eso me quedé en Bogotá, creo que unos dos años, pues fue muy difícil la situación económica. Cuando llegué a Bogotá me colaboró mucho Eduardo Umaña, después a él también lo mataron, me ayudó bastantísimo, me consiguió dónde quedarme, me consiguió ropa, porque yo llegué con la ropa que tenía puesta en Bogotá. Nosotros teníamos una casita en Armenia, pero esa casa estaba embargada, la tenía el ejército embargada, porque desde el 79 cuando lo del robo de las armas, ahí ya

estaba embargada. Después de la muerte de Fabio, después como unos años, decidí ir a reclamar la casa, y fui y la reclamé. Estaba a nombre de él, a pesar de la clandestinidad. De pronto uno no sabía, o no creía que las cosas se fueran a poner así, por eso se había comprado a nombre de él. Con la colaboración de Eduardo conseguí una cita con los del Eme para pedir ayuda y decirles, “Miren, estoy en Bogotá, no tengo ni segundos calzones, cómo voy a vivir mientras tanto”. Porque hay una cosa que sí tuve muy claro toda la vida, de que si a mí me hacían una ayuda, era hoy y no toda la vida, que si me dan esto y me dicen, arranque con esto, entonces yo veré como es que voy a arrancar con esto, porque yo sabía que a toda hora no podía estar pidiendo, que mensualmente me manden una ayuda, además porque yo sabía también que hay prioridades.

Durante el tiempo que vivió Fabio la familia de él ayudaba cuando podía, mi familia también mandaba algo, era de parte y parte. Me quedé en Bogotá y tuve mi cita y me dijeron: “Vea Fabiola, olvídense de que usted va vivir en Cali, olvídense de Cali, a usted le va a tocar un tiempo aquí. Se reunieron estos cien mil pesos, téngalos y mire a ver que puede hacer con ellos”. Yo recibí los cien mil pesos y pensé, como voy a vivir en Bogotá, tengo que conseguir un apartamento y empecé a buscar apartamento, y en toda parte le piden a uno fiadores con finca raíz, piden una constancia de trabajo, un poco de cosas que yo no podía sustentar, ¿quién me iba a fiar a mí? Empecé a caminar y a caminar y a buscar y a buscar, hasta que encontré un apartamento de una señora viuda, o que estaba recién separada de su esposo, y yo le propuse que le pagaba tres meses por adelantado, le dije que no conocía a nadie, ni nadie me conocía en Bogotá, que iba a entrar a estudiar, que tuviera confianza en mí. La señora me dijo que sí y le pagué los tres meses adelantados. El arriendo costaba veinticinco mil, por tres meses son setenta y cinco mil pesos. Con los veinticinco mil que quedaron pensé que tenía que comprar una cobija, que tenía que comprar cositas, que son prioritarias. Compramos como un medio mercado y mi hermana la monja me dijo que no me preocupara por cobijas ni por esas cosas, que ella me prestaba del convento unas camitas, entonces, me prestaron dos camas con sábanas, colchón, almohadas, cobijas y tendidos y todo, una estufita de solo una hornilla, una olla y algunas otras cosas. Los veinticinco mil que me quedaron, los utilicé en comprar mercado y empecé a vivir ahí. Le escribí una carta a mi familia diciéndoles que estaba bien, que no se preocuparan, que iba a vivir en tal

lugar, que si mi hermana podía viajar a Bogotá que trajera una cuchara, un tenedor, un cuchillo, una sabana, lo que pudiera traer, que por favor no se olvide, porque yo no tengo nada, que estoy viviendo en tal lugar y que mi número de teléfono es tal y les anoté todo bien anotadito, y les mandé la carta, y allanaron la casa de mi hermano.

Yo alcancé a vivir en ese apartamento catorce días. Una noche, como a las once de la noche, sonó el teléfono y era mi hermano, me dice: “Fabiola te llamo para darte malas noticias”. Y yo le dije “Tranquilo, dígame qué pasó”. Fabiola, están allanando la casa en este momento y el ejército tiene su carta en las manos. Entonces le dije, “No se preocupe que guerra avisada no mata soldado”. Dejamos perder las camas de las monjas, las sábanas y todo lo demás, y se perdieron los cien mil pesos, y me perdí, guerra avisada no mata soldado.

No entendíamos por qué seguían allanando después de la muerte de Fabio. Se perdieron esos catorce días, me quedé sin nada, eran las once de la noche, no tenía adonde irme a dormir. No me voy a quedar aquí para que al otro día allanen y me cojan, pero ¿qué hago, dónde duermo? Me fui para la calle y caminé y caminé. Me fui al convento de mi hermana, y toqué para que me dejaran dormir allá y eran ya como la una de la mañana, pero no podía quedarme en la calle. Conseguí una entrevista con unos compas, hablé con uno y le conté lo que pasó. Él me dice, “¡Olvídese, usted no puede aparecer por allá!” Él se fue conmigo en un carro y me acompañó a una parte a pedir posada, nada, a otra parte y nada, a otra y nada y en ninguna parte nada. Me dijo, “No te preocupes, si nos toca pasar la noche caminando en este carro”. Y pasó con él hasta que me consiguen quien me dé dormida. Así pasaron los días, después tuve otra entrevista con otro compa, él me da otros cien mil pesos y con esos cien mil pesos yo digo, “No puedo volver a cometer los mismos errores, ya no puedo escribirle a mi familia ni nada”. Las monjas me quisieron volver a prestar también, y también les dije que no, que no quería que me prestaran camas ni nada. Me organizo y vivo en un apartamento, pero no le digo a mi hermana, ni mando cartas, ni nada, y empiezo, bueno tengo que empezar a ver cómo voy a salir adelante.

Mientras eso, mi hijo mayor estaba detenido, mi hijo menor estaba viviendo con una prima, y mi hijo Darío, se fue a vivir a Venezuela. No, él todavía no se había ido a vivir a Venezuela, él también estaba conmigo.

Yo pensaba que tenía que empezar a trabajar, a producir, tenía que hacer algo, no podía quedarme sin hacer nada. Empecé a buscar trabajo, a mirar a ver cómo salir adelante, vendí cosas en el mercado de las pulgas, allá en la diecinueve con tercera. Después de que conseguí el segundo apartamento fui a darle los agradecimientos a cada una de las personas que me dio dormida, y una de esas personas me regaló un pantalón, la otra una camisa, y todo lo que me regalaban lo recibía, aunque no me sirviera. Otra me decía: “¿Será que a tu hijo le sirve este pantaloncito?” Sí, ese le sirve, y todo lo recogía y me iba para la tercera con diecinueve, y ponía todo eso allá, en un plástico. Porque dije, pues si me lo regalan, pues por lo menos con eso tengo que comer. Entonces, a vender allá en ese mercado de las pulgas, y después me meto en otro y pongo ahí unas artesanías a la venta, y vendo bolsas plásticas.

Y así viví en esas condiciones en Bogotá, y a los dos años pensé que no podía seguir viviendo allá, que tenía que buscar otra parte donde para mí fuera más económica, y viajé a Armenia. Allá aprendí a hacer chocolatinas y las vendía en las puertas de los colegios. Con eso me salía la plata para pagar el arriendo y comprar la comida hasta que de pronto decidí regresarme para Cali, porque vivía sola en Armenia, porque no tenía con quien hablar, porque me estaba leyendo un libro en voz alta para poder tener con quien hablar, porque ya cuando hablaba la gente me preguntaba que si estaba llorando, porque todo el día estaba callada. Por eso decidí que esa era mucha soledad y quería recuperar a mi niño que estaba con la prima. Quería recuperar la responsabilidad de tener al niño, porque yo soy la mamá, que lo tengo que sacar adelante como sea. Yo lo invité pero él no quiso irse a vivir a Bogotá, tampoco quiso ir a vivir a Armenia, y dije no, pues entonces me toca ir a mí a vivir a Cali.

Recién que se firmó la desmovilización, la entrega de armas, que salimos en la lista de la presidencia de la república, de los reinsertados, entonces, recibí la primera ayuda, el primer préstamo que hicieron de millón y medio. Con eso compré un local, lo metí en una cooperativa a nombre de otra persona e hicimos el préstamo. Cuando me hice cargo de la deuda ya tengo un local pero no tenía nada que traer para acá. Volví a hablar con la gente, les digo que me manden ropa, que me regalen ropa, y entonces todo el mundo apareció con ropa, y empecé con pura ropa regalada.

Quise tanto a Fabio que no pude nunca, nunca más con nadie. He tenido pretendientes y gente que le dice a uno cosas bonitas pero nunca estuve interesada en eso. Las dificultades son muchas. La dificultad más grande es no poder estar uno unido con su familia y compartir con ellos eso que uno está viviendo, ese dolor, eso es durísimo. Después vienen otras dificultades que son las económicas, pero que cuando uno es de arranque y de verraquera, pues se pone a hacer papas y en la esquina vende papas y vende arepas, y así se vive.

En este momento me siento bien, muy capaz de enfrentar y llevar la obligación de un hogar, pues, porque más o menos tengo mi situación resuelta, estoy trabajando. A mí me encanta no estar dependiendo de nadie económicamente. Si de pronto me va bien en ventas, pues vivo un poquito mejor. Si me va mal, entonces tengo que restringirme un poco. Llevo ocho años en esto, a veces son días muy duros, otros días mejorcitos, pero ya uno va aprendiendo a salir adelante. Con esto de todas maneras no se alcanza a vivir. Pero para mí es muy importante ser útil a la sociedad, porque, además de ganarme cualquier peso, yo también estoy haciendo una labor social. Y además estoy hablando con mi gente, que es la gente de los barrios populares.



ENEIDA

“Desde que desapareció Lalo, soy el hombre de la casa”

La desaparición de Lalo me quemó terriblemente, me quemó para todo, para el estudio, para el trabajo, para todo, para mis relaciones personales. Fue como si yo hubiera ido y hubiera tal vez sacrificado a mi propia mamá en medio de toda la comunidad. Yo nunca me imaginé que la sociedad le cobrara a uno algo así. Fue terrible. Él desapareció en septiembre de 1993, tenía veintisiete años, estaba lleno de vida. Trabajaba en un negocio de ferretería, después de luchar mucho tiempo para que le dieran un empleo. Por ser reinsertado eso era muy difícil, todo el mundo tenía desconfianza de ellos, y por un amigo mío le dieron ese empleo. El jefe estaba muy contento con él, pues era una persona con unos valores que muy pocas veces se encuentran. Ese día ellos cerraron el negocio temprano porque estaba haciendo mucho frío y él salió con la esposa del jefe, la dejó en un sitio donde la tenía que llevar y regresó a la casa, le dejó a mi hija un juguete y dejó razón de que ya volvía pues iba a recoger al jefe y salió.

Dicen las personas que vieron los hechos, pues hubo testigos, que un auto trató de cruzarlo, lo hizo salir hacia la cuneta y como él iba en la moto, se cayó. Cuando él fue a tratar de recoger su moto bajaron de unos autos tres tipos y uno iba creo que armado y lo subieron al carro y de ahí no volví a saber nunca jamás nada de él.

Se colocó la denuncia en la Sijin, en el B-2, en el DAS, en la Defensoría del Pueblo, en la Procuraduría, en Asfades (la Asociación de Familiares de Desaparacidos), en el Colectivo de Abogados, en la embajada de España, en la defensoría de los Derechos Humanos de la Presidencia de la República, mejor dicho, donde me dijeran que había que ir a hablar allá estaba yo. En Bogotá, como él tiene otra hija que tiene quince años en este momento, la mamá de ella fue al Colectivo de Abogados y creo que fue a la embajada española porque él acababa de darles el apellido a

dos de sus hijas mayores, aunque no eran hijas de él, y las niñas habían salido para España. Pensamos que era una buena coyuntura ir y poner la denuncia allá en la embajada a ver qué podían hacer ellos con respecto a eso, o en qué nos podían colaborar. La familia de Lalo estuvo muy ausente, digamos en muchos aspectos. Vivían en Bogotá y se desplazaron acá pero no sé si fue por lo que yo estaba tan decidida a encontrarlo, que yo prácticamente hice la mayoría de las cosas. Todo lo hice, moví todo, el dinero como fuera me lo conseguí. Fui a eso del CTI a mirar los NN, a la morgue, al cementerio, donde me dijeran allá iba yo, y nada, todo siempre fue negativo. Hace como dos años y medio, ya tres años, que yo definitivamente decidí que se acababa la situación de estar buscándolo, que ya no iba a hacer absolutamente nada más para buscarlo. Entonces la mamá de él retomó las cosas. Esa búsqueda tenía que acabar porque mi vida se estaba terminando. Yo tenía veintidós años en ese momento y una hija de dos años. Ella dice que no se acuerda del papá. Me dice: “Mami, yo sé, por lo que me han contado todas las personas, quién era mi papá, que me adoraba, que me quería, pero yo no me acuerdo de él”.

Yo a él lo distinguí cuando nosotros vivíamos en un barrio marginal en la orilla del río Combeima. Como se sabe, en estos barrios las familias son muy pobres y eran personas que les gustaba mucho el M-19 y colaboraban con ellos, entonces algún día lo vi. Lo vi que entró ahí a una casa donde más o menos todo el mundo creía que ellos tenían como otra concepción de la política y pensaban en otras cosas. Me enamoré del muchacho, pues me gustó mucho. A pesar de que nosotros hemos sido evangélicos, mi mamá me prohibía rotundamente tener relaciones con cualquier persona y más con ése que se sabía o que se presentía que era guerrillero. Me enamoré y él se dio cuenta. Se enteró que yo le gustaba y entonces me echó el cuento. Él ya estaba como desde los dieciocho años en esas, era un duro ahí, se encargaba de las radiocomunicaciones y de lo que era de inteligencia en esa parte. Era un buen muchacho, lo querían mucho y confiaban mucho en su criterio, en su forma de pensar y en la organización era una persona que tenía muchos valores. Nos hicimos novios y me tragué con una de esas tragas que llaman malucas, pero bien malucas. Estaba yo cursando mi último año en el colegio y me enamoré perdidamente. Después él se desapareció como unos tres o cuatro meses que fue cuando el M-19 firmó el proceso de paz. Él a mí nunca me dijo quién era, siempre me lo ocultó, me dijo que era estudiante de agrono-

mía, pero yo tenía mis reservas, hasta que un día lo vi en la televisión hablando y ya no pudo ocultar más las cosas. Ya habían firmado el proceso de paz e hicimos la relación como mucho más profunda.

En mi casa eso fue terrible, hubo pelea, una lucha continua, porque yo tan cerca del hombre y con un futuro por delante. Siempre me he caracterizado por ser una persona diferente, con ganas de salir adelante, de estudiar, de superarme. Y todo el mundo me decía que él me iba a truncar el futuro. Fue una lucha terrible, yo me enamoré, me enamoré y me enamoré y por ahí no hubo nada más qué hacer. Ya después entré a la universidad y él siempre me apoyó en todos mis proyectos de vida. Él estaba ahí pendiente, sí Gorda hágale, hágale, que bueno, que para adelante, y me apoyó mucho. Cuando ingresé a la universidad quedé embarazada de mi hija y entonces yo ya no quería estudiar, pero él era: “¡No; Eneida para adelante, ¡cómo que no va estudiar! Yo le colaboro, yo le ayudo”. Y seguí, y de ahí para acá ya hicimos un hogar los dos, nos complementamos. Vivíamos solos y nos complementamos mucho, además que él era un tipo de mucha visión, muy inteligente, uno confiaba en su criterio, y era muy humano, muy cariñoso, muy sincero, le decía a uno las cosas así dolieran.

El día que él desapareció, yo llegué de la universidad y pregunté por él, me dijeron que había llegado pero que había tenido que salir a recoger al jefe. Yo tenía una muchacha que me colaboraba con los oficios de la casa. Me puse a hacer una tarea, me acosté y nada que él llegaba. Me quedé como dormida, pero como en el sueño, yo escuchaba el sonido de la moto, y decía, pero ¿Lalo por qué no entra? Todo fue como irreal. Mandé la mano así como al lado donde él dormía, cuando sentí un frío helado, como si hubiera metido la mano a la nevera y automáticamente me senté y dije: ¡Algo le pasó a Lalo! Eso fue automático. Me desperté y llamé a mi mamá que vivía enseguida y le dije: “¿Mami, qué horas son?” Me dijo “Son las dos de la mañana”. ¡Las dos de la mañana y Lalo no aparece!

Mamá me dijo: “Tranquila, eso es que se quedó tomando con alguien, usted sabe que ellos son así, está por allá divirtiéndose y usted preocupada”. Yo insistía. “¡No, mamá!, a Lalo le pasó algo, yo sé que a Lalo le pasó algo”. Y desde las dos de la mañana empecé a buscarlo y me fui para la casa del jefe. Cuando el jefe me dijo: “¿Cómo así Eneida? Lalo

no está allá en la casa ¿Y la moto?”, porque la moto era de él. Yo, sabía que él andaba en la moto y le dije, “¡Ay no! Lalo se accidentó”. Y me pongo con mi hijita como loca a buscarlo. Me fui a buscarlo en la permanente y entonces allá que no, que nada. Como estábamos cerca de la terminal, nos pusimos a buscarlo por allá y nos dieron las seis de la mañana. Fuimos a los CAI de por ahí cerca, cuando el jefe de él también se vino a ayudarme a buscar y encontró la moto en unos patios, y cuando encontró la moto pues a investigar qué había pasado con el que iba manejando, entonces le dijeron que unos policías habían encontrado la moto tirada. Don Álvaro, el jefe, se iba a ir solo para allá y no me quería dejar ir. Yo le dije, “No, a mí me da mucha pena pero a mí no me van a excluir de nada”, y allá fui donde la habían recogido, todavía estaban las marcas de la moto ahí, y empezamos la averiguación. Una amiga mía, mi antigua jefe, contrató un taxi, se fue de clínica en clínica, de centro médico por centro médico. Iba y llamaba y preguntaba, daba detalles personalmente y nada, por ningún lado. A las diez de la mañana yo dije, “Lalo está desaparecido”. Fui y puse la denuncia en el CTI y llamé a la familia de él. Inmediatamente llamé a otro hermano mío, el mayor, y pues a llorar, porque qué más podía hacer.

Tenía la esperanza de que apareciera. Lo único que decía era, “Dios mío que Lalo esté allá en la casa sentado en la mecedora burlándose de mí porque estoy preocupada”, porque como él se reía cada vez que yo me preocupaba me decía: “¡Ay! Gorda, no me puedo perder un minuto porque usted se desespera”. Nunca habíamos recibido ninguna amenaza que yo sepa. La vida con él fue muy tranquila. Yo nunca me imaginé que le fuera a pasar una cosa de esas. Él era un muchacho que ya estaba políticamente aislado del M-19. Cuando yo quedé embarazada de mi niña él se aisló completamente porque habíamos decidido otra vida, otra forma de vivir.

Él ya era reinsertado, y estaba en el proceso de que le iban a dar la casa, y ya le habían dado un millón quinientos para un proyecto de vida. Digamos que el proceso estaba ya como declinando, pues eso ha tenido sus altos y sus bajas. De todas formas, Lalo le pidió mucho a sus compañeros que me colaboraran, Lalo tenía apenas una formación de estudiante de bachillerato y yo ya estaba en la universidad. Él les pidió que me colaboraran, porque aquí había diputado y concejal, y tenían en ese momento como un poder que podían manejar, pero ellos se dedicaron más bien

como a colaborarle a otro tipo de gente pagando favores y la gente de ellos mismos se quedó ahí, como estancada. Lalo se llenó como de resentimiento y dijo: “¡No, yo no les vuelvo a rogar favores!”. Y no volvió por allá. Sólo estaba en contacto cuando lo buscaban sus compañeros que estaban más mal que él. Que regáleme para un tarro de leche, mire que mi hijo no tiene que comer, o regáleme para los buses, entonces él sacaba y les daba.

Dentro de uno de los proyectos que manejó reinserción, pues inicialmente creo que esto fue un proyecto de un diputado, se propuso que le dieran vivienda a los desmovilizados y en eso fue la coyuntura de las personas que habían quedado damnificadas de la avalancha del río. Entonces decidieron juntarlos a ambos grupos y eso se hizo. El río se declaró zona de riesgo y empezaron a mirar los planos para sacar la gente de allá. Lo que hizo el gobernador fue juntarlos, y dijo, listo, les vamos a dar vivienda, ustedes tienen ochenta viviendas y las demás son para damnificados y eso hicieron.

Aquí ha habido muchos desplazados de los pueblos cercanos, en el mismo centro y en varias calles han hecho cambuches. Se han ubicado porque pues o los paramilitares o los guerrilleros los sacan, la guerrilla misma los ha atacado y les ha tocado vivir a ambos, paramilitares y guerrilleros en el mismo sitio. La otra vez se estaban reuniendo con gente desplazada y ellos mismos lo han dicho porque a mí me invitaron de una ONG, a las desmovilizadas, a las mujeres empresarias y a nosotras nos unieron con las desplazadas. Al parecer a una de ellas la había sacado de su zona gente guerrillera, y ella muy recelosa al comienzo, después de que yo hablé pues a mí y a otra compañera nos tocó hablar y contamos nuestra experiencia. Luego ella me habló y dijo que nos pedía disculpas porque realmente cuando nos vio a ella le dio mucho miedo, mucho temor de que de pronto nosotras, por tener algo que ver con la guerrilla, le hiciéramos algo a ella. Así es la concepción de la gente, eso es factible. Si a usted lo sacan de por allá de donde vive y le hacen y le deshacen, pues yo le tengo miedo a cualquier palabra que me signifique eso.

La verdad es que yo inicialmente no sospechaba de nadie. Pues como dicen, uno tiende a creer lo que otros le hacen creer a uno. A mí me dijeron que eso tenía que ser el estado, yo no sé si fue el estado, pero la verdad nunca encontré motivos para que fuera así. No sé, nunca pude

saber. Hay unos que me decían que fueron los paramilitares, pero nunca se supo nada. Y yo tampoco he querido como comprarme una idea de que sí fueron fulanos, zutanos o perencejos. ¡No!, porque ya bastante estamos de odio, de rabia y de todo eso. Por lo menos yo a mi hija no le he heredado mis odios y a ella le he dicho muy claramente: “Hija, tu papá tenía una ideología, luchó por sus ideales, él hizo su vida, fue feliz mientras que estuvo en su vida y eso para él fue lo máximo, usted tiene que luchar por su vida, por su forma de pensar, por su forma de tratar de hacer las cosas diferentes o mejores de lo que su papá o yo lo hemos hecho”.

Una vez tuvimos una discusión con la mamá de él, pues ella le mete a la niña la idea de que él puede estar vivo todavía y que tiene que esperarlo. Hasta que un día le dije a mi suegra: “Yo le voy a agradecer que usted a mi hija no me le meta nada en la cabeza, porque yo a ella la estoy criando de otra manera, la estoy criando sin tanto resentimiento, sin tanta cosa”. Ya le he explicado el papel que tiene la guerrilla en Colombia, el papel que tienen los paramilitares, el mismo gobierno y sin que le coja rabia a los tres, porque qué saco yo con que mi hija diga: “No, es que yo le tengo rabia a tal”. “Hija, cada quien tiene una forma de pensar y están luchando por esa forma de pensar, que quién tiene la razón, no lo sabemos, nosotros inicialmente tampoco lo sabemos. Ellos cada quien quiere algo y por eso están luchando. Si usted quiere algo, lucha por lo que usted quiere y de ahí que por eso, se están desmandando, matando, haciendo, deshaciendo pues ya eso es el error que están cometiendo ellos con la gente”. Pero igual le he dicho que no puede venir mañana a decir: “Es que yo voy a ir a vengar la muerte de mi papá”. No, porque yo creo que su papá lo menos que hubiera querido era que su hija siguiera sus pasos en esos aspectos. Yo pienso que hay otra forma de luchar, otra forma de ganar muchas cosas, usted puede ser una profesional, salir adelante, ayudar a mucha gente sin necesidad de coger un arma e irse supuestamente a defender los derechos de los demás, no hija hay muchas cosas que uno puede hacer localmente. Ella es una niña que está en Red de Paz, se ha involucrado en todo eso, porque como yo le digo a ella: “Hija, no sabemos quién se llevó a su papi, no lo sabemos y su papi también cometió faltas”. Porque uno no puede decir que Lalo era un santo porque eso es mentira. Yo le he dicho a mi hija que su papi también hizo cosas que estaban fuera de la ley, que eran ilegales, y que no se debieron haber realizado nunca. Lógico que también hay militares que hacen cosas fuera

de la ley, eso también es cierto, pero aun así, no se puede idealizar al papá, que él no era el héroe del paseo. Él tenía defectos, pero nos brindó su parte positiva y así lo quisimos, pero eso no quiere decir que no le haya hecho daño a otras personas, uno no sabe a quién le hizo daño.

Ella me preguntó un día: “¿Mami, mi papi mató a alguien? Yo le dije, “No sé”. Yo alguna vez también se lo pregunté y me dijo que directamente, que lo haya hecho a conciencia, no. Pero que en los combates disparaban para todos lados, no se sabe a quién pudo haber matado. Eso para ella fue difícil, pero comprendió la situación. Ella es muy consciente de quién era su papá y conoce algunos de sus compañeros y dice: “¿Mami, ellos también fueron guerrilleros cierto?” “Sí, pero ya no lo son, ya están viviendo el proceso de paz; ellos entregaron las armas para dejar que Colombia no se desangrara más”. Yo trato de que mi hija no se compre esos odios que yo he escuchado en otros niños que han perdido a sus padres, ¡Que es que yo los voy a matar! A mí me parece terrible, porque yo digo es la vida de mi hija ¿Cómo me voy a tirar la vida de mi hija? No puedo.

Él muchas veces se decepcionó. Me decía, Gorda qué pesar haber perdido tantos años de mi vida en esto y mire en lo que quedó, en nada. ¿Qué se logró realmente? ¡Nada! Sólo perder más vidas, perder tiempo. Él pudo haber sido un profesional. Me decía, “Gorda, yo todo lo que perdí. Sí, claro, fueron mis ideales, luché por lo que yo quise, porque creí en un proceso, porque creí que yo podía ayudarle a mucha más gente y de verdad pude haberle ayudado de otra manera”. Y es la verdad.

Yo vivo con mi familia, mi mamá, mis hermanos, sobrinos, tíos, primos, vivimos como veinte en esta casa. En este momento tres hermanos viven conmigo. Uno de ellos tiene dos hijos y también vive su esposa, mi tía vive allí en el segundo piso con sus tres hijos y unas niñas primas que vinieron desplazadas de Natagaima, pues su papá murió y quedaron huérfanas. La mamá las abandonó. Mi hermano está pagando servicio militar, mi primo también está pagando servicio. Yo no tengo nada en contra de la gente militar y nosotros vamos a visitarlo y todo. Hablo con él, con el coronel, con todos ellos. Independiente de cualquier cosa, veo a la gente como lo que es, la gente. Y mi hija es una niña a la que le encantan los uniformes. Mis hermanas son muy conscientes de la vida que yo llevé, mis hermanos adoraban a Lalo porque él era muy especial, pero

nunca lo vieron como el guerrillero, nunca. Siempre lo vieron como la persona que era, además él nunca nos involucró a nosotros en papelería o propaganda o a meternos ideas. Es raro, porque muchas esposas, yo que he interactuado con varia gente, tienen como mucha cosa aquí metida. Yo no, yo valoro las cosas, por lo que he visto, por lo que he conocido, pero no por el concepto que Lalo me haya dado sobre las cosas, pues casi nunca hablábamos de política. Pizarro para mí fue especial, pero no porque Lalo me lo haya metido a mí, sino porque el tipo me gustaba. Lo que él decía, pero no más. Mis hermanos también lo vieron como parte de la familia, nunca lo vieron como guerrillero del M-19, pues eso genera como una barrera inmediatamente.

Cuando Lalo desapareció me acordé que en la casa de él una vez la mamá mencionó que tenía una conexión con una senadora. Si a mí me nombraban una persona y me decían, allí vive Pedro Pérez y ese señor es tal cosa, allá estaba yo donde Pedro Pérez contándole mi historia a ver en qué me podía ayudar. Y mi suegra estaba hablando de que ella era amiga de una senadora y yo le dije que por qué no íbamos y hablábamos con ella a ver si nos ayudaba. Pero mi suegra me dijo: “¡Ay no, a mí me da mucha pena, porque Lalo fue la oveja negra de la familia!” Para mí eso fue la muerte. Yo con el dolor que tenía, y que con eso como que el amor se me intensificó, fue peor. Fue terrible, y va y me dice esto ella. Yo le contesté, “Pues será para usted la oveja negra, porque para mí no lo es”. Y desde ahí prometí no volverles a pedir ayuda para nada. Y con ellos no cuento para nada.

Ellos son pobres, viven en Ciudad Bolívar en Bogotá. Ella coordinó una organización cristiana y creo que por eso hay relación, pero no más. Nosotros tampoco vivimos el sufrimiento que tuvo que haber visto y vivido su mamá. A ella también le tocó vivir pensando que a cualquier momento la llamaran a avisarle que lo habían matado, que mire que estaba en la cárcel, que mire que esto o lo otro. Imagino que eso también para ella fue traumático. Ver vivir a su hijo de otro modo, él que tenía un futuro en Estados Unidos, porque se lo llevaban para Estados Unidos, y de repente su hijo por allá en cuentos con la guerrilla. Que vaya, que mire, que a su hijo lo vieron corriendo, que la policía lo iba persiguiendo. Yo digo que eso debe ser terrible para ella, pero aun así, no la busco. Ellos sintieron más bien como si yo les hubiera quitado el hijo que acababan de recuperar. Esa es la sensación que tengo porque él firma el proceso de

paz, y se va y se está un tiempo con su familia y viven rico. Pues qué alegría, lo habían recuperado cuando él les informa que no, que él se venía a vivir a Ibagué porque tenía una muchacha aquí. Eso no les gustó y como toda su familia es de Bogotá, entonces fue como perderlo dos veces.

Cuando él desapareció estábamos en el proceso de las negociaciones con la gobernación para que nos dieran la casa. Y la verdad, fue un poquito de lucha porque en la organización yo no fui muy querida, digamos que entre las mujeres siempre hubo eso. Pienso que es por la misma condición de nosotras de mujeres, entonces entre las mujeres había como mucho problema, querían como involucrarme en sus cuentos. Pero Lalo a mí no me dejaba, “Gorda, yo quiero que usted se abstenga totalmente de todo, porque aquí es para problemas, para chismes, para esto, no están haciendo un trabajo social que valga la pena, yo no quiero que usted se meta en eso, no quiero”. Como yo veía por los ojos de él, si me decía, párese de cabeza, de cabeza me paraba y la verdad nunca le puse problemas, y no me metía. Pero eso generó roces con ellas, decían que yo me creía muy digna y no me relacionaba con ellas. Cuando él ya no estaba quisieron pasarme la cuenta de cobro y me generaron problemas para darme la casa. Me tocó pelear y hablar con los de reinserción. Gente que me quiere mucho me colaboró, me ayudó y las cosas se me dieron, pero no fue fácil, que yo llegué y de una vez tome. ¡No! Que ven yo te ayudo, ¡no!

Hace siete años vivimos acá y hace diez años ya que está desaparecido. Fueron tres años de penurias que a veces no teníamos ni que comer. Cuando él desapareció yo estaba en el sexto semestre de contaduría pública, terminé porque algunos de mis compañeros que eran muy amigos míos me colaboraron, porque yo quedé perdida. Quedé como en un laberinto, no sabía para dónde coger, no sabía de nada. Yo llegaba a la universidad y los compañeros me pasaban las hojas y me decían, escriba ahí, escriba lo que dice aquí. No me acuerdo ni cómo pasé ese semestre. Por lo menos para los buses tenía, un compañero mío me daba plata para poder ir a estudiar. Perdí mi memoria porque ya ni sabía cómo se contabilizaba, yo que siempre he sido muy buena para la contabilidad. Me pusieron en un computador para un trabajo bueno que me salió, pues por que alguien me quiso ayudar, pero no sabía cómo se manejaba Word, que cuando eso no era Windows sino era ése, no supe cómo hacerlo y me

puse a llorar. Dios mío, me provocaba que la tierra se abriera y me comiera, eso fue terrible, me tocó ponerme a vender tamales porque no sabía qué más hacer, al no tener mi memoria, yo que toda mi vida me he ganado la vida en contabilidad. Pues mi mamá hacía los tamales y yo me iba a venderlos.

Siempre fue como unos tres años creo que duré con eso. Todo fue un proceso. Tengo una amiguísima que adoro, se llama Mary. Ella es de clase social más o menos alta, fue amiga de ellos, a todos ellos les colaboró y quiso mucho a Lalo y adora a Lalita. Ella tuvo la paciencia del mundo conmigo. Me acuerdo que me iba para la casa de ella después del trabajo y me sentaba a hablarle sólo de Lalo, y háblele y háblele. Me imaginaba que él iba a regresar y sinceramente yo no sé cómo me aguantó. Porque creo que yo no hubiera aguantado una persona así como yo estaba, y ella muy paulatinamente me fue sacando de eso. Ella es psicóloga, ha estudiado mucho, también es socióloga, y ahora tiene un buen cargo en el departamento. Pues ella me fue sacando de eso hasta que un día me dijo, “Bueno Eneida, ya pasó su luto, ya usted lloró, ya usted esto, ya usted lo otro, ahora tiene que pensar en su hija, porque la vida no es así. Lalo no sabemos dónde está, si estará vivo, si estará muerto, no sabemos. Pero su responsabilidad es su hija y tiene que mirar a ver qué va a hacer”. Y entonces regresé a la universidad.

En la universidad no tuve problemas para regresar, pero en cierto momento me quise retirar, porque mis compañeros me señalaban. ¡Ay! Todo el mundo sabía, porque eso fue imposible de ocultar en una ciudad pequeña como esta. Salió en las noticias, en el periódico y yo moví mucho y no medí las consecuencias. Cuando regresé a la universidad los profesores, los compañeros, todos se acercaron a mí. ¿Verdad que su esposo era del M-19? Me contaban historias y mis compañeros los de mi misma edad, me aislaron totalmente. Mis amigos sí se quedaron conmigo y yo empecé a vivir una etapa de, digamos, que como yo estaba mal yo quería que todo el mundo se sintiera mal porque yo estaba mal. A mis amigas de toda la vida, un día fui y les dije hasta para vender. Les dije, “A ustedes no les duele que yo haya perdido a mi esposo”, y lloré mucho, y me retiré de toda la gente, no quería volver a ver a nadie, y mis amigas preocupadas por mí, porque yo no soy así. Yo les decía, qué les cuesta ir un domingo a acompañarme. Yo estoy sola, no me dejen sola.

Era como una rabia contra la vida misma

Desde que tengo siete años he sido evangélica. Pienso que todo esto me ayudó a tener más fe, a creer más, a esperar más, a tener más esperanzas. La fe es una gran compañera. Además de mis hermanos conté con mi mamá. Mi único soporte fue leer la Biblia, leer los salmos. Los hermanos de la iglesia me consideraron como si yo fuera un bebecito, que había que tratarlo con mucho cuidado y me volví muy devota de Dios. Lloraba, leía la Biblia y era muy susceptible. Alguien venía y me decía algo y yo sentía que me lo estaba diciendo con doble intención. Me volví muy recelosa. Si alguien llegaba y yo no lo conocía y preguntaba algo, yo ya estaba sospechando algo, ¿quién será?, ¿de dónde vendrá?, ¿qué querrá?, ¿será que nos va hacer algo? Así me volví y así me quedé, claro que he bajado esa forma de ser pero sí soy muy recelosa de la gente, de las situaciones.

A mi hija no le pasa eso, por el contrario, si alguien va y le dice, camine me acompaña, ella se va detrás. A veces le digo, “Nena, usted tiene que tener mucho cuidado con la gente, no a todo el mundo se le puede brindar confianza, no a todo el mundo se le pueden contar las cosas”. Porque por lo menos ya tuvo un problema. Ella se puso a contar el año antepasado que el papá esto y lo otro y las amiguitas empezaron a decirle guerrillera. Yo le dije, “No mami, no tienes que contar todas tus cosas porque la gente no entiende”. Eso fue un problema y tuve que ir con el profesor, con la amiga y con tres amigos que le decían así.

Una vez, cuando ella estaba pequeñita, pasó alguien, nunca supe quién, tuvo que ser un amigo de él y le dijo a Lalita que el papá estaba muerto. ¡Fue terrible! Ella entró aquí llorando y gritando, mi papi está muerto, mi papi está muerto. ¿Quién le dijo? No lo sabemos, salimos pero no vimos a nadie, no supimos quién fue. Hay gente muy cruel. Yo le he dicho a la niña que hay que tener mucho cuidado a quién se le dice. Yo sí soy muy recelosa con la gente que me llama al teléfono, con la gente en la oficina, cuando veo gente que pasa dos, tres o cuatro veces, inmediatamente me pellizco. Yo no era así, todo eso me cambió, me hizo madurar, ver la vida desde otro punto de vista. Antes era diferente, a pesar de mi situación económica, pues toda la vida fuimos pobres, pero aún así mi vida era muy color de rosa. Mi vida era sencillita y esto me cambió completamente, me dio un vuelco.

El proceso de la desaparición todavía está abierto, el DAS alguna vez se comunicó conmigo y me mandó a decir que habían cerrado las investigaciones, porque lo poco que habían encontrado no les colaboraba a ellos con nada, no sabían qué ruta seguir, llegó el momento que quedó todo ahí, no se supo qué pasó.

Hace dos años, el 13 de enero, me llegó por correo un obituario, decía que de parte de los paramilitares, de las AUC, eso fue terrible. El problema es que a veces uno no sabe si son o no son pero el daño que hacen es mucho. Yo casi me enloquezco, sobre todo fui muy sincera con mi hija. Eso fue el caos aquí y yo que soy la columna de mi casa. Sobre todo me tocó esconderlo en el empleo porque me daba miedo que me echaran por eso, sinceramente es como uno sentirse muerto, muerto en vida.

Volví a solicitar ayuda a todos los organismos de seguridad, ellos volvieron y me removieron todo lo de Lalo. Yo he aprendido a vivir sin Lalo pero no he podido matar el amor que sentí por él, no he podido. Para mí ha sido muy duro y difícil seguir adelante. Yo sé que hay personas que lo han superado, que han vuelto a tener relaciones afectivas con otras personas pero yo no he podido. He intentado en dos ocasiones y no he podido. Ha sido difícil, tengo el problema de que tiendo a comparar Y por X, y no se puede. No me veo con otra persona, tampoco me veo con más hijos, definitivamente siento que mi hija es toda mi familia.

Para mí Lalita es parte de mí y así lo veo y así lo siento. He tratado de despegar mucho a mi hija de mí, porque me hace daño a mí y a ella. Quiero que tenga una vida libre, que disfrute su vida, que conozca, que estudie, que se supere y eso es lo que le he transmitido. Quiero que salga de Colombia, que vaya, que cuando quiera tener su relación de pareja pueda decir, ya viví, ya disfruté, ya gocé, y no que diga fue que me enamoré de una vez. Quiero que tenga otro nivel de estudio mejor que el mío. Me he relacionado muy bien, gracias a Dios a raíz de todo esto que me ha dejado la desaparición de Lalo, me tocó despertar.

A los veintidós años me tocó conocer una cruel realidad que nunca me imaginé vivir. Eso me ha dejado que tuve que ir a instancias a las que nunca pensé ir, hablar con gente con la que nunca creí que yo fuera hablar, o sea, aprendí a desenvolverme, y voy donde sea. Si a mí me dicen que hay que ir donde el presidente yo voy y hablo con él y no siento te-

mor, no siento nada. Me parece que es lo más natural del mundo. Eso me dejó la necesidad de ayudar en todo lo que tiene que ver con las organizaciones, si hay un evento, voy a participar, voy a los foros, siento toda esa ansiedad de estar allí, de ser parte de eso.

Por eso fui a un evento organizado por una entidad internacional en Bogotá, me he relacionado con gente de la gobernación, con gente de la alcaldía, con gente que yo nunca creí que me fuera a relacionar. Por mi cabeza nunca pasó que eso fuera a ser así y eso me ha ayudado a tener un reconocimiento en la comunidad. La gente me valora y me dicen que soy una berraca, porque salí adelante con lo de mi marido, que mi hija está bien, que llevo adelante a mi familia. Como que siento admiración de parte de mucha gente por lo que me pasó y eso me ha ayudado en cierta forma a superar mucho dolor de lo que viví. También he tenido mucha gente que desinteresadamente me ha ayudado y que me ha querido. Por lo menos yo veo el caso de otra compañera, a quien también le desaparecieron el esposo, y si comparo la vida de ella con la mía es mejor la mía, toda una vida.

Desafortunadamente perdí mi esposo pero he tenido otras cosas. Es decir, he sacado cosas positivas de esa experiencia tan terrible. Trato de ayudar, ya me pasó con una amiga que vivía acá en el barrio. Inmediatamente me enteré que a su esposo lo habían desaparecido me fui para su casa y le hablé: “Tranquila mamita, yo la entiendo, su dolor fue mi dolor”. Hablé, la acompañé, le dije, tiene que ir hacer esto, mire, tiene que ir a tal parte, tiene que, o sea, toda mi experiencia se la pasé a ella y fui inicialmente un apoyo para ella. Ella también era esposa de un reinsertado.

A otra compañera, a Mirta, le mataron al esposo en combate, y ella embarazada, con su bebé. Porque esa es otra complicación. En el caso mío, mi hija estaba bebecita, que había que comprarle leche, que había que estar pendiente de su salud, y yo sin un peso. Me quedé sin trabajo y fuera de eso estaba llorando por la pérdida de mi esposo y me tocaba sacar dinero de donde no tenía. Y no conseguía empleo, porque perdí prácticamente mi memoria y me aislé totalmente de todo el mundo que me quería o me conocía. Yo no quería ver a nadie, saber de nadie, de mi mejor amigo me escondí como dos años hasta que un día todo el mundo andaba preocupado, hasta que me buscaron y me encontraron. Yo quería irme para el fin del mundo, donde nadie me dijera nada. Era muy terrible para mí

llegar a cualquier oficina y oír a la secretaria que me decía: “¿Y es que a usted no le duele la pérdida de su esposo?” Cosas así, me decían, “¡Ay! Eneida ¿Y usted qué siente?” Yo decía, hombre, cómo me van a preguntar lo que siento, pues se supone que yo siento dolor, no voy a estar feliz, contenta porque al otro lo desaparecieron. Además que me martirizaba el alma pensar que lo estaban torturando, que quién sabe cómo lo hubieran matado, y para acabar de completar los amigos de él hablando de que a los que desaparecen les hacen esto o lo otro. Cuando alguien desaparece así, no es lo mismo que cuando se muere, pues se puede comenzar a hacer un luto. Pero cuando es así y uno no sabe cuando es ese cierre, todavía queda la esperanza de que aparezca por ahí.

Tuve mucho tiempo la esperanza de que iba a regresar, y yo decía, “¡No, yo sé que algún día tengo noticias de él!” Cuando desaparecieron a Carlos, el esposo de mi amiga, como al año de que Lalo no aparecía, para mí eso fue encontrarme con mi momento, fue encontrarme con mi verdad de que Lalo nunca iba a regresar. Yo hablé con mi amiga y le dije, “¿Qué hubo?” “No Eneida nada y ya un año”. Yo le dije, “¿Un año? ya pasó un año?” Cuando ella me dijo eso, para mí fue como si me hubieran quitado algo, ella un año y yo que llevo tantos años. Y desde ahí para acá fue que tomé otras alternativas en mi vida, opté porque tenía que salir de esto, pues había llegado el día en que ya ni oía música porque me parecía que si oía música estaba siendo infiel al recuerdo de Lalo, cosas así. Ya no iba a los sitios que compartimos, no era capaz de ir. Las fotos no las pude esconder, duré con la ropa de él cargándola como cuatro años. Después de todo opté por regalarla toda, a gente conocida mía que se la veía yo puesta. Eso me ayudó en cierta forma a comprender, que ya era imposible. Regalé todo lo de él, no dejé absolutamente nada, no quise. Sólo dejé las fotos y las miro con frecuencia, nunca las escondí, me parecía que era un sacrilegio esconderlas.

Lalita todos los días miraba las fotos de su papá, y a mí se me partía el corazón de verla a ella mirando esas fotos. Como ella habló tan pronto, hablaba clarito cuando el papá se desapareció, me decía, mami, porque yo lloraba y lloraba y lloraba. Un día me dijo, “Mami yo también la quiero como mi papi, yo también la quiero”. Y me decía, “No llore más, no llore más”. ¡Ay! pues sabe qué hacía yo, me encerraba en el baño, abría la ducha y me ponía a llorar en el baño, y llore y llore, y cuando salía me decía, “Lloró mami”. Y yo decía, “No mami, me cayó jabón en

los ojos”, para ocultarle que estaba llorando. Para mí, sinceramente, ella fue una fortaleza. No tengo con qué pagarle lo que hizo por mí, porque realmente su amor, su cariño, su afecto me ayudaron a recuperarme mucho. Pues uno se pone a comparar y dice, bueno, otras no pueden con los niños y los dejan por ahí. Eso es muy triste también.

Yo me iba a llorar donde mi amiga Cecilia y ella me decía, “Eneida, mire las cosas desde este punto de vista, usted tiene su bebé, mire su bebé ahí durmiendo, mire y verá que ella es la partecita de todo el amor que usted vivió con Lalo. Ella es ese amor, ese afecto, ese cariño”. Y me fue ayudando a que yo transmitiera todo eso hacia Lalita. Cuando me acostaba me quedaba mirándola, porque no pude volver a dormir sola. Eso fue otra cosa que me pasó, para mí dormir sola era como si me estuvieran enterrando viva. Hubo un tiempo que dormía en la cuna con ella hasta que las dos ya no cabíamos. Entonces nos tocó regresar a mi cama, a la de nosotros. Ya no podía dormir sola, todas las noches soñaba con él, duré como tres años que todas las noches soñaba con él, pues tanto así que llegó el momento que a mí me fascinaba irme a dormir porque era como irme para otro mundo, era como transportarme a otras partes y me dormía y soñaba con él y cuando me despertaba era como llegar a la realidad. ¡Ay!, no le deseo lo que viví a nadie, ni a mi peor enemigo.

En las fechas especiales yo inicialmente iba y le compraba una tarjeta el día de sus cumpleaños, el día del padre. Ya no las tengo, pero alcancé a juntarle sus tarjetas porque yo decía, “El día que llegue se las voy a mostrar”. Iba y se las compraba y me sentía como que ya había algo. Yo me imagino que eso es lo que hace la gente católica cuando va al cementerio a visitar a sus muertos. Me imagino que es como lo mismo que yo hice. Yo compraba esas tarjetas y las guardaba y las guardaba, y ya sentía como un descanso. Me iba a orar y a pedirle a Dios misericordia, que si él estaba vivo que lo guardara, que lo protegiera, que lo cuidara, que lo ayudara porque yo no sabía en dónde estaba él, y que si él estaba muerto pues que me ayudara a superar todo esto, que me ayudara a olvidar ese dolor, porque era un dolor que era como una impotencia, una ansiedad, una desesperación, no sé. Por lo menos me sentí impotente, incapaz de hacer algo, o sea, como que yo no era nada, nadie, ni podía hacer nada. Esa sensación, yo creo que es la sensación que tiene toda persona a la que se le desaparece alguien, que uno no puede hacer nada, nada. ¿Es que uno qué puede hacer? Máximo ir a unas organizaciones, en

donde llegan, escriben el nombre de la persona, los datos de uno y listo: “Mamita, cuando sepamos algo le avisamos”.

En todas partes es así. Me acuerdo tanto de una psicóloga, era algo de la Presidencia para los Derechos Humanos en Bogotá. Yo llegué y entré, la muchacha, me hizo anotarle todos los datos. Después de que terminó le pregunté con esa emoción: “¿Bueno y entonces ahora qué hacemos?” Y ella me miró y dijo, “¡Ay mamita! yo sé que la voy a matar con lo que le voy a decir, pero se lo voy a decir!” Me dijo: “Mire, este no es el único caso que nosotros recibimos aquí, son miles de desaparecidos en el país, no es sólo su esposo y para nosotros esto no es más que una forma. No es más, para usted lo es todo, para nosotros es una estadística más”. ¡Ay!, eso fue terrible, pero inmediatamente reaccioné que era cierto, donde quiera que yo había ido Lalo no era más que una estadística de Colombia. Una más, que estaba sumando a los demás desaparecidos del país. Para mí lo significó todo, significó dejar de trabajar, dejar de estudiar, quedar sola con una hija, en cambio para Colombia en sí no era nada. Para sus compañeros del M-19, Lalo quién sabe qué hizo para que lo desaparecieran, fue lo que me dijeron a mí. Muchos otros temen que les pueda pasar lo mismo. Por lo menos un amigo cercano expresó eso. Llegó y dijo: “Si se puso a hacer torcidos, pues tenía que pasarle algo”. Y me lo contaron a mí, busqué al hombre, porque en esos días me convertí como en una fiera, cuando uno está cuidando sus dominios.

Me acuerdo que no lo pude localizar, no me dejaron hablar con él. Y me fui a hablar con otro que había estado con el amigo ese día, por ahí en Neiva. Lo llamé, le dije que cómo era eso. Él me pidió disculpas por ambos y me dijo que sí, que entendía mi dolor y que comprendía. Y yo le dije, “Si usted considera que mi marido era un torcido vengan y abran una investigación, porque tanto a ustedes como a mí nos interesa saberlo”. Y así, me agarré con todos los que hablaban mal de Lalo. Me convertí en una fiera completa. No podían decir nada porque me ofendían. La gente me decía muchas cosas, que Lalo supuestamente me había traicionado con una amiga mía. No sé si fue cierto o no, pero fue como sumar el dolor. Pero ya después lo tomé por el lado amable, pues me reí de la vida, y bueno qué le vamos hacer. Ya no hay nada que hacer.

Yo agradezco que mi hermano mayor sacara dinero de donde no tenía y me auxiliara. “Que hay que ir a tal lado, listo, tenga, vaya”. Rein-

serción también me colaboró mucho, no puedo negarlo, por lo menos me permitió tener la casa. Como pude mi hermano me prestó y me hice al taxi, pasé papeles y me ayudaron para que el Icetex me diera el crédito para mi carrera. Yo hice tecnología en contaduría pública y hasta ahí dejé, ya después con el Icetex me ayudaron para la parte profesional, hice seis semestres de sistemas con Fenalco. A mí me encantan los sistemas, si a mí me dicen, Eneida que esto o lo otro, ellos saben que conmigo cuentan. Eneida que mire, va a haber un foro de no sé qué, yo estoy allá, porque siempre he sido muy convencida de que la educación es algo que hace crecer un país, hace crecer lo que sea. Desde muy pequeña he sido muy convencida de eso y lo he valorado mucho, y en ese sentido me utilizan, digamos que me dejo utilizar, en el buen sentido. Si me llaman que necesitamos que alguien vaya a tal parte, listo, anótenme a mí y yo voy. He ido a cursos de radio, he ido a cooperativismo, lo que sea. Desde que me inviten allá estoy. Entonces me he caracterizado y me tienen catalogada como una muchacha muy intelectual, de mucho empuje, alguien en que sí vale la pena invertir todo ese tipo de cosas.

Mi vida no ha sido nunca un lecho de rosas, pues yo vengo de la pobreza absoluta. Peleé con las uñas, con lo que fuera para que me matricularan a estudiar porque no había opciones de estudio, ni de nada, sino sólo la comida y la dormida. El evangelio me ayudó mucho, porque leer la Biblia en cierta forma, para las personas que lo saben valorar, amplía el horizonte. Yo siempre quería más de lo que tenía, yo sacrificaba, por decir algo, comprarme unos zapatos con tal de que me compraran un libro o que me matricularan. Mi papá siempre me ponía a escoger, bueno, quiere esto o quiere lo otro. Lloré, luché para que me inscribieran en un colegio, porque no me iban a inscribir. Papá me dijo, bueno, listo, escoja un colegio y le ayudo. Va, se inscribe, presenta el examen, si lo pasa estudia, si no lo pasa no estudia, esa era la opción. Escogí el INEM, que era el más difícil y sin embargo gané y me inscribí y pasé becada. A cambio de eso sacrificaba rumbas, o sea, no tuve la niñez normal que tienen todos los niños, me dediqué a leer. Toda la vida me ha gustado mucho leer y estudiar, siempre con la meta presente de que iba a sacar mi familia adelante, que tuvieran otro contexto, que pensarán diferente, que fueran otras personas. Cómo era posible pensar que porque nacimos pobres teníamos que morirnos pobres, no.

Me considero una mujer con temple para salir adelante, y si me toca volver a empezar de abajo vuelvo y lo hago, y sé que lo logro y salgo adelante. Esas son cosas que le faltan a la gente y eso era algo que yo siempre le peleaba a Lalo: “Pero es que yo no necesito irme para el monte con un arma para tener una casa. No, yo misma me puedo dar lo que yo quiera”. Si yo quiero ser alguien en la vida yo lo lucho porque en esta vida se trata de la gente que se deja dominar o que domina. Si yo soy de los que se dejan dominar, me llevó el que me trajo. Yo siempre he sido de esa convicción. De ahí que a él le daba vergüenza irse a trabajar, a vender empanadas al centro, cuando no había más que hacer porque no le daban empleo en ningún lugar. Yo estaba en la universidad y trabajaba y él no quería ser un mantenido. Entonces le dije: “Nos vamos a vender empanadas a la calle 15”. “No Gorda, yo que me voy a ir por allá”, me dijo. “¡No!, nos vamos a vender los dos”. Yo en la universidad y me fui con él a trabajar hombro a hombro. Ya después de ocho días que él vio que empezaba a ganar y que sus amigos fueron y que todo el mundo venía a comprarle, entonces empezó como a descubrirse a sí mismo en otro aspecto de su vida y para él fue muy importante y para mí también. Yo vengo de esa escuela, porque a mí me tocó siempre vender empanadas, o lo que fuera, y no me daba pena. Cuando estaba embarazada de mi hija me fui a vender cerveza para unas fiestas. Fui y vendí cerveza pues necesitaba plata y no me iba a quedar con las ganas trabajar. Ese espíritu mío en cierta forma lo ayudó a tomar otro concepto de la vida, de ahí que me doliera tanto que él se desapareciera. La meta de nosotros era que yo terminaba contaduría pública, nos íbamos para Bogotá a trabajar, y yo le costeaba a él la universidad, pues él quería ser ingeniero electrónico. Él daba la vida por eso, era un experto en eso y era muy inteligente. Imagínese todos esos sueños en los que sabíamos que los dos juntos podíamos lograr muchas cosas, además nuestra hija tan inteligente, era muy pequeña pero era muy capacitada para muchas cosas. Cuando la llevaba al pediatra, decía, “Es que ustedes le están enseñando muchas cosas a la niña”. “No, doctor, cómo cree que nosotros vamos a forzar la niña”. Sabíamos de antemano que nuestra hija también era algo especial y nos consideramos una familia privilegiada.

Lalita tiene los ojos verdes como la mamá de él, es muy linda, era su orgullo. Ya va a entrar a sexto, está avanzadísima, cumplió diez años y ya es una mujercita, casi igual de alta a mí. Él salía con ella para que le

dijeran que su hija era hermosa, que era inteligente. Yo sentía que tenía el mundo en mis manos, después de que sufrí tanto, luché tanto, lloré, padecí. Me sentía que había llegado al oasis y él estaba ahí, lo que no sabía era que estaba descansando para empezar nuevamente lo que me tocaba.

Mi mamá ha sido su mamá, yo fui el hombre de la casa. Me convertí en el papá, o sea, yo soy el que traigo el dinero a la casa y tomo las decisiones más fuertes. Mi mamá se encarga de lo de casa, que estudie, que no se salga, que las tareas, que la comida, la ropa, todo. Cambiaron los roles. Mi mamá los sábados y domingos me decía, “Qué pena, a su hija no se la cuida, usted verá qué hace con ella”. Y yo ya me encargaba. A veces, muy pocas veces me da por ir a rumbeo, me invitan a alguna casa o a alguna celebración, y como buena india agarro a mi hija y los que se van conmigo. Ahora me gusta mucho ver televisión, leer, me gusta ir con mi hija al centro. Donde esté mi hija ahí estoy yo.

Con Lalo compartíamos todo por igual, él era una persona muy hacendosa y muy justa. A mí se me dificultaba mucho lavar lo que era cobijas, toallas, jeans, por mi estatura, primero, y segundo porque tengo un problema que yo lavo y se me tratan de abrir las palmas de las manos. Él veía que se me dificultaba esa tarea. Un día me sorprendió cuando me dijo, “Gorda mire, usted lava lo que es pequeño, la ropa de la nena, los buzos míos, las medias”. Yo por lo menos los interiores a él nunca le lavé. Para mí él era una gran ayuda. Cuando tenía muchos trabajos en la universidad y él me veía cabeceando me decía, “Venga Gorda, venga a ver le ayudo”. Aprendió conmigo contabilidad porque yo le enseñé para que me pudiera ayudar. Se sentaba con mi grupo de trabajo y nos poníamos todos a trabajar. Para mis amigos la pérdida de él fue terrible, porque fue perder un compañero más. Él era muy cercano a mí, si le decía, “Amor, tengo un trabajo en tal parte”. “Listo Gorda yo voy y la recojo”, y allá aparecía, una hora, media hora antes y nos ayudaba a terminar lo que faltara para poder salir todos rápido. Por eso mis amigos lo querían, lo valoraban.

Yo pienso que ahora he llegado a un equilibrio y me da como miedo pensar en que nuevamente he vuelto a equilibrar la balanza. En lo sentimental me siento muy sola y quisiera tener la oportunidad de compartir con otra persona, de poder volver a vivir el romance, digamos que tal vez no el amor, pero sí compartir la parte afectiva.

A veces me he imaginado qué pasaría si de pronto él apareciera, cómo me cambiaría eso la vida, cómo sería eso. Hoy le decía a mi cuñada, mirando una foto de él. “Yo no sé qué pasaría con mi vida si Lalo llegara a aparecer”. Porque yo siento como un amor platónico, siento que aún hay algo, que lo quiero a pesar de todo. Si él estuviera vivo, para mí sería terrible enterarme de que está vivo y que nunca me avisó, que dejó que yo lo viviera todo en el completo dolor. Pero también sería una alegría máxima, porque yo he sido muy sincera conmigo misma, y he dicho, si Lalo llegara aparecer, y así tuviera otra relación, otra pareja, otra familia, yo no haría nada, simplemente le daría gracias a Dios porque está con vida, porque la vida es lo más preciado, porque no lo torturaron, porque no le hicieron nada de aquello que me martirizó tanto tiempo. Ciertamente, es lógico que sería un golpe terrible, comprender y ver que todo este sufrimiento, toda esta angustia, todo este dolor, de pensar en dónde estará, qué estará haciendo, si estará vivo, si estará muerto, si lo mataron, lo descuartizaron, qué le hicieron. Realmente, todo eso se pudo haber ahorrado siempre y cuando él me hubiera mandado una razón, “Vea Gorda yo estoy vivo, no pienso regresar y listo”.

Me he acostumbrado a vivir muy independientemente y soy muy dueña de mí misma. Tener una relación ahorita sería muy complicado porque soy muy libre. Yo llego a la hora que yo creo que debo llegar. A mí nadie me dice nada y con mi dinero hago lo que yo creo que debo de hacer. Siempre he sido muy independiente y Lalo nunca me quitó eso, siempre me dejó tomar mis propias decisiones. Por eso tal vez la relación fue tan rica, porque él a mí no me cortó las alas, sino al contrario, me amplió el horizonte para que yo pudiera volar mejor. Yo veo relaciones en donde están asfixiados y digo: “Dios mío, vea cuánto daría yo por tener mi propia relación, mi propio compañero y los que lo tienen no pueden, están hasta aquí, ya no pueden más”.

No sé qué podrá pasar si él llegara aparecer, no lo sé. Supongamos que esté vivo, la vida mía continuó, nuestra relación quedó ahí en un momento. Yo me alegraría demasiado, por mi hija, ella me dice, “Mami, yo quisiera tener a mi papá, ir a piscina, llevarlo a comer, ir a jugar. Ay mami, se imagina yo con mi papá, se lo presentaría a mis amistades”. Y yo a veces le digo como para bajarla, “Mírelo desde el otro punto de vista, vea su amiga Lorena, tiene mamá y tiene papá, y la mamá a veces le da permiso para tal cosa y el papá no”. Y dice, “¡Ay sí!, eso es lo malo de

tener papá, por eso es que muchas veces mejor me quedo con usted solita porque usted es mi mamá y mi papá, en últimas lo que diga usted y ya, no tengo que contar con otra opinión”.

Ella adora a mi hermano, el mayor, y ella sabe que si él le dice algo, ella tiene que obedecer. A mi mamá la he hecho respetar por encima de lo que sea, así ella tenga la razón o la tenga yo. Ella sabe que la palabra de mi mamá es ley y ella me dice, “Mami yo sé que mi abuelita manda más que usted”. Yo me voy y mi mamá se queda con ella y si yo no hago respetar la palabra de mamá entonces la perjudicada soy yo, porque Lalita no le va a hacer caso a nadie más.

En cierta forma, me he sentido viuda porque yo sí realmente lo perdí, pero la gente no lo ve como si yo lo hubiera perdido. Tuve una amiga que a ella el esposo se le murió, ella también ya murió, y ella me decía: “Eneida, es que en últimas yo fui y enterré a mi esposo, y cuando quiero ir a verlo lo veo, pero usted no sabe si Lalo esté vivo o muerto, ¿cómo hace usted, qué hace usted?” Yo, a veces, hasta pierdo mi identidad. Por lo menos siento como si él estuviera vivo y a veces hablo como si él estuviera vivo, otras veces como si él estuviera muerto y después pienso, ¡Ay, Dios bendito!, lo estoy matando con el pensamiento, entonces vuelvo y cambio mi forma de pensar. Últimamente si me preguntan, usted cómo se considera, soltera o viuda, digo pues viuda porque la verdad lo perdí. Otras veces digo soltera para no ponerme a dar explicaciones porque comienzan a preguntar, ¿viuda y cuándo? ¿Usted era casada? ¡Pero yo nunca la he visto con marido! Si digo que soltera, dicen, ¿Soltera con una hija? Por cualquier lado me juzgan. Ya no le pongo tanta tiza al asunto, la gente que se entera por primera vez que mi marido fue desaparecido, dice: “Qué pena, es que le voy a preguntar una cosita”. Y comienza la chorrera de preguntas. Ya no sufro tanto como sufría antes, ahora puedo contar la historia sin tanto dolor pero antes sí me dolía mucho. En un principio me sentí como alejada, discriminada, separada, como una curiosidad, que me señalaban. Alguna gente me tenía lástima, que pobrecita, se quedó tan jovencita con una niña. Quién sabe al marido qué le hicieron, yo creo que se lo mataron. ¿Cómo lo habrán matado? ¡Dios mío! La gente no tiene una cultura o unos parámetros a seguir, también es nuestra forma de ser, como que nos gusta a veces ahondar en el dolor ajeno.

No demandé al Estado, simplemente puse denuncias localmente, pero vivo en un pueblo pequeño y no voy a arriesgarme a exponer mi vida y la vida de mi hija. Tampoco quería hacer parte de ninguna organización por los desaparecidos. Ya me habían propuesto que lo fuera, pero sinceramente no me arriesgué. Acá todos me conocen, y ya me pasó con los organismos de seguridad, la persona que me recibió me dijo: “¿Usted no era la compañera del muchacho que desaparecieron del M-19?” Yo me quedé fría y él me dijo: “No se preocupe, es que yo escuché el cuento.” Muchas organizaciones en Bogotá, cuántas veces no les ha tocado cambiar de sitio, de vivienda, han tenido que poner detectores de metales y blindados, porque es un peligro, entonces, imagínese, localmente es muy difícil sostener una situación de esas.

Cuando Lalo desapareció yo ni sabía qué debía hacer. Puse la denuncia de que él estaba desaparecido porque en ese instante estaba con un amigo de la universidad y él me dijo: “Avisemos a la policía”. Fuimos y preguntamos y me dijeron que había que ponerla al CTI. Eso fue a las diez de la mañana, él se desapareció a las siete de la noche un jueves, a las diez de la mañana el viernes yo ya estaba instalando la denuncia. No la coloqué como que él era desmovilizado del M-19, porque alguien de la policía me dijo que a un muchacho lo había cogido un taxi y se lo habían llevado. Por eso lo puse como que era una persona común y corriente y me fui a buscarlo por todos los centros médicos. Cuando le avisé a sus compañeros, fue cuando ellos me dijeron: “No, Eneida, tiene que ir a cambiar su denuncia y poner que él es del M-19 para que se mueva más la situación”. Me dijeron, tiene que ir a tal parte o a tal otra. Yo empecé con la Defensoría del Pueblo, que casi ni me atienden, fui a la Procuraduría porque me dijeron que si había sido funcionario público quien había desaparecido, la demanda tenía que estar en la Procuraduría, fui al DAS porque el DAS tenía que ver si eran delincuentes comunes, fui al B-2. En el B-2 no se puso denuncia, pero sí fui a mirar si había detenidos allá. A la Sijin fui, porque una instancia vigilaba la otra y que porque esta vigilaba a este. Lo del habeas se puso por si estaba detenido y así, si alguien decía, hay que ir a tal parte, entonces a esa parte yo iba. Alguien me dijo eso aquí no hacen nada, eso es perdido, eso es ir a botar el tiempo, váyase para Bogotá. Inmediatamente me fui para Bogotá, para la Procuraduría. Allá me dijeron, vaya al Palacio de Nariño, y allá me dijeron, sabe también en dónde puede poner la demanda, en tal otra parte. Revisamos

todo, hasta fue un riesgo que corrí por ir a diferentes partes y hablar de la situación, eso era peligroso. Duré como dos años y medio en todo eso y después volvía y retomaba. Terminaba acá, dejaba como descansar uno, dos tres meses y volvía a llamar, a ir. Fui muchas veces al CTI a mirar los álbumes de la gente que encuentran NN, entregaba fotos, pero nunca se supo nada. Eso es muy desgastante. Aquí en el departamento casi no se sabía de desapariciones forzadas, tanto así que prácticamente la gente tampoco sabía qué hacer.

De toda situación mala o buena siempre uno puede sacar lo positivo y lo negativo. Uno no se debe quedar con lo negativo solamente, con el dolor, la angustia y la desesperación, sino que eso lo ayude a crecer, a ver la vida desde otro punto de vista. Hay que ver la experiencia de uno y mirar cómo puede servir para ayudarlo a otras personas, cómo apoyarse realmente en sus hijos, en sus seres amados, en la gente que verdaderamente lo quiere a uno. De todas formas, no se puede convertir eso en un odio, en venganza, que porque a mi esposo lo desaparecieron entonces yo también voy a ver a quién desaparezco, porque como a mí me pasó eso entonces yo también tengo que ir a hacer eso. No, yo pienso que le debe servir a uno como para reflexionar y tomar otro cauce de su vida. Yo, afortunadamente, he encontrado cosas positivas en muchos aspectos de mi vida. Crecí como persona, a nivel tanto social como económico, intelectual y profesional. Aspiro a que mi hija vaya por ese mismo camino y he tratado siempre de colaborarle a ella, a mi familia, a la gente que está a mi alrededor. Me encerré mucho tiempo en mí misma y de nada me sirvió, perdí muchos años de mi vida en eso. Hay que mirar la vida desde otro punto de vista y no ayudar a que Colombia tenga más sangre de la que ya tiene, porque qué saco yo con ponerme a buscar a los culpables, si ya no voy a encontrar a Lalo; y segundo, lo que voy a hacer es llenarme de odio, de resentimientos y a la final eso no lleva a nada.

Ahora soy más madura, tengo una forma de pensar muy amplia, soy muy abierta con la gente que quiero. No me gustan las esquivas que me quedaron de todo esto, me volví muy recelosa con todo el mundo, desconfío mucho de la gente que no conozco. Si alguien me dice, “Nos vemos a las cinco en punto”, y no llega, para mí es terrible que no llegue. Me desespero, me angustio, pienso lo peor. Si Lalita no aparece a la hora que tiene que aparecer de la escuela, ¡Jesús!, me vuelvo un manojito de nervios, me angustio mucho. Eso me quedó, eso es negativo y no he po-

dido combatirlo. La gente tiende a estigmatizarlo a uno. Me dejaron de hablar porque yo era esposa de un guerrillero, eso con compañeros de la universidad que yo les colaboraba. Dejaron de tratarme y me señalaban con el dedo. Una vez me pasó algo terrible con un periodista que me hace un reportaje al segundo día que Lalo se desaparece y me dice: "Mire, yo la voy a entrevistar, pero le voy a pedir un favor, no quiero lágrimas, no quiero aquí berrinches, no quiero nada, me habla como normalmente porque a mí esas escenas no me gustan". Yo casi ni le hablo porque sinceramente a mí me dio fue mal genio, me pareció estúpido. Le dije, "Tranquilo que yo sé controlar mis sentimientos, no hay problema". Y el tipo como que se sintió abochornado pero nunca se me irá olvidar la cara de ese tipo, nunca, nunca.

La verdad es que quisiera irme de Colombia porque le temo a la guerra, le tengo miedo a que mi hija tenga que tomar una decisión para dónde se va, si para la guerrilla, para los paramilitares o para los militares, le temo a que llegue el día en que tenga que tomar una decisión de esas. Me parece que Colombia apunta a eso definitivamente y me da miedo, tanto así que yo he estado hablando mucho con mi hermano el mayor para que se haga cargo de mi hija si en caso tal yo no puedo salir de Colombia, porque yo quiero que ella tenga otro mundo, otra vida. He estado mirando opciones, ya le expuse mi situación a algunas entidades, les dije que quería que me ayudaran a ver cómo puedo salir del país en condiciones normales. Tampoco quiero pasar necesidades, porque igual no las estoy pasando acá, y sobre todo por Lalita, pues yo digo que yo ya viví mi vida, ya sé lo que me conviene y lo que no, pero mi hija empieza a caminar, quiero que conozca, que tenga otras alternativas. Aunque en este momento me ha tocado dejar todo como en *stand by*, porque la situación de la casa me ha tocado asumirla casi sola, pero no hago sino leer los folletos para estudiar inglés. Ya había pensado en España, pues parece que me podrían ayudar con la embajada española para que me dieran el permiso para trabajar, o la visa, España siempre ha estado como muy abierta.

Sinceramente lo hago por ella, pues Lalita tiene un problema y le duele mucho lo que pasa con la gente necesitada. Todo eso le va a afectar a ella cuando sea grande, ahora yo lo manejo pero después va a ver más dolor y más angustia, y entonces ahí es donde las mentes cambian. Yo no quiero eso, y yo se lo pido en el alma que no vaya a tomar el camino de su papá, que piense en una profesión, o sea, el camino normal de la vida.

Me da miedo, porque el papá tenía una ideología con respecto de ayudar a la gente. Se sacaba el bocado de la boca por dárselo a otros. Yo soy más reservada en muchos aspectos, no a todo el mundo ayudo, porque hay gente que no vale la pena, hay gente que es malvada. Para Lalita todo el mundo es bueno. Si viene una niña y le dice, “Lalita, regáleme la blusa que usted tiene puesta”, es tan capaz que se la quita y se la da. A mí me ha tocado parármelo en la raya, no Lalita, no regale las cosas, porque me mantenía en bancarrota a mí. Lo que fuera, colores, cuadernos, todo.

Cuando Lalo desapareció sentí un frío, el frío de la muerte, le llamo yo. Desde ahí supe que le había pasado algo terrible, fue como mi subconsciente, como un presentimiento. Siempre he creído en los presentimientos, una vez que él se accidentó yo estaba trabajando cuando sentí algo y vi un chorro de sangre. ¡Dios mío! qué me está pasando, le dije a mí compañera de trabajo, que vi un chorro de sangre. Pero nadie me llamó al trabajo, no pasó nada. Fui y almorcé a la casa de mi mamá, fui a la universidad, y cuando regresé supe que se había accidentado por la mañana y no me habían avisado por no asustarme. A veces me acuesto a pensar y no sé qué esperar de las cosas. Hace como tres años tuve una experiencia con algo y me dio miedo. Yo no sé qué fue lo que me dio. Yo estaba acostada pero no estaba pensando en él, ni en nadie. Cuando lo vi ahí parado junto a un chifonier que habíamos comprado y me dijo: “¿Gorda, hizo todo lo que le pedí?” Yo de una vez reaccioné. No sé si fue que me quedé dormida inicialmente y me desperté, o realmente nunca me dormí y lo vi, no sé qué pasó, lo cierto es que yo salí de esa pieza y el corazón me latía, mi mamá me vio y me preguntó “Qué pasó”. Ella no lo creía, pues nosotros no creemos en espantos, por la Biblia sabemos que no existen, pero me asustó. O sea, me sorprendió una situación de esas y no sé cómo explicarlo.

Mucha gente me ha venido a contar cosas: “Eneida, mire que vi una persona tan idéntica a Lalo en tal parte”, y eso por tiempos me llenaba de esperanzas. Y yo decía, “Pueda que esté allá, que sea él”. Tanto que un día estuve tentada a irme por allá a un lugar peligroso, pero entre todos mis amigos me dijeron: “Eneida, sentémonos, razonemos: usted es consciente que Lalo la quería, que adoraba a Lalita. ¿Usted cree que si Lalo como la quería a usted y como quería a Lalita a estas alturas de la vida sabiendo lo que usted iba a sufrir no le iba a mandar una razón? Eneida, piense, él era un hombre de recursos, es la verdad, razone, no se

deje llevar por la ilusión". Una amiga finalmente me hizo captar las cosas como eran, o si no yo creo que me hubiera enloquecido, me hubiera ido quién sabe para dónde. Y además peor, porque sabía que iba a llegar y no iba a ser él. Sobre todo que empezaron a hablar cosas malas, que era un secuestrador, que era un extorsionador, que él era todo lo malo de Colombia. Hasta narcotraficante salió en esos días. Era una manera tal vez de pensar que él se lo merecía. Yo fui con su jefe, don Álvaro venga, cuénteme, quiénes venían a visitar a Lalo, que si fulano o zutano. Pues no, eran los normales. ¿A qué horas salía Lalo? ¿Le pedía permiso entre horas para salir a algún lado? ¿Recibía llamadas extrañas o se mantenía pegado al teléfono? Pero nada, nada. Si no fue en la hora suya entonces tenía que haber sido en la mía, y en la mía seguramente me daba un somnífero y me quedaba dormida y no me daba cuenta a qué horas se iba hacer sus cosas y volvía. Y así me les paré en la raya a todo el mundo, me los quité de encima porque ya me tenían como loca. Fuera de que yo tenía mucho dolor por la pérdida de él y que le quiten a uno la imagen de una persona, eso duele también. Por lo menos yo tenía un buen concepto de él y que otro viniera y me saliera con el cuento de que era narcotraficante de Cali, pues me moría de la angustia, porque al comienzo yo no sabía qué creer. Después fue que reaccioné y me puse a evaluar la situación y dije, no, pero imposible, ¡Dios mío! Lalo a qué horas ¡Dios bendito!, para eso hay que tener tiempo, tienen que viajar, pero él se la pasaba aquí trabajando. Los domingos desde que nos levantábamos hasta que nos acostábamos éramos los dos juntos, y ¿a qué horas se me perdía? Eso fue una experiencia desastrosa, menos mal que yo limpié en cierta forma el nombre de él y la niña no ha vivido nada de eso. De todas maneras me pongo a hacer un balance de mi vida y a la final el resultado ha sido positivo, pues ha habido momentos críticos, duros, difíciles, pero igual yo he tratado de sobresalir a todos esos momentos que es lo que realmente se necesita, pues no me puedo estancar.

Si nos ponemos a pensar en el día en que en Colombia se pueda vivir en paz. ¿Qué va a ser de toda esta cantidad de gente que ha sido maltratada de una manera y de otra? Por eso yo envié a mi hija a un campamento: El oasis de paz. Vinieron niños de la región, niños de policías, desplazados y otros. Mi hija está catalogada como una de las líderes, o sea, dentro de los niños especiales que siempre tienen en cuenta para todos estos eventos. Lalita fue a Melgar a lo que la primera dama hizo

cuando cumplió años la hija de ella. Ahora me río pero unos lo vieron desde ese punto de vista, que había conseguido un montón de niños para que fueran a cantarle el *happy birthday* a su hija. Pero igual como le digo yo a Lalita, lo importante fue que no todos los niños tenían la oportunidad de vivir una experiencia como la que tuvieron allá. Y mi hija también fue a Santa Marta en un viaje de convivencia, ella está involucrada en todo eso. También hay cosas tristes. Fuimos a Bogotá a pegar unos carteles con las fotos de otros desaparecidos y a ella le tomaron una foto. Quedó con una mirada muy triste y Lalita me dijo, “Mami si usted supiera, fue una experiencia terrible para mí”. Inicialmente quedó como detenido, o sea, se suponía que se lo habían llevado a la fuerza. Ahora estoy tratando, sino que no he tenido la forma y es que todo es dinero, es de recuperar la patria potestad de mi hija, es decir que quede sólo a nombre mío porque ya estoy cansada, para sacarle el pasaporte y para todo tengo que llevar todas las denuncias de Lalo y no quiero que eso quede así.

Un abogado me cobra como entre trescientos y quinientos mil pesos, pues él oficialmente todavía no está muerto. No tengo una partida de defunción y necesito hacer esos trámites. Supuestamente para que me la den tengo que instaurar una demanda y una denuncia, poner avisos en el periódico y otras cosas. Cuando lo declaren fallecido yo quedo con la patria potestad de Lalita y paro de contar la historia hasta que cumpla los dieciocho años. Por ahora si va a salir del país, tengo que llevar una constancia de que él está desaparecido, de todas las denuncias, de todo. Tengo que sentarme a organizar todo eso y sobre todo si me quiero ir, pues inicialmente me daba más miedo irme que quedarme, pero ahora me quiero ir.

Me dijeron que podría tener apoyo en un principio por tres meses, pero luego me tocaría a mí sola, sin conocer a nadie ni nada por allá. También tengo que mirar lo de las becas. Eso es lo que me hace falta aquí, tener más facilidad de poder saber todas esas cosas y que siempre mi sueño desde pequeña ha sido viajar, conocer. Así sea un periodo corto, a uno se le abre el mundo, por allá se consiguen otras cosas. Yo por lo menos digo, según como esté la situación, si no me puedo ir bueno, supongamos que me toque quedarme en Colombia, yo sí aspiro que mi hija haga intercambio, es muy importante.

Siento que la vida de alguna manera me ha compensado pero quiero más. Mis amigas me dicen, “Eneida, usted a ratos debería sentirse

afortunada, usted por lo menos vive en el barrio, y no por allá a la orilla del río”. Un día un muchacho me decía, “Oiga Eneida, usted cómo hizo para ser profesional si nosotros teníamos más que ustedes, ustedes eran más pobrecitos que nosotros”. Por lo menos con el taxi me metí, con lo de la casa me metí, me decían algo y yo listo, ahí me meto. Cuando me encuentro con compañeros de universidad y les pregunto qué están haciendo, y dicen que trabajando independiente, yo sé que trabajo independiente es una manera de decir desempleados porque no hay empresas acá, y porque no hay forma. Entonces yo los miro y me río. Yo no sé, pero una cosa fue ayudando a la otra, la ansiedad de salir adelante tal vez. Creo que yo nunca me imagine que llegaría a ser así.



Mujer de policía tiene riesgo de perderlo todo

El Negro murió de treinta y cinco años, en marzo de 2000, en un ataque guerrillero. Él era policía de carreteras y estaba trabajando en la vía. Yo quedé de veinticuatro años y con tres niños. Éramos de Pasto pero hacía tiempo vivíamos en Valledupar. Con lo que nos pasó mis hijos me hacen sufrir mucho, porque eso nos cambió la vida por completo. Ahora es que reacciono, reflexiono y le digo a la gente que uno tiene que estar preparado. Una vez fui al entierro del esposo de una amiga, y ella lloraba y estábamos todas acompañándola, y le dije, “Para estas muertes hay que estar preparado”. Me contestaron, “Cómo se le ocurre, deje de ser boba, ¿uno cómo va a prepararse?”. Pues uno tiene que ser consciente, les dije yo, que uno, mujer de policía, tiene el riesgo de perderlo. La mujer de policía tiene que estar preparada. Y dijo otra, “Eso es verdad, uno tiene que saber que va a morir”. Ahora que él murió, digo, verdad que uno tenía que estar preparado, yo lo dije, pero nunca, nunca me preparé. Pero mi Dios lo prepara a uno, yo no sé cómo son las cosas o cómo se dan.

Hacía un mes que él se había ido en comisión a Aguachica, cuando hubo un paro de camioneros, que no dejaban pasar las vías ni los carros. Un día sábado, en febrero, yo estaba planchando, cuando llegó una amiga a las siete de la noche, “Señora Gloria, ¿vio el noticiero? Que atacaron La Paz y que unos policías, que no sé qué”. Dios mío, ahí mismo pensé en el Negro, Señor bendito, que lo ampare. Por allá eso estaba muy peligroso, que esos indígenas, estaban con de todo. Puse el noticiero y nada. Entonces lo llamé, pues él tenía celular, y siempre lo llamaba y no me aguanté. “Negro, ¿cómo está? Mucho cuidado, mire que aquí en La Paz, a una hora de Valledupar mataron a unos policías en una emboscada, mucho cuidado”. “Tranquila Negra, no se ponga así, nada de nervios”, me dijo. Pasó esa noche, me acosté, recé con mis niños, uno se acostumbra solo.

El domingo siguiente estaba barriendo y trapeando, había montado la olla para el almuerzo y mandé la niña a la tienda, cuando prendí el televisor. Policías de carreteras y no sé qué más, muertos, y yo ahí mismo lo vi muerto y gritaba y lloraba. A Willy, mi hijo le decía, “Mataron a tu papá. ¡Yo lo vi muerto!”. ¡Ese desespero y Willy me decía, “No grite mami, no grite”. Llegó la niña y lloraban los niños, pero me decían no, que eso era mentira, hasta que Willy dijo, “No, mami, no es. Lo que sale en las noticias es en Bogotá”. Habían matado unos policías de carretera en la salida de Bogotá y tenían una camioneta y como él andaba en una de esas camionetas pensé que era él. Pero lo vi a él muerto. Ahí mismo llamamos pero la llamada no entraba y yo no podía hablar y Willy tampoco. Cuando la niña habló le dijo, “Papá, mi mamá vio noticias y pensó que lo habían matado”. Pasé, pero no podía hablar hasta que dije, “Negro, qué cosa tan fea, yo vi que te habían matado”. “No, Negra, usted va a psicosisar a los niños”, me respondió. Eso fue un mes antes, yo como que presentía, uno parece que va presintiendo; porque eso fue el 15 de febrero y él murió el 26 de marzo. Más tarde me llamó a decirme que estaba bien, y a Willy le decía que no llorara. Y a las cuatro volvió y llamó y dijo, “¿Ya le pasó?”. “Sí, Negro”. Tomé agua, fui a misa y le conté a una amiga. Pero esa cosa no me pasaba.

El día 9 de marzo, que él llegó, fuimos al río y estuvimos bebiendo, y ahora es que el niño me cuenta, “Mami, yo no le había contado, pero ¿se acuerda cuando salíamos del río y usted se quedó colocándose los tenis y veníamos con sus compañeros? Mi papá vino y me puso el brazo acá en el hombro y me dijo, ‘¿Usted qué haría si me mataran?’”. Y que él le había dicho, “Mi papá ahora se va a poner a hablar”. “Mijo, si a mí me matan su mamá se queda joven, usted tiene que permitir que ella realice su vida”. ¿Cómo es la muerte, ¿cierto? Uno a veces no toma en cuenta esas cosas sino que reflexiona después. Y todo el mundo decía que el papá había preparado al niño. Mi Dios ya nos lo iba a quitar. Él ya estaba para morir. Uno no piensa, no se enfoca en las cosas.

El domingo que murió me llamó a la una de la tarde y me dijo que todo estaba bien. Estaba preocupado porque el niño menor tenía gripa. Le dije, “Negro, mucho juicio, mucho cuidado”. Según la versión, eran las tres de la tarde cuando salieron y bajaba un camión por la carretera. Todos estaban en un restaurante, porque ya se iban a venir de ese puesto. Dicen que él alzó la mano y cuando menos pensaron se bajaron unos

hombres y pa, pa, pa, los cogieron ahí en la vía. No los mataron a todos, unos se salvaron y quedaron heridos. Yo sabía que esos pueblos de la costa son peligrosos. Cuando a él lo mandaron de comisión allá, me dijo, “Negra, mandaron de Bogotá una orden”. Y comenzó a viajar por Bosconia, Aguachica y San Martín, y le tocó en el puesto de Curumaní, que era nuevo. Cuando él se fue me dijo, “Negra, yo le camino a Bosconia, pero ese puesto de Curumaní me da miedo”. Y a mí también me daba miedo. Y decía, “Si no la llamo en el día, en la noche me llama, porque uno no puede salir”. Él se cuidaba porque sabían que allá era peligroso. Ellos no salían en la noche, y en el día eran patrulleros, trabajaban en la vía.

Yo llegué a las cinco de la tarde a la casa y todo el mundo sabía. Como era tierra caliente estaba sentada tomando jugo y me iba ir para misa, cuando rin, el teléfono. “¿Aló?, era la hija de una amiga, ¿cómo está señora Gloria?”. Yo le dije, “Bien”. “¿Y el señor Gómez?”. “Él está en Aguachica”. “¿En Aguachica?”. “Ah, no, está en Curumaní”. Entonces, me colgó el teléfono. Me quedé pensando, ¿y por qué me colgó el teléfono? Será que, como era una pelada, ¿lo vio por ahí? Usted sabe como son los hombres, son tremendos. Me quedé como rara y salí temblando. Cuando salía entró una vecina que me preguntó, “¿Cómo está señora Gloria?”. Le contesté, “Me hicieron una llamada y mire cómo estoy”. “Ay no, señora Gloria, no se ponga así, tome agua”. Cuando otra vez timbró el teléfono y no era nadie, y más nervios tenía. Salí y le dije a mi vecina, “¡Ay, tengo una cosa, me dio una cosa!, ¿vecina, qué será?”.

Los niños estaban jugando con arena pues estábamos construyendo, cuando llegaron unos niños del vecindario y le pregunté a uno, “¿José, qué pasó?”, pues la hermana de él fue la que me llamó. “¿Tu papá?”, le dije, pues él también era policía. “Está en la casa, señora Gloria”. “¿Y ustedes por qué me miran así?”. “No es nada, señora Gloria”. Pero vi que los niños me miraban como asustados. Entonces timbró el teléfono otra vez, y la niña corrió a coger el teléfono, cuando dijo, “Mami, ¡Lina está llorando!”. Lina era la muchacha que había llamado antes, y los niños dijeron, “Señora Gloria, mataron a su esposo”. Yo les contesté, “¡Parecen idiotas, parecen bobos, qué es lo que están diciendo! ¡Dios mío! Párense a otro lado, con eso no se juega, eso no se dice”. Yo dije, “¡Dios mío, esto es mentira!” “¡Señor, que esto sea mentira!” Me descontrolé, con muchos nervios, y llamé a la vecina con la idea de que eran mentiras. Y la vecina

me confirmó. “¡Dios mío, Señor, estoy sola, ayúdame Señor! ¡Ayúdame, dame fuerzas. Mis hijos, mis hijos. Que esto sea mentira, Dios mío!”.

Dice la niña que yo gritaba y decía, “¡Señor, ayúdame, que eso sea mentira!”. Y empezó a llegar la gente, los vecinos, todos sabían; luego me llamaron los compañeros. Me provocaba sacar toda esa gente y tirarles la puerta. Yo sólo decía, “¡Ay, Dios mío, esto es mentira!”. No creía, no podía creer.

Lo llevé a Pasto, lo enterré y regresé a Valledupar y todavía decía, “¡Dios mío, no está muerto!”. Eso es muy duro, muy duro. Llegué muerta a la casa, él llegó en un ataúd. Los niños siempre le pedían a Dios que lo protegiera, yo les decía “Recemos, pidamos que su papá así como sale regrese”. ¡Y miren cómo llegó! Los niños me dijeron, “Mami, tanto que rezábamos y mira a mi papá cómo llegó, tanto que tú pedías por él y mira, llegó en un ataúd”. Lo llevaron a las siete de la mañana del otro día. Llegó la policía con una psicóloga y después llegó más gente. Yo no quería ver a nadie y le decía a mi vecina, “Ayúdeme a sacar esa gente y cierre esa puerta, porque él no está muerto”. Y ella, “No, Gloria, él está muerto”.

Me decían que me pusiera de negro y yo insistía, “No me voy a poner de negro porque él no está muerto y no me voy a cambiar porque él tiene que llamarme, son mentiras, él está vivo”. A las nueve de la noche llegó la psicóloga y después el mayor, que me pidió los nombres de todos para apartar los tiquetes para acompañarlo en el traslado a Pasto. La policía pagó todo. Lo único que les pedía era que lo trajeran a la casa, pues el salió de ahí y ahí tenía que regresar. No quise que llegara al comando. Llegó a la casa como a las siete de la mañana y los niños lo vieron. Eso es muy duro, verlo cómo salió y cómo llegó a la casa. A las diez salimos de la casa, eso fue en un abrir y cerrar de ojos, salimos hacia el aeropuerto. Al niño pequeño le dio muy duro y decía, “¿Ahí está mi papá, mami?”. La niña no sé como quebró el vidrio del ataúd. La psicóloga me dijo, “Mija, el niño grande va mal. Tiene que poner mucho cuidado”. No quería salir de la casa, dijo que a su papá por qué lo íbamos a llevar a Pasto, que lo enterráramos en Valledupar, que él no quería ir. Le contesté, “Mi amor, nosotros somos de allá y su papá y la mamá de él, sus abuelitos lo esperan allá. Tenemos que irnos para allá, qué hacemos aquí nosotros solos”.

Ay, Dios mío, a uno sí le ponen pruebas. Yo desesperada le pedía fuerzas. A Bogotá llegamos como a las once o doce con los niños, que

venían mal y yo con esa cosa, como que todavía uno no cree. Venía como en un viaje, no quería aceptar la realidad, le pedía a Dios que no me fuera a dar nada, que me diera fuerzas, que llegara bien, que no me fuera a pasar nada. Tenía miedo de que me fuera a dar algo, que se me perdiera algún niño, que me fuera a dar un ataque, y pedía, “Dios mío, dame fuerzas para que no vaya a gritar ni nada, ni me vaya a desmayar, que pueda estar con mis niños y pueda estar bien”. Y tuve esa fuerza para esperarlo, llevarlo a Pasto y enterrarlo. Cuando llegamos a Cali sí me quise como desesperar.

Veníamos en el avión para Pasto con el ataúd, así lo mandan a uno, pero uno no viene solo, sino como un pasajero normal. El ataúd va en la carga. En Bogotá, mi tío me esperaba en el aeropuerto. La gente se portó muy bien con nosotros. Unas señoras me decían, “No, hija, usted no está sola”. A los niños les dieron yogures, chitos, todo eso me les dieron en el aeropuerto. La gente sabía, yo creo que en Valledupar los otros pasajeros vieron cuando subieron el ataúd, vieron que era policía. Un señor me dijo, “Tranquila, mi Dios la va a ayudar señora. Él va a estar siempre con usted y usted nunca va a desfallecer”, y me pasó veinte mil pesos.

Uno viene con una cosa, un vacío, como que no entiende. En Bogotá eran las tres de la tarde y nada que salía el avión; las cuatro y nada, y esos pelados tirados en el piso. Pero los pasajeros me les ofrecieron sacos, porque ellos ni saco tenían, pues venían de lo caliente. Una señora me dijo, “Tranquila, hija, le traje unos chitos y unas papas para que le dé a los niños”. De ahí salimos a las cuatro y cuarto para llegar a Pasto a las cinco. En Cali el avión hizo escala y demoró un rato. Como a las cinco y cuarto yo decía, a Pasto ya no llegamos hoy, y aunque al fin salimos para allá no pudimos aterrizar porque el aeropuerto estaba cerrado. Ahí sí, Dios mío, sentí un vacío y me provocaba gritar, como salir corriendo. Cuando dijo la azafata, “Les informamos que el aeropuerto se encuentra cerrado. Vamos a regresar a Palma Seca”.

Pensaba, él se va a podrir, va a llegar podrido, va a llegar no sé cómo. Me imaginaba todo eso, y pensaba, Dios mío, voy con él y cómo llego a Cali. Y la gente me decía, “No, señora, vaya hábleles, venga vamos hablar a Inter, porque esto no es justo, usted como va, y con esos niños y le toca amanecer aquí”. Yo me quería ir por tierra pero un señor me dijo, “No, no se vaya a ir, porque usted va mal con esos niños y por

tierra llega mañana”. La gente venía disgustada porque también tenía que llegar ese día; entonces se rebotó en el aeropuerto. Y decían, “Ustedes tienen que ser conscientes que aquí llevamos un muerto, la señora va mal con sus niños, cómo les van a hacer eso”. Y ellos contestaron que no se podía hacer nada, que el martes a las ocho de la mañana, y eso de pronto, porque el avión de Bogotá era pequeño y había que esperar uno grande que llegaba a las dos. Yo les dije, “¡No!, mi esposo va a llegar es po-drido, cómo va a ser justo. No sé como pero ustedes tienen que ver que yo viaje mañana en la mañana, en la tarde no”.

Mis niños se tiraron en el piso, la niña venía con fiebre y vómito. Cuando miré que estaba la policía les dije, “Mire, tengo...”. Y me respondió, “Tranquila, señora, usted aquí no está sola, venga con los niños, ubiquémoslos”. Entonces le dije, “Quiero pedirle un favor, no quiero que él se vaya a quedar en el avión. ¿Aquí hay capilla? Que lo bajen del avión y lo lleven a la capilla y yo amanezco ahí”. Porque Inter era el responsable de buscar hotel, uno podía irse y amanecer en el hotel de Inter. Pero yo les dije, “De aquí no me muevo”, y uno de los policías que trabajaban ahí contestó, “Tranquila, señora, lo vamos a colocar en la sala de velación”.

Intenté llamar a mi familia pero no me acordaba de nada. Se me nubló todo, no me acordaba de ningún número de teléfono ni de nada. Llamé a Valledupar para que les avisaran a mis suegros y me dijeron que ya sabían. La policía de carreteras marcó a la policía de carreteras de Palma Seca para que me atendieran. Y yo como que no hacía sino llorar. Mi compadre me dijo, “Van a llegar a acompañarla, usted no va a estar sola, mis hermanas van a ir. En Pasto ya saben que usted no llega”. Entonces ahí me dio, sentí el vacío, como creo que lo sintieron mis hijos cuando vimos al papá que bajaba envuelto así en papeles en el ataúd. Dios mío, cómo lo traen, como una mercancía. Y la niña preguntó, “¿Mami, por qué mi papá viene así, envuelto en esos papeles?”. Venía amarrado, así como una caja. Ella y el niño lloraban y preguntaban, “¿Mami, por qué a mi papá lo traemos así?”. Ahí como que despertaron. El pequeñito decía, “Mami, ¿mi papá está ahí?”. Un policía los sacó de la capilla y se los llevó no sé adónde y otros se quedaron a hacer guardia. Eran como las once de la noche y me dijeron que fuera a comer algo cuando llegó la policía de carreteras de Cali. Llegó un capitán que conocía a mi esposo y me dijo, “Mija, aquí mismo se va alojar, los niños ya están bien, con un compañero, están comiendo, él los está atendiendo,

venga coma usted algo". Muy buena gente el capitán. "Vea, aquí están los compañeros, nosotros estamos en toda parte, usted no va a estar sola, aquí le van a prestar guardia, venga descanse". Le contesté, "No, no voy a descansar, que descansen mis niños", y me los atendieron bien.

El hospedaje muy bueno también, allá acostaron los niños pero yo no pude dormir. Me recosté un ratito para que el niño pequeño se durmiera porque venía mal. El capitán dijo, "Tranquila, señora, nosotros vamos a hacer las vueltas, así sea en un avión de la policía pero mañana usted sale de Cali. Aquí le solucionamos ese problema". Yo pensando que él iba a llegar podrido y que mi familia me estaba esperando. Y gracias a Dios así fue; a las ocho salimos de Cali. El médico los había visto, les habían comprado suero porque la niña iba con fiebre, el otro niño no había querido comer nada. A todos les dieron suero para que no se deshidrataran. Y gracias a Dios llegamos a Pasto, fue duro para la familia, y para uno llegar allá, con él así, eso es muy duro.

Lo enterré y mi Dios me dio fuerzas. Todo el mundo me decía que yo era muy fuerte. Yo lloraba, pero no me desesperé ni grité. Cuando la policía me entregó la bandera yo pensé, "Esto es lo único que me entregan". Y salí de allí y lloré y lloré bastante. Negro, te vas, me dejas con tus hijos, tienes que darme fuerzas, pensaba cuando salí de la iglesia. Yo te llevo hasta el cementerio pero ayúdame a salir del cementerio bien, ayúdame con tus hijos, ya me dejaste.

Mis tías me sacaron, porque yo no quería estar ahí, sentía que me iba a desmayar, sentía como unos vacíos. Duré en Pasto los nueve días y regresé otra vez a Valledupar. Allá tenía mi casa y mis niños estaban estudiando, después fue que nos vinimos para Bogotá para la casa de mi tío. Adriana, la hermana de él, se vino a acompañarme, vivió un tiempo con nosotros. Ella conoce el ambiente y sabe cómo es por allá, me conoce a los niños, ha tratado con ellos. Y con ella viajamos de vuelta y llegamos a Valledupar.

Allá la psicóloga y las hermanas donde estudiaban los niños me estaban esperando. La hermana habló conmigo, me dijo que debemos enfrentarnos a una realidad, que la muerte es una realidad. Esas cosas a uno lo fortalecen. La hermana me dijo, "Estamos con usted en lo que sea, le colaboramos en lo que sea, los niños de una vez quedan becados". Mandamos a pedir todos los papeles a Bogotá, al Fondo Rotatorio, adon-

de fuera. Todo el mundo me decía que dejara la casa, que me buscara otra para que yo matara el recuerdo de él. Y yo pensaba y le decía a mis amigas, “Nada, mi casa no la dejo”. Cuando llegué adelgacé mucho. Ahora estoy medio repuesta, media, porque tampoco estoy como antes. Yo era talla doce y quedé en talla seis.

Yo les digo a mis hijos que uno tiene que sufrir en la vida, porque cuando llegué a Valledupar no nos alcanzaba ni para una bolsa de hielo ni nevera teníamos, no teníamos lujos, sólo una poltrona, pero así fuimos remediando las cosas. Con el trabajo del papá no les faltó nada, hasta ahorramos y compramos una mejora y se nos presentó la oportunidad y compramos un lote, estábamos construyendo cuando el murió. Ahora tengo que hacer los papeles de eso y creo que una sucesión. Tengo que volver a Valledupar a hacer las vueltas. A los niños les digo que cuando el papá vivía eran ochocientos y pico que distribuíamos para la comida, para lo que faltaba, y usted sabe que en la policía, gracias a Dios, cualquier cosa se da así. Él decía, “Negra, tome los dos mil pesos, los tres mil, mil”. No faltaba la carne, no nos faltaba nada. No teníamos en abundancia pero teníamos. En cambio ahora no es lo mismo, porque son solo cuatrocientos y tres hijos, y donde entra todo sale. No quedé con pensión completa porque él sólo llevaba once años y tres meses, y la pensión completa la dan con quince años de servicio.

En estos días le hablaba al niño mayor, que ya tiene trece años y se volvió muy rebelde, cambió totalmente desde eso, se volvió exigente, quiere que yo le dé a toda hora. Usted tiene plata, me dice, no quiere darme nada. Con la comida me dice, “¿Esto es lo que vamos a comer, esto mami?”. Le contesto, “Agradezca que tiene siquiera agua panela o algo que comer”. A ellos nunca les faltó su desayuno, buen desayuno, su comida, buena comida y su almuerzo, buen almuerzo. Pues aun cuando nunca los he dejado sin comer ya no es lo mismo, si no ven su buen pedazo de carne o su pedazo de algo encima ven el plato vacío. ¡Los niños, Dios mío, le tienen miedo a la pobreza!

El niño más grande no lloró cuando murió el papá, siempre estaba serio, callado, muy callado. Fuimos y lo enterramos en Pasto, llegamos otra vez a Valledupar y Willy seguía callado. Oye, Willy esto, nada. Willy, esto otro, nada. Lo gritaba y no entendía, era como ido. Un día me dijo, “¡No voy a estudiar más!” Le contesté, “¿Cómo así, Willy?” Dijo, “No, yo

no quiero estudiar más, a mí me está yendo mal, no vuelvo al colegio”. “Cómo así, Willy; no mijo, su papá quería que ustedes estudiaran”. Ese día lloré bastante de verlo así. Y él insistía, yo no voy, y no voy. Pero él ya estaba con la psicóloga del colegio en el bienestar en la Policía. Al otro día madrugué adonde la psicóloga, lo llamaron y cuando llegó a la casa tuvo una reacción. Llegó y se cogió de la cama y cogió las cobijas y dijo que no estaba bien. O sea, él no podía desahogarse. Entonces le dije, “No, mijo, no haga las cosas con rabia. Llore, Willy, usted no ha llorado, desahóguese”. Eso fue como al mes de la muerte del papá. Pero él quedó como con esa rabia, como una ironía, como si yo tuviera la culpa. Una vez me dijo, “¡Hubiera preferido que se muriera usted y no mi papá!”. Todo porque le decía, “Willy haga esto, o lo otro” y él no ponía interés. La psicóloga me decía que también era la edad, trece años, por el cambio que estaba viviendo y que debía comprenderlo. Él cambió totalmente, no era el mismo. El día de la madre, por ejemplo, no fue capaz de decirme, feliz día, mamá. El papá había muerto en marzo y eso fue en mayo, y él como si nada, hasta con rabia conmigo. No le gustaba que le dijera nada, y todavía dice, “Mi mamá sí molesta”. Siempre como si le diera rabia. Un día hasta le dije, “¿Willy, es que usted piensa que su papá murió por culpa mía o qué es lo que piensa?”.

La niña también se volvió malgeniada, tampoco quería que le dijera nada. Un día le dije, “Mamita, usted está muy pequeña, mire que quedamos solos, su papá no está, usted no va a coger el mismo camino de su hermano que está tan grosero, mire que yo estoy sufriendo. Puedo darles lo que me alcanza, pero tienen que ver que su papá no existe, tengan en la mente que él no está, porque no puedo darles el gusto que él nos daba”. Porque gracias a Dios él me daba en julio y en diciembre la prima y su buena ropa se les compraba. Ahora no les he podido comprar la sudadera ni los tenis para el colegio, no es como antes que me daba para los libros y las cosas de los niños. Yo salía y como tenía les compraba de todo, si se antojaban de un cuaderno que les gustaba, ese compraba, lo que no puedo hacer ahora. Uno nunca piensa que va a perder a la persona, nunca piensa que le va a faltar nada.

Al niño le compré unos cuadernos en Colsubsidio, de esos no modernos, corrientes, de a mil pesos. Pero él quería de los buenos. Le dije, “Mi amor, eso no se alcanza, si el otro año usted tuvo sus buenos cuadernos, ahora no se puede mi amor”. Cuando al otro día llegó y le pregunté

qué pasó, si le fue mal en el colegio, me contestó, “Mami, ¿tú no me puedes dar otros cuadernos? Los que tú me diste no me gustan”. “Qué tienen Willy?”. “No, mami, allá todos van con cuadernos buenos, van con esos argollados y todo eso”. “Qué pena, mijo, le dije, el que quiere estudiar. Mire, sus cuadernos están nuevos, que no sean lujosos es distinto, usted ya no tiene esa oportunidad”. Eso fue un problema y fue a pedirle a la tía. Todo lo que le decía o mandaba era con rabia, se quejaba, gritaba, alzaba mucho la voz. Hasta que un día le dije, “Willy, baje la voz, tiene que ver que si tuve algún problema con su papá él nunca me gritó por eso, ni me pegó, ni nada”. Un día le pegó a la niña; esa vez le pegué y él más bravo. “¿Usted vio mal ejemplo de su papá o alguna cosa? Willy, tiene que entender, tiene que reaccionar, pensar. Por favor, tiene que cambiar, usted tiene sus dos hermanitos, tiene que tratarlos bien”.

Mi esposo mantenía quince días por fuera y quince trabajaba en Valledupar. Yo le decía un día al niño con rabia, que como yo siempre he estado con ellos los castigaba, y el papá nunca. O sea, les pegaba de vez en cuando, pero un día yo le dije a él, “Vea, como usted no es el que está con ellos, es a mi a la que me toca”. Y me dijo: “Sí, yo sé que usted mantiene aburrída, mire los niños me ponen quejas que usted a cada rato les pega”. “Porque usted no mantiene con ellos y usted es una persona que viene y va”. Él siempre era, Negra vista los niños, que salimos a comer o al parque o al río. Y yo aquí y él les traía lo que ellos querían, yo ese gusto no me puedo dar. Eso es lo que extrañan de él, y como no les puedo dar eso, o por lo menos ya no como antes. Eso es lo que ellos piensan, que uno es como inferior a él. Será pues que como ya no está él, y ya no es esto papá o lo otro. Es muy duro, como me dijo el padre un día, “Mija, usted terminó con una cruz y sigue con otra, la de sus hijos y tiene que luchar”. Porque le comenté sobre el cambio del niño.

La violencia nos ha perseguido. Un día, en casa de mi tío, en Bogotá, oí tres tiros, ¡Uuuuuuuuy! De una dije son disparos. Fue ta, ta, ta y ¡paf!, sentí que cayó algo adentro, en la casa. ¿Como es la vida, por qué se dan esas cosas? Cuando los niños abrieron la puerta y yo “¡Ay, Dios mío! Disparos, una bala perdida”. Como ya conozco, ya sé. Subí y ahí estaban unos primos, que estaban en la casa, trabajando al lado. Ellos dijeron, “No, Gloria es una piedra”, y yo insistía en que era una bala perdida. Me llené de nervios, no sabía si caminaba para allá o para acá, y no supe de la niña y ni si el niño la llevó, nada. Apenas decía, “Es una

bala perdida". El hueco quedó arriba, en la ventana, pero ¿por qué tenía que ser ahí, en mi casa?

Pues resulta que habían matado un señor. Yo salí a la puerta y ahí mismo vi vidrios, cuando gritaron. "¡Lo mataron!, ¡lo mataron! En el parqueadero mataron a un señor". Cuando pensé en los niños vi que Willy ya iba para allá y una señora corría y la gente corría, pero yo pensaba, el Negro decía que uno nunca tiene que salir corriendo. Yo ya iba a salir corriendo cuando me acordé pero no podía porque temblaba mucho. Sabía que adentro había una bala que había caído, pues uno de los tres disparos sonó allá arriba y el vidrio reventó y cayó. Cuando salí la gente corría y una vecina gritó, "Llamen a la policía que lo mataron". Me quedé pasmada y dije, mataron al celador. Porque ahí había un parqueadero grande y el celador mantenía ahí y se dispararon las sirenas. Cuando entré reaccioné y busqué, y claro, la bala pasó y ¡paf!, cayó en la pared. La bala no la encontramos, el tiro vino y reventó de donde mataron al señor. Estaba lejos, es decir de frente al parqueadero, cuando yo subí se veía allá al señor muerto, tirado, y la gente alrededor. Yo me pregunto, ¿por qué tenía que ser en la casa? Y los niños vieron y quedaron con mucho miedo. Al niño le da miedo entrar a bañarse con la puerta cerrada, y la niña me dijo, "Mami, a mí me da miedo ese señor".

Anoche recé, me acosté con miedo y como con cosa por lo de las balas, digo, ¿será que vamos a morir de un tiro? Nos va a caer una bala perdida aquí o donde sea. Porque en Valledupar fue lo mismo, ya nos pasó. Estábamos durmiendo y eran como las dos de la mañana cuando ¡paf!, sonó como una piedra, eso suena como una piedra, una bala perdida. Me senté de una, y dije, "Ay, Negro, ¿qué pasó? Fue una piedra, quebraron algo". Él se sentó y dijo, "¡Virgen santísima! Una bala perdida, es afuera, seguro que han de haber estado peleando en la calle". Yo no pude dormir más, pero él seguía durmiendo; cuando a las cinco me levanté a hacerle el desayuno al niño vi un hueco en la pared donde dormimos: la bala pasó por encima de la cama, cayó por el otro lado, atravesó la teja de Eternit, de ahí pasó a la mesa de la cocina, cayó al suelo y ahí la encontré.

La bala perdida cayó en el lavadero, ¡traaaa! Y eso suena como una piedra, ya sé cómo es el sonido y por eso me quedo como pasmada. Esta mañana me levanté, miré el hueco y dije, ya faltan veinte minutos para la

hora en que él murió. Faltaban veinte para las seis. Iba con un pantalón café y zapatos, iba a trabajar, estaba sacudiendo el tapete del carro y todavía no había salido del garaje. Era un taxista y tenía una niña de cuatro años y la mujer que estaba en embarazo. ¡Cómo es la muerte, uno no es nada! Uno sale y no sabe cuándo regrese, pero en la casa también le puede pasar; como ayer, qué tal que esa bala le hubiera caído a alguien o me hubiera regresado más rápido y tra, tra, tra, me hubiera caído encima. A veces me pongo a pensar que uno no es nada aquí en la tierra. Y yo quedé con esa cosa, por qué tuvo que caer en la casa, cómo son las coincidencias. Y me subí así al techo y preciso desde ahí se miraba donde había quedado tendido el señor. ¡Qué miedo!

No tengo miedo del señor, de verlo muerto, tengo miedo de la balas y del pensamiento de que por qué, eso es lo que me tiene mal. ¿Por qué precisamente aquí? y ya son dos, tres veces con esta. Al instante que fui a verlo, recé el padre nuestro y lo miré y miraba al Negro y lo miraba y ahí quedó la sangre y hoy pasé por la mañana por ahí, y digo, aquí murió, ahí está su sangre, quedó la mancha, y lavaron con jabón pero la mancha quedó.

Después, en Navidad, me fui a Pasto por tierra, aun cuando me decían que no, que la guerrilla sale, que mucho cuidado con el niño, que mucho cuidado. Yo pensaba que mi Dios tenía que ampararme. No había plata pero mi hermana insistió para que no me sintiera sola, me decía que iba a estar mi papá, que mejor ir y así los niños no tendrían el trauma de la falta de papá en diciembre ni iban a estar solos ahí encerrados. Entonces le dije, “Bueno, voy a ir”, porque quería colocarle la lápida al Negro, pues todavía no la tenía y para que los niños estuvieran. Ese día salimos y yo sin ganas, no me nacía ir. Sabía del peligro de la guerrilla, pero uno se encomienda a mi Dios y mi Dios lo ampara. Llegamos a Bogotá sin problema, pero la flota Bolivariana no salía en la noche por miedo a la guerrilla; entonces como que presentí, dije, ¿será que me va a salir la guerrilla?, tengo miedo de viajar. Y le dije a mi cuñada, “No me dan ganas de ir”. “Ay, parecés boba, vos con tu pesimismo y ahora tu papá está esperando y no llegás”, me dijo ella. Le contesté, “No, y además no hay Bolivariana, yo no me voy. Dígale a mí papá que llego para el 31. Yo en esa flota no me voy, en esos Magdalenas peor”. Buscaba peros a todo, pero al fin compramos el tiquete para las diez. Yo iba de pensamiento, Señor

bendito ampárame, favorece a los niños, que no me vaya a salir la guerrilla.

Íbamos los tres con mi cuñada cuando en la Línea se presentó un trancón de siete horas. Atrás iban unos pelados que estudiaban en la universidad, en la Nacional, cuando dicen: “Señora, vamos a llegar tarde y nos da miedo pasar por Popayán porque de pronto sale la guerrilla, ahora con todo ese peligro”. Los vi muy nerviosos. Cuando cogimos hacía Popayán llevaba al niño a mi lado, yo iba en la ventana y mi cuñada iba con Willy y la niña. Y pensaba en él en la vía, en cómo trabajaba él, y pasamos por un puesto de policías de carretera y ya no se veía un alma. Yo lo veía a él, y pensaba, Dios mío, tenían que matar al Negro, ya tenía una cruz allá en Valledupar, y yo miraba las cruces en la vía, y decía, así debe estar la cruz del Negro, cuando regrese voy y miro la cruz donde él murió en la vía. Dios mío, cómo es esa guerrilla, salir, matar y matar. Qué tal que nos saliera la guerrilla, pensaba yo cuando cogimos Popayán. Y los muchachos de la universidad atrás los oía que hablaban: “Cogimos Popayán, que Dios nos ampare, por aquí es que salen”. Cuando la flota encendió las luces y miré a la carretera y ¡ay Dios mío, era la guerrilla!

La niña iba a gritar, pero antes de que nos parara la guerrilla hubo una muchacha que hizo una seña en la carretera, la gente ya sabía lo que iba a pasar, y decían, “No señor, no vaya a parar, déle rápido”. Entonces me acordé que el Negro dice a veces, decía, diré, hablo de él como si él estuviera vivo, decía que a veces la guerrilla da señas antes de llegar. La flota entonces frenó. Desde la flota los veía allá parados con sus metralletas. Cuando ya llegaron otros yo lo único que pensaba era, “Dios bendito, Negro, ampara tus hijos, tus hijos Negro”. Pensé en el niño grande y rápido lo tapé con una toalla. Le dije, “Willy no vaya a decir nada de que mataron a tu papá”. Le tapé la boca, lo tapé con la toalla, y yo, “Mi alma bendita Negro, tus hijos, Dios mío, tus hijos”. No hallaba qué hacer. Una señora al lado me decía, “No los vaya alzar a ver”, y yo más nerviosa me ponía.

Cuando abrieron la puerta de la flota y se subieron a la primera grada los vi con la metralleta lista. Dijeron, “Señores pasajeros, buenas noches, les pedimos una colaboración de diez mil pesos por cabeza”. Yo tenía veinte mil y no tenía más sencillo. Cuando el chofer los pidió pedí cambio y ya no sabía qué hacer. Mi cuñada dice que quedé blanca, páli-

da, y yo no sabía si me habían tragado la lengua, no podía ni hablar. Dios mío, Negro, tus hijos. Mi miedo era que se fueran a llevar al mayorcito o que el niño pequeñito dijera algo. Que dijeran, “Ellos mataron a mi papá”, o que uno es mujer de policía, y nos hicieran algo. Menos mal que no se subieron, sólo pidieron de a diez mil pesos y todo el mundo los dio, ¿quién no? Cuando bajaron uno dijo, “Ustedes no han visto nada”, y con esas metralletas listas contaron la plata y yo pensé que nos iban a matar a todos y arrancó la flota. Entonces digo, será el mismo pensamiento de que uno quedó así, será ese pesimismo con que uno queda que atrae todas esas cosas.

Con el pesimismo que quedé a veces digo las cosas y ocurren. Yo sé que ese pesimismo tengo que quitarlo. Y preciso nos sale la guerrilla y ya pude dormir hasta Pasto, adonde llegamos a la una de la mañana. Descansé cuando llegamos, ya miré a Pasto y di gracias a Dios, Señor bendito, al fin llegamos. Quedé con mucho miedo, uno ya no viaja con la tranquilidad de antes, tenía un esposo policía y sabía que salía la guerrilla, pero no tenía miedo. Hoy día pienso que sale la guerrilla, me quita los niños o que sepan que uno es viuda y digan que uno queda con plata y por eso lo vayan a coger, o que se enteren que uno fue mujer de policía, eso es lo que pienso cuando viajo. Cuando me vine de Pasto me vine temprano para pasar por Popayán temprano y llegamos a Bogotá sin problema. Gracias Dios mío, dije, pero los ojos venían que se me volaban.

Los niños llegaron comentando, “Abuelito, nos salió la guerrilla”. Mi papá no creía. Willy dijo, “Mi mamá casi se traga la lengua, le dijeron, nos llevamos a su hijo, y ella dijo, ‘Llévenselo, llévenselo’”. Así se burlaban, “Qué tal que te hubieran cogido”. La niña decía, “Mi mamá casi se traga la lengua, yo iba a gritar, iba a llorar y usted me dijo, cálese y yo me quedé callada”. Y ella dizque llevaba, yo no había visto, una foto del papá, dos fotos de él en el bolso, vestido de policía. Ella pensó en romperlas pero no sabía dónde meterlas. Ese día sí fue un susto grande. Cómo son las cosas, cómo le pasan cosas a uno, Dios mío.



VIRGINIA

"A mí me tocó salir del pueblo"

Me llamo Virginia, vivo en Bucaramanga pero nací en Samaná, Caldas, en febrero de 1962, o sea que ahora tengo treinta y nueve años. Apenas hice hasta tercero de primaria. Trabajo haciendo bolsos para dama con la hermana Helena. Somos un grupo de treinta mujeres y soy una de las líderes de un grupo de quince; el mío se llama Nuevo Amanecer. En los bolsos estoy hace como tres meses, pero hace dos años y medio que estamos con la hermana Helena, hemos aprendido a hacer tejidos de punto de cruz y muchas labores de ese estilo. Ella es la mano derecha de nosotras; la conocí un día cuando llegó a las bodegas donde vivimos a visitar a los desplazados. Ella propuso ayudarnos, nosotras aceptamos y desde eso estamos con ella. Soy desplazada; hace tres años vivimos en este barrio para personas desplazadas y gente necesitada.

Mi papá y mi mamá vivían bien, como novios, como recién casados, y nos dieron muy buen ejemplo. Mi papá tenía una finquita, cuando mi mamá murió me dio la finca y la casita del pueblo y acabó con todo, y ahora vive con una señora. Somos ocho hermanos, cuatro mujeres y cuatro hombres. Cuando mi mamá murió, hace años, estábamos todos grandes. Ya tenemos bastante familia, yo por lo menos tengo seis y todavía puedo tener unos seis más. Ahora me estoy recuperando poco a poco, ya pasé un poquito la crisis que tuve cuando mataron a mi esposo, ya he levantado el ánimo. Eso fue hace cuatro años, casi cinco. Mi hija menor tenía un año. Quedé con cuatro hijos. Me considero viuda aunque vivíamos en unión libre.

A mi primer esposo lo conocí en una discoteca en Caldas. Yo trabajaba en Bogotá en una fábrica de plásticos, era empacadora, ganaba bueno y me fui al pueblo de vacaciones, un día me fui a discoteca y ahí lo conocí, bailando. Me acerqué y le dije, "Ya que sus amigas no me lo presentan, yo me presento", y lo invité a bailar y bailamos. Entonces me

dijo que él era solo y que quería ser novio mío y que tal. Le dije, “Ahora no pienso en tener novio porque quiero trabajar”. Tenía catorce años y estaba jovencita. Y él dijo que para qué me iba a quedar sola, que yo hacía mucho tiempo que le gustaba, que él vivía en tal parte y que cada que yo venía a visitar a mi mamá me veía. Yo le dije que no quería conseguir novio pero nos pusimos a tomar ron y en medio del licor le dije que sí.

Nos hicimos novios y como a los quince días nos volamos, le dije a mi mamá que me venía para Bogotá y me vine con él. De una vez me fui a vivir con él, vivimos dieciocho años; quedé embarazada como a los dos años de estar juntos. Nos vinimos para Bucaramanga porque él estaba donde una hermana en una finca, pero él sólo, nada de empleados, por allá cerca a Cúcuta. Allá llegamos y a mí me pesó en el alma, yo venía de tierra fría y me llevó para tierra caliente y me enfermé. A los dos años empezaron los problemas, él empezó a conseguir mocitas y a fregarme, como era tan ingenua. Luego comenzó a celarme, una situación horrible, quedé embarazada y tuve la niña, después quedé embarazada otra vez, tuve el niño. De ahí salimos y nos vinimos a vivir a otro pueblo en Santander.

Entonces sacó una casa en arriendo y puso una tienda; yo administraba una caseta y vendía un poco de todo, trago, comidas rápidas, lo que fuera, pues sé trabajar de todo un poquito. Él me celaba con todo el que arrimaba a la caseta y por todo me pegaba. Quería irme pero me daba miedo y tenía más hijos: la niña, otra pequeñita y otros dos, aunque la grande no la tenía porque se la había dejado a mi mamá. Tocaba seguir adelante. Hasta que un sábado me fue a pegar y me le enfrenté con un cuchillo recién afilado. Estaban mis dos hermanos menores, él me pegó un planazo y me devolví con el cuchillo y lo corté delante de mis hermanos.

Por todo se quejaba, si la comida estaba fría, malo, si estaba caliente, malo, cuando estaba caliente era que no me quedaba lugar por estar mirando los mozos, y cuando estaba fría era que la había hecho muy temprano para irme con ellos. Todo le disgustaba, porque como tenía las mocitas le parecía que todo lo que yo hacía era malo. Hasta que me cansé y un día me le enfrenté y le dije, “Me mata o lo mato, pero ya no vivo un día más con usted”. Me respondió, “¡Ah!, ya le abrieron los ojos sus hermanos”. Y le dije, “No, la misma niña no ha dicho nada pero estoy

cansada”. Eso fue una semana santa, un sábado. Esa tarde mi familia de Caldas llamó, y yo no le dije nada a él sino que me vestí y me fui con mis hermanos para La Dorada, donde estuvimos tres días. El miércoles santo nos regresamos con mi hermano porque mi hermana no vino. Entonces llegando a La Esperanza tuvimos un accidente, rodamos en un carro treinta y un metros, y de suerte prácticamente no nos pasó nada.

Me había ido solita, sin los hijos, porque en esa época teníamos empleada, yo tenía billares y había dejado todo con ella. Cuando regresé me dijo que yo hacía lo que quería, que me fuera e hiciera lo que quisiera, que no vivía más conmigo. Yo le contesté, “Eso era lo que estaba esperando, eso era lo que necesitaba que usted me dijera. De la noche a la mañana anochezco y no amanezco”. Alisté todo y me fui para La Dorada, puse un negocio con mi hermano, una caseta, traje todo, no le dejé sino un palito que colgué allá con la ropa de él. Después me contó que se había sentado a llorar. Estuve perdida ocho meses, trabajaba con mi hermano y los niños estaban estudiando. Un día llegó a pedirme perdón, se arrodilló y me dijo que nunca más me volvía a pegar. Los niños, llorando, me rogaron que volviera con el papá y volví con él, que me quería volver a llevar para Santander. Me quedé donde una amiga, porque no había llevado todas las cosas sino que las había dejado guardadas. Él iba a conseguir la camioneta para irnos para el mismo pueblo donde vivíamos. Yo le dije, “Me vine con usted pero allá no vuelvo”. Y respondió, “Es que allá tenemos un ranchito, allá vamos a vivir”. “No, porque usted allá tiene la moza y vuelve otra vez a lo mismo”. “Entonces quédese por ahí”, y me dejó botada. Como yo traía plata, con la amiga colocamos un restaurante por acá cerca. A los quince días vino y me trajo como una arroba de carne, plátanos, de todo, quería conquistarme y vino a llevarme. Llegó donde la amiga, y le dijeron, “Noooo, esa sí que menos se va ahora, no ve que colocaron un restaurante, ella está súper bien, esa no se va, está trabajando”. Entonces se fue para el restaurante, donde yo estaba, a decirme que me fuera. Le dije, “No, aquí estoy bien, si quiere váyase usted”. Y sí señor, le echó mano al niño menor y se lo llevó. Yo llamaba y no pasaba al teléfono, desesperada pensaba será que me va tocar irme otra vez por allá, y el niño tampoco se le aguantó, era llore y llore por la mamá, hasta que se vino.

El niño tenía como siete u ocho años, no me acuerdo bien, y él se lo quería llevar otra vez, pero no quiso ir, y al fin salí ganando. Preciso,

le tocó dejar todo por allá y venirse, y me ayudaba a atender el negocio, a hacer aseo, me ayudaba en el restaurante, y ahí estuvimos dos años. Pero un día, mientras estaba consiguiendo por ahí una muchacha, ya no me ayudaba sino que se pasaba jugando parqués con ella, le llamé la atención y me pegó y me rajó la cabeza. Fui al médico, que me dijo que por cada punto era un año de cárcel, me cogieron nueve puntos, entonces lo demandé. Como le mandaron tres boletas y no se presentó vino la patrulla a llevárselo, y cuando se lo iban a llevar lloraba, me suplicaba que no lo dejara llevar, que lo perdonara, que él jamás me volvía a pegar. No lo dejé llevar, quité la demanda, entregamos el restaurante y nos fuimos para otro lado y pusimos otro. Estuvimos como seis meses y nos fue regular. Entonces nos fuimos para un pueblo cerca de Sabana de Torres, donde lo mataron. Allá colocó una pesca y negociaba con animales, con marranos, con ganado, con caballos. Ese era un pueblo donde solo había guerras, peleas; llegaba gente y mataba a la otra gente. Borrachos un poco y otro poco no se sabe, trajeron al alcalde de otro pueblo y lo mataron ahí. Había guerrilleros, paramilitares, yo no sé, no sabía nada de eso, o sea, no sé de eso porque todos se visten igual que los soldados.

Eso fue en 1995, una época difícil en la que casi no dormía ni comía. Con la reconciliación quedé embarazada y cuando lo mataron ya había tenido la niña. Él murió de cuarenta años. Un día, me acuerdo tanto, eran las nueve de la noche, pues estaban en el final de la telenovela *Café*, con la tal Gaviota, no había luz y teníamos ganas de ir a ver el final. Unos señores ponían un televisor en un kiosco para que todos nos reuniéramos a verla, entonces me fui con los niños y él había llegado muy cansado de traer un ganado que pensaba vender el domingo. Estábamos ahí cuando llegó esa gente, que parecía ejército, y a un señor, que se llamaba Jairo, le preguntaron por él, y el señor dijo, “No está acá, está en la casa durmiendo”. Sentí nervios y me fui para la casa pues tenía la niña de brazos durmiendo, fui a acostarla y a cerrar las puertas porque él se quedó dormido en la sala, como hacía a veces cuando hacía mucho calor. Estaba cerrando las puertas cuando llegaron: “Buenas noches, ¿está el señor Jairo?”. Yo les contesté, “¡No!”, y me dijeron, “Para qué lo niega, para qué lo niega, ¡ese perro está ahí!”.

Miré hacia el otro lado y vi toda la casa rodeada de esa gente. Un hombre me dijo, “¡Llámelo!”; le respondí, “No, ¿para qué?”. Me contestó que para una reunión de hombres en el kiosco. Pues yo voy por él, me

atreví a decir. Y el insistió, “¡Dije de hombres!”. Al fin le dije, “Bueno, espere un momento y lo llamo”. “¡Espere no!, es que ya lo va a llamar”. Fui y lo llamé, le dije, “Papi, lo necesitan unos señores”. “¿Quiénes?”. Le contesté, “No sé si será ejército o yo no sé quiénes, están vestidos del camuflado ese”. Mientras lo llamaba ya estaban al pie de él y le dijeron, “Buenas noches señor, párese”. Y el contestó, “¿Para qué?”. Y ellos, “¡Párese!”. Él se paró, se envolvió en la toalla y salió. “¡Síguenos!”, dijeron, y se lo fueron llevando así, y él dijo, “Esperen me pongo una pantaloneta”. Entonces le contestaron, “No, es que no hay luz, eso no ven, es un momentico, es una reunión de tres o cuatro palabras por mucho, es una advertencia que les vamos a hacer nosotros”. Entonces él siguió; al salir había una gradita y me volteó a ver, alzó a mirarme y agachó la cabeza, y luego agachado, agachado y le decían unas palabras que yo no entendía, no entendía qué le decían. Cuando fui a salir no me dejaron, me entraron a patadas, me dijeron “¡Usted no sale de acá!”.

Los niños mayores estaban en el kiosco viendo la telenovela y la pequeña estaba dormida. A mí no me dejaron salir, se lo llevaron y cerca del kiosco lo mataron, cayó casi a los pies de la niña. Hicieron un solo tiro, le pegaron en el ojo izquierdo. ¿Por qué? No sé por qué, todavía no sé. A mí me dio mucho miedo, me da miedo todavía. Después de que lo mataron reunieron a la gente y dijeron que lo habían matado por sapo. Pero yo digo que no porque él no salía del pueblo, sólo se mantenía en los alrededores. Esa noche iban por más pero se salvaron porque no estaban en el pueblo.

La niña estaba ahí mirando la telenovela, debajo de un palo, y cuando sonó el tiro lo volteó a mirar y le parecía que no era el papá porque pensaba que el papá estaba durmiendo. Ella se abrazó con los otros dos hermanitos, se abrazaron, y cuando se pusieron a mirar y vieron que sí era el papá salieron gritando para la casa. Yo ya venía para el kiosco; cuando llegué lo alcé, y en la parte de atrás de la cabeza tenía un hueco grande, y ni en la cara ni en ningún lado se le veía nada porque fue en el ojo izquierdo.

Esa noche el inspector, las enfermeras del pueblo y la señora de Telecom que estaba ahí hicieron el levantamiento. Eso fue a las nueve de la noche. Después lo llevaron para la casa y lo velamos. Cuando estaba en el suelo, que yo llegué, ellos pasaron por encima, compraron dos cajas de

cerveza, las sacaron al pasto y pasaron por encima del cadáver y le pegaron una patada. Me dijeron que recogiera ese perro y que me daban quince días para que desocupara el pueblo. Yo les preguntaba “¿Por qué, por qué?”.

Yo no pedía nada contra esa gente, dejé todo en manos de Dios, que él hiciera su santa voluntad. Quedé muy desorientada porque no sabía qué hacer, ni qué decir, pues estaba sola. Lo único que tengo son mis hijos, no tengo familia por acá. Estaba sola, todo fue tan rápido, uno se desespera. Al otro día lo trajimos para Lebrija y ahí le hicieron la autopsia, me hicieron preguntas, pero yo no me acuerdo qué. Me preguntaron qué pedía contra esa gente, yo les dije que nada, porque no sé quienes fueron, ni qué camino cogieron, que yo dejaba todo en manos de Dios.

Lo enterré ahí mismo; vinieron del pueblo y las amistades de Bucaramanga. Él tenía una hermana y ella no fue al velorio, sólo fue al entierro cuando ya lo estaban metiendo. Esa misma noche llamé, avisé a todos, a la familia de él, pero no vino nadie. Mis hijos se traumatizaron. Fue una cosa terrible; una, la más pequeña, tenía seis años, era la más consentida de él, se parecía mucho a él. La mona no lloraba, duró quince días que no lloraba, todo lo que cogía lo destruía, sólo me miraba. Y el hijo mayor se desesperó, a él le provocaba matar, se traumatizó, le dieron ataques.

A mí me tocó salir del pueblo; como él había vendido un ganado me pagaron la plata y con eso me vine. Uno no sabe ni qué hacer ni qué decir ni qué nada; es como cuando uno está colgando o no sé cómo y queda sin saber si pararse o sentarse o acostarse, uno no sabe qué hacer ni a quién pedirle. Mejor dicho, quedé súper mal, quedé terrible, no era capaz de llorar, si lloraba los niños lloraban, tenía una cosa terrible en el pecho, no sé ni cómo decir.

A mí me ayudó una tía del marido que me conseguí después, ella me ayudó porque el finado le quedó debiendo un millón de pesos. Entonces ella, para no perder la plata, se arrimó a mí y me ayudó a salir de allá. A ella también le tocó salir de allá, entonces nos vinimos y llegamos acá a Bucaramanga, a pagarle arriendo al muchacho con el que yo viví. Luego llegamos ahí a un apartamentico, lo pagábamos entre ambas.

Nos vinimos juntas, ella con sus cinco hijos. Ella también tenía treinta y cuatro años, como yo, cumplimos años el mismo mes. Fue la

única que me dio la mano. Nosotros no teníamos nada, lo único era un ganado, y yo fui con esta señora a reclamarlo y entonces no me lo quisieron entregar, me ofrecieron fue plomo. El ganado me lo robaron, lo único que me quedó fueron dos bestias y dos novillas, que le di para pagarle el millón de pesos. Desde entonces no me ha dejado sola porque me hace favores, me ha ayudado mucho. Casita no teníamos, o sea que quedamos mis hijos y yo y nada más. Esa fue la herencia. Claro que él me tenía mi televisor, la nevera; me dio mucho trabajo sacar las cosas de allá pero saqué todo.

Mi familia ni sonaba ni tronaba, ni la familia de él tampoco. Yo quería volver al restaurante que teníamos antes y fui y le pedí ayuda a la hermana de él porque ella tiene plata, entonces le dije, “Rosa, vengo a pedirle ayuda, no quiero conseguir más marido, quiero quedarme sola pero quiero que usted me preste un millón de pesos para volver a trabajar, necesito para surtidos, para todo lo que uno necesita”. Y me dijo, “¡No!, plata no le presto a nadie, plata no hay”. Le dije, “Bueno, está bien, no me ayude, gracias, chao y gracias”.

Mi familia vive tan lejos, pero los llamé y les comenté. Después no los volví a llamar porque no tenía para hacerlo. Me vine para acá y me puse a vender comida, almuerzos por encargo a las fábricas y a los empleados que trabajan por acá. Vendía como treinta o cuarenta, con eso pagaba el arriendo y comíamos bien, pude sobrevivir. La otra señora que se vino conmigo entró a trabajar a una zapatería. Como vendía almuerzos por encargo, los hacía ahí mismo, los empacaba en un portátil, los entregaba y cada ocho días me pagaban. Los dos pelados me ayudaban. Por la tarde hacía empanadas y llevaba refrigerios, y el niño se iba para el centro con cincuenta empanadas y las vendía. Ese año no estudiaron.

La amiga me ayudó a conseguir una psicóloga, amiga de ella, y les hizo terapia, yo no sé qué les hacen, y no me cobró, dijo que yo era desplazada, que ella no me cobraba, que me ayudaba, hasta iba a la casa. A los niños les sirvió bastante. Yo hasta ahora no he hecho terapia con nadie, hice terapia con Luis. En medio del dolor, en los momenticos que me quedaban me sentaba detrás de la casa, extendía la ropa y me ponía a llorar en unas graditas que había ahí. Él es viudo también, pero se había juntado a vivir con una señora y ella se consiguió otro. Con la señora muerta tuvo dos hijos y uno con la que estaba viviendo. Entonces

el muchacho, Luis se llamaba, se iba para atrás a consolarme. Y me consolaba y me invitaba a salir, íbamos al parque con la tía o con amigos. Un día me dijo que nos juntáramos a vivir, que él era solo, yo también, que por qué no.

Llevaba dos años de viuda, nos hicimos novios y nos juntamos a vivir ahí mismo. Nunca usé luto porque no tenía con qué comprar ropa y me ponía la misma de siempre. A mi esposo muerto lo visitaba mucho en el cementerio, hasta los cuatro años, cuando tocaba sacar los restos; fuimos a hablar con el cura; teníamos cien mil pesos y la sacada de los restos valía ciento cincuenta mil, y el padre no nos dejó en ese precio, entonces nos fuimos para la casa y desde eso no hemos vuelto a ir. No sé si sacarían los restos, si los botaron o qué hicieron. No aguanté. Los niños dicen que a ellos les da miedo ir y no encontrar al papá, y qué tal ir y encontrar a otra persona; entonces mejor no ir.

Eso es muy terrible, yo lo quería, es horroroso verlo allá botado y ver quién lo mató y no poder hacer nada. Después de eso me han pasado tantas cosas, he sufrido tanto, me han humillado tanto; mi único consuelo han sido mis hijos, cuando me siento así le busco juego a los niños, me acuesto en la cama, se suben todos y nos ponemos a jugar y se me olvida, eso es lo que hago.

Después me enamoré bastante, bastante; me enamoré tanto. Yo le llevaba dos años; él era muy detallista y me ayudaba a cocinar, a fritar las empanadas, todo. Tenía una fábrica de bolsos para dama, le iba muy bien, pero no sé, de la noche a la mañana resultó que fracasé y fracasé. Entonces un señor, dicen que su hermano, no sé si será verdad, le prestó seiscientos mil pesos para comprar cuero para trabajar, pero él se intoxicó con una cerveza y un chocolate que yo hice. Un lunes festivo nos fuimos para la terminal y nos tomamos tres cervezas; como un familiar del campo le trajo leche y queso me dijo que quería chocolate con leche. Hice el chocolate y con eso se intoxicó; y esa plata, como no teníamos carné ni nada, sirvió para el hospital y los gastos. Viendo él que no podía trabajar acabó con eso y nos pusimos a trabajar en la cocina, en almuerzos y empanadas, hasta que no fuimos capaces de pagar el arriendo de la casa. Nos tocó entregar la casa, y su tía, que tenía medios, consiguió cupo en una casita, ahí para otro lado; se fue y quedamos nosotros solos y no resultaba quién para arrendarle piezas. A lo último entregamos la dichosa

casa y después conseguimos una casita más favorable y él se fue a trabajar de bracero.

Ya teníamos al niño y quedé embarazada de él otra vez. Yo tenía una plata de unas novillas que me habían quedado, la tenía a interés, entonces él, que estaba trabajando por allá, me dijo que sacara esa plata para comprar patilla y para volver. Mentiras, la patilla era otra vieja; saqué la plata y se la di, y él se fue para Cúcuta con la vieja. Allá duró ocho días y vino con el cuento de que le habían robado todo. Y yo desesperada, pues además mi hija mayor se fue a vivir con un hermano de él. Ella vivía en la misma casa, en una pieza que le arrendamos, y el hermano trabajaba en la misma bodega. Entonces le pregunte, “¿Qué hay de Luis, dónde anda?”. Me dijo, “Mi hermano se fue por allá a hacer un viaje de pago, de pronto viene mañana”. Tapándole todo. Bueno, entonces llegué, alisté los niños y me fui a buscar una hermanita de él que vive también ahí. Cuando iba vi que pasó alguien, dije, ese es Luis, llevaba una vieja de gancho. Entonces apuré el paso y cuando llegué a la esquina ya no lo vi por ningún lado. Imagínese, yo estaba embarazada y en carreras. Bueno, con esa idea pensé que hasta tenía visiones de tanto que lo quería. Llegué a la casa, me puse a llorar, y me desesperé y no comía nada y los chinos me hablaban y no quería que me hablaran.

Tenía siete meses de embarazo y estaba desesperada, desesperada. Al otro día llamé a la bodega y contestó él, dijo, “Estaba haciendo un viaje, eso de que usted me vio, hija, no es verdad”. Bueno, pasó así, cuando a los tres días otra vez se perdió, no llegó, y esa noche no le pregunté nada al cuñado, que es yerno y cuñado. Me puse en la ventana a ver la calle, y era la una de la mañana cuando llegó un carrito, y era él; se bajó del carro, dio la vuelta y le dio la mano a la dama, se bajaron y de gancho. Se fueron para otro lado, la llevó a la casa y se vino después para acá. Tocó, entonces le abrí, y dijo, “Traigo hambre, ¿hay algo que comer?”. Yo le contesté, “Sí, espere y le caliento”. Saqué la comida de la nevera y comió en la misma olla. Me acosté en la cama y me puse a llorar, estaba llorando cuando llegó y me preguntó, “¿Qué le pasa, mami?”. Yo le contesté, “Eso le pregunto, ¿qué le pasa?”. Dijo, “Nada, estaba con unos amigos”. Le dije, “Con una amiga”. Contestó, “¿Por qué me dice eso?”. Le dije, “Porque lo vi cuando se bajó del carro”. Respondió, “Ah, sí, no pasa nada, es una amiga”. Dije, “Sí pasa, con ella o conmigo, se va o se queda”. Dijo, “Bueno, está bien, yo quiero vivir con usted”.

A él no le alcanzaba la plata para pagar el arriendo y estábamos atrasados dos meses, entonces le dije, “Unos políticos están hablando que esas bodegas solas y que tal”, y se me metió en la cabeza que le iba a decir que nos fuéramos para las bodegas. Cuando llegó al otro día, a las diez de la mañana, le dije, “Hay una cosa buena, como no tenemos para pagar arriendo y nos toca entregar acá, vamos a meternos a las bodegas”. Desde que nos metimos acá no volví a trabajar y de eso hace como tres años, fuimos de los primeros. Estas eran las antiguas bodegas del ferrocarril, donde descargaban y cargaban los trenes. Eso nos lo tomamos, nos metimos allí a las once de la mañana. El polvo que había era tremendo, y en las paredes había una especie de cortinas de telarañas, unos ratones tremendos.

Estábamos solitos y esa noche nos tocó solos, y entonces empezó a buscar amigos para que se metieran, les decía que esto era grande. Y comenzó a llegar gente de un lado y de otro, de una calaña y de otra, todos revueltos. Nosotros cogimos un buen espacio y dividimos; yo, por ejemplo, tengo tres piecitas, la salita y la cocinita. Construimos en láminas de triplex.

A lo último dejó la mujer esa, yo la demandé, tuvimos bastantes problemas, hasta nos dimos en la jeta con la vieja. Ella era borracha, como él, que no volvió allá; un día, borracha, en una reunión de políticos, casi me clava un cuchillo por la espalda. Una amiga me salvó. Nos agarramos y discutimos, entonces la demandé y él no volvió donde ella, la dejó, dijo que él ya no quería nada con ella.

En las bodegas tuve la niña, y resulta que entonces se consiguió otra, con la que vive ahora: una amiga mía, a la que le di de comer mientras limpiaba el pedazo donde dormía. Se ennovió con la muchacha esa, que también tenía marido y tiene hijos. Dicen, no sé si será verdad, que ella le hizo cosas para llevárselo, brujerías, no sé, porque la mujer es fea, bastante fea. En esa época tuvo un fracaso ahí en las bodegas, casi lo matan, unos ladrones le pegaron siete puñaladas por robarle un reloj. Estaba ahí afuera con unos amigos, tomando, sentado en una silla mecedora y le cayeron como once o doce. Ese día casi lo matan. Lo llevé al hospital y allá lo tuvieron un mes; lo cuidé todo el tiempo, ya sabía que tenía otra mujer. Cuando yo salía de visitarlo llegaba la otra, la plata y todo lo que le llevaban, frutas y todo eso, no me lo daba a mí sino que se

lo guardaba a ella. Yo ya había sacado la carta de desplazada y con eso lo atendían a él allá.

Yo enamorada, porque lo quería, ya no tanto, pero lo quería mucho, pensé que seguro con el fracaso él iba a cambiar y tal. Bueno, mientras tanto hice lo que pude, la gente me regalaba mercado, me ayudaba, pero no era gente de ahí de las bodegas, porque ahí han sido muy malos conmigo, me han tratado muy mal. Cuando salió del hospital lo llevamos para donde la mamá. Quedó muy mal, le perforaron un pulmón, y se quedó donde la mamá, y él venía y veía a los niños. Como me di cuenta que salía con ella, que iba a la terapia en el hospital con ella, le pregunté, “¿Usted qué piensa hacer, se va a quedar con ella o conmigo?”. Contestó, “Quiero vivir con ambas”. Le dije, “Pero yo no quiero con ambas, lo quiero solo, de lo contrario nada”. Contestó, “¿Pero por qué?”. Entonces le dije, “Sabe qué, váyase y no vuelva más, no vuelva más”. Y me respondió, “Vamos a registrar los chinos”. Le dije, “Sí, mañana vamos a registrarlos y nunca más vuelva”. Así fue y hasta la presente no he vuelto a saber nada más, no lo he vuelto a ver. De eso hace año y medio y ya no lo quiero.

No lo vuelvo a recibir; lo quería mucho y lo esperé un año, lloraba todas la noches, le pedía a mi Dios que me ayudara a olvidarlo o que volviera, pero gracias a Dios ya no. Quedé muy esquivada en cuestión de hombres, porque a pesar de la edad que tengo muchos me llaman, me buscan y tal, que vea, yo la ayudo. Pero siento mucho miedo, siento temor. Como que le cogí miedo a los hombres por lo que me ha pasado, por lo que he vivido, y creo que todos me van hacer lo mismo. Precisamente ahora, esta mañana, cuando la hermana me llamó, estaba acá un muchacho al que le llevo nueve años, él tiene como treinta, y me dice que me ayuda, que no sé qué y me regala cosas. Yo no sé, hace dos meses está así, dice que no le importa la edad, está sólo, no tiene hijos, lo único es que me da trabajo para los niños.

Creo que lo que me ha pasado ha sido, lo uno, por ser viuda, y lo otro por ser tan ingenua, por no haber tenido una experiencia antes, quién me aconsejara, por estar sola o por no tener familia. Bueno, no entiendo por qué me ha pasado todo esto. Yo lo siento como una desventaja porque una sola, viuda y sin quién lo haga respetar no tiene apoyo. Es importante tener en la casa un hombre, que esté con uno, si hay un

vecino o alguien que le dice algo feo o que no lo deje recoger agua, o esos problemas, así él le pegue a uno, él lo hace distinto.

Quiero vivir una vida sin problemas, con bastante amor, con alegría, quisiera algún día encontrar un hombre que me quisiera y me hiciera feliz y que yo viviera esa vida que nunca he vivido. Desde que estoy sola he tenido una vida bonita con mis hijos, pero siempre hace falta un compañero aunque sea para salir, porque nunca salgo, nunca me ven en el parque ni en cine. Me siento como alejada, como aislada, no sé, me da pereza salir.

La tía del muchacho todavía va y me visita, me regala ropa; ella trabaja en casas de familia y me regala ropa. Ahora está cambiando el techo de la casita y me dijo que como a nosotros nos van a dar un lote me regalaba zinc, que ella lo estaba guardando para regalarme; me ha ayudado mucho. Otra persona que me ha ayudado es la hermana Helena, quien me ha dado la mano en prácticamente todo. Ella le levanta el ánimo a uno, me ayuda con mercados y en el proyecto estoy muy contenta porque es una labor que me gusta, que me nace.

Con los políticos nos fue mal porque el gobierno ofreció ayudarnos con un lote, con una casa y al fin nada, no nos dieron nada. Y el político ese ahora está en la cárcel, por ladrón, por mentiroso, por todo. Con la hermana estamos en la olla comunitaria. Me siento muy contenta por la labor comunitaria, una ayuda para la otra gente. Somos ocho mujeres, en realidad dieciséis conmigo, pero contando las del otro edificio, que es un grupo también con la hermana. Allá en la bodega somos ocho mujeres que salimos los sábados a pedir a las puertas, de puesto en puesto, unas veces nos tratan mal, otras nos dan poquito, otras nos dicen cansonas. Estamos repartidas en cuatro, una semana les toca a cuatro y a los ocho días a las otras cuatro, para descansar. Los domingos cocinamos, doscientos veinte o doscientos treinta almuerzos, los vendemos a cuatrocientos pesos; con la plata que hacemos compramos la carne para el otro domingo y lo que queda son los fondos para el ahorro de plan de vivienda de nosotras.

Todos los desplazados y todos los necesitados nos compran. Hay mucha gente que no tiene nada que comer y a la cual nosotros le regalamos el almuerzo. Lo del plan de vivienda es una cuenta que abrimos con la hermana. Nos tienen ilusionados con un lote, y el alcalde también. Nos

hicieron el papeleo y unas encuestas, y dicen que teniendo la cuenta abierta nos favorece más. La cuenta es individual. Nosotras, por ejemplo, hacemos cuarenta, cincuenta, sesenta mil pesos; se paga la carne y lo que queda lo partimos entre las ocho mujeres, así sea de a dos mil pesitos lo partimos y lo metemos a la cuenta. Esa es la única ayuda, porque no tenemos para abrir la cuenta ni nada, esa es una ayuda muy buena que nos hacen.

Desde que quedé sola he trabajado en lavaditas y así, la gente me regala ropa de segunda. Por ejemplo, la ropa que tengo puesta me la regalaron de la alcaldía, fueron a repartir a los desplazados y a mí me dieron esta ropa, los zapatos me los mandaron las comadres, y así la ropa para los niños; en diciembre van y reparten. Yo tengo Sisbén y tengo la carta de desplazados y con eso a los niños les pagan la escuela. Tengo dos no más en la escuela, la niña de doce años y el niño de diez. Los otros están pequeños y el chino trabaja y me da para mercado; la otra tiene marido. Los más chiquitos la pasan conmigo. Por ejemplo hoy, como la niña no tiene clases se quedó con ellos, y como estudia por la mañana salgo por las tardes, o cuando voy a hacer una lavada o esto hay una muchacha que viene, prima del marido que yo tenía, ella me los cuida. No los mando a los jardines porque no me gusta, he visto que los tratan feo, entonces a mí no me gusta. Soy creyente y tengo fe en Dios. Con la hermana Helena nos reunimos todos los miércoles y primero que todo la oración. Yo soy católica, voy a misa, me gusta mucho por acá. Me gusta más que todo la misa que hacen en el barrio Niza, me encanta ir allá.

He soñado bastante con el finado, pero le pido a Dios que esté en el cielo, que esté bien, que le haya perdonado todo lo malo. Sueño viéndolo que llega, me sueño viéndolo dormido, viéndolo comer y así es constante. Cuando tengo pesadillas sueño que me va a pegar, que me grita, que me insulta, todo eso. La niña, la que no lloraba cuando lo mataron a él, se soñó hace ocho días con él. Se levantó llorando a las dos de la madrugada, de mala cara, llorando, y me dijo que había soñado con el papá. Soñó que la estaba abrazando y le daba besos, que le decía que le iba a comprar un tarro de leche grande, porque a ella le gusta mucho la leche, esa niña se muere por un vaso de leche.

El muchacho con el que viví cuando nos vinimos para acá nos trató bien, nunca me trató mal y a los niños los quería mucho, nunca me in-

sultó. No lo he vuelto a ver. Un día fui al hospital del norte a hacerme unos exámenes, para ver unas huellas como de viruela. Pero estoy de malas, porque al muchacho que me está pretendiendo le dije que tengo ganas de hacerme operar para no tener más hijos, y entonces que iba a venir al hospital. Estaba en una silla hablando con él cuando llegó la muchacha que está con el otro. Ella se asustó y dijo, “No demora en llegar por ahí su marido”. Le contesté, “No importa que llegue”. A mí ya no se me da nada, pero a los niños mucho, lo llaman y preguntan por él, y él no ha vuelto a responder por nada. Lo demandé por alimentos, pero un amigo me dijo que le quitara la demanda. Me hizo dar miedo, me dijo que de pronto él reaccionaba mal y me mataba o me hacía algo. El pelado grande dice que él no quiere nada, que no le dé nada ni que me dé nada. Mejor dejar así, yo soy capaz sola. Vivo sola con mis hijos. Mi hija mayor ya tiene veinte años, es la que vive con el hermano del marido, o sea mi cuñado yerno, y ya tiene dos niños. Se llama Lady y tiene el apellido mío porque como la tenía en Caldas donde mi mamá, a ella le tocó ir a registrarla porque era necesario para entrarla a estudiar, entonces él no pudo viajar conmigo. Yo viajé y llevé la cédula de él pero no aceptaron, que tenía que ir a firmar y entonces tocó solo con el apellido mío, y ella se quedó así. El niño que le sigue ya tiene diecisiete años, trabaja de bracero y ayuda en la casa. Hay días que le va bien, otros días le va mal. Hay días que se pone veinte mil pesos otros diez, otros cinco, depende. La Mona, la más querida del papá, tiene doce años, cumple los trece el día del amor y la amistad. La niña de seis quedó con el apellido mío porque cuando murió el finado no la alcancé a registrar. Los del segundo marido son dos, un niño y una niña de dos añitos

Yo me levanto a las cinco de la mañana, como de la toma sacan el agua la recojo y la guardo. Ahí afuera hay una tubería, pero el agua se va a las siete o a las ocho de la mañana y ya no hay en todo el día, por eso nos toca guardarla. Me levanto temprano, pronto voy al agua y hago el aseo en la casa; como por la noche no lavo la loza entonces después de hacer el aseo arreglo la cocina, y ahí se paran los niños, les dejo la ropa lista. Hacemos el desayuno, los cambio, los baño, seco el baño y a veces me pongo a hacer un bolso o a coser un ratico, voy y hago el almuerzo por ahí a las nueve y media o a las diez, despacho el almuerzo siempre a las once y media o doce. Llegan al medio día, les doy el almuerzo, otra vez los baño y los acuesto a dormir, y ahí me siento a hacer los bolsos.

Por ahí a la una llega la monita de la escuela, arregla cocina y barre otra vez. Como yo soy líder tengo que hacer. Me siento a las dos de la tarde a hacer los bolsos, llegan las compañeras que necesitan el hilo, que vamos a perforar, bueno, me dedico la tarde a ellas y a los niños. Yo les oriento el trabajo, les enseño, les digo. A veces me acuesto a las diez de la noche, cuando veo la telenovela, *Betty la Fea*. Yo trabajo en bolsos por ahí hasta las ocho y media de la noche, y a esa hora cierro la puerta. Todas las de mi grupo son de la misma zona. En estas bodegas somos como trescientas familias. También hay ranchos afuera, pero no todos son desplazados. Casi no salgo y no tengo muchas amistades, sólo ahora por lo de los bolsos. Tengo una amiga desplazada que vive en el edificio amarillo, ahora ella se hizo operar para no tener hijos y se consiguió un amigo y quedó embarazada.

Lo único que quiero es seguir adelante con el proyecto de bolsos, estamos esperando a ver qué va a pasar porque incluso ya salimos por la televisión. Por ahora estamos trabajando con lo nuestro y vamos poco a poco. No tenemos personería jurídica todavía. Soy una mujer sola y por eso me han hecho la guerra acá, por el agua, porque los otros servicios son comunitarios y por eso he tenido muchos problemas. Tenemos un baño que lo usan como unas siete o tal vez ocho familias, pero me cansé y ahorita compré mi propio sanitario. Pero entonces todos pasan y votan basura ahí, pero me libré del baño. Y el hijo grande, el mayor, va adonde un vecino o donde trabaja pero no ocupa el baño. En el baño hemos recibido muchas enfermedades, alergias, todo eso, por eso me retiré del baño comunitario. Para lavar y para el baño toca por la noche o ir a traer a los caños, al río o a las quebradas. Ahora estoy lavando donde una comadre unas dos veces a la semana. Luz tenemos pero no pagamos nada.

Yo me gano como el mínimo, de vez en cuando hago corte de pelo, es poquito, no es que sea mucho, y también vendo helados. Tengo mi nevera, pero el marido que tenía me quitó el televisor, el equipo de sonido y otras cosas, todo eso me lo quitó. Él debía una plata y vinieron y me recogieron todo lo que pudieron. La nevera también se la llevaban pero firmé un papel para que no se la llevaran, estaba llena de heladitos, por eso no se la llevaron, se quedó así, no han vuelto a molestar.

Lo más triste para mí fue la muerte de mi marido y la de mi mamá; tuve que pedirle a mi Dios que se la llevara porque tenía cáncer y sufría

mucho. Por eso tuve que pedirle a mi Dios que no más, eso fue lo más triste. Y también la muerte de mi marido, no sólo porque lo mataron sino ver mis hijos sufriendo, eso es terrible, eso pega en el corazón. Felicidades no he tenido. El consejo que le daría a otra mujer que haya pasado tantas como yo sería, primero, que abra mucho los ojos, que no se deje llevar por el corazón, y que piense muy bien lo que va hacer, porque francamente me tiré a los brazos de un hombre y no pensé que me iba a pasar lo que me pasó. Por eso le aconsejaría, más como una amiga, que pensara muy bien lo que va hacer.

“Soy la viuda de un dirigente de izquierda”

Soy barranquillera de nacimiento y mi familia vive allá. Soy abogada de profesión, estudié en la Universidad Libre y me especialicé en la de los Andes, estudié bachillerato y primaria en el colegio Alemán de Barranquilla. Por razones laborales y políticas estoy radicada en Bogotá después de once años de viudez. No me he vuelto a casar.

A Guillermo lo conocí en 1988 en Barranquilla, en un acto social; fue amor a primera vista. Esa noche salimos, y aun cuando el día siguiente regresaba a Bogotá decidió quedarse cuatro días más y a partir de ahí todos los días me llamaba. En diciembre regresó a Barranquilla a hablar con mis padres, a pedirles la mano para casarnos; ellos nunca lo aceptaron, por su situación política, pero yo era mayor de edad, tomé la decisión y nos fuimos a vivir juntos. Él había ido a un foro de reforma política en la época de Barco, había estado con Galán, con Samper, todos eran candidatos o personajes en esa época, pero lo conocí en la parte social, me lo presentaron unos amigos. Nunca milité en ningún partido de izquierda ni de derecha, ni tradicional ni liberal ni conservador, aunque mi familia es liberal. Sin embargo, tuve una formación muy librepensante, muy anarquista, porque fui educada por los alemanes pero alemanes progresistas. Con él me casé en el exterior, en Europa, cuando estábamos en el exilio.

En esa época litigaba en Barranquilla y tenía un negocio, también era comerciante de venta de saldos, apenas comenzaba mi vida profesional. Me fui primero con él y después me casé porque era separado y como no existía el divorcio había que adelantar la anulación ante la iglesia, pues era casado por lo católico. Convivimos dos años hasta que lo asesinaron, lo acompañé durante su época política más movida; pertenecía a la Unión Patriótica y al Partido Comunista, era representante a la Cámara y había salido elegido senador por Antioquia en las elecciones de 1990.

Lo acompañé a todos sus viajes nacionales e internacionales e incluso el día de su muerte estaba con él.

Teníamos un apartamento en Bogotá y habíamos empezado a tratar de organizar una vida normal, entre comillas, como puede hacerlo una persona que anda con dieciséis escoltas, dos afuera del apartamento, permanentemente, y una persona que dormía con nosotros al lado, un compañero del partido. Queríamos comprar nuestro propio apartamento y organizarnos para tener un hijo, para tener familia, para tratar de llevar una vida como cualquier persona normal puede hacerlo en cualquier parte del mundo menos en Colombia. Éramos una pareja de jóvenes, él era abogado también, militante de izquierda mas no guerrillero. Nunca tomó la lucha armada como una opción de vida aun cuando en una época, como todos los jóvenes, apoyó esa opción, era de izquierda de avanzada. Había mucho amor de por medio, mucha compatibilidad, muchos sueños.

Yo no tenía miedo pero a veces hablábamos de la muerte, lo qué haría cada uno si llegase. Él decía que era quien iba a morir y no yo, y cuando el atentado estábamos los dos juntos. Hablábamos pero uno nunca está preparado para la pérdida de los seres amados, así hable y trate de prepararse, porque, sinceramente, uno cree que esa posibilidad está lejana. Él pensaba que si moría yo me iba a casar muy pronto, y llevo once años de viuda y sin poder organizar la vida sentimental de nuevo; la laboral sí, imagino que por mi temperamento, mi formación y la ayuda de muchas personas. Soy muy creyente en Dios y por mi temperamento abro puertas y espacios.

Constituíamos una sociedad: yo organizaba las cosas de la casa, él parte del dinero. En lo político lo apoyaba constantemente, leía documentos y le daba mis opiniones, lo acompañaba a las giras, éramos una pareja muy compenetrada en lo político y lo sentimental. Pero como era un proyecto muy joven que apenas empezaba yo tenía un perfil bajo porque él era la figura. A pesar de que lo acompañaba y lo apoyaba en lo político, en lo personal, lo de la casa, yo llevaba esa carga. Cuando llegábamos de viaje tirábamos las maletas, la ropa, todas esas cosas, lo que hace una mujer; cocinaba porque a mí me gusta cocinar, tenía gente que me ayudaba pero la mayor parte de las cosas las hacía yo; a él le colaboraban otros en la parte política y social.

El atentado fue en 1990, un día de marzo en la mañana. Íbamos pasando al frente de un almacén, una droguería que hoy tiene rejas, antes no. Escuché unos disparos y pensé que eran unos ladrones; en la vida había oído disparos, no estaba acostumbrada a esas cosas y lo primero que se me ocurrió fue que era un ladrón. No asocié los sonidos de los tiros con un atentado, el escolta que estaba al lado, un policía, me empujó y yo empujé a Guillermo, él cayó ya herido y yo caí encima de él. Con su cuerpo rompió los vidrios y cuando cayó lo primero que me dijo fue, "Mireya, esos hijueputas me mataron, me voy a morir". Yo le decía que no dijera eso y que luchara. Entonces me dijo, "Mireya, abrázame y protégeme que me voy a morir". Lo levanté y me hice esta marca que tengo aquí en el brazo, porque me corté con los vidrios; puse las manos debajo de su cuerpo y él se abrazó y fue perdiendo el conocimiento. Me tocó montarlo al carro con los escoltas; el jefe de escoltas estaba en shock, eso lo recuerdo, Alonso con la metralleta abajo, los otros disparaban, me decían, "Mireya, párese y vámonos". Y yo decía que no lo soltaba porque seguía escuchando tiros y de pronto el tipo estaba ahí. Entonces me decían que mirara y que viera que el tipo, o sea el joven que lo mató, estaba ahí enfrente, en el suelo. Intenté cargar a Guillermo, pero me tocó decirle a los escoltas que me ayudaran porque sola no podía.

Había uno a cada lado y no podía alzarlo, entonces lo que hice fui abrir la puerta del carro y me subí de última. Eso lo recuerdo porque le iban cerrando con la puerta los dedos de los pies y tuve que decir que no la cerraran. Al montarnos al carro todavía mantenía cierto control, pero después, ya en el carro, lo perdí. Rezaba, gritaba, lloraba, madreaba y los escoltas me decían, "Mireya contrólese", y les contestaba, "No puedo controlarme". Del afán decidimos meternos a la clínica de la Policía, que estaba cerca, no podíamos buscar otra. Él entró en esa agonía de la muerte, de tener colores a perderlos, a pasar de morado a verde, a voltear los ojos, era la agonía de la muerte. Yo lo veía en ese estado, teníamos que hacer algo y entramos a la clínica. Pensé que el problema de él iba a ser el tipo de sangre, A negativo, pero no, parece que le sucedió lo mismo que a Galán, una hemorragia interna lo destrozó todo por dentro, se desangró.

Pasaron muchos años, dos, tres, y me levantaba siempre con ese tipo de imágenes, con los sonidos del atentado. Soy una persona muy fuerte, espiritual y físicamente, pero me fui del país ya que a los tres

meses comenzaron a amenazarme porque empezamos a organizar marchas. Esto lo he ido superando sola, nunca he estado en tratamiento psicológico; creo que la violencia deja huellas indelebles, y que estas tragedias marcan mucho, pues no todo el mundo vive lo que uno: el marido asesinado, la vida con escoltas, en medio de la zozobra, siempre como en la ruleta rusa, corriendo el riesgo de perder o ganar todo en cualquier instante. Considero que en ese momento perdí todo, a pesar de que tengo ventajas frente a muchas viudas porque tuve unos padres que me educaron, en mi vida tuve cierto respaldo económico, a pesar de que no tengo herencias sí me dejaron de legado una buena educación, muchas relaciones y también la formación para saberme defender en la vida. De todos modos, me ha tocado duro por la condición de mujer y porque al ser viuda he debido enfrentar la vida sola.

Hay aspectos en los que sí estamos unidas, como un gran dolor, la pérdida, lo que uno no puede comprar con el dinero, lo que deja de construir, el futuro que se pierde. Porque nuestro sino es trágico, ya que elegimos determinado futuro y le apostamos a unos ideales de vida, que en este país no se pueden desarrollar, y no pudimos cumplir nuestros sueños ya que nos vimos obligadas a vivir los que escogieron los demás.

En cuanto a la decisión de no tener hijos, porque después de lo que me sucedió decidí que no iba a tenerlos, pocas personas me creyeron. No creo que este país necesite más seres humanos mientras que esta guerra no se clarifique o no finalice. Traer un hijo a este país es muy complicado, por las condiciones económicas y de seguridad. ¿A qué? ¿A vivir en medio de la zozobra? Si yo quisiera una opción política, fuese la que fuese, mis hijos también deberían seguirla, deberían asumir también mi decisión. Pero aquí no hay libertad para pensar, ni siquiera para vivir. No se puede. Si quiero continuar siendo de izquierda eso es una amenaza de muerte, igual si tomo una posición política con mis hijos. No quisiera que ellos sufrieran. Con Guillermo no tuve hijos porque como lo acompañaba a hacer política habíamos decidido que íbamos a tener un hijo cuando tuviésemos tiempo.

A veces resiento todo eso. Los culpables de todo esto son unos pobres imbéciles, porque ellos han sido utilizados por un establecimiento que un día los va terminar aniquilando, los utiliza igual como se usó a

narcotraficantes como Pablo Escobar o Rodríguez Gacha, porque ellos llegaron, no porque sean más inteligentes que los otros, sino porque un sector de la sociedad permitió que llegasen adonde llegaron y, además, los necesitaban en cierta forma. No los odio ni les deseo nada. Creo que mi resentimiento y mi repulsión son válidos. Ellos también lo entenderían porque si yo les mato a sus familiares tampoco me van a querer. ¿No es cierto? Pero contra ellos no estoy dispuesta a formar ningún grupo armado para matarlos ni para exterminarlos, no, no creo en eso.

Con la mamá de él de vez en cuando hablo, aun cuando menos que antes. Durante muchos años estuve muy unida a todo lo de él. Pero soy joven, voy a cumplir cuarenta años, y tengo que rehacer mi vida. Y tanta unión no deja. Ahora los llamo una o dos veces al mes.

Cuando él murió recibí el apoyo de mucha gente, familia, amigos cercanos, amigos políticos; Serpa, por ejemplo, me ayudó mucho y nunca me ha pedido un voto, fue un hombre muy solidario conmigo; el mismo Samper, que era amigo, ciertos amigos de Guillermo, otros no porque entonces empiezan las pugnas políticas. Otras personas, mis amigos, también me apoyaron. He recibido mucho apoyo, mucho cariño de la gente; y también he sido rechazada por ser la viuda de Guillermo, pero creo que he recibido más cariño y apoyo. En eso he tenido suerte, y mi familia jamás me rechazó.

Mi familia había estado un poco alejada por miedo de mi situación, por estar unida a la de Guillermo, que era un hombre de veinte, cuarenta, cincuenta escoltas, dependiendo de las circunstancias, y apenas mi papá supo que había muerto, me dijo, “Véngase para Barranquilla que esta es su casa”. Pero lo que hice fue salir del país, con un cargo oficial por tres años, como diplomática; pocas son las viudas de izquierda que salen con esos cargos. Me ayudaron con eso, aun cuando debió ser por los estudios que tenía. Estuve tres años fuera, en Brasil, me fue muy bien, salí condecorada por el gobierno brasilero, como una excelente funcionaria, y regresé al país.

Quería regresar. Tengo algo claro y es que mientras no haga proselitismo político, mientras no esté activa estoy protegida. El día en que empiece a competir voy a tener problemas, porque en este país hay mucha intolerancia y el mismo establecimiento se encarga de impedir que otras fuerzas se desarrollen y tengan éxito. Lo que voy a decir es muy

complejo, no es que los partidos tradicionales sindiquen pero sí hay muchos sectores dentro de ellos que no están de acuerdo con que gente de izquierda y otros sectores tengan éxito, y tratan de crear alianzas estratégicas. Los paramilitares no sólo son los paramilitares, ellos nacen con el apoyo de parte del establecimiento y en el establecimiento hay militares, políticos, sociedad civil. La corrupción es a todo nivel, no es que los paramilitares existan porque sí, ellos son utilizados con un fin.

Por otra parte, en este país tan machista a nosotras las mujeres nos toca más duro. Además, si uno es joven, peor, y si es viuda, ¡ni se diga!, nos toca duro, muy duro. Hay que demostrar doblemente sus valores, sus capacidades e inteligencia. Por ejemplo, si uno habla con firmeza entonces dicen que es una vieja histérica pero si el hombre lo hace es un hombre firme, con carácter; si una mujer llora dicen que es una pelota, y si el hombre lo hace qué tipo tan tierno y tan sensible. Yo no soy feminista porque no ando metida en esa onda pero sí las respeto a todas.

Hubo quienes me quisieron atropellar pero no me dejé. En todas partes había hombres que querían aprovecharse, en la política igual, el mismo partido de Guillermo, todos, todos. Creo que eso es una condición del ser humano, aprovecharse del débil; aun cuando no de todos, sino de algunos seres humanos mediocres. En casos así es en los que uno debe saber defenderse, ubicarse. Tenía una ventaja: en ese momento no tenía hijos, no tuve, siempre tuve claro que los hijos deben ser compartidos, y el día que los tuviera Guillermo debía tener tiempo para ayudarme a cuidarlos, porque si hubiera quedado embarazada no lo hubiera acompañado a la mitad de las cosas que lo acompañé y me hubiera quedado en casa.

A veces pienso en la posibilidad de otro compañero, pero tengo que enamorarme y amar y eso ha sido difícil. No sé qué ha sucedido pero ha sido muy duro, sobre todo porque nosotros estábamos iniciando una relación muy bonita, nos entendíamos, e idealicé esa relación después porque no hubo problemas, todo al principio es bonito, creo yo. Él era el hombre perfecto, el más lindo, el más capaz, el que más me quería, el que me complacía demasiado, éramos tan compatibles en todo, hasta en los pequeños detalles.

Él era muy bien parecido, bailábamos rock, nos asoleábamos, quién iba a pensar que uno de izquierda se divirtiera así. Pero igual trabajába-

mos, cumplíamos con lo que él debía cumplir, lo ayudaba, llevamos una vida entre normal y de sueños, y también de mucha acción, había de todo, no nos aburríamos, era de película. Pasábamos de una maleta abierta a otra cerrada, teníamos muchos sueños, y muchos planes quedaron inconclusos. Eso no lo perdono, que no me dejaran vivir lo que me tocaba vivir. Pero bueno, resentimientos con la gente no guardo, guardo sí con cierta parte del país, de este establecimiento que no se dio cuenta que matando a toda esa gente joven, a toda esa generación, se estaba era aniquilando política y socialmente. Me parece que este país hubiese sido diferente con Guillermo vivo, con Pizarro vivo, con Galán vivo, con toda esa gente viva; porque, primero, ellos aportaban, y segundo, no se hubiera instaurado la cultura de la muerte sino la de la vida, los derechos humanos, la tolerancia; pero entramos en una vorágine que no acaba todavía y estamos pagando las consecuencias. Además, se siguen destrozando miles de familias y la violencia y sus marcas no se superan con facilidad. Voy a morir con esa tristeza en el corazón, como van a morir todas, así rehagamos nuestras vidas. Los que están matando, además de nuestras familias, del drama que viven las familias, están destruyendo mucho futuro y muchos valores sociales y políticos.

Hay que tener fe en Dios, en la vida y en uno mismo que es lo único que lo saca adelante, y luchar siempre. Creo que la clave del éxito de la vida está en uno, no en los demás, eso es lo que lo saca a uno adelante, saber luchar, saber pedir las cosas, exigir, saber pararse y defenderse. Yo nunca asumí el papel de víctima, era doblemente duro y había que salir adelante, y la mejor manera es fortaleciéndose espiritualmente. Creo en eso y en el estudio. Si uno no ha estudiado es difícil, especialmente para las mujeres. Hay que exigirle a quien corresponda, al gobierno, no sé a quién, luchar y seguir adelante, nunca esperar nada de nadie y si algo llega mucho mejor. En ese tiempo no trabajaba, había sido consultora de las Naciones Unidas sobre participación. Para mí era muy difícil trabajar siendo la esposa de Guillermo, siendo cuota de un gobierno en el que no se tomaron medidas precisas y eficaces para parar el desangre de la Unión Patriótica. Entonces qué sucedía, yo tenía esa consultoría que él me ayudaba a hacer, por la que nunca recibí un peso, y cuando él murió estaba sin trabajo remunerado.

Entonces viví de un dinerito que tenía guardado. A los tres meses tuve que salir del país para trabajar, con unos pequeños ahorros, pero

estaba sin sueldo, sin trabajo y sin nada, con las manos limpias. La pensión le correspondió a sus dos hijos, a mí no me tocó nada. A él no lo querían asegurar por el riesgo que corría, era una persona de alto riesgo. Me tocó empezar de ceros. Tuve varios apoyos, sobre todo de tipo moral, pero ninguno me dio plata. Tuve compañía, que también vale y es útil en ese momento. Tenía que irme porque si no me iba alcoholizando, unos amigos iban en las noches a acompañarme, la gente del teatro, todos estos intelectuales, pero tenía que irme. Varios candidatos y gente muy conocida de la política me ayudaron a organizar marchas, conciertos, a organizarnos, algunos se convirtieron en mis mejores amigos. Se organizaron muchas cosas, entonces estaba muy ocupada y me puse a hacer cosas. Antes organizaba los aniversarios, noches de tango, y otros eventos, pero ya me alejé de eso.

Ayer, después de diez años, me puse a revisar cosas y encontré revistas y cartas. El dolor nunca se cura. Pueden pasar años y años. Todavía no he sido capaz, después de diez años, de abrir y leer las notas de Guillermo. Él era un hombre que leía mucho, siempre estaba leyendo. A mí me gusta leer pero él leía más, era parlamentario, uno de los mejores parlamentarios en esa época. He crecido en la parte profesional y en la espiritual he avanzado también. Lo sentimental no lo he podido resolver, eso es un desastre. Siempre lo estoy comparando, es inevitable. Parece que me voy a tener que conformar. No voy a encontrar otro hombre igual, pero sé que tengo que organizarme algún día, o si no, no importa, pero por lo menos puedo intentar, eso no puede seguir así toda la vida.

Yo no soy la viuda que se queja, no me quejo, sí me duelen muchas cosas, me hicieron seguramente muchas cosas duras, que recuerdo. Pero uno no debe dejar que lo destruyan. No podemos ser débiles a pesar de que la vida es dura. En todos los campos, a todo el mundo, viuda o no viuda le toca duro, debe salir adelante, educar sus hijos. Estamos en una situación muy dura en este país, todos debemos aportarle algo. Yo hubiera podido salir en la época de Samper pero decidí quedarme trabajando en la Red de Solidaridad. Ya no tenía vías internacionales sino municipales, en ese polvero trabajando para los pobres, no tuve un buen cargo pero dentro de la Red tuve mucho espacio con todo el equipo que estaba a mi cargo. Siempre me convierto en persona de confianza y a pesar de ser de izquierda, porque la gente sabe quién soy, me tienen respeto, cari-

ño, los congresistas me respetan, me relaciono con todos, con liberales, con conservadores, estoy muy cerca del contralor.

Guillermo estará contento de que no sea una tonta, claro, dirá, esa es mi mujer. De pronto me exigiría más. Uno hace muchas cosas y deja de hacer otras tantas, por lo que es. A veces dan ganas de alzarse la bata; entonces se cuida y no lo hace; soy una mujer muy conservadora, totalmente conservadora. Pensarse como viuda es difícil, es horrible. La gente que no me conoce y me ve no piensa que soy viuda, por mi temperamento, por la forma como ando, como me relaciono, por todo. A veces me toca asumir que soy la viuda de Guillermo, pero ya muy pocas veces lo hago. Claro que creo que uno debe dejar sus muertos en paz y eso es lo que he tratado de hacer.



“Era un dolor de esos que no se sabe dónde ubicar”

La muerte de mi esposo, del padre de mis dos hijos, ha sido lo más doloroso para mí en toda mi vida, porque a mí me toco vivir una película que a mucha gente de pronto no le toca. Eso fue un diciembre en vísperas de las fiestas de Navidad. Íbamos para la casa los dos, veníamos de haber pasado toda la tarde comprando los regalos a los niños, pues no le habíamos dedicado tiempo a eso; veníamos de hacer todas las vueltas, como a las ocho de la noche, él venía manejando y llegamos a la casa. Él paró en la puerta del garaje y pitó para que la muchacha le abriera. En el instante en que oigo el pito le digo, “Espérate, yo voy a abrir”, y cuando me estaba quitando el cinturón de seguridad sentí la balacera encima, en la puerta de casa. En ese instante yo no entendía ni podía explicar lo que estaba pasando, sentía dentro del carro candela, candela, candela. Cuando me iba a bajar sentí un impacto en el brazo y sentía candela y más candela. Al fin pude voltear a mirar y él ya estaba muerto. Me alcanzaron a lastimar, pero cuando vi eso yo decía “Qué pasó, qué pasó”, y me bajé del carro y entonces el sicario salió corriendo, se subió a un carro y se escapó.

Al parecer lo estaban esperando ahí en la esquina de la casa, en ese carro. Seguramente el tipo se bajó, se dirigió a la ventanilla donde él estaba, descargó su arma y cuando yo lo vi ya estaba de espaldas, lo vi por detrás corriendo, se montó al carro y el carro dio la vuelta y se escapó. Eso fue en un par de segundos, en par segundos.

Cuando pasó eso, la muchacha iba saliendo a abrir la puerta del garaje, pero ella vio todo y se devolvió y cerró la puerta. Yo empecé a gritar y a pedir auxilio. Ahí es donde yo digo que uno hace cosas que no sabe cómo las hace, pues pensé en mis hijos que estaban adentro. En ese momento, según me enteré después, el niño mayor se estaba quedando dormido, y yo corrí a la casa a decirle a la empleada que no fuera a sacar a los niños. Ellos oyeron todo y querían salir, pero ella los detuvo y no los

dejó asomar. Como el chiquito estaba tan chiquito era más fácil de controlar, y el otro estaba como medio dormido entonces los supo controlar. En ese instante llegaron los vecinos y en ese mismo instante empezó todo el cuento, y yo a estar tranquila, pues tenía que controlar la situación y que los niños no fueran a salir de la casa, porque me parecía terrible que fueran a ver a su papá allí. No sé cómo lo hice, ni de donde saqué fuerzas. No me pregunte cómo lo hice pero conseguí que los niños no lo vieran. Yo entraba a la casa, iba, los tranquilizaba y ellos me preguntaban, “¿Mamá qué pasa?”. “Es que estoy atendiendo a una gente que vino”, y así les decía que se calmaran. Entonces empecé a llamar a mi hermana, a mi familia, y les dije que se hicieran cargo de los niños que yo no quería que les tocara ver eso.

Y luego todo el cuento, que el levantamiento del cadáver. Es horrible, pues hay que estar pendiente, empieza a llegar todo el mundo a ver. Llegó la prensa, fue horrible. Y todo lo que vino de ahí en adelante, es una cosa aterradora.

¿Cómo hice para manejar eso? Pues no sé; primero, controlar la histeria, con todos, con la familia de él, que iba llegando. Me tocó hacer un esfuerzo para que no me hicieran escándalo, que no me fueran a alterar los niños allá adentro. Eso fueron cosas que tuve que hacer inmediatamente, porque llegaban y llegaban, y yo ahí con el drama y me tocaba decirles, “Cuidado que los niños están adentro y yo no quiero que lo vean así”. Toda esa cantidad de cosas fueron muy dolorosas y solamente el tiempo ha hecho que yo pueda hablar de esto sin que me ponga a llorar, sin que me duela todo, aunque aún me afecta, pues ese momento fue muy duro.

Él murió hace cinco años, tenía cuarenta y cuatro años, había nacido en Cali y era ingeniero civil. Yo nací en el 63, en Buga. Soy trabajadora social, tengo un posgrado en estudios comunitarios y estoy acabando una maestría en estudios políticos. Lo conocí por una amiga que me lo presentó, yo estaba terminando mi carrera y él era un profesional que ejercía su profesión. Duramos como dos años de novios, nos casamos dos años después de conocernos y completamos diez de matrimonio. Fue una relación muy tranquila, con las diferencias que puede tener una pareja en términos de construir un proyecto de vida común. Había algunas diferencias, él era un hombre muy práctico en algunas cosas y yo era un poquito más tras-

cidental en las mismas, pero eso también nos permitía encontrarnos. Pienso que en realidad era una relación muy estable, muy sólida.

Tuvimos dos hijos; el mayor tiene en este momento doce años y el otro diez. Cuando él murió el mayor recién cumplía siete y el otro iba a cumplir cinco años. Eso fue durísimo para ellos. Él era una figura de papá muy importante, llegaba y se ponía a jugar con ellos, se los llevaba a jugar fútbol, era el papá cómplice en todo, eso fue un impacto de verdad. El mayor expresaba el dolor por medio de la rabia, la agresividad era conmigo, volcaba toda su rabia, su dolor, su descontento hacía mí. El otro entró en una franca depresión y no hablaba, se volvió muy hacia sí mismo.

En ese momento yo le busqué a los dos apoyo psicológico; el que más me preocupaba era el chiquito, con él era más difícil. Tuve que estar más al pie de él. En el caso del mayor la demanda y su presión conmigo era muy agobiante, a veces porque los dos estábamos pasando por el mismo dolor. Para mí era terrible, porque debía sobreponerme a mi dolor y tratar de entender su rabia. Eso fue muy complicado y con el otro muy al pie, buscándole la manera de que expresara sus sentimientos.

El chiquito llegaba del colegio con su lonchera, se metía debajo de la mesa del jardín y de ahí no lo sacaba nadie. Llegaba a la casa y se ponía a jugar por ahí, solo, y no le hablaba a nadie, ni lloraba ni decía absolutamente nada. Se estaba con su hermano, pues siempre han tenido muy buena relación. Con él sí jugaba, de pronto lo buscaba, pero conmigo estaba en silencio. Él me buscaba pero más para la caricia y al abrazo, pero muy callado.

El proceso que viví ahí fue muy particular, porque cuando eso pasó inmediatamente busqué ayuda psicológica y llevé a los niños. El primer año me encargué de arreglar la vida, el funcionamiento de todo, pero no de mí misma. Ese año estuve en función de ellos, aun cuando más adelante me ocurrió algo muy particular. Después, como al año y medio, ya sentía que algo raro me pasaba, y empecé a sentirme mal, cansada y agotada. Tuve un problema físico que me comenzó con un dolor en una zona del costado, en el lado derecho. Era un dolor de esos que usted no sabe dónde ubicarlo, no sabe dónde está, pero le duele todo.

Fui a donde el médico y me dijo que era agotamiento o cansancio, que esto o lo otro, pero yo seguía con el dolor, no podía ubicar el proble-

ma. Me tocó ir donde el neurólogo, el neurólogo me hospitalizó, me tuvo traccionada un poco de tiempo, era una cosa que no se sabía. Era terrible, yo hospitalizada y mis hijos allá solos, en la casa. Todo eso se me revolcó. Además, el neurólogo comenzó a decirme, “Mire, es que si no la hospitalizo, no podemos hacer nada”. Después de casi un mes aguantándome ese dolor tan profundo, entonces me dijo, “Tengo que hospitalizarla porque usted está muy mal”. Y yo le decía, “Usted no me puede hospitalizar, no ve que yo tengo dos hijos y ellos están solos”. “Si no la hospitalizo entonces habrá que operarla, porque ese es un problema que tiene en la médula, en el sistema nervioso, en la columna”. No sé qué más era lo que me decía. Y yo le contesté, “¿Cómo así?, si yo nunca he sufrido de la columna”. Me dijo, “Pues mi señora, usted verá”. Me tocó llamar a mi hermana, a mi mamá, pedir ayuda. Tuve que decirles “Me van a hospitalizar, no sé ustedes qué van a hacer”.

Entonces empezaron a hacerme cantidad de exámenes, a mirarme el cerebro a mirarme todo, que no sé qué cosa, pero todo estaba perfecto. Todo estaba bien. Estuve diez días hospitalizada y me hacían un examen y luego otro, y todas las pruebas que había que hacer. Finalmente, el médico me dijo: “Usted no tiene nada. Físicamente usted está muy bien, esto está muy raro”, e inmediatamente me mandó para el psiquiatra, y claro, empezó a averiguarme todas las cosas y todo fue saliendo. Ese fue el síntoma a partir del cual tuve que empezar a ponerme un poco más de cuidado.

La gente, sobre todo los hombres, cuando me ven, me preguntan, “¿Usted es soltera?”. “No, yo soy viuda”, contesto. Y mucha gente se sorprende, y mis amigas cuando me oyen decir eso, me dicen, “Y usted por qué dice que es viuda si usted es soltera”. “Yo soy viuda porque tengo una historia. Estuve casada, tengo dos hijos. El hecho de que ahora mi condición civil sea soltera, no quita la historia que tengo”.

Con la palabra viuda la gente se hace un poquito para atrás, queda desarmada. Los hombres como que se asustan. Me pasa todo el tiempo. “¿Viuda, cómo así?”. Sí, claro. Yo no puedo negar mi historia. Y el que se arrime tiene que saber eso de entrada.

En realidad nunca se supieron bien las cosas, no se supo qué pasó. Lo que medio he podido aclarar de todo esto es que él manejaba contratos muy importantes en la ciudad de Cali, convenios con proyectos internacionales, grandes préstamos internacionales y su cargo tenía que ver

con hacer la interventoría de esos contratos. Hasta donde yo sé, porque además él nunca comentaba mucho esas cosas, allí había intereses creados, y en esos casos empiezan a presionar a quien tiene que vigilar el manejo de los presupuestos. Él era un tipo que no se metía en nada, en eso era completamente invulnerable. Y creo que en su carrera profesional los compañeros lo tachaban de bobo, de que tenía muchas oportunidades y no las aprovechaba.

Y en realidad no las aprovechaba. Esa era su forma de ser, por lo que siempre tuvo esa fama, pues nunca se prestó para malos manejos. Parece que había muchos intereses y bastante gente metida en cosas que no tenían muy clara su procedencia y él comenzó a descubrirlas y se ganó muchos enemigos. Cuando murió comencé a preguntar, muy desesperada, quería aclarar, quería saber. Inmediatamente me dijeron que no siguiera preguntando, que dejara las cosas así, que me acordara que tenía dos hijos y, además, me había quedado sola. Y me ha tocado tragarme todo, callada.

Me sentí muy vigilada todo el tiempo, desde un aparente estar pendiente de mí, que parecía inofensivo y yo sentía que era para espiar, a ver qué decía o qué movimientos hacía. Una cosa muy complicada. Decidí que no iba a seguir preguntando, porque estaba la seguridad de mis hijos y la mía, y ya había pasado una cosa bastante terrible para seguir averiguando.

Ellos empezaron a armar su propio cuento, a enredar todo. Decían que “Eso nada tenía que ver con asuntos de la empresa”, que eran enredos personales, que “Quién sabe en qué cosas andaría”. Me decían eso cuando yo sabía de su trabajo, lo que él estaba haciendo, las implicaciones que tenía su labor, eso lo hablamos muchas veces.

Por eso yo sé que allá tratan de velar las cosas, y se fijaban si yo recibía visitas o llamadas inesperadas. Una especie de vigilancia permanente, sobre todo los dos primeros años. De ahí para acá la cosa se calmó mucho.

Además, el dolor que sentía fue el campanazo que me hizo reaccionar y ponerme un poco más de cuidado. Inicialmente fue la ayuda del psiquiatra, después ya me cansé del psiquiatra, porque él empezó a mandarme medicamentos y eso no lo resisto. Nunca en la vida había tomado

un antidepresivo, nada de eso. Incluso, cuando pasó todo, cuando estaba reciente, nunca tomé una pastilla. Me pasaba los días sin nada y mi mamá estaba aterrada porque había noches en las que dormía apenas tres horas, y me decía, “Mija, por qué no se toma algo?”. “No, mamá, sé que si me tomo algo después quedo mal, porque nunca en mi vida he tomado pastas ni nada de eso”. Yo no quería depender de nada. Y en un momento de crisis eso tapa el dolor y uno busca el menor dolor.

Entonces eso no me gustó del psiquiatra, porque mi reacción al medicamento era la disminución de mi actividad, me aplanaba y después quedaba con una sensación de angustia que era peor. Tuve que decir no más y no más. Después de eso empecé a tranquilizarme, digámoslo así, empecé a hablar del asunto con mis amigas psicólogas, a tratar de elaborar un poquito más el duelo y he estado en eso.

Puedo decir que después de cinco años, eso lo hablaba con una psicóloga en estos días, en este diciembre pasado, hace dos meses se cumplieron cinco años, y no sé si es la época o es la vida, todavía falta mucha elaboración de eso, pues tuve una crisis o un pico de la depresión. Además, en esa época también mataron a un compañero de trabajo, muy amigo de nosotras, un tipo muy querido. Eso también me revolcó a mí todo, entré en una situación muy maluca y una amiga me decía, “Mira cómo una situación de esas vuelve y te revuelca y vuelve y te saca la vivencia”. Y uno nunca termina de sentir eso. Además, pienso en el hecho de que las cosas no se resuelvan a otro nivel, que la impunidad quede ahí. Y la impotencia de uno. Todo eso da mucha rabia, demasiada rabia frente a la impunidad. Soy tan frágil frente a eso. Y que todo eso siga pasando, como con mi amigo.

Pienso que es eso lo que más lo perjudica a uno, el sentimiento de rabia, de impotencia frente a lo que uno puede hacer. Lo que siempre he dicho es que no quiero saber quién lo mató o precisar cosas porque me quiera vengar, sino que uno tiene el derecho a saber, ¿cierto? A saber qué pasó, aclarar a sus muertos qué pasó.

Porque él era un tipo que le estaba jugando a esto limpiamente, un tipo que era un convencido de que las cosas había que hacerlas bien y se comprometía con todo. ¿Por qué? Entonces hay que ser corrupto, hay que ser pícaro, hay que ser irrespetuoso con el otro, hay que pasar por encima de la gente para que las cosas funcionen.

Tuve que salirme de mi casa. Era la casa que habíamos comprado juntos, que habíamos hecho para criar los hijos y hacer la vida de hogar. Yo inmediatamente salí de allí, a la carrera. No me podía quedar ahí. Busqué y busqué hasta que alquilé un apartamento para donde irme y empecé también a despojarme de mi historia, a vender las cosas, a cambiar todo, a buscar vender esa casa por todo lo que había pasado allí, era muy horrible vivir ahí. No ayudaba para nada.

Después de eso tenía pesadillas, me soñaba con él, me veía en ese día. Era la escena de su muerte una y otra vez, recurrente, muy recurrente. Aparecía en cualquier momento, aparecía en la vida diaria, tenía poca concentración por causa de eso. Estaba hablando con alguien y empezaba como un video, a aparecer la película en mi cabeza. Aparecía y aparecía sin parar. Me pasaban cosas, como por ejemplo que salía de casa en el carro, en el mío, pues inmediatamente el de él lo vendí, porque igual no quería tenerlo, no podía verlo en la casa.

El tipo pienso que era un profesional: llegó y lo mató de una. Él murió en el acto. Lo único que hizo fue que disparó una bala que me alcanzó a lastimar a mí, que pasó derecho, pero el carro no se dañó y todo fue allí en el sitio de él. Ese carro se hizo organizar y se vendió. Digo de buenas que no me pasó a mí nada más. Sí. Pienso que gracias a Dios, porque estaban mis hijos. Chiquititos, muy chiquititos. De todo lo malo eso fue lo único bueno. No quedaron solos.

La familia de él siempre fue como indiferente. Siempre llevé, pienso, relaciones cordiales con ellos. Yo lo definía así, porque nunca tuve problemas, iba allá y era bien atendida, pero de ahí a que diga que siempre estaban o encontraba apoyo para alguna dificultad no, ni antes ni después. Pienso que ellos se replegaron hacia sí mismos también y parte de eso lo explica el dolor que les causó la muerte de él, porque era el menor, era el tipo querido, el del buen humor. Él llegaba y alegraba su casa, era un tipo muy querido en su medio familiar, entre sus hermanos, porque era de una familia numerosa, de ocho hermanos, y la mayoría son hombres mayores con hijos e hijos de sus hijos. Entonces él era un hombre que refrescaba a todo ese núcleo familiar y así entraba yo a esa familia, por su intermedio.

Pienso también que la diferencia de edades entre nosotros tenía que ver. Yo era una mujer de treinta y dos años, sus hermanos hombres de más

de cincuenta. Y esa diferencia de edades hacía que no pudiera haber tantas afinidades ni con las hermanas ni con los hermanos. Las relaciones siguen siendo cordiales, pero que yo diga que ellos se volcaron hacia mis hijos, a ver qué necesitaban, a preguntar en qué podían ayudarnos, nada. Se replegaron a vivir su pena y pienso que para ellos también ha sido muy doloroso, es su dolor. Pero que pregunten qué ha sido de la vida mía con mis hijos, no. Que yo diga algo, tampoco. Que miren que esto o lo otro, no.

En eso he guardado distancia, y por eso me acusan de ser demasiado autosuficiente, de no necesitar la ayuda de nadie. Ellos, por ejemplo, si tienen una reunión familiar o en los diciembres llaman a los niños y me llaman. Sí lo hacen. Pero a mí me da rabia saber que aparecen el 24 de diciembre con el regalo para los niños; y eso es un gesto muy formal, muy social y para mí ese no es el sentido de la familia.

Porque, de todas maneras, igual fui con mi familia. Y esa es una de las cosas que sé que le dolió muchísimo a mi mamá y a mi hermana. Nosotros somos tres. Yo soy la mayor, mi hermana es casada y mi hermano es el menor. Mi hermana y su esposo inmediatamente me dijeron, “Sonia, véngase a vivir con nosotros, traiga los niños”. Mi mamá igual, “Camine, hija, usted no puede estar sola”. Y una de las cosas que sé que a mi mamá le dolió mucho y todavía cuando puede la saca, fue que le dijera, “No, mamá, déjeme. Esto tengo que enfrentarlo sola, al fin y al cabo es mi vida, les agradezco mucho pero no; por favor, déjeme. Si los necesito, los busco”. Entonces como que los puse en su sitio. Pero ellos, al fin y al cabo, son mi familia...

Claro, igual hice con los otros, pero ellos sí lo tomaron como agresión de mi parte. Pensaron que no quería nada con ellos, una cosa así. He llamado a mi mamá cada vez que la he necesitado. Ella está ahí, lo mismo mi hermana y ellos han estado muy pendientes de mis hijos, que adoran a su abuela, y ellos están allí. Yo sé que no siempre acudo a ellos físicamente, pero siempre que tengo dificultades o mis hijos quieren hacer cosas distintas, ellos se los llevan a pasear, siempre están pendientes. Que es muy distinto a la otra parte, que sólo aparece en Navidad, cuando hay que llevarle el regalo a los niños. Van a saludar por el formalismo y es una cosa muy distinta.

En ese momento tan horroroso mi familia se encargó de todo. De los trámites, las vueltas y todo eso. Igual yo no podía, tenía que estar con

los niños. A él lo enterraron en el cementerio del sur. Yo finalmente les dije a mis hijos lo que había pasado y ellos participaron del ritual, del velorio, de ir al cementerio, de todo. Él tenía un auxilio funerario que cubrió todo eso. Yo no sé ni qué vueltas hicieron mis familiares, pero como él tenía ese recurso, pues se acudió a eso y se hizo lo que debía hacerse.

Fui criada en una familia muy católica, muy tradicionalista. Soy creyente, pero no soy como mi mamá, ella sí es de iglesias, rezos, misas y esas creencias. Pero yo hace mucho rato que no practico, digámoslo así. No he sido tan religiosa, no. Es más, creo que con la muerte de él entré en franca pelea con la religión. Era la misma rabia, la misma profunda rabia que me entró, y eso fue una franca pelea con la religión. Me preguntaba, ¿cómo, si Dios de verdad existe, cómo empiezan a pasar estas cosas con gente que vale la pena, con gente buena, con gente que no le hace mal a nadie? Entré en franca pelea por eso. Mi mamá todo el tiempo tratando de que no mantuviera esa pelea con Dios. Hasta con un cura amigo me buscó cita, para que el cura me aconsejara. Pero no fui. No pude por esa pelea.

En términos económicos, él tenía un seguro de vida por la empresa, digamos que eso fue lo que quedó de plata. Nosotros no éramos una familia muy adinerada, éramos una familia que estaba haciendo su vida. Quedé con una pensión del seguro social, una pensión que es mínima, pero que me ha servido muchísimo. Es algo fijo. Yo creo que el Estado lo reglamenta. Creo que si me vuelvo a casar legalmente pierdo eso. Sí. Me han dicho que de pronto, si me vuelvo a casar, puedo perderla. O sea, que soy pensionada y mis hijos también.

Pero no sé, hasta allá no sé. Realmente no he pensado en volverme a casar. En este momento está fuera de mis planes. Además, porque pienso que es difícil armar otra vez la convivencia con alguien. Es difícil. Y claro, están los hijos de por medio. Mucha gente me regaña por lo que digo, pero primero están ellos. En este momento primero están ellos, su tranquilidad y la mía. He peleado mucho por tener un hogar armónico para ellos y para mí. Y digo he peleado por establecer límites, en los cuales ni se meta mi familia ni la de él. Cierto que son las esferas más cercanas que tengo. Que no se metan en ese espacio donde estamos los tres. Porque yo se lo digo a ellos, nosotros tres somos una familia. Sí no

está su papá no quiere decir que no somos una familia, “Somos una familia y tenemos que pelear por este hogar, que ha quedado así, donde somos nosotros los que tenemos que definir cómo lo regulamos, cómo lo relacionamos, qué contradicciones tenemos, sin que medien ni su familia ni la mía”. En esa medida he peleado mucho por la autonomía de lo que es el espacio familiar. Me parece muy tenaz pensar en que llegue un extraño. No está dentro de mis planes. Por lo menos ahora no.

En el momento tengo una empleada de servicio que me ayuda mucho. Siempre me ha ayudado. Es una muchacha que está conmigo de tiempo completo, la tengo hace tres años. Primero tuve una dos años, cuando pasó todo eso, pero ya no está, y ahora tengo esta. Ambas muchachas muy queridas, conocidas de la familia, me apoyan mucho. Hasta ahora no ha habido inconvenientes.

Pero tuve muchas dificultades. En ese momento vivía con lo que recibía por la pensión y tenía unos ahorros. Entonces me bandeaba con la pensión y con los ahorros que tenía. Si necesitaba algo, pues con la ayuda de mi hermana o de mi mamá. Soy muy organizada con el manejo de los presupuestos y de todo eso. Todo eso significa un gran reajuste. Tuve que cambiar a los niños de colegio; ya se adaptaron y creo que la ventaja es que como ellos estaban tan chiquitos eso me ha permitido irlos reacomodando y los he metido en el cuento de que la vida nos cambió, que estamos solos los tres y que lo vamos a hacer con esfuerzo. Su mamá es la que tiene que trabajar y responder por la casa, les digo: ustedes tienen responsabilidades, cada uno responde por sus obligaciones, las suyas son estudiar y que les vaya bien en el colegio, y las mías son responder por todo lo que es el funcionamiento de esta casa.

Digo que una de las cosas que podría aportarse con toda esta tragedia es justamente darle una herramienta a los colegios para atender a los muchachitos que han pasado por esa situación. A veces, las maestras del colegio donde estaban mis hijos me llamaban y me decían, “Aquí llegó a meterse debajo de la mesa”, a que no sé qué, a darme quejas. Y yo decía, “¿Pero esta maestra, por qué me dice esto, sabiendo que estoy en la situación en que estoy, y me llama a decirme eso?”. Me quedaba pensando: ella por qué no lo maneja, si sabe lo que le ha pasado al niño. Igual pasaba con el otro, pues me decían, “Que él niño está muy peleonero”. Si ella sabía eso, si me tomé la molestia de ir con cada profesora y decirle,

“Mire; les acaba de pasar esto, entonces les pido el favor de que entiendan y apoyen a los niños”. Por supuesto que no va a ser igual su rendimiento académico ni su comportamiento. Si voy y me tomo la molestia de decirle eso a cada profesora, lo mínimo que espero es que entiendan, lo manejen en el ámbito escolar y les pongan un poquito más de cuidado, y si hay una psicóloga allá que se constituya en un apoyo.

Tratar eso es terrible, es una de las cosas más difíciles. El manejo que han hecho los colegios de la situación. Además, no sólo con el niño que pierde su padre, sino también con los otros. Yo tuve que enfrentar situaciones en las que los niños se sentían diferentes, se sentían marginados porque los otros sí tienen papá y ellos no, o los otros dicen, “Ah, fue que mataron a tu papá, es que esto o lo otro”. Y frente a eso creo que el maestro tiene una responsabilidad más, de crear solidaridad frente a un niño, pues su padre no está. Tiene que haber más apoyo, más interés en entender que en este país pasan estas cosas y que están tan cerca. También todo esto está muy cerca de ellos, de todas las personas que vivimos en este país. Yo sí creo que hay dificultades en la manera en que a los pelados los crían hoy en día. A los niños los crían dentro de una burbuja, como si en el país estuviera pasando otra cosa y ellos crecen en un mundo irreal y lo que pasa es como en otro sentido; entonces hay que aterrizar más en esa dimensión, no sólo en los colegios, sino en la gente en general. Uno lo que encuentra es que a pesar de que vivimos en un país tan violento las mismas mujeres, la misma gente, piensa que no, eso a mí no me toca y pobrecita ella, pobrecita a la que le toca y empieza uno a sufrir una especie de aislamiento, de separación.

Uno dice, bueno, hay que hacerle frente a este tipo de situaciones, y cada uno lo vive de manera diferente. Me he reunido con personas que han pasado por situaciones parecidas. Porque aquí mismo, en mi trabajo, hay otra persona, con quien hemos intercambiado ideas en ese sentido, yo conozco a sus hijos y ella conoce a los míos, y a ella le pasó primero que a mí algo parecido, y de pronto compartíamos vivencias, sobre todo en ese sentido con los pelados y también en la condición en que queda uno. Porque quedan muchas cosas que uno no ha resuelto.

Ahora me siento mejor. Por ejemplo, en mi profesión; cuando él murió fue una cosa muy, muy particular: yo estaba trabajando dentro de mis intereses académicos en derechos humanos, en ese tiempo estaba en

ese cuento, incluso estaba trabajando en un proyecto de investigación sobre paz, se trataba de identificar aquí redes o grupos de acciones de la sociedad civil en torno a la paz. Yo venía encarretada en ese momento en eso, en ese tema precisamente, y lo más contradictorio es que el día que pasó todo, en la mañana le había estado dando una clase a mis alumnos en la que les contaba la experiencia que había tenido en derechos humanos, lo que había hecho. Fue una experiencia que me marcó, y esa misma noche me pasó lo que me pasó, lo que para mí fue muy tenaz. Ojalá ni yo ni nadie tenga que pasar nunca por eso.

Siempre he sido una convencida del respeto a la vida, siempre lo pensé y lo dije, no sólo en la academia. He hecho un trabajo comunitario y en ese trabajo lo afirmaba y lo hacía. Entonces, me parecía muy tenaz que me sucediera eso. ¿Cómo así que el discurso por un lado y la realidad por otro? Quedarme a trabajar con la gente y me pasan esas cosas. Qué ilusión, como qué proyecto puede tener uno realmente. Por eso ahora me metí en un cuento que también, creo, tiene que ver con todo lo que ha sido mi proceso, estoy trabajando ahora en lo que es la construcción de sujetos sociales y políticos, pero específicamente en el caso de la mujer como sujeto social y político. Por un lado u otro aparece el tema, y, además, en el trabajo social siempre es así, esos temas por todos lados. Después de pelear con eso, que yo no me iba a meter otra vez en esos rollos, vengo a salir con esto. Entonces de nuevo estoy cercana, muy cercana a todo eso.



MARINA

"Miguel iba a cumplir los cuarenta en mayo. Ay, ¡no los cumplió!"

Miguel era muy bien parecido, un tipo muy chusco. Era alto, medía casi dos metros. Mi hija Alicia es la viva estampa de él. Era muy simpático. Era negro, no negro pintado, pero bastante moreno y mostraba las características de negro. Y era elegante, en la manera de vestirse era muy elegante, muy engreído. Él ya pasaba al término del engreimiento, porque, por ejemplo, no se ponía un pantalón como uno se lo pone, que se sienta o de pie se lo pone. No, él se sentaba y apoyaba los pies en una butaca y estiraba el pantalón para que no le tocara con el piso, y lo planchaba, lo lavaba él mismo, lo que fuera pero no le gustaba casi que su ropa se le dañara. Compraba en lugares exclusivos, eso era parte de la presunción en la que lo criaron; él, por ejemplo, podía comprarse perfectamente un pantalón en San Víctorino, que era el mismo que si se compraba en una boutique, pero no. Y así era con los hijos, les compraba la ropa en boutique y uno iba y la veía por ahí en un almacén de mala muerte, por la tercera parte de lo que la había comprado, pero era así. Yo decía, ¡Ay!, qué carajo, a mí qué me interesa, pues si quiere vestir bien a sus hijos, pues que los vista.

Cuando conocí a Miguel acababa de terminar una relación con el papá de Leila, mi hija mayor, y estaba en crisis. Siempre he sido una mujer muy zanahoria en mis cosas, por el problema de la sobreprotección en que me tenían mis hermanos mayores, aun cuando ya me había salido de la casa, a raíz de que tuve mi niña. Entonces como que me levanté la bata. Y aun así, viviendo fuera de la casa mi hermano mayor me controlaba de una manera terrible y a la única parte, prácticamente, que tenía derecho de ir era a la universidad. Estudiaba en la Nacional, y en una de esas visitas adonde mi hermana, una mañana estaba ayudándole en la casa, cuando llegó Miguel, y yo lo escuché que dijo, "Uy, que flaca tan poderosa". En ese tiempo andaba de media-media, con falditas de cuadros y me quedé mirándolo. Me cayó mal, me cayó re-mal, me pareció un tipo muy atrevi-

do. Esos piropos tan feos que dice, pensé. Pero entonces él inmediatamente supo que yo era hermana de Elizabeth, y le dijo, “Preséntame a tu hermana”. Pero a mí no me cayó bien, yo iba detrás de otro tipo que a mí sí me gustaba, un orador terrible. Pero a mi hermana el otro no le gustaba, primero porque era negro, y segundo porque parece que consumía droga. Así que ni bolas le paré. Pero como iba todos los días a la universidad, entonces Miguel llegaba allá y me invitaba a salir y no sé qué. Con él sí me dejaba salir mi hermana, pero anduvimos de amigos mucho tiempo, bastante tiempo, hasta que un día me dijo que por qué no nos organizábamos. Yo le dije, “¡No, olvídate!”. Después de la experiencia que tuve con el papá de Leila no quería saber de hombres para nada en la vida. Pero era tan convincente, tan caballeroso, porque era un tipo que hacía honor a su apellido, que terminó convenciéndome; además, contaba con el aval de mi familia, porque mi familia lo adoraba, mi papá que era tan estricto.

Él también estudiaba en la Nacional. Hizo unos semestres de antropología, tomó todos los cursos de idiomas que había; de ruso, hasta de latín, todos los cursos de idiomas. Mi papá, que era como la autoridad, me dijo, “¡Ay miija!, ese muchacho tan bueno, mire que usted con esa niñita”, que no sé qué. Y yo creo que por eso fue que me fui a vivir con Miguel. Pero no porque hubiera ese amor que le despierta a uno, como llaman ahora la química, no. Me fui con él porque realmente hacía méritos, y nos fuimos a vivir, y bien. Nosotros anduvimos en una relación excelente, éramos ejemplo de pareja, de matrimonio, porque el tipo era muy permisivo. Empezando por eso, era muy calmado, muy buena persona, ante todos los ojos del mundo, era como de esas personas que caen muy bien, entonces la mala clase era yo, pero para eso estaba mi familia, para apaciguar los ánimos, porque mi familia siempre decía que yo era tan, que no lo merecía, que mire ese muchacho tan bueno, entonces no hubo conflictos grandes.

Vivimos en unión libre durante diecisiete años. El día que desapareció Alirio, otro sindicalista, Miguel se estaba muriendo. Iba a cumplir los cuarenta en mayo. Ay, no los cumplió.

Nos fuimos a vivir juntos, pero él no trabajaba, entonces se retiró de la universidad y se fue a vivir a Venezuela, porque la mamá vivía allá. Consiguió trabajo allá y venía por ahí cada tres meses. Era riquísimo, porque era como un noviazgo, no era una cosa aburridora, ni nada de

eso. Yo nunca sentí el tabú del hogar, jamás lo sentí. No sabía cocinar ni hacer nada, simplemente mantenía limpia la casa, pero de saber y estar dedicada a los quehaceres de la casa, nunca. Cuando fui estudiante casi ni me tocó, y después tampoco. Esa fue una etapa muy chusca, porque no había conflicto de ninguna índole, los problemas comenzaron cuando nacieron los chinos, pues la plata no alcanzaba, era fregado por eso. Pero de todas maneras se sorteó la situación y nosotros nos volvimos muy unidos con mi familia, que siempre anduvo muy pendiente de mí.

Fue una relación excelente, ejemplar sobre todo. Porque de todas formas cuando nos fuimos a vivir juntos existía el cuento de que “Ay, no son casados”. Y nosotros nunca tuvimos siquiera el pensamiento más alejado de casarnos, porque Miguel era un tipo de izquierda. Yo de pronto, por aquello del qué dirán en mi familia, aun cuando mi familia no es creyente, pero por el asunto del qué dirán, pensé en casarme de todas maneras, pero Miguel dijo “¡Matrimonio no, eso no va con mis principios!”. Y bien, anduvimos muy bien un tiempo, hasta cuando a él le destapó la enfermedad. Eso cambió mucho las cosas.

Con eso de irnos a vivir juntos hubo escándalo, claro, porque yo entre otras cosas era la primera que formaba un hogar sin “la bendición de Dios”, pero no fue un escándalo así como muy marcado, sino una insistencia: “Ay, pero Marinita, por qué no se casa”. Porque mi papá deseaba, sobre todo, llevarme a mí, aunque él no era católico, ni era un tipo creyente, pero en su interior soñaba con llevarme al altar, vestida de blanco. Pero eso le pasó rapidito, porque él decía, “De todas maneras, ante las evidencias, un matrimonio para qué”.

Miguel trabajó en muchas cosas, en fábricas de gaseosas, en otras empresas, era inspector de calidad o no sé qué diablos, pero entonces como él siempre se inclinó por la vaina sindical, lo echaron de algunas partes. Adonde llegaba alcanzaba a armar el sindicato, pero luego lo echaban. Así que anduvo como tres meses sin trabajo formal, vendía libros, vendía huevos, el tipo era dinámico, ese no se dejaba morir de hambre, hasta que entró a Adpostal. Cuando entró allá nos estabilizamos, porque ese era un puesto fijo y tenía todo.

Luego quedé embarazada de Alicia y tuvimos un problema grave, pues sólo cuando él murió supe que su enfermedad era un problema genético. Porque antes de estar viviendo juntos (ese episodio hoy en día me

aclara muchas cosas), antes de eso, a él le dio una crisis. Se fue para Montería, era de Montería, y me escribía mucho, era muy romántico. El tipo era de un romanticismo increíble. Me mandaba unos papelitos hermosos y florecitas y pétalos, y entonces dejó de escribirme un tiempo, y yo dije, “Menos mal que se perdió de mi vida”. Nunca pensé que iba a formalizar un hogar con él, a mí esa ausencia no se me dio ni cinco.

Cuando de pronto vienen a la casa donde vivía, “Ay, Marina, que necesitamos de su ayuda, que la hermana de él aparece por acá a decirme que tenemos internado a Miguel en la clínica no sé qué”. Ahí fue cuando conocí la clínica Palermo. Me dijo, “Miguel sufrió un accidente, se cayó de un caballo y duró privado tres días”. Entonces le achiqué la locura que le dio en esos días a ese accidente, pero eso le pasó rapidito y todo volvió a ser normal. Después de eso fue cuando me propuso que nos fuéramos a vivir juntos, y bueno, quedé embarazada de Alicia. Cuando le dije que estaba embarazada se alteró terriblemente, nunca antes lo había visto tan furioso. Entonces me dijo, “Aborta. Tienes que abortar”. Yo estaba por esos días ahorrando una plata para celebrarle el cumpleaños a una sobrina mía que cumplía los quince años, y entonces me dijo, “¡Lo que tú tienes ahorrado para Deysi, gástalo en un aborto!”. Pero yo no pensé nunca en abortar, no porque sea pecado ni nada, sino porque no cabía en ese momento dentro de mis presupuestos el abortar. Por eso le respondí, “¡No, yo no aborto!”. Pero lo vi tan furioso que por quitármelo de encima le dije, “Está bien, voy a abortar, pero vete de mi lado, no quiero verte más”. Y él se fue convencido de que yo había abortado.

Hoy en día me digo, “Claro, ahora entiendo su reacción cuando quedaba embarazada. Era natural, porque él sabía de su enfermedad y las consecuencias que eso podía tener sobre mí y los niños”. Bueno, tuve mi hija, sin él. Porque él se fue para la costa, pero yo no lo veía fregado. El sueldo nuestro en ese tiempo era buenísimo y como yo he sido tan juiciosa, pues nunca he sido gastadora, ni nada de esa vaina, yo hacía rendir la plata cantidades, y eso que vivía con tres hermanas mías, y todas nos ayudábamos.

El día que la niña cumplió el año mi hermana mayor, de sapa, le mandó un telegrama diciéndole que había sido padre. Al otro día el tipo estaba aquí, y para reconquistarme fue una cosa terrible, porque yo he sido orgullosa en ese sentido. Yo digo, no, no soy una Venus ni nada que

se parezca, pero soy una mujer muy honesta en mis vainas, tanto que al final le dije, "Si tú ves que consigues mujeres más hermosas y que te den mejores condiciones de vida, búscalas por otro lado, conmigo no". Pero ahí nuevamente influyó mi familia, y sobre todo mi papá y mi hermana mayor. "Que Miguel tan bueno", porque él dijo que se comprometía a hacerse cargo de mi hija Leila. Yo le dije, "Así menos, mis hijas no necesitan de un papá, necesitan de mamá, no más". Pero fue tanta la insistencia que como a los cinco meses nos volvimos a organizar, y siguió la relación bien, bien, chévere, y luego tuvimos a Angélica. Con Angélica ya no se disgustó tanto, pero cuando quedé embarazada de Carlos fue terrible otra vez. Me llevó por allá, a uno de esos sitios, a abortar. Pero el tipo de la farmacia me imagino que me puso agua oxigenada o quien sabe qué, porque no funcionó. Luego con Isabelita la misma cosa, tampoco funcionó el aborto. Sin embargo, después él aceptaba, ya después que los niños habían nacido los aceptaba, pero no era un padre cariñoso ni pechichón, no lo era.

Miguel no era un tipo de esos tiernos, que cogen a sus hijos a abrazarlos, a consentirlos. Al contrario, sufría, le fastidiaba que uno anduviera cargando a los chinos, que los besuquiara. Y uno eso lo lleva muy dentro, máxime que a mí me criaron así, con miles de amores y todo. Entonces tuve conflictos en ese aspecto, no por él, sino por su familia. Porque me he dejado manejar mucho en la vida. Venía mi suegra y me decía, "Los pelaos no se crían con pechiche, los pelaos hay que criarlos fuertemente". Y yo me dejé convencer de eso y hoy me lamento, porque esa es una de las razones de la rebeldía de mis hijos.

Y claro yo era rígida con los chinitos y me daba como pena exteriorizar que ellos necesitaban de ese amor, de esas caricias, pues también fui dura con ellos. Y no era por una cosa cultural, era cuestión de familia, porque el costeño es muy cariñoso, y ellos, los hijos, necesitan demasiado de esas caricias. Ese cuento de que los pelaos no necesitan caricias es la mentira más grande del mundo.

Nosotros compramos, más bien me salió la casa que tuvimos a tres cuadras de donde vivimos ahora. En ese momento vivíamos en una casa muy hermosa en el barrio el Remanso, linda la casa, preciosa. El barrio es hermoso y la casa era lindísima también. La dueña era una señorita solterona que se encariñó mucho con nosotros. Cuando le dije que la casa

nos había salido aquí en Candelaria ella vino con nosotros a conocer. Cuando llegamos esa noche me dijo, “¡Ay! doña Marina y don Miguel, yo les vendo esta casa pero no se vayan de acá”. Ella se había enamorado terriblemente de Carlos, mi hijo menor. Carlos era chiquitico y se lo cargaba los domingos, se lo llevaba para el pueblo de ella. Además, pienso que ella sentía mucha atracción por Miguel. Yo me daba cuenta, la pillaba frente a la escalera, mirándolo, y cosas así, pero a mí eso no me molestaba. A mí nunca los celos me mataron para nada, a mí me halagaba eso, que la gente mirara a Miguel porque él era muy simpático.

Pero mi suegra me dijo, “No niña, vete a estrenar tú casita”, y mi papá me dijo, “Ay, hija, usted cómo se va a ir a eso tan feo”, ¡esto era horrible!, ¡asqueroso! Ustedes no tienen ni idea cuánto era de horrible, era asqueroso. Cuando vivimos con mi papá era en una casa más o menos bonita, en un barrio bonito, era la primera vez que nos veníamos a vivir a un lugar feo, un sólo cuarto. Y Miguel, “Que no nos vamos para allá”, que no sé qué. Y mi suegra, “¡Ay!, niña, vamos, tú la arreglas, le pones flores”. Y me dejé convencer de ella, como siempre, y nos vinimos. Ese día que nos vinimos por primera vez vi tomar a Miguel. Él nunca antes había tomado, se pegó una borrachera terrible, y ahí comenzó a tomar, máxime que se hizo amigo de todos los borrachos del sector. Ahí comenzó todo, y eso fue lo que le despertó la enfermedad. Yo nunca antes lo vi así, antes el tipo había sido muy cordial, muy caballeroso. Tomado no era cansón, no lo era, sino que ahí fue que empezó lo grave. Como al año de comenzar a tomar se le presentó la primera crisis, ya después era muy seguido, cada tres, cada cuatro meses. Se ponía muy agresivo contra mí y las niñas, contra Carlos no, porque su vida era Carlos, pero contra las muchachas sí.

Ya cuando hubo más de quince episodios empecé a pensar en separarme. Pienso que una de las razones que lo motivó más y que le agudizó eso fue muy triste al final. Ya en la penúltima crisis le dije que no, que yo ya no vivía más con él. Le dije, “Tú no has hecho caso de dejar el trago que es el que te altera”. Y yo con cinco culicagados todavía, y él con esos estados que le daban y yo sin poder hacer nada. Y era que su problema era que la policía no lo podía cargar, pues era muy fuerte y muy grande. Yo le decía al psiquiatra, “Hasta que no me mate, no queda tranquilo”. Él era un King Kong y en ese estado la fuerza física como que se desarrolla más. Una forma de terapia era hablar de eso, pero él no lo aceptaba, a mí

el médico me decía: “Tienes que sentarte con él a hablarle”. Pero no, él no lo aceptaba.

Luego nos cambiamos de casa. Nos fuimos para Coruña, que fue cuando le salió a él la de allá, y esa quedó ahí desocupada. Entonces la arrendamos, pero el tipo muy deshonesto, nunca nos pagó y la volvió una nada. Estuvimos viviendo en Coruña como dos años sin haberla vendido. Hasta que un día llegó un telegrama que decía que debíamos las cuotas de la casa. Él no quería que la vendiera, pero yo no sirvo para tener esas deudas y la vendí. La vendí hasta muy barata, le di la plata a él para que pagara, pero eso no alcanzó. De todas maneras nos la iban a quitar. Y una trabajadora social que quería mucho a Miguel le dijo, “Mire que cinco muchachos se quedan en la ruina”. A mí me tocó dar una plata en ese tiempo, 280 mil pesos me tocó levantarme para que no se viera el hueco, pero a ella le costó el puesto, a esa doctora. Ella nos salvó la casa.

Mi familia siempre ha estado como muy unida en esos momentos, pero la familia de él no. Hoy en día, digo yo, si me hice a una lacra de familia. Me ven lo malo pero lo bueno jamás me lo han abonado, nunca, nunca. Ellos allá lejos, ojos que no ven corazón que no siente. Pienso que para ellos fue quitarse un grave problema. Nunca me contaron que él sufría de esa enfermedad tan terrible.

Entre tanto yo suponía que él andaba en algo, nunca lo llegué a confirmar. Pero cuando no había nacido Angélica, todavía vivíamos en el barrio Fátima, y una vez él trajo a alojarse a unas personas. Me llamó aparte y me dijo, “No vas a ponerte a conversar con ellos, si ellos te hablan algo, bien, di que sí o no y no más”. Pues claro, a mí la curiosidad me mató, le dije “¿Por qué?”. Me dijo, “Te voy a decir pero no se te abre la boca para nadie”. Yo le dije, “Es mejor que me digas, que tal vaya a la tienda a comprar algo y se me ocurra mencionar que los alojados que tengo en la casa o cualquier otra cosa, es mejor que me digas”. Pero él era muy reservado en eso, y en una ocasión mientras estaba arreglando papelería, él tenía muchas cajas con papeles, le dije, “Voy a botar toda esa mano de papelería que tú tienes por ahí guardada”. Me contestó, “¡Ojo con lo que botas!, mira a ver que puedes botar y que no”. Y entonces le encontré por ahí un poco de propaganda clandestina, pero él no militaba en nada, no, jamás. Incluso le pregunté si él había militado en algo, me dijo que él se había vuelto un godarrío, un godo, conservador, de esos

recalcitrantes. Que no, que como se me ocurría. Esa fue la única sospecha que yo tuve. Él decía que, por ejemplo, en Barranquilla estuvo muy activo en la universidad, trabajó con este otro que también mataron, ¿como se llamaba?, Antequera. Además de eso, que en comparación mi actividad sindical, mi conocimiento político no era nada. Yo siempre anduve en cerros en la vaina política, pero al lado de él aprendí muchísimas cosas y al final me interesaba mucho lo sindical. Pero estaba muy atrás en conocimiento de lo que era la izquierda y todo eso. Él vivía repitiendo que nuestros líderes eran unos vendidos. Bueno, la realidad, porque eso se destapó con el tiempo, él ya veía eso. Yo nunca lo llegué a ver. Hasta cuando me dio el golpe fue que supe todo ese cuento. Esto hacía que me enfureciera y más adrede me metía yo en el cuento sindical, así viera que me trasnochaba, que sacrificaba los chinos y todo eso, y aún sigo dándole a la cosa sindical. Él se ponía bravo por eso, y me decía, “Marina, lo tuyo no conduce a nada, mira que te estás quemando sola”. Pero yo no le creía.

Él desapareció como un mes antes de su muerte. Salió al trabajo, allá lo vieron y después nadie más volvió a verlo. Era un viernes y yo no reporté la desaparición porque muchas veces, por ejemplo con lo de la cooperativa, él era directivo de la cooperativa, muchas veces viajaba y se quedaba varios días más. Se iba a un congreso, a un evento, yo no sé dónde, y se quedaba dos, tres días más sin avisar, por eso no le paré muchas bolas. Ya cuando completaron los tres días dije, “Tengo que ir a reportarlo”. No tanto por reportar sino porque estaba preocupada y por saber de él. Pregunté en la empresa y me dijeron que no, que él no había vuelto, que se había desaparecido de la empresa. Eso fue a los tres días, el lunes. Me dijeron que no sabían de él, que lo habían visto coger uno de los carros que iba para el Llano. Yo vine a la policía a poner la denuncia, llevé la fotografía y le saqué miles de copias a la hoja donde se describían todas las características y me puse a pegarla por todos lados que encontré. Aquí en Bogotá no había manera de que yo supiera que él se hubiera ido fuera de la ciudad. Y así anduvimos varios días. Ya mis hermanos comenzaron a ayudarme, nos turnábamos, yo iba todos los días a diferentes lugares, cogía mis cinco hijos y arrancaba con ellos. Mis hermanas se turnaban, que una para un lado y para otro, pero en ningún lado nos daban razón, íbamos cada tercer día al anfiteatro y al hospital de la Hor-túa, que para mí eran los dos sitios donde nos podían dar razón.

Ya llevaba desaparecido como veinticinco días, tal vez veintisiete, cuando un señor que nos conocía vino a la casa y me dijo, “Doña Marina, mire que vi a un señor tirado en el basurero y me bajé y lo miré. Es tan alto como don Miguel, pero no creo que sea él, pero si usted quiere, por qué no vamos a ver”. Entonces yo llamé a mis hermanas y les dije, “Miren, que el señor fulano de tal me dice esto”. Mi hermana Elizabeth me dijo que iba a ver. Le dije, a quien le corresponde ir es a mí. Pero me contestó, “Usted está vaciada de plata, más bien quédese cuidando esos chinos y yo voy”. Esa misma tarde llegaron los dos supuestos mejores amigos de Miguel, Jairo y Mireya, y les comenté, “Que vieron un señor parecido, que esto y que lo otro”. Ellos dijeron, “Nosotros nos vamos para Villavicencio”, pues ellos habían comprado una finca por allá, y miramos. Les dije, “Yo les agradecería que me llevaran, que me fíen lo del pasaje y alguna cosa y yo después miro cómo les pago”. Me respondieron que no había necesidad, que viajaban en cinco carros, que iba toda la familia. Al final, terminaron no llevándome, realmente creo que no quisieron llevarme. Ellos dizque anduvieron tres días y no lograron reconocerlo. De tanto visitarlo, de tanto joropiar mirándolo y todo eso, en una de las movidas que le hacían, él despertó del coma y reconoció por el apodo que le tenían cuando lo llamaron. Cómo estaría de desfigurado, porque quedó monstruoso, que nadie lo reconocía. Cuando lo llevaron para el hospital no lo quisieron recibir adentro, que porque era un indigente. Cuando Jairo y Mireya llegaron lo hicieron trasladar del basurero para el hospital, pero en el hospital no lo dejaron entrar, lo dejaron tirado afuera. Ellos iban todos los días a verlo porque les causó mucha tristeza, decían que tan parecido a Miguel y no sé qué. El día que despertó, la directora del hospital, que era familiar de uno de ellos, hizo que lo internaron y que al otro día lo mandaban para Bogotá. Pero ninguna ambulancia quiso hacerse cargo, pues iba ya muy grave. Hasta que al fin con la policía y todo obligaron a una ambulancia a traerlo. Él llegó aquí como a las nueve de la mañana y murió a las tres de la tarde.

Yo llegué al hospital, porque a él supuestamente lo traían para el neuropsiquiátrico, pues allá era donde siempre lo atendían, pero lo remitieron a otro lado. Allá fue cuando escuché por primera vez que lo habían torturado. Yo ya lo suponía, pero eso me lo reservé para mí misma. Entonces, cuando la doctora dice, “¡Ay! Pero a este tipo lo torturaron de una forma horrenda, más terrible que en la época de los nazis”, a mí se me

quedó eso y fui y hablé con ella. Ella me dijo, “Mire, le rociaron ácido por toda la espalda”. En el muslo derecho tenía una herida que ya estaba carcomida de la infección. Tenía unos muslotes larguísimos y en el medio tenía una herida enorme. Le habían salido como unas alimañas grandes, blancas. Entonces en el trayecto de la clínica, que era lejísimos, por allá en el norte, en la ciento y no sé cuantas, y la San José, que fue donde lo remitieron, me vine con él en la ambulancia. En ese momento otra vez despertó, ya estaba con suero, oxígeno y toda esa vaina, y se recuperó un poco más. Habló y me dijo que se había encontrado con la policía, que lo habían masacrado, que lo habían tirado en un potrero, que más tarde me decía el nombre de los dos torturadores.

Cuando llegamos al hospital, de una vez lo entraron a cuidados intensivos y me dejaron entrar a mí. También entraron Mireya (la amiga) y otra muchacha y los médicos, y delante de todos volvió a hablar de esas cuestiones. Yo no creí que se iba a morir, tenía la firme esperanza de que se recuperaría y viviría. Donde hubiera sospechado que él se moría me hubiera puesto a escribir todo eso que decía, me hubiera robado una grabadora, alguna cosa. Después a la gente la llamaron a rendir testimonio y nadie apareció, y fue cuando comenzaron a amenazarme a mí también. Cuando entré a la universidad, al año siguiente, porque fue en junio que el murió, ese medio año yo anduve en esas averiguaciones. No me daba cuenta al comienzo que, por ejemplo, me seguían. Hasta que un día iba con un amigo y me dijo, “Oiga, todos los días que he venido a acompañarla, veo carros que la siguen a usted”. A mí no se me pasó por la cabeza que fuera una persecución. Ya nos instalaron teléfono y entonces levantaba uno la bocina y soltaban una carcajada, o si no me decían, “Vieja h. p. cuídese”, que no sé qué. La idea era dar miedo, pero yo no dije nada, yo ni iba a la Procuraduría ni nada. Pensé que de pronto era eso que le hacen a uno, pegas y bromas.

Un día bajando de la universidad, en el primer semestre, me encontré con un amigo que me dijo, “¡Uy!, hermana, la he buscado como loco, a usted la andan persiguiendo, es mejor que se retire de esa vaina, deje esas cosas así, la plata no vale nada”. Como yo no iba por la plata, le dije, “Es que yo no voy por la plata, voy es a no dejar en la impunidad eso, no por mí, por mis chinos”. Cómo es posible que dejen cinco chinos sin un taita, y eso duele, a uno le duele mucho. Y pasó así. Ya estaba en segundo semestre, y entonces la amenaza pasaba a otro término, ya por ejemplo

me levantaba, yo dormía en el cuarto que daba a la calle, y a veces oía como que la alarma de un carro que salía rápido o algo así. Andaba muy nerviosa, ya sabía que podía ser parte de eso, y me levantaba y oía los carros prenda y apague. Los tipos muy descarados, se paraban contra el carro y miraban para arriba. Sin embargo, no me eché para atrás todavía. La cosa fue una mañana que iba para la escuela, yo mandaba a Chavela sola para la escuela, ella en ese tiempo se iba solita y ya había entrado a la secundaria. No me quedaba en la escuela sino ella. La niña se iba adelante con mi sobrina porque ambas estudiaban en el mismo colegio. Yo me metí por uno de esos callejones de Ciudad Bolívar y aparecieron dos tipos y me dijeron, “Vieja h.p., no sé cuantas, usted no sabe de lo que le estamos hablando. Crímenes más famosos no se han logrado investigar en Colombia, qué importa ese negro infeliz”. Y me dijeron una mano de vulgaridades. “¿Es que quiere dejar a sus hijos huérfanos?”, me gritaban. Eso me quedó sonando, y yo berreaba mucho.

Después de esa mañana me imaginaba a mis hijos huérfanos, a todos, Alicia tan indefensa. Porque a mí, entre otras cosas, me habían llenado la cabeza de cucarachas, que yo me volvía multimillonaria con la indemnización, por lo menos cien millones. Claro, uno nunca ha visto un peso en el bolsillo, que le digan cien millones es mucha plata, y de todas maneras me había ilusionado con la plata. Pero en ese momento dije, ni toda la plata del mundo, ni todo el oro del mundo compensa el valor de un hijo, no. De la empresa donde él trabajaba tampoco me dieron nada, ni un peso, se robaron todo. Puse, o le pedí el favor, no le pedí el favor, se ofreció John, quien fue por un tiempo mi segundo compañero luego de la muerte de Miguel, a poner una tutela. Creo que a él le dieron una tajada o algo porque perdió la tutela, pero nada. Lo único que nos dio la empresa fueron treinta y dos mil pesos, y yo me metí una endeudada. Esa fue la otra, como estaba el seguro de la cooperativa, como uno va pagando, yo tenía a Miguel, a mis hijos, y a mi papá. Cuando Miguel murió inmediatamente llamé a la cooperativa para que se hiciera cargo. Ellos se hacen cargo de todo, hasta del cementerio. Pero claro, cuando llegaron las familiares de él no estaban de acuerdo. Vino la mamá y un hermano. Por parte de los de Montería vinieron dos hermanas. Y me decían, “¡Este niño no se entierra en este cementerio barato!”. Nada les gustó. Ya le había escogido un cajón, que entre otras cosas era el más grande que había, porque él en cualquier cajón no cabía, era uno grandote, pero no

era el más lindo, y yo decía, “¿Cajón para qué?”. Quedó todo apretujado, porque él era muy grande, pero en el cementerio, me tocó en El Apogeo, y ese gasto me tocó a mí. Ya no pude seguir pagando, pagué como seis meses, seguramente lo sacaron de allá, le quitaron la caja, yo no sé.

El funeral fue muy concurrido, vinieron todos esos personajes importantes. Fue el funeral más concurrido, increíble, en la funeraria estaban aterrados, porque toda la gente de Adpostal vino, y muchos maestros. En ese tiempo, veintipico de años que yo llevaba trabajando, vinieron muchos que me conocían. Para mí eso fue un honor. Nunca me imaginé que lograra codearme con las directivas de Fecode. Vinieron directivas de Fecode, de la ADE, de las cooperativas, todo el mundo se hizo presente y la solidaridad fue muy grande, sobre todo por parte de los maestros. Por ejemplo, estuvieron los directivos de Fecode, cuando yo he sido un perico de los palotes en el sindicato. Nunca me he destacado en nada, simplemente soy una activa del sindicato, pero nunca he tenido renombre ni nada de eso, pero todos se hicieron presentes. Vino muchísima gente aunque eran vacaciones. Los de la funeraria estaban aterrados, me lo dijeron cuando nos íbamos para el cementerio.

A mí los nervios me ocasionan mucha risa. Yo lloro en el momento no más. Cuando la doctora que lo atendió salió de esa urgencia y me puso el brazo en el hombro y me preguntó, “¿Usted es el familiar más allegado?”. Entonces la hermana, dándose las de heroína, dijo, “¡Yo!”. Y la doctora insistió y le preguntó, “¿Qué eres tú del señor, del caballero?”. Ella respondió, “Soy la hermanita”. “Pero, ¿él no tenía esposa?”, insistió. Le dije, “Sí, doctora, yo soy la compañera”. Entonces me llevó a un lado y me dijo, “Vas a tener valor”. Claro, a mí eso me impactó, yo no esperaba que él se muriera, y lloré, pero de ahí no volví a llorar para nada. Esa actitud mía también dio para la lengua de la gente, fue terrible. Me dijeron que yo estaba feliz de que se hubiera muerto, tantas cosas feas. Y como no tengo ropa negra, entre otras cosas, me puse una faldita morada, pero después me di cuenta que era un morado muy encendido, que era más bien fiestero. ¡Ay juel diablo!, eso nos hizo reír cuando íbamos para el cementerio.

La otra es que yo no fui la viuda triste, que son todas las viudas, que se sientan al lado del féretro, y todo el mundo les dice cosas. Yo no sirvo para esa actitud, a veces tan postiza. Yo andaba visitando a todo el

mundo, que me fue a visitar a mí. Hice todo el papel contrario, recorría la funeraria, iba y tomaba tinto, fumaba, me invitaban a tomarme un caldo, qué sé yo. Entonces eso fue mayor escándalo todavía, la habladora más tenaz de esa gente, los amigos de él, gente del trabajo. Que porquería de gente, hasta una vez manifestaron que por culpa mía era que Miguel se había muerto. Íbamos ya en el carro fúnebre y llega uno y me dice, “Señora, ¿era que su esposo era muy importante?”. Yo le dije, “Sí, muy importante, no ve que era mi marido”. Y el señor se echó a reír, y eso fue como para rematar. El entierro iba con desfile, las motos y los carros de Adpostal a lado y lado. Fuera de eso, los carros de maestros que iban, fue un desfile desde la funeraria hasta el cementerio del Apogeo. Fue un desfile muy largo y muy bonito. Era una tarde hermosa, la carrera 30 estaba despejada. Cuando íbamos para allá, la buseta donde iba mi sobrina se nos pasó, y llega ella y me dice, “Adiós flaca”. A mí eso me dio risa, pero yo estaba muy dolida y todo, pero nos reímos en ese entierro. Todo eso era la misma situación de nervios, no sé manifestar de otra manera mi tristeza, mi angustia, y además decía, “A nadie le voy a dar gusto de que me vea berriando”. Eso me parece tenaz, sentarse uno ahí, como un inválido, que todo el mundo venga y lo toque, no, a mí eso no me gusta, y así fue el entierro.

Pero cuando llegamos del cementerio, ya en la noche, que vino gente a la casa, cuando todo el mundo se fue y quedó esa casa sola, ahí fue cuando comencé a sentir el vacío. Fue terrible, a pesar de que ya llevábamos un mes sin él. Pero entonces a uno como que se le olvidaba que él se había muerto, ahí es cuando comienza uno a sentir esa ausencia de la otra persona.

Para todos mis hijos fue tenaz, menos para Chavela, ella era muy chiquita todavía, pero los otros sí, Alicia sobre todo. A ella tocó que la viera el médico. Creo que ha sido el golpe más duro que le ha dado la vida. Parte de la rebeldía de ella es esa. Lo adoraban, a pesar de toda la problemática que generó al final, y a veces, cuando están llenos de rabia me han dicho que ellos hubieran preferido que me muriera yo y no él. Él representó una buena imagen, un buen padre, con todas las fallas que tuvo, fue un excelente padre.

Después de eso lo económico fue grave, porque yo siempre anduve muy endeudada. Porque entre otras cosas, él era una persona muy gene-

rosa, siempre andábamos pidiendo préstamos, pero no para nosotros, porque nosotros medianamente teníamos algo, pero él le ayudaba a todo el mundo. Me decía, “Por qué no me sacas un préstamo”, y yo lo sacaba con agiotistas, de esos malditos ladrones que le roban la plata a uno. Como una idiota iba y sacaba préstamos en las cooperativas, en todo lado. Yo tenía mi sueldo, pero siempre sin un peso. En enero habíamos hecho un mercado grande, grandísimo, y todavía nos quedaban reservas, pero como mensualmente se hacía mercado, vino él y sacó todo el mercado y lo regaló. Nos quedamos sin mercado y luego comienzan a llegar los cobros del préstamo. La solidaridad de la gente fue clave y mi familia me ha apoyado muchísimo. A partir de ese momento mis hijos no volvieron a tener onces para la escuela. Salían con el desayuno, y con eso volvían, a la hora que fuera. Leila, por ejemplo, estudiaba tan pesado. En esos días, Miguel tenía como cinco días de muerto, y entonces una de mis hermanas se trajo a mi papá para la casa de ella. Mi madrastra ya no lo quería, y yo fui a visitarlo. Mi papá me preguntó por Miguel, y yo no le había contado que estaba muerto. Le dije que Miguel estaba en el hospital, y me respondió que no le viniera con cuentos, que si él estaba en el hospital a la primera persona que llamaría era a mi papá. Él ya estaba muy enfermo y murió en esos días. Fueron dos muertes seguiditas. Pero mi papá murió sin saber que Miguel había muerto, y Miguel se murió sin saber que mi papá andaba enfermo.

Con la familia de Miguel tuve un problema como seis meses antes de que muriera. Un día llegué después de la escuela y encontré una mujer acostada en una de las camas. La vecina me dijo, es una hermana de don Miguel. Como he sido cordial con la gente le di la bienvenida en mi casa, pero sin imaginarme que esa vieja era de esas de lengua más larga que de aquí a Cafarnaún. Ella comenzó a transmitir a Barranquilla lo que veía en mi casa. La relación con Miguel ya era tirante, porque él tomaba mucho y ya había conflicto. Me decía, “Es que tú no le lavas la ropa a Miguel, que nunca le haces el desayuno al negro”. Y yo le contestaba, “Él no es bobo ni paralítico, y es más saludable que yo. ¡No ve que él no ha parido ningún hijo! Si quiere comer, pues lo prepara”. Eso fue terrible. Me decía, “No, niña, con razón las cachacas tienen tan mala fama”. Le dije, “Sí, no nací para esclava. No ve que yo trabajo y que además estudio. ¿Qué le desmerezco al lado de Miguel? Soy trabajadora, soy sindicalista, he estudiado. ¿Es qué estoy atrás de Miguel en algo? Al contrario soy más activa

que él, porque a mí es a la que me toca encargarme de los cinco chinos, él no lo hace. ¿Por qué tengo que someterme a lavarle calzoncillos cuando lo puede hacer él mismo? O levantarme más temprano para hacerle el desayuno. No se lo hago a mis hijos porque ellos mismos se levantan y lo hacen”. Pues claro, esa hermana fue comenzando a sembrar la cizaña. Un día estábamos hablando en el comedor y salió Miguel del hospital, de una de sus crisis, estábamos sentados y nos pusimos a hablar con ella y con Miguel. Yo les dije, “Estoy pensando seriamente en separarme, pues cuando la gente no se quiere ayudar para qué seguimos. Yo no nací para andar sufriendo, ya me ha tocado sufrir mucho en la vida, el hecho de no tener mamá es un sufrimiento. Pero no estoy para tanto sufrimiento, ya soy muy vieja, muy madura para estar en eso”. Pues claro, esa noche misma ella llamó a Barranquilla, a decir, “Marina no quiere al negrito, que se va a separar”. Y comenzó con sus comentarios, hasta iba a Adostal a llevar chismes. Hasta los carteros comenzaron a comentar que era que yo no quería a Miguel, que me iba a separar. Con eso me volví la mala del paseo. Tras de que siempre me tuvieron muy alejadita, porque yo no era de esas viejas que andaba por allá jartando con ellos. Yo nunca fui con ellos.

Después que murió Miguel, doña Isabel, su mamá, ordenó, “¡Nadie prende un radio acá en la casa!”. Yo le respondí que no era que me alegrara, pero que no podía detener el ritmo de la vida porque se murió alguien. Estaba tratando de que mis hijos no sintieran tan duro. Pero ella insistía y no se podía prender el radio, no se podía hablar fuerte, no se podía hacer nada. Todo se volvió un conflicto. Y no faltó quién, al comienzo, dijera que yo había sido la culpable de que Miguel se hubiera muerto. Desde un comienzo, en el cementerio, hubo como mil discursos, de carteros y de las hermanas y de no sé que más gente. Todos eran como que no lo queríamos. Hasta que un día mi hermana mayor, que es más metida, llegaba a la casa en esos días, porque con mi suegra se la llevaban muy bien, pues ella es buena persona. Cuando llegaba a la casa, por decir algo a las diez de la mañana y mis hijos no se habían levantado, nunca he obligado a levantar a mis hijos temprano si están en vacaciones, yo nunca los llevo a un paseo, nunca les doy nada, pues la única diversión es que duerman, si yo les decía, “Bueno duermen hasta tarde”, decía, es que son perezosos. No me preocupo por eso, algún día les tocara la obligación. Cuando llega mi hermana a preguntar si ya se cepillaron los dientes, si ya se peinaron, si ya se bañaron, mi suegra comienza a decir

que estos niños son lo peor, que pobre negrito, que no sé qué, pero es que con esa mamá ya era demasiado. Con eso Leila ya estaba rabiosa, porque finalmente dijeron que porque Leila quedó en embarazo, era que Miguel se había enloquecido.

Leila ya estaba rabiosa, ella ya había hablado con mi hermana que vivía al frente. Leila le dijo, “Le voy a pedir el favor que nos deje la vida en paz. Ya es suficiente con el problema que tenemos encima de la muerte de mi papá. Mi mamá está toda atafagada con doña Isabel metida en la casa”. Mi hermana, claro, se puso furiosa y con sus hijas, mis sobrinas, armaron el bonche y mi suegra se metió en contra mía. Fue el caos más terrible, porque mi suegra después que murió Miguel se quedó aquí un tiempo. Eso fue la habladuría más terrible, porque decían que Leila era una grosera, que era una recogida, que yo había obligado a Miguel a darle el apellido. Ay, cuando me tocan ese tema, ahí si me dieron duro. Mejor dicho, yo les dije, “Vean, la gente es testigo, que yo lo que menos deseaba de la unión con Miguel era justamente que se hiciera cargo de mi hija, pueden preguntarle a quien sea si el día que Leila cumplió diez años él no se la llevó a darle el apellido, al escondido mío”. Porque eso fue así, el regalo de cumpleaños que supuestamente le dio a Leila el día que cumplió diez años fue darle el apellido, y cuando él llegó me dijo, “Mira el regalo para tu hija”. Le había comprado ropa y otras cosas. Yo le dije, “Cosa que no te agradezco Miguel, mi apellido es demasiado digno, y tú eres muy bueno pero yo no quiero que cualquier día alguien vaya a decir que yo te atrapé por el apellido de Leila, jamás quiero eso. Mis hijos no necesitan de taita, necesitan es de mamá”. Y dicho y hecho, resultaron diciendo que yo lo había atrapado por el apellido.

Mi suegra se fue de la casa peliada. Ese día nos sentamos en la mesa, yo a un lado y ella al otro, y ella no hacía sino mirarme y mirarme. Ella lloraba, pobrecita. Yo entiendo, para nadie fue más terrible que para ella. Es que nadie más siente el dolor de la madre. Entonces se queda mirándome y me dice, “¡Tú nunca me quisiste mi hijo!”. Yo le contesté, “¿Quién lo hubiera querido más que yo, doña Isabel? Yo estuve al lado de él hasta el último momento de su vida, ustedes lo botaron a Bogotá. ¿Dónde está su amor? Yo sí pensaba separarme de él, es que ustedes saben, más que nadie, cómo vivía. Él estaba loco, yo tengo cinco muchachos, ustedes allá en la costa, eran una partida de adultos todos grandotes, que podían enfrentarlo. Yo aquí estaba sola. ¿Entonces por qué no se

iba para allá? Su enfermedad era un daño que le estaba haciendo a mis hijos y a mí nadie me ha dado para mantenerlos”. Después de eso no me volvió a decir nada, pero se fue brava. Con el tiempo me llamó a pedirme excusas, a decirme que había estado equivocada.

Mi suegro vive en Montería, ellos no son maldadosos, no. Son gente que ha tenido en la vida de todo, porque mi suegro fue muy poderoso en la vida económicamente, y de pronto por eso nunca han sido egoístas. Pero como a los de Barranquilla les tocó comer mute para levantarse, y además que la rivalidad con Miguel era grande. Porque Miguel llegó a Barranquilla ya muy grande, él no fue criado con los hermanos de Barranquilla, sino con los de Montería, y como Miguel era el niño rico, y los de Barranquilla eran los vaciados, entonces a él siempre lo renegaron. Mi suegro, con una cuñada, me mandó cuatrocientos mil pesos, para que cubriera los gastos del entierro. Yo no supe sino hasta después. Cometieron el error de girarlo a Barranquilla y mi cuñada la de Barranquilla se los robó y vino y me hizo un mercado de cien mil pesos, y ella haciéndose ganar méritos que no le correspondían. Yo estaba convencida de que esa generosidad había partido de ella, cuando al tiempo me llaman y me dice otra cuñada, “Qué pena contigo, no te pudimos mandar sino cuatrocientos mil pesos”. Me dijo que los había girado a Barranquilla, para que me los llevaran. Yo le dije que ella no me había dado ni un peso.

También me acusaron por lo de la demanda, dicen que yo no hice nada, porque como yo he sido como muy tímida toda la vida, a pesar de que tengo cara de avispada, soy demasiado tímida y muy boba. Yo hacía mis cosas aquí sola, incluso pensaba ayudarle a la cucha, yo dije pues mi mamá al fin de cuentas ya se ha jodido en la vida, pero yo andaba haciendo mis cosas acá, eso lo sabía mi familia, y ellos dicen que yo nunca hice nada por sacar lo de la pensión.

Parece ser que la pensión y la cesantía de Miguel se los robaron los mismos amigos de él, el tal Jairo y la tal Mireya. Como Adpostal es una empresa manejada por el sindicato, el sindicato es inminentemente patronal, en ese tiempo, no sé ahora. Yo recuerdo muy bien que en ese tiempo el director no tomaba una decisión sin consultar con el sindicato, entonces ahí se estaban beneficiando. El día que fuimos a reclamar el cadáver a Medicina Legal, la esposa de Jairo me dijo, “Ay Marina, a usted por lo menos le llegan cuatro millones y medio, de pensión o de cesan-

tía". Hoy me hago la conjetura de que fueron ellos mismos los que se robaron esa plata, porque a mí me mandaban de una oficina para otra, y no me dieron nada. Hasta me dijeron que eso era mentira, que Miguel no tenía derecho a nada, pero trabajó trece años allá.

Cuando fui a ver no tenía nada de él. Los desprendibles de pago, las fotografías desaparecieron, se las robaron o se perdieron. Yo no he sido muy amiga de las fotografías, pero si había se perdieron. Mi suegra me imagino que se las llevó. La ropa la cogió ella, casi toda. Yo no me quedé con nada, ahora tengo una fotografía chiquitica de él y una que me regaló mi sobrina un día que estuve en la casa de ella, el día de su matrimonio. Me la regaló, pero yo no me quedé con nada. Mi hijo era muy chiquito todavía y no le quedaba nada bueno. No guardé nada. Por ejemplo, la banda que le ponen a la carroza, eso la gente la fue pidiendo, incluso los libros de firmas, que se llenaron como quince libros de firmas, esos quedan allá en la funeraria, eso alguien los cogió, no sé quién.

A veces escucho música por él, con los chinos. Decimos, esta canción le gustaba a mi papi, y nos reímos. Yo pienso que las veladas alegres que pasamos en la casa es acordándonos de Miguel, porque él era muy chévere, tenía ese humor tan fino que tiene el buen humorista, se burlaba de todo el mundo, pero nadie se ofendía con la burla de él. A todo el mundo le ponía apodos y se los decía de frente, y la gente por lo general se ofende con que le digan cualquier sobrenombre, pero con él no, era que a la gente le gustaba, era de un humor muy fino.

Jamás fui al cementerio a visitarlo, mi hija Leila sí iba. Fui una vez que vino mi suegra, pero no soy de cementerios, porque mi papá nos inculcó ciertas cosas. Mi formación se la debo a mi papá, él nos crió solo, y tenía unas cosas tan chéveres, por ejemplo, el no ser creyente, en una persona nacida a comienzos de siglo.

Mi papá era de aquí de Usaquén, cuando eso era pueblo, era un campesino. Pero el tipo era de una cultura increíble. Mi papá se alejó de los abuelos, de los papás de él, porque no le gustó la vida del campo, decía eso no es para mí. No le gustaba andar embarrado ni sucio, era un tipo muy elegante, un dandy. El tipo se vino a trabajar como chofer a la casa de López Pumarejo. Mi papá era un tipo alto, muy bien presentado y todo, los vestiditos eran humildes, vestiditos que se ponía el nene Alfonso, se los dejaba a mi papá, entonces él tenía un arrume de chiros y ahí

mismo se acostumbró a vestirse muy elegante, y era muy buena persona. Mi papá es, creo, lo más grande que he tenido. Era el chofer privado, pero no le tocaba hacer casi nada, como toda esa manada de zánganos que tienen choferes oficiales y todo eso. Por eso mi papá se aburría y un día le dijo, “Vea, doctor López, yo quisiera pedirle un favor muy delicado, pero no sé que más hacer, que me permita leer sus libros”, pues era una biblioteca de salones y salones, y entonces él le dijo, “Claro, Reynaldo, métase”, y mi papá se metió a leer libros y adquirió una cultura increíble, pero él era prácticamente un iletrado. No iletrado, pero no había ido a la escuela tanto tiempo. En mi casa, desde que me acuerdo, había libros, en ese tiempo eran vitrinas, vitrinas y vitrinas llenas de libros que eran de mi mamá, porque ella sí había estudiado, pero mi papá no. Aunque él decía que había ido a la escuela tres años. Era liberal, yo creo que desde chiquito, leyó a Uribe Uribe, también era anticlerical, era agnóstico, y me imagino que se fue embebiendo de todas esas cosas y condenaba mucho la vaina religiosa. Decía, por ejemplo, de los curas, que son hipócritas, que debajo de las naguas, no sé que, y las monjas igual, que las monjas y los curas esconden los delitos de la humanidad debajo de las naguas.

Un día tuvimos el entierro de una compañera, en el mismo cementerio donde estaba mi papá, en la Inmaculada, e intenté buscarlo, para ir a saludarlo, pero no di con el lugar. El único que va es un hermano mío, pero por allá dos veces al año, o qué sé yo. Viene y nos dice saludes del cucho, esta bien allá, esta descansando, cada vez que él va viene y nos comenta algo.

A Miguel a lo mejor ya lo sacaron. Creo que sí, porque como no se siguió pagando. Yo pagué hasta donde pude, pero no podía más. Mi papá sí está allá, porque mi hermano mayor ya le tenía comprado el lote desde hacía mucho tiempo. Aunque él no era hijo de mi papá, pero como él los crió entonces ellos vivían agradecidos.

Luego de la muerte de Miguel conocí a John, pero menos mal que ese individuo se fue. Eso fue después de que anduve como tres años sola, tenía unos estados de ánimo terribles por todo, sobre todo por estar sola. Aunque la cuestión económica no es tanto, porque yo sé que uno de mujer es más recursiva. También, la situación era menos difícil, pero la crianza, la levantada en valores, tenaz. Yo como nunca, y ese fue mi otro grave problema, yo nunca fui adolescente, digámoslo así. No supe qué

fue la adolescencia, porque a mí esa etapa me cogió en la biblioteca Luis Ángel Arango. Jamás le di conflicto a nadie, ni mis hermanas tampoco le dimos conflicto a mi papá. Recuerdo que la mayor era la novia, porque tenía un novio. Pero nosotras, sobre todo yo, nunca supe qué era un combo de amigos en la juventud. El primer hombre que conocí fue el papá de Leila, por eso fue que me pasó lo que me pasó. Sí, yo nunca jamás, ni siquiera cogida de mano con un tipo, nunca en mi cochina vida. Yo era sumamente ingenua o idiota, y nunca tuve ni amigos ni amigas. Jugaba baloncesto, jugaba tenis, pero yo sola. Me iba al parque Nacional o íbamos con mi hermano. Él se iba a su cancha y yo a jugar con otro muchacho, a lanzarle la pelota al otro lado y él a devolverla. Ese era todo el momento de acercamiento que teníamos. Lo mismo en baloncesto, yo llegaba y me decían, “Vas a jugar?”, y entraba a jugar, pero cuando se acababa el partido, me retiraba y me iba para la casa. Nunca tuve un combo de amistades y para mí fue muy difícil criar jóvenes, fue terrible. No sabía como era ese cuento de levantar muchachos en esta época. Que afortunadamente no hay mal que dure cien años y que no cayeron en la droga. No me quejo, porque Chavela anduvo loquiando, pero conoció a un tipo, mucho mayor que ella, que la aplacó. Las otras se consiguieron su marido por las buenas, y Carlos, mi hijo menor, no me ha dado problema de nada. Ese vacío de esa época lo llené con la universidad, que a mí me sirvió tantísimo, a pesar de que yo reconozco la mediocridad de la Distrital. Pero para mí fue maravillosa. Adoro la Distrital.

Lo de John fue en una época en que tenía que ir a cobrar y nos tocaba hacer unas filas larguísimas. Yo mandaba a dos niños a que hicieran la fila mientras llegaba cuando salía de la escuela, aunque uno podía demorarse un día entero cobrando. Ese día estábamos haciendo la fila, cuando lo ven estos niños, ellos todavía tenían la imagen de John como una persona muy chévere, porque él era cariñoso. Había vivido en nuestra casa, pero no era un degenerado, ni nada. Chavelita lo vio, y eso le causó alegría, mi tío John, le decían. No cabía de la felicidad, y se pasó la calle a saludarlo. Yo le dije que cuándo iba por la casa, y fue llegando allá así no más. Y caí como una soberana estúpida, sin mediar las consecuencias, o quizá no sabía cómo era él, pues a mí me había hablado Miguel mal de él, pero yo no me imaginé nada, porque como no lo había vivido. Resultó que el tipo, qué cosa tan horrible, es un delincuente completo, un lumpen. Yo me enamoré, intentando llenar el espacio de Miguel,

y el error mío era que ante mis años, ante la soledad, me enamoró el tipo. Pero afortunadamente uno de mujer es como muy duro con uno mismo y así como llegan salen. La situación con John fue muy difícil, también nos iba acabando con la reputación y con todo, hasta que un día Leila le dijo, “Tío, cuando venga en la tarde no quiero verlo aquí en la casa”. Yo ya le había dicho que se fuera, infinidad de veces, y no me hacía caso. Pero mi pobre hija, a quien le decía cosas e insultaba, que era una si se cuando y otras cosas por el estilo, le dijo, “Aquí yo pago arriendo, y no quiero verte más en esta casa, cuando yo llegue no estás aquí, te llevas tus cosas”. Y así lo hizo. Ese mismo día se fue. Pero si no es por Leila ahí lo tuviéramos todavía. Anduvo llamando acá un tiempo. Ahora creo que está detenido, está encanado porque no volvimos a saber de él. Llamaba cantidades, a veces llamaba en sano juicio, otras veces tomado.

Yo estaba enamorada, demasiado, y me costó trabajo cuando se fue, pero entonces suavizaba la cosa pensando, “Soy muy valiosa para un tipo de esos, no tengo atributos físicos en absoluto, pero mi integridad moral vale mucho”. No sé a qué horas me enamoré de ese tipo, y quizá no fue ni amor, sino el hecho de saber que una ya está volteando la esquina, y que se le presentó alguien que le dijo me gustas. Juel diablo, para saber que ese tipo, a todas las viejas, me imagino, que les dirá lo mismo.

Quien más me ha apoyado en todo esto ha sido Leila, porque con Alicia y Angélica tengo muchos conflictos, no me entiendo con ellas, definitivamente no puedo, y con Carlos tampoco, porque me reprocha todo lo que hago. De pronto él se formó de mí una imagen muy perfeccionista y ante las flaquezas mías me reprocha. Tengo un problema grave. He tenido muchos amigos en la vida, pero soy muy ingrata, soy de las personas que casi no llama a nadie, ni visito. Si no llamo mucho menos visito, y por eso pierdo amistades. He tenido cantidad de amigos. Con la muerte de Miguel todos mis amigos llegaron, no sé cómo se enteraron, pero llegaron, y anduvieron conmigo días, meses, pero como soy tan ingrata, los perdí. No los perdí porque de pronto ellos me llaman, algún día cojo esas agendas viejas, busco los números y los llamo, pero los pierdo con facilidad, soy metida muy en mí misma.

En la escuela tengo dos amigas pero el problema es que no hay afinidad en muchas cosas. Por ejemplo, la cuestión política mía choca

con muchos intereses, y aunque me agrada que mi actitud en ellas las ha influenciado mucho hacia un cambio, esas dos niñas, que son madres, han entrado en esa onda por lo menos del repique, de no tragar entero. Me apoyan en todas las tareas de la escuela, y en este momento soy líder. En eso estoy tan feliz, a pesar de que ahora no estoy con un curso. Ahora no estoy dictando clases. Desde el año pasado estoy con el trabajo de la biblioteca y a partir de la biblioteca estamos haciendo cosas. La semana pasada sacamos el periódico, hemos hecho charlas políticas, de desobediencia civil. He llevado pintores, cosas así, entonces me siento bien. En este momento me siento realizada plenamente como maestra porque veo que estoy haciendo algo de verdad.

Soy muy aburrida, demasiado, pero ahora llevo como medio año que estoy trabajando todo el día. Me quedo casi todo el día en la escuela. Por la mañana estoy en la biblioteca y en la fotocopidora. En la mañana recibo los niños, están de todos los cursos. La biblioteca es muy chévere, es el espacio más agradable que tiene la escuela por varias razones. No por mí, porque yo, entre otras cosas, soy muy agria, sino porque no les he prohibido a los niños el uso de las cosas. Allá hay juegos, el televisor y están los libros. Los niños entran y ellos van cogiendo los libros, a veces ni leen, lo único que no les dejo tocar es el televisor, porque es muy costoso y lo pueden dañar, y el día que me toque pagarlo no tengo como; pero los libros y los juegos sí, yo les he comprado de mi bolsillo una cantidad de juegos. A la hora de recreo los niños hacen una fila larguísima y preguntan si hay biblioteca. Para ellos es terrible cuando no hay biblioteca. Los maestros se sienten felices, es un lugar limpiecítico, es el más lindo de la escuela. A toda hora ando brillando y barriendo. Es lo más grandecito que hay. Además les pongo música rica, clásica, y los maestros también llegan y se sientan ahí cuando tienen un ratico libre. A veces se sientan a conversar conmigo, a leer, a escuchar música, lo que sea y los niños igual. Por la tarde me quedo es de pura sinvergüenza, porque por la mañana, como estoy atendiendo niños y maestros, no me queda tiempo de sacar copias, y no hay dinero para pagarle a una persona para que saque las copias. A veces me llevaba a Carlos y de mi mismo bolsillo le pagaba, porque me daba pesar que estuviera allá ayudándome, pero como este año entró a estudiar, me toca a mí sola. Saco las copias por la tarde, porque son montones de copias, ya que los maestros trabajan con guías. Me dedico a eso, y a los de la tarde, a pesar de que no

tienen el uso de la biblioteca abierto se los permito. Entonces los maestros de la tarde pasan a que les preste una película o un libro. El año pasado no había esa cordialidad entre nosotros, los de la tarde y yo. Ellos eran como tímidos y casi ni entraban, sólo los que eran más amigos míos. Yo me sentaba a leer, pero este año no he podido, me dedico la tarde a atenderlos.

Por lo general me vengo a la casa a las seis, a veces nos hemos venido con la niña a las ocho de la noche, y llego aquí generalmente a calentar la comida, porque a esa hora no hay nadie. Llego, caliento la comida, estoy leyendo todos los días, y subo y me siento en la cama. Trabajo un ratico y leo. El problema mío es que no escribo. Comencé a escribir pero muy poco, pero he leído, inmensa cantidad, y lo he disfrutado mucho. Al comienzo estaba estresándome por eso, porque leía con ese afán tan terrible, y ya después me dije, “Ay, la vida no es de carreras, máxime, toda esa mano de problemas que uno tiene”. Ahora leo despacito en los ratos libres. Como soy una estúpida, sábado y domingo me dedico a hacer oficio, casi siempre.

Miro hacia el pasado con nostalgia por los momentos ricos y con rabia por lo duro que me ha tocado vivir. Por ejemplo, siento rabia recordando cuando viví con John. Me da rabia lo mismo con el papá de Leila, porque por andar con él nunca me enteré de la cuestión política. No me permitía nada. Era un tirano, el tipo no me permitía ni siquiera asomarme a la puerta de la calle. No me permitía ni siquiera ganarme mi sueldo. Iba y me esperaba en el banco y me lo quitaba. Pero mi niñez fue lo más rico del mundo, cuántos niños desearían haber tenido la niñez que yo tuve.

Miro hacia el futuro y lo veo con mucha desazón. Me da angustia. Le tengo mucho miedo a la muerte, terrible. Pienso en el día que me muera y no quiero morirme, no quisiera morirme. Le tengo mucho terror, pero de esos terrores que crispan los nervios y ponen la piel de gallina. En el momento tengo una preocupación inmediata, que son mis hijos. Aunque ellos ya se defienden, porque han cambiado su forma de vida. Pero me asusta la vejez, y eso es lo que más me aterra. La que más me preocupa es Chavela, porque Chavelita no se la va bien con ninguno de los otros, ella tiene muchos conflictos.

Hoy me siento tranquila. Ya he pensado el día que me jubile. Mi destino por la mañana es hacer oficio, hacia la una de la tarde salir. Me

veo así, que me digan hay una charla de Tokatlian por allá en la biblioteca, en el museo, en el parque Santander. Me gustaría estar en esos sitios, aunque sea sentada mirando pasar a la gente. Para mí un gran plan es ir al centro de Bogotá, porque no hay otro lugar más agradable para mí que el centro. Lo veo como mi nicho para ir pasando mis últimos días. Hay días con Chavela en que el plan es irse a caminar a La Candelaria, las dos subimos hasta allá. Caminamos, nos detenemos, nos tomamos un tinto y pasamos rico.

Eso es lo que pienso hacer si no sigo trabajando. Pero tampoco quiero estarme sólo aquí. Aunque tiendo a eso, soy muy casera, pero me da temor convertirme, primero en una ermitaña y segundo en una mujer común y corriente. No es por vanidad, pero yo sí me creo muy diferente de todas las mujeres que me rodean, lo considero así y me siento orgullosa de ser como soy. Por ejemplo, las vecinas dirán de mí que soy engreída, pero ellas pretenden armarme charla y no salen de cinco palabritas, porque ya uno utiliza otro lenguaje. Para mí es muy difícil empatar con la gente, si ya me es difícil con maestros, porque la pobreza intelectual de los maestros es grave. Me quedo aterrada, uno no es que sea el berraco, pero por lo menos vive actualizado, pero la pobreza intelectual de los maestros los deja en cero. Entonces, qué dirá uno de una madre de estas, que no viven sino hablando del mismo tema. No saben decir sino que la guerrilla es la que está produciendo el problema de la guerra en Colombia. A mí eso me enerva, porque el manejo de la comunicación ha sido tan grande. Yo no desconozco que la guerrilla comete errores, pero no es la culpable de todo el caos que hay en Colombia, eso a mí me enfurece.



“Cuando murió mi esposo quedé como un barco a la deriva”

Cuando nuestros esposos mueren, a uno como que se le acaba la vida, uno quisiera como desaparecer en ese instante, más cuando queda con niños pequeños. Yo quedé con dos, uno de dieciocho meses y el otro de seis. No sabía qué hacer, quedé desubicada, no tenía estadía, no sabía qué hacer. Cuando murió mi esposo yo estaba en Santa Fe de Antioquia, aunque soy de Buenaventura, y él estaba trabajando en Peque, Antioquia. Cuando murió quedé como un barco a la deriva, no sabía por dónde debía coger ni qué hacer, y aún me siento muy sola, me gustaría poder tener alguien que me aconsejara, que me levantara la moral y me diera ánimos cuando hay problemas, que me acompañe. No extraño tanto una relación íntima y sentimental, sino la compañía y el apoyo.

Eso fue en enero de 1993. Hacía seis meses que él estaba trabajando allá y quería que lo trasladaran adonde yo estaba, que era como a tres horas de Peque. Yo no podía ir hasta donde él estaba porque la guerrilla los estaba amenazando y él no quería que los niños y yo corriéramos peligro. Por eso yo misma fui a hablar con el coronel para que lo trasladaran, y por suerte su respuesta fue positiva, en el transcurso de la semana se suponía que lo trasladaban de Peque para Santa Fe, donde estábamos los niños y yo.

No estábamos con él por seguridad. Me decía, “Acá la guerrilla nos mantiene haciendo cosas, nos mandan mensajes que nos van a allanar, que nos van a tirar bombas y todas esas cosas y si usted está acá, yo me hago matar, me decía él, por usted y por los niños. De pronto nos hacen algo, yo solo me defiende más”. Por eso estaba allá sólo. Pensaba mucho en los niños.

Quería que lo trasladaran, porque me pensaba a mí sola con esos niños tan pequeños y yo ni podía salir porque el uno le tiraba la plancha al otro o hacían algo peor. Yo misma fui a hablar a Medellín y le dije a un

coronel que por favor trasladará a mi esposo, que estaba en ese pueblo sola, que lo necesitaba a él, y él me dijo, “Sí, nosotros le vamos a dar el traslado”. Me dijo que fuera a hablar con el de personal, y el de personal me dijo, “Sí, yo le voy a dar traslado, en el trayecto de esta semana le doy traslado”. Regresé muy contenta de Medellín, y le dije a él, “Parece que en el trayecto de esta semana te van a dar el traslado”, y él muy contento de que se lo iban a dar.

Estábamos muy contentos con esa noticia. En el mes de enero les dieron una licencia de cinco días y él intercambió la fecha con un compañero sin hijos, que tenía a la esposa allá, así que hizo la permuta y pudo venirse para acá una semana antes. Pensó que en esos días le llegaba el nombramiento y que de una vez se quedaba y se presentaba en donde yo estaba. Pero el jefe de personal no le hizo ningún traslado. Yo creo que apenas di la vuelta él votaría el papel, pero traslado no le dieron, y tuvo que viajar de nuevo a presentarse a Peque. Era mejor que nadie se enterara de que él regresaba. Así que acordamos no decirle a nadie lo que había pasado, para mayor seguridad, para que pensarán que él ya se había ido y de pronto no lo siguieran.

Cogió el bus y se fue para Peque, y en la mitad del camino la guerrilla interceptó el bus y se subió. Ahí viajaba mi esposo con otro compañero policía. Se subieron al bus y pidieron que se bajaran los policías que iban ahí. Ninguno de los dos se bajó. Pero ya los conocían, ellos los tenían identificados y los bajaron con insultos y se los llevaron. Y dijeron, “Aquí van dos policías, por favor se bajan”. Primero se llevaron a uno que venía de Medellín, y después dijeron, aquí va otro policía. Él iba junto con un gerente, y el hombre dijo, “No, aquí no va ningún policía (diga que yo trabajo con usted)”.

Pero ya lo conocían, ya sabían quién era él. Y los de la guerrilla le dijeron al hombre, “¿Es que usted también quiere?, si quiere a usted también no lo vamos a llevar. El tipo se quedó callado y la guerrilla se llevó secuestrados a los dos policías”. Mi esposo decía, “Ay, no me lleven, mis hijos, por favor, no me lleven”. Pero se lo llevaron. Los llevaron a un pueblito y allá empezaron a torturarlo, dice la gente. Los tuvieron un día con ellos para sacarles información, tiene que haber sido eso, pero ellos no dieron ninguna información. Por eso, la guerrilla los cogió y les dio

hasta mejor dicho. Las señales que tenía eran de tortura. A los tres días apareció muerto ahí en ese pueblito.

Había sido tortura física. Tenía quebrados los deditos, las manos vueltas nada. Y después que lo mataron con las torturas, le metieron los impactos de bala. Los exámenes que le hicieron después dicen que lo que lo mató fue la laceración cerebral, eso dicen los médicos, pues aparece escrito. Pero yo creo que a ellos los mataron primero con tortura y luego le dieron los impactos.

Ese día veía cómo pasaban las horas y no me llamaba. Él había quedado de llamarme ese día apenas llegara, como a las seis de la tarde. A las siete todavía no llamaba, entonces llamé a Peque y me dijeron, “No, no ha llegado”. “¿Y el bus?, pregunté, ¿ya llegó? Como así que no ha llegado el bus?”. Pero ellos ya sabían el comunicado, porque el comunicado ya lo habían dado. Ya sabían lo que había pasado, pero no me querían dar esa sorpresa. Pasaba el tiempo y nada, entonces como a las doce de la noche me fui para el comando de policía de Santa Fe y les pedí el favor de que llamaran, porque me daba miedo, ya presentía.

Presentía que algo malo iba a pasar, por eso fui a hablar con los comandantes para que por favor me lo trasladaran. Presentía eso, pero no me lo trasladaron. Entonces un policía me dijo, “¡Dijeron que habían secuestrado a dos policías! ¿Y usted es la mujer de cuál de los policías que secuestró la guerrilla?”. Yo quedé ahí fría, y pregunté, “¿Cómo así, a quién secuestraron?”. “A dos policías que iban para Peque”, me contestó. Yo dije, “Ay, mi esposo, ¡qué me le van a hacer por favor!, ¿qué me le van a hacer? Ay, ¡no!”. Y ellos me decían, “¡Eso depende de ellos!”.

Toda la noche me la pasé llamando y llamando. A las tres de la mañana sentí que me dio como un desmayo. Yo dije, “¡No!, los niños tan pequeños, yo me muero ¿y mis hijos?”. Me tocó irme al hospital y pedir una pasta, que me dieran lo que fuera, que a mi esposo lo secuestró la guerrilla y no voy a aguantar. Me dieron una pasta, regresé a mi casa y me quedé dormida. Al otro día, volví y llamé, “¿Qué han sabido de mi esposo?”. “De su esposo no hemos sabido nada”. Al otro día lo mismo, “De su esposo no hemos sabido nada”, y así me la pasé todo el día, llamando y nada. Cuando llamé, digamos, al tercer día, me dijeron, “Su esposo...”, pensé que me iban a decir, “Su esposo está en tal parte”, pero

me dijeron, “El cuerpo de su esposo está tirado en Peque, Antioquia, allá donde lo mataron”. Y yo, “¡Ay, Dios mío! ¿Qué voy a hacer ahora?”.

Me llamaron a que fuera a reconocer el cuerpo. Les dije, “Señores, yo no puedo ir, porque ¿con estos niños tan pequeños, cómo hago?”. No sabía cómo hacer, si ninguno de los dos caminaba. No podía llevarme uno en un brazo y el otro en el otro. No podía. Yo ya sabía. Acepte que era él, por eso les dije, “Tráiganmelo aquí donde yo estoy, y de aquí lo pasan a Medellín y de Medellín para Bogotá”. Ahí mismo llame a mis hermanas y les dije que lo iba a enterrar en Bogotá.

Él era de Santander y tenía veintiséis años, la misma edad mía. Decidí que había que enterrarlo en Bogotá, porque tenía a mi hermana viviendo allí, aun cuando nosotros nacimos en Buenaventura y mi papá y mi mamá son de Nariño. Tomé esa decisión porque mis papás estaban ya de edad y yo dije mi futuro no está en Buenaventura, porque me decía, se mueren mis padres y tengo que coger al lado de mi hermana y de mis hermanos, y todos estaban en Bogotá. Habíamos estado en Bogotá visitando a mi hermana y siempre pensamos que nos veníamos a vivir acá, en caso de que le lo trasladaran, cuando saliera de la policía pensionado, nos veníamos a vivir acá, pensábamos ni con la familia mía ni con la de él. Tenía que ser solitos, independientes. En ese momento pensé que era mejor aquí en Bogotá, que mis hermanos me ayudarían, porque mis padres tan viejos, ya estaban de setenta, cómo me iban a ayudar con ese cadáver, entierro y todo. También pensé otra cosa: que trayéndolo aquí, a la familia de él le quedaba más cerca para venir. La policía siempre le deja tomar la decisión a la esposa.

Aunque el hermano llegó a insistir que se lo llevaba y que se lo llevaba para Bucaramanga, y le dije, “Haga de su voluntad, si usted tiene plata llévelo, pero la policía no paga, porque ya pagó el transporte de allá donde lo mataron a Bogotá. O sea, ya se había tomado la decisión. La decisión la tomó la esposa y usted verá. Si usted se lo lleva, corre por su cuenta”. Él quería que la policía le pagara otro traslado, pero la policía iba a decir que no. Si yo hubiera tomado la decisión de llevarlo a Bucaramanga, la policía lo hubiera llevado allá. Pero como decidí que aquí, pues fue aquí. La mamá no vino, porque ella ha sido enfermita, y es un poco ciega, casi no ve. Como siempre han sido pobres tampoco toman ninguna determinación. La situación económica no les da para tomar

ninguna determinación. El hermano de él era mayordomo de una finca, aquí en Cundinamarca, pero eso tampoco da para mucho, menos para trasladar a un muerto.

Me tocó salir de la casa con todo. Ya en ese pueblo se me habían entrado a la casa y me habían robado algunas cosas. El hijo de la dueña se metía al cuarto y me robaba, me robó la grabadora, la plancha, la lavadora, era terrible, éste muchacho me robaba todo, tuve que ir a poner el denuncia y eso también le preocupaba mucho a mi esposo, porque la hermana del muchacho que me estaba robando le contó a mi esposo lo que pasaba. Por eso, cuando me dijeron que había fallecido y con lo del traslado, pensé, “Pues ahorita se acaban de robar las cosas”. Me fui al comando de policía a que me las dejaran guardar. En eso sí me apoyaron y me dijeron que sí, que podía guardar lo que quisiera. Yo llevé todo, es decir, todo lo poquito que tenía. Cuando salí pasaron por ahí con el cadáver, pero yo dije, “¡No me monto en ese carro!”, porque yo le tengo mucho miedo a los muertos. Sólo lo vi cuando llegó a Bogotá.

No sé por qué le tengo miedo a los muertos. Hablábamos de eso y habíamos quedado en que cuando él se muriera que yo le daba un beso. No pude. Lo toque, sí, lo sentí tan duro como una piedra. No me imaginaba que era él. Como yo siempre lo tocaba y era blandito. Pero ya después estaba tieso. Como ya lo habían preparado se puso más tieso. Sí, lo toqué, pero no fui capaz de besarlo.

El niño pequeño, el de doce meses sí lo vio cuando lo trajeron aquí. Llegué adonde mi hermana y ella me ayudó. Nos vestimos y llevé al niño grande y lo asomé para que mirara al papá, pero se echó para atrás. No creyó que el que estaba ahí tendido fuera el papá. El niño de dieciocho meses también lo vio, la iba muy bien con él. Al verlo así como tan quieto también presintió algo. Vio que no se movía, nunca lo había visto ni dormido siquiera. Siempre lo había visto moviéndose, porque cuando el papá se dormía era que el niño ya estaba dormido. Al menor se lo llevó una prima para la casa de ella y yo me quedé con el más grande.

Al entierro fueron pocos policías, unos familiares de él, unos amigos de mi hermana. Pocas personas, pues no teníamos amistades acá. De todas maneras, eso es muy doloroso, uno se siente como desfallecer. Mejor dicho, no tengo cómo explicar eso de la angustia y la desesperación que le da a uno. Lo enterramos y yo me fui para donde mi hermana,

estuve unos días ahí. Pero usted sabe que cuando se muere el esposo de uno, cuando se muere el esposo allí termina todo, ya todo el mundo se le abre a uno.

Soy católica, pero no estoy de acuerdo con algunas cosas de la religión. Yo casi no le prendo velas, voy y le llevo flores pero poco le rezo. Más bien le doy gracias a Dios por lo que estamos viviendo, y que lo tenga en paz a él, y que lo ayude allá donde está. Porque sí creo en Dios y sé que Dios está con él. O sea, uno tiene un soplo de vida y Dios luego se lo quita y regresa luego a él. Y que si algo cometí con él, algún error, que me perdone y que si él cometió un error conmigo que Dios lo sepa perdonar o a cualquiera que haya cometido el error.

A veces voy a visitarlo al cementerio, pero a veces no, porque no tengo con que llevarle flores. Llevo a los niños y ellos van, lo miran, miran la tierra. Ellos son muy felices cuando van. Los domingos a veces me dicen que los lleve, pero a veces no tengo para el pasaje. O tengo para comprarles el pan a ellos o me voy al cementerio. Entonces prefiero comprarles el pan, pues para ir al cementerio y no tener pan, mejor no los llevo. O sea, cuando tengo plata voy a visitarlo.

Me fui a vivir donde mi hermana y como los dos niños estaban pequeños, el uno chillaban y el otro chillaba, y mi cuñado ya no quiso que yo estuviera más allí. En ese momento me sentí sola. Salí adelante sólo porque pensaba en mis hijos. Si me dejaba morir, mis hijos se morirían también. Porque creo que nadie más que uno como madre, y ahora también como padre, atiende bien sus hijos. Mi cuñado ya no quería que estuviera ahí, y entonces empezó a meterle chismes a mi hermana y todas esas cosas.

Estuve ahí casi un mes, hasta que mi hermana me dijo, “Pues hija, váyase para donde mis padres”, y entonces corra para Buenaventura. Me tocó irme. Tanto fue así que el niño presentía y se me enfermó. Le dio una fiebre horrible, muy horrible. Mi hermana me insistió para que me fuera. Yo le dije, “No, mire que el niño está con fiebre, pero mire que el niño está con fiebre”, le insistí. Y volvió y dijo, “Váyase”. Pues claro, me fui y cuando iba para Buenaventura, en el bus en que iba se montaron unos asaltantes. Yo llevaba una platica y otras cosas, un reloj que él me había regalado, y los niños. Cuando se montaron, esos asaltantes dijeron, “¡Esto es un atraco!”. En ese momento pensaba muchas cosas, pensaba en mi

marido, que se murió cuando la guerrilla lo sacó de un bus. Yo me imaginé que eran guerrilleros, pero eran delincuentes comunes. Asaltaron el bus, nos robaron lo que teníamos, la plata y las cosas, y desviaron el bus. Hasta los teteros los tiraron por allá y se lo llevaron todo. Y llegué a Buenaventura toda acelerada, sin plata y sin nada.

En Bogotá había alcanzado a hacer algunas vueltas para la pensión, cuando me fui ya había hecho todo. Pero no me había salido nada. Mi hermana fue la que me prestó para los pasajes. Al llegar allá mandé a pedir los sueldos, porque a uno le dan los tres primeros sueldos. Mandaban esos sueldos a Cali y yo iba de Buenaventura a reclamarlos y con eso me fui bandeando, me fui bandeando poco a poco. Pero hubo un tiempo en que pasé trabajo y vivía a costilla de mis padres. Con ellos duré seis meses, porque es muy difícil que le salga a uno la indemnización rápido y la pensión.

Seguro de vida sí tenía. Pero eso no me lo pagaban ahí mismo, salía junto con la indemnización y todo eso lo pagaban al tiempo. Pasaron varios meses y yo sin plata, sin nada. Entonces me llamaron para que fuera por el seguro, vine por el seguro y con esa plata puse un negocio. Me salieron tres millones de pesos. Con esa plata puse un negocio, una variedad, ropa, de todo. La puse en Buenaventura, alquilé un local. Lo que pasa es que el niño me salió enfermito, sufría el pequeñito. Cada ocho días le daba asma. Cuando el día estaba frío, ahí mismo le daba el asma y ahí mismo corra para el médico. Todavía no me había salido el seguro y en Buenaventura tampoco hay seguro y si lo hubiera tenido tampoco hay médico, me tocaba otro médico particular. Con esa plata que me salió puse la variedad y pagué lo que debía de los gastos a mi hermana, algunos de los gastos fúnebres. Me tocaba por lo menos comprarle las flores, mis pasajes, la ropa mía y de los niños. Esa plata se la debía yo a mi hermana.

Yo tenía veintiséis años, no trabajaba ni tenía ninguna clase de estabilidad, apenas había terminado el bachillerato. Ese era un buen negocio y me daba para comer y para pagar un arriendo, pero no tenía los ingresos suficientes para pagar un servicio médico. El niño menor, el que sufría de asma, duraba algunos días bien, pero siempre me tocaba salir corriendo con él al hospital, era un gasto de plata y además de tiempo, porque no podía abrir el local y perdía esos días de trabajo, así duré un año. Pero así

pude independizarme de mis papás. Me fui a vivir en arriendo a una pieza, de día trabajaba y mandaba a los niños al jardín y en la tarde los dejaba en la casa de mis papás, para poder seguir atendiendo el local.

El local era en la plaza de mercado, pero a veces tenía que cerrar y salir corriendo cada vez que el niño se enfermaba y a veces duraba días en el hospital. Una vez tuve que viajar a Cali a cobrar un cheque y a mi regreso me habían sacado del local. Había ubicado el puesto afuera de la plaza, y fui la primera en hacer un quiosco ahí, pero cuando volví me habían quitado el lugar y mucha gente había hecho quioscos ahí mismo. Ese permiso ya me lo habían dado ahí en la plaza de mercado, y tuve que pelear para que me dejaran ahí mi puesto, porque yo fui la que prácticamente inicié ahí, no había más nadie cuando llegué. Yo fui la que tomé la iniciativa, y cuando vieron que tenía ese puestico ahí, todo el mundo hacía el puesto de cemento. Entonces se me acabó la plata, no podía trabajar y los niños sin médico.

Para las cosas que había dejado de Medellín llamé para que hablaran con el comandante de allá y me hiciera el favor de trasladar esas cosas a Buenaventura. Me las trasladaron por una empresa a Buenaventura. Luego me llamaron para avisarme que había salido la plata de la indemnización, eran nueve millones de pesos y yo tenía ahorrado otro millón, decidí invertirlo todo en la compra de mi casa. Compré la casa en Bogotá pero seguí viviendo en Buenaventura. Puse la casa en arriendo y así tenía la entrada de esa plata, con eso vivía. A mis hijos los dejaba en la casa de mis padres y contraté una muchacha para que les ayudara a ellos y llevara los niños al jardín mientras yo trabajaba en la miscelánea. Al año me fui quedando sin plata, sin nada. Así que cuando se acababa la platica era a echar filo, como dice uno, a aguantar hambre y a ver qué podía hacer por ahí. Comer lo poquito que le quedaba a uno de la remesa, porque yo hacía mi remesa y el resto era para pagar los servicios.

Entonces dije, “No, yo pasando trabajo acá, y teniendo mi casita allá en Bogotá, mejor vendo lo poquito que me queda y me voy y hago el trasteo”. Vendí el puesto que tenía allí y con esa plata, me pagaron quinientos mil pesos, me vine. Mi trasteo eran puros chécheres, porque no tenía nada, sino la cama, la media cama, una cama sencilla, la que tenía con mi esposo, una de esas de metal que se usaban antes, que tenían barandas, y la nevera y el televisor. La grabadora me la habían robado en

Buenaventura, porque allá también se metieron, la grabadora era de él y la plancha. Contraté un carro. Los niños y yo nos vinimos aparte y el trasteo se vino con mi papá y mi mamá. Ellos vinieron a ayudarme a traer el trasteo y lo dejaron acá, donde estuvieron como cuatro o cinco días y luego se fueron.

Cuando lo conocí, yo también vivía en Buenaventura con mis papás, ya me había graduado de maestra bachiller y estaba trabajando como profesora en una escuela. Un día fui a nadar al río y de venida fui a llamar a mi hermano a Bogotá. Cuando estaba parada en el teléfono me di cuenta que había alguien parado detrás de mí. Él comenzó a hablarme y me preguntó que a quien estaba llamando, yo le dije que estaba llamando a mi hermano, pero que el teléfono estaba dañado. Luego seguimos hablando y él me preguntó que dónde vivía, que qué hacía, mi teléfono, todo. Estuvimos hablando un largo rato y me contó que estaba recién llegado a Buenaventura y trabajaba en la policía portuaria. Ese día fuimos a tomar un par de cervezas, le di mi teléfono y mi dirección para que siguiéramos hablando y así fue como empezó nuestra relación. Después de ese día, él siguió yendo a la casa a visitarme y salíamos a bailar. A los ocho meses de eso decidimos casarnos. Nos casamos por la iglesia, vino su hermano y estuvo toda mi familia, a mi suegra le mandamos fotos de la boda porque no pudo venir.

El momento más feliz de mi vida fue cuando me casé, haber tenido a mi esposo y a mis hijos fue lo mejor que me pudo haber pasado, y el momento más triste fue haberlo perdido. Saber que mi esposo fue asesinado es lo más doloroso; honestamente, yo hubiera preferido que se hubiera ido con otra, pero que no lo lastimaran, que no le quitaran la vida.

Él siempre fue un esposo muy responsable y cumplido, se portaba muy bien conmigo, como mandado a hacer, todo lo que yo deseaba en un hombre, él lo tenía. Era muy cariñoso y especial y me quería mucho. Era un poquito celoso, pero yo también, pero como nos queríamos tanto, queríamos compartirlo todo nosotros solos. Nunca fue agresivo ni violento conmigo, todo lo contrario, siempre fue amoroso y especial y me ayudaba mucho en las tareas de la casa, la verdad la perezosa era yo, ¡qué pena! Como él venía de una familia muy pobre, que nunca tuvo lujos, se esmeraba mucho por cuidar las cosas que teníamos. Se la pasaba limpiando el polvo al televisor, a la nevera y a la grabadora, y cuidaba mucho

que todo estuviera siempre limpio. Además, le gustaba cocinar y también me ayudaba a planchar. Como siempre he trabajado casi nunca hice labores domésticas, por eso digo que era perezosa.

El primer año vivimos en Buenaventura y ahí tuve al niño mayor. Luego lo trasladaron a Antioquia, y yo renuncié al trabajo como maestra y me fui con él. Allá tuve al segundo niño. Allá no trabajaba, pero nunca me faltó nada. Me consignaba mensualmente para la comida, los servicios y la ropa, y me daba plata de más para mis gastos personales. Por lo general yo no me gastaba esa plata, sino que la ahorraba para cuando él cumpliera años comprarle algún detallito. Hablábamos del futuro y de lo que podría pasar y él me decía que si le llegaba a pasar algo no quería que saliera con nadie más, ni que les consiguiera padrastro a los niños. Tal vez por eso es que aún sigo sola, en todo este tiempo nunca he salido con nadie.

Cuando mi esposo murió, mi cuñado vino a decirme que debía ayudar a mi suegra, ellos sólo pensaban en la plata de la pensión que me iban a dar, pero no me habían dado nada de plata y debía buscar una solución pronta. Al comienzo no fue fácil y me tocó esperar. Los padres de mi esposo tenían una finca y cuando la vendieron él no quiso recibir plata de eso, dijo que la mamá pusiera la plata en un CDT y así tuviera alguna entrada. Pero la plata que me mandaban de la policía sólo me alcanzaba para vivir. Realmente no tengo cómo ayudarle a la familia de mi esposo. He tenido muchos problemas con ellos porque piensan que a mí me llega mucha plata, pero lo que me llega lo invierto todo en la educación y comida de mis hijos. A mí me dieron sólo media pensión, dicen ellos que porque no llevaba el tiempo suficiente. Llevaba, exactamente, cuatro años, seis meses y ocho días. Él era agente pero lo ascendieron después de morir a cabo segundo. Me indemnizaron y me dieron la media pensión, y con esa media pensión he venido sobreviviendo, dándole de comer a mis hijos.

Eso es para el estudio de los niños. Cuando nos vinimos de Buenaventura, ellos estaban en kínder y ahí me tocaba en colegios privados y pagando también el jardín. Me tocaba pagar para poder salir a hacer vueltas, pagar la luz, el agua, todo, hacer las vueltas que uno tenía que hacer. También les pagaba el jardín para que ellos fueran cogiendo destrezas y todo. Cuando ya nos vinimos para acá y fueron creciendo los

metí al colegio privado y ya fueron estudiando. Acá, en la corporación, me ayudaron con media beca, con media pensión o sea la mitad, lo que yo ganaba, la mitad de lo que valían las pensiones, y así vivimos. Pues desde ese momento ya empieza uno a pasar trabajo, porque no tiene quien le ayude, ni quien lo anime.

Ahora para mí lo más importante es sacar mis hijos adelante y hacer de ellos unas buenas personas. Quiero superarme y estudiar para tener algo más que ofrecerles a ellos y que sean hombres de bien y también que sean reconocidos. Que digan con orgullo, ellos son los hijos de Lucio. Por eso mismo estoy estudiando desarrollo integral del niño y ética profesional en el Sena. Ese curso lo puedo hacer gracias a la policía. Ellos hicieron un convenio con el Sena y la Corporación Matamoros para ayudar a ocho mujeres viudas de policías y ofrecían dos cursos, el que estoy haciendo y el de gerontología. Yo escogí desarrollo integral del niño, porque ya había tenido experiencia con menores, fui educadora en Buenaventura y siempre me ha gustado el trabajo con menores.

Desde que mi esposo murió todo ha sido muy duro, los niños van creciendo y preguntan por su papá. Es muy doloroso para mí escuchar que mis hijos dicen, “Si yo tuviera papá, me llevaría al parque o estaría jugando con él”. Es muy difícil explicarle a un niño que no hay plata. Ellos me reprochan que no les compre las cosas que quieren y que no les de gusto, y me dicen que si el papá estuviera les compraría todo lo que piden. Yo les muestro la plata y les digo para qué es, les explico que eso está destinado a pagar los servicios o para comer. La verdad es que en el aspecto económico hemos pasado muchos trabajos, los niños han tenido que estudiar con un cuaderno que alguien les regala, porque muchas veces no he tenido cómo comprarles nada, como por ejemplo ahora que no tengo cómo comprarles útiles.

A mí me gustaría volver a enamorarme o por lo menos organizarme con alguien, porque la soledad es muy dura. He pasado muchas dificultades yo sola con los dos niños. Todas las veces que he tenido que salir corriendo para el hospital porque se me enferman o se me caen, o cuando no tengo que darles de comer. Estar sola hace las cosas más duras, es por eso que a veces quisiera que alguien me acompañara y me ayudara. Por ejemplo, cuando se me enferma el niño menor y lo dejan interno en el hospital me toca quedarme ahí con él, no tengo quién me lo cuide o

quién me reemplace en el trabajo; eso dificulta las cosas. Ahora ellos ya tienen servicio médico, pero cuando el niño se enferma en el hospital exigen que se quede algún familiar a acompañarlo y nunca encuentro a nadie que me ayude. También por mí, porque necesito una compañía y amor. Las veces que me he enfermado durante la noche no he tenido a nadie que me acompañe al médico o que me ayude con los niños. Me hace falta alguien a quien acudir en momentos difíciles.

Yo soy muy nerviosa y me angustio mucho cuando no tengo que darle de comer a mis hijos, me lleno de nervios y eso es lo que me enferma. A veces pienso que Dios es muy grande en haberme cuidado, porque imagínese si algo me llegara a pasar a mí, qué sería de mis hijos. Con mi hermana no cuento para nada, porque ella tiene su familia y debe preocuparse por ellos, también tiene dos hijos y su esposo, así que cada cual se ocupa de lo suyo. Además, en este momento ella no tiene trabajo, así quisiera ayudarnos, no lo puede hacer.

Todas esas cosas son difíciles de manejar. Cuando estuve trabajando tuve problemas en el colegio, porque ellos estudiaban por la tarde. Yo salía en la mañana y les dejaba la ropa limpia y la comida y les recomendaba que no se arrastraran y que no se ensuciaran, pero los niños solos se descuidan mucho y llegaban al colegio con el uniforme sucio y arrugado y los profesores piensan que es culpa de la mamá que los manda sucios para el colegio. Como ya no trabajo, ahora sí puedo estar más pendiente de ellos, pero me hace falta el trabajo, necesito plata porque tengo muchas deudas. Durante un tiempo estuve trabajando en una sauna, era la encargada de entregar a la gente las pantuflas y las toallas y debía estar pendiente de la olla de los aromas, pero la sauna se dañó y no volví a trabajar. Hace poco dijeron que ya habían abierto un nuevo sitio de sauna, pero no he ido a averiguar. Estuve un tiempo haciendo un reemplazo en una fábrica de libros, pero fue una temporada muy corta. También a veces le ayudo a mi hermana a vender maquillaje por catálogo, aunque realmente de ahí uno no gana mucho, sólo algunos pesos pero nada significativo.

Así como quise a mi esposo así mismo quiero a mis hijos, los consiento mucho y los amo; es normal que a veces me moleste con ellos porque son desobedientes, pero los quiero mucho, son lo único que tengo en la vida. El menor es un poquito rebelde a ratos, pero es muy tierno. Es

natural que sea así porque les ha afectado mucho lo de su papá, ellos nunca le dicen a sus compañeritos del colegio que su papá falleció. Hay algunas corporaciones que a veces me llaman para que lleve a los niños a talleres para manejar la situación de orfandad. Es muy importante que los niños puedan superar eso para que no tengan problemas en el futuro. A mí me preocupa mucho el futuro de ellos, quiero hacer de ellos unas grandes personas y que sean alguien en la vida, ya que ni mi familia ni la de mi esposo nos ayudaron nunca, por eso mismo quiero que ellos lleguen muy lejos. Por eso, cuando tengo algo de solvencia económica los inscribo en cursos de teatro.

Tampoco digo abiertamente que mi esposo falleció; siento que la gente puede aprovecharse de mi situación al saber que estoy sola. Una mujer viuda es vista por mucha gente como una quita maridos o una prostituta. La situación de una viuda se presta siempre para malas interpretaciones de la gente que murmura y juzga que algo hizo el esposo de ella para que lo mataran. Por eso prefiero decir que mi esposo está en Medellín o, simplemente, que estoy separada.

La policía, en el momento, no nos apoya económicamente en nada, ni con uniformes, la ruta, los útiles, nada. A algunas viudas nos ayudan con la mitad de la pensión del colegio y también un poco en el aspecto psicológico, con los talleres de duelo.

Prácticamente me he convertido en una vocera entre las viudas, mantengo contacto con muchas de ellas y estoy pendiente de los programas que ofrecen ayuda a las viudas, como la organización Colombia Viva. Yo los llamé porque me enteré que estaban organizando unos proyectos para las viudas, y fuimos a la reunión en la que me escogieron como monitora del grupo de viudas y nos explicaron los proyectos que tienen para ayudar a las mujeres que perdieron su compañero policía o soldado en combate, es decir, a los que asesinó la guerrilla. Hay también otros proyectos de ayuda para las mujeres que tienen a sus esposos heridos y no pueden trabajar. Estos proyectos consistían en buscar recursos para colegios y uniformes de los hijos de policías fallecidos, pero finalmente no se ha hecho nada, no me han vuelto a llamar. Una vez me llamaron para que convocara a cinco viudas y fuéramos a repartir una ropa que habían donado; como ese día no podía asistir porque tenía que trabajar, encargué a una amiga para que llevara a las otras señoras, y ella llamó a las que esta-

ban pasando por situaciones más difíciles. Pero hay gente que aun cuando está pasando necesidades es muy orgullosa y no quiere reconocerlo, y una de las señoras que fue se enfureció porque al parecer la ropa que habían donado era de segunda e insultó al señor de Colombia Viva, pues decía que eso era una humillación. Desde esa vez no me volvieron a llamar de allá.

Según lo que he hablado con las otras mujeres viudas, la necesidad más apremiante para nosotras es la educación de nuestros hijos. Necesitamos que ofrezcan más ayudas para que los hijos de los policías muertos puedan estudiar, darles becas, uniformes o la ruta para el colegio. Nosotras nunca pedimos nada para nosotras y tampoco queremos que nos den plata, solamente que nos ayuden a sacar a nuestros hijos adelante. Por ejemplo, yo ahora no tengo para comprar los cuadernos de mis hijos, muchas veces necesitan tenis para hacer educación física y no tengo como comprarles todo. Del colegio mandaron una lista inmensa con las cosas que los niños necesitan, que borrador, colores, reglas, en fin, un montón de cosas que yo no puedo comprar y en el colegio a veces son muy exigentes. Mi hijo menor está recuperando una materia porque nunca tuve la plata para comprarle el libro que la profesora le pedía. Podrían ser más flexibles y entender que cuando uno tiene la plata puede comprar los libros, pero cuando no tenemos no podemos hacer nada.

No hemos tenido problemas graves, pero la familia de él no colabora con nada, ni siquiera para un bombón, como se dice. Ahora que los niños ya están más grandes dicen que para eso el papá dejó plata. Pero el papá no dejó plata y ellos mismos se dan cuenta. Las primas que me han dado las entregué al colegio. En Navidad no estrenaron, ninguno de ellos, ni yo, ni un juguete ni nada, porque no tenía con qué comprar. Los niños ya se dan cuenta, ahora que están más grandes. No es porque yo no quiera, es porque la plata no alcanza. Porque ellos saben cuando cojo la plastica y dicen, "Mami, en el colegio pidieron tal cosa". Y como el otro año el niño no me lo tenían becado me tocó duro. Para los uniformes hay un almacén que le fía a los policías, pero cobra el ciento por ciento, entonces necesitaba los uniformes, zapatos, las medias, todo. Me tocó ir allá, adonde un señor para que me diera los uniformes de los niños y me cobraran por nómina, y así fue.

Los familiares preguntan que por qué no los trajo para diciembre, y los niños les dicen, “No se pudo, porque a mi mami le tocó pagar la ruta”. La corporación me ha ayudado con una parte de ruta ahora que ellos están en el colegio Nuestra Señora de Fátima. Queda lejos y a mí me toca pagar la otra mitad. En el colegio piden la matrícula y tenga. Y como al otro niño no me lo tenían becado, así que me tocó sacarlo.

En este momento los niños tienen media pensión en el colegio de la policía, pero pese a eso no tengo como mandarles una buena lonchera. En el colegio la jornada es larga y me gustaría poder mandarles un sánduche, porque ellos comen a las diez de la mañana. A las once pasa la ruta por ellos y a las dos de la tarde ya tienen hambre. Me di cuenta de eso un día que había una actividad cultural en el colegio y me fui con los niños para allá. Ese día había un festival gastronómico y yo les llevé unas jaibas y unos cangrejos de plato típico, pero a las tres de la tarde yo estaba muerta del hambre. Imagino que para los niños es peor, porque llegan aquí a las siete de la noche.

Yo soy muy pesimista frente a la situación del país, a pesar de que no tengo televisión y no veo noticias, me entero que todos los días la guerrilla mata gente inocente. Yo creo que el gobierno debería dar más trabajo, y dar ayuda con vivienda. Trabajando todo el mundo y que se llegue a un acuerdo con la guerrilla, y nos dé trabajo a nosotros, a todo el mundo. Pero si no le da trabajo a los alzados en armas, esa gente sigue matando gente y sigue dejando viudas e hijos huérfanos, y entonces esos niños, si uno no tiene con que sacarlos adelante, también cogen la misma rutina de ir a robar, a matar, de hacer cosas. Porque uno con hambre qué no hace. Porque ya uno lo ha comprobado. Si se le da trabajo a toda la gente no tenemos que sufrir hambre, porque la gente se ve obligada a hacer cosas malas cuando tiene hambre. Cuando yo veo que no tengo que darles de comer a mis hijos me desespero y por la cabeza se me pasan muchas cosas.

¡Ay!, que Dios nos proteja y nos libre de todo peligro.



